

ALFONSO DELGADO

QUEDA LA BROZA



LITERATURA

cana
rias
3 punto
cero



Alfonso Delgado (Santa Cruz de Tenerife, 1955), amante de su isla, de la mar y de su ciudad, es un artista multidisciplinar. Como poeta, formó parte del grupo Los Novísimos en 1976 y siempre siguió escribiendo poemas, cuentos y otros relatos. Además, ha publicado numerosos artículos periodísticos de divulgación artística. Inauguró su primera exposición de obra plástica en el Ateneo de La Laguna. Más de 30 exposiciones individuales o colectivas avalan su carrera en las dos capitales canarias, en París, Lieja o México. De forma paralela y constante, ha investigado en torno al ámbito del teatro y la *performance* y ha realizado diversas producciones y articulado programas institucionales como *Nuevas Formas*, que acercó la vanguardia de la danza, la música y las artes escénicas al Teatro Guimerá de la capital tinerfeña. En 2017 fue premiado por el programa de la Unión Europea Intercultural Cities, que reconoció su trabajo como innovador y de interés social.

QUEDA LA BROZA

QUEDA LA BROZA

Alfonso Delgado ST

Primera edición: octubre de 2018
Imagen de cubierta: Alfonso Delgado
Diseño de la colección: Frank Castro
Maquetación: Frank Castro
Corrección: Lavadora de textos
Edición y revisión: Juan Manuel Pardellas
Coordinación: Paula Albericio

Copyright: 2018 Alfonso Delgado
Copyright: 2018 Bara Bara Comunicación
www.barabaracomunicacion.com
administracion@barabaracomunicacion.com

ISBN: 978-84-09-05496-1

Depósito legal: TF 870-2018

Impreso en España

Impresión: Gráficas Sabater S. L.
Calle Isaac Peral, 5 (La Campana)
38109, El Chorrillo, Santa Cruz de Tenerife
www.graficassabater.com

Alfonso Delgado

QUEDA LA BROZA

A

*Paloma, mi único y gran amor
Lua, el mejor regalo de mi vida*

Las olas se han ido..., pero los colores no han perdido su fulgor, a
pesar del implacable viento que los marchita

Iván Turguéniev

¡Nadie podría amarte más de lo que te quiso Tess! Ella habría dado
la vida por ti. ¡Yo no podría hacer más!

Thomas Hardy

Broza, hojarasca, humus, maleza, óxido o salitre terminarán cubriendo nuestros corazones, los sueños deseados, la belleza, el placer y también el dolor. Nos invadirá la hierba y el musgo tapizará lo que resta de nuestros cuerpos y algo de nuestras almas excéntricas, si es que un día las tuvimos. Muy lejos, en el horizonte, quedará el deseo siempre inalcanzable de ser libres y felices.

Los habitantes de las islas viven limitados y, paradójicamente, infinitos porque, seducidos por la mar, no pueden vivir sin ella. La respiración del isleño es azulada y salina, diferente a la de los habitantes del continente. La isla te pide, en muchos momentos, huir como un navío que parte con la intención de no volver jamás, pero siempre, sin remedio, regresa.

Primera parte

1914

El trasatlántico *Albert Prince* se disponía a zarpar del muelle de Santa Cruz de Santiago. Mientras hacían las maniobras de desatraque, comenzó una escena habitual, un rito que se inició cuando unos muchachos jovencísimos se acercaron remando en una barquita y los pasajeros, desde cubierta, como si de una función de circo se tratase, lanzaron monedas al mar. Los joveñuelos, casi desnudos, semidioses, con los cuerpos esbeltos y brillantes, se zambulleron en el agua para recuperarlas, desatando el consiguiente alborozo y aplausos de los pasajeros, que continuaron con ese juego hasta que comenzaron a sonar los toques de sirena que advertían el desatraque y la partida del navío, que, lentamente, se fue alejando del puerto, dejando una estela blanca de espuma hacia alta mar.

El ambiente festivo de la despedida se fue apagando poco a poco; la gente se retiraba y los vendedores recogían sus enseres. Lisandro, que había sido invitado por Kate, la esposa del capitán Barber, a tomar el té y a visitar los sumptuosos salones del barco, permaneció impasible en el muelle, observando con sus binoculares cómo desaparecía la imagen cosmopolita e inalcanzable del navío que se deslizaba plácido por el océano.

—Por favor, ¿podría dejarme un momento sus prismáticos? —rogó una voz femenina.

Cuando se giró, encontró la mirada reservada de una mujer joven, humilde, con los ojos brillantes y preciosos, pero prematuramente envejecida, que, si bien no le era del todo ajena, no fue capaz de reconocer.

No pudo recordar su encuentro, años atrás, en ese mismo muelle, despidiendo ambos a la misma viajera, Ofelia de Salazar y Monteverde, que partía hacia Uruguay y de la que, lamentablemente, nunca volvieron a tener noticias. Tampoco ella reconoció a aquel señor luminoso y elegante, vestido con un traje de lino blanco, la cabeza cubierta por un panamá, que la miraba con gentileza y dulzura.

Era la primera vez en su vida que veía entre curiosa y divertida el océano, las nubes, las gaviotas y las pardelas a través de unos cristales que los aproximaban. Como una niña, estaba encantada del poder de aquel artilugio que le permitía seguir mágicamente el vuelo de las gaviotas mientras perseguían las embarcaciones. Los dos sabían que existía otra vida más allá del horizonte y, sin darse cuenta, estaban compartiendo un instante importante de sus fantasías. Él, tan distinguido, con su impecable indumentaria. Ella, camaleónica, con su blusa y su falda gastadas, casi tanto como su piel, descoloridas y envejecidas por el uso. Ambos vestidos tal y como el destino, caprichosamente, había querido hacerlo, cubiertos o desnudos de las ilusiones o desesperanzas que la existencia les había deparado a lo largo de los años. Allí continuaron en paz, ella divertida, mirando al horizonte con aquel juguete óptico; él, sentado en un noray, contemplando las nubes rosas que coronaban las montañas del suroeste, como dos viejos amigos frente a la luz tibia de la tarde, en el dique sobre el agua, de espaldas a la ciudad blanca, con sus torres vigías, en la que habían nacido y en la que, con toda seguridad, morirían.

Josefa

Desde hacía semanas, Josefa Acosta observaba a aquel muchacho largo, flaco y rubio. Le llamó la atención verlo tan silencioso y triste. Era tan transparente, tan leve, tan bello, que la hizo pensar en un ángel. Un día, al pasar a su lado, comprobó que sus ojos pequeños eran de un azul tan claro como dos trozos de cielo y se imaginó que de aquella espalda huesuda nacían dos enormes alas blancas. Se enamoró perdidamente de aquella invención, de aquella idea personificada en el muchacho, para el que, sin embargo, ella pasaba inadvertida, ya que no la miraba, ni tan siquiera para burlarse de ella.

Josefa también era silenciosa e infeliz, pero llena de rabia y furia. Solo a veces, pero de una forma contagiosa, se reía a carcajadas, como si sacara fuera de sí a todos sus demonios. Era extraña, diferente a las otras mujeres que se ganaban la vida trabajando en los lavaderos de la ciudad. Era distinta, no la entendían y se sentía menospreciada por casi todos. Era la menor de una humilde familia de seis hermanos, cuatro de ellos hombres. De su madre, que había muerto prematuramente, no le quedaban recuerdos y de su padre, descendiente de emigrantes portugueses, sus hijos aprendieron desde niños que para comer tendrían que trabajar duro. Así era la vida. Ana, la hermana mayor, le enseñó el oficio de lavandera. Cada día recogían la ropa en las casas de algunas familias pudientes de la ciudad y las llevaban a Los Lavaderos, un lugar con fuerte olor a jabón y a sosa, lleno de pilas de piedra, con agua que brotaba incesantemente como las chanzas y gritos de las alborotadas mujeres que allí se reunían a lavar.

Josefa tenía dieciocho años, era morena, menuda y pocas veces utilizaba alpargatas o zapatos, contrariando así a su hermana, que pensaba que podían ser pobres, pero también ir calzados con modestia. La muchacha trataba de pasar desapercibida, no hablaba mientras lavaba, provocando el mal humor de las otras mujeres.

—¿Tú eres muda o qué?

Ni cantaba con las demás ni participaba en sus bromas pessadas o chistes de mal gusto. Intentaba estar el menor tiempo en su vivienda, una casucha sin tabiques y sin intimidad, en la que cohabitaba el grupo familiar, donde era difícil soportar los gritos, peleas y borracheras del padre y los hermanos.

Por las tardes, se escapaba a pasear por la bahía de Santa Cruz y observaba los buques que atracaban o partían del puerto. Le agradaba mezclarse con los transeúntes y los pescadores, que llegaron a considerarla una más entre ellos. Ayudaba a varar las barchas, tiraba de las redes del chinchorro o limpiaba pescado, si se lo pedían. Le gustaba estar allí, pero le tenía miedo a la mar porque no la habían enseñado a nadar, así que solo se atrevía a remojarse hasta las rodillas. Imaginaba que algún día ella también se marcharía de la isla, en un barco velero, lejos, muy lejos, al infinito. Los pescadores decían que hablaba con las gaviotas, porque podía emitir un sonido gutural que las atraía.

—Josefa, negra, llama a las gaviotas.

La apodaban la negra por el color oscuro de su piel quemada, pues no hacía nada para protegerse del sol, tal como hacían la mayor parte de las mujeres y niñas, que se cubrían con pañuelos o sombreros para preservar un cutis que deseaban tener blanco y sonrosado. En muchas ocasiones, se sentía un animal salvaje, necesitado del sol y el aire. Cuando los pescadores la llamaban la negra, lo decían con cariño, por lo que no lo consideraba un insulto. Si bien no poseía una belleza deslumbrante, resultaba atractiva y los hombres que se le acercaban, creyéndola presa fácil, se equivocaban. Nadie la había querido de verdad. Todo lo relacionado con el afecto o la delicadeza le era ajeno hasta que,

como en una mágica aparición, descubrió a aquel muchacho frágil, un ángel sin alas.

La primera vez que lo vio, se escondió entre las barcas varadas de la playa de San Antonio. Nunca había visto a un hombre tan dulce y necesitado de protección. Al atardecer, sentado sobre los callaos, lloraba dejando deslizar sobre la mar pequeños barcos de papel que las olas devoraban. El suyo era un llanto noble, triste. La muchacha lo observó como quien descubre un tesoro, algo inaudito, un ser sensible. Nunca había visto un gesto semejante entre los hombres que conocía. Durante semanas siguió espiándolo, incluso siguiéndolo por las calles, subiendo hasta la muralla que lo llevaba hasta el cuartel de Almeyda.

Una tarde que lo volvió a encontrar, estaba ensimismado, sentado sobre la arena, y decidió lanzarle pequeños callaos. Cuando el ángel sintió su choque en la espalda se asustó, se levantó bruscamente y observó cómo una mujercita descarada y mal vestida, pero graciosa, se marchaba corriendo. Antes de desaparecer, ella se paró desafiante, le sonrió y, con los ojos muy abiertos, le dijo:

—Sé que te voy a querer intensamente.

Justo una semana después, cuando lo encontró nuevamente en la playa, se acercó confiada.

—Me llamo Josefa —le dijo decidida—. Siempre he vivido aquí, pero sé muy bien que este no es mi sitio. Ni me gusta que me manden ni yo mando a nadie. —No tenía nada mejor que decir, esa era su declaración de intenciones.

—Señorita, soy Enrique Santo Expósito, natural de San Miguel de La Palma, soldado de infantería en el cuartel de Almeyda —respondió sorprendido e inseguro.

Josefa había imaginado otro nombre para él.

—Por favor, no me llames señorita porque no lo soy, ¿no lo ves? —le dijo Josefa, mirándolo a la cara—. Para mí no eres un soldado, eres un ser precioso, un ángel.

Al mirarlo de cerca, pensó que nunca había visto a un hombre tan

guapo y tierno. Enrique permaneció entre el asombro y la incredulidad, con los ojos muy abiertos y la frente arrugada. ¿Se burlaba de él? Entonces Josefa se acercó atrevida y, sin pensarlo, lo besó en la boca, primero rozándola con suavidad, luego apasionadamente. Ella, que había sido forzada sin cariño, presa de hombres, al sentir los labios de su ángel experimentó, por primera vez, el abandono, el contacto tibio de su cuerpo, un fuego interno y loco. Después corretearon y jugaron como niños por la playa.

Para Enrique, simplemente, comenzó otra vida. Algo inesperado. Abordar un sentimiento placentero correspondido, una experiencia dulce, casi mística, que deseaba repetir sin saciarse. Podía comprender ahora alguna de las lecturas sobre la pasión y el arrebato del amor a Dios que tantas veces le había recomendado la madre Ofelia. A pesar de haber crecido entre faldones y tocas, desconocía completamente a las mujeres de verdad, las que transitaban la calle o se buscaban la vida. Al lado de aquella muchacha, que era una vivaz lagartija, descubrió el placer, como un gato que se despereza al sol. Ella lo miraba como nadie lo había hecho en su vida, le sonreía invitándolo a compartir el paraíso, Eros, la sensualidad de la que él siempre había carecido. Aquella mujercita, que era un junco moreno, le producía la atracción gozosa de morder la fruta más dulce y sabrosa, de deslizarse sobre el mar desnudo, nadar o volar. Podían acariciarse confiados, sin importarles la censura de Dios ni de los demonios, disfrutar de la manzana prohibida del paraíso, compartir el placer secreto, sin culpa, ¡menudo regalo! ¿Qué más podían desear?

Después de esa tarde procuraron verse los miércoles y domingos, siempre que él conseguía su permiso de libertad semanal. Cuando el ángel no podía acudir a la cita, casi siempre por algún capricho o asunto urgente de doña Fela, se desmoronaba por dentro. La señora había notado un atolondramiento en la conducta de su asistente, su mal humor cuando lo retenían injustificadamente, sin imaginar que estaba locamente enamorado. Si no podía ver a Josefa se quedaba perdido, tal era la

necesidad, la obsesión de encontrarse con su enamorada, de respirarla, acariciarla, besarla como un lunático. Su ausencia también dejaba a la muchacha desconsolada, contrariada, furiosa, hambrienta de besos y del contacto con su cuerpo y su mirada.

Ana comenzó a sospechar que su hermana menor se traía algo entre manos. Desde hacía tiempo la veía diferente, menos huraña, más contenta, hasta feliz, como apaciguada, fuera de su mal humor habitual. Muy pronto, le llegaron los chismes de los encuentros de Josefa con el soldadito rubio. Ella se sentía responsable, había ejercido como una madre juiciosa, aunque nunca había podido meterla en cintura. Presentía que un día cualquier impresentable la engañaría, la preñaría para luego abandonarla, y no quería que eso le ocurriera. Pero era difícil entenderse con Josefa, tan rebelde y contestona. Porque, a fin de cuentas, aunque el mundo estuviera mal hecho, de una forma desacertada para los pobres, las cosas eran como eran y no quedaba más remedio que aceptarlas.

Una tarde fue hasta la playa de San Antonio y los encontró sentados, acurrucados tras una barca, medio escondidos.

—¡Eh, tú! ¡Soy su hermana y tengo que decirte algo! —le espetó mal-humorada al soldado.

Sorprendidos, se levantaron y permanecieron en silencio.

Ana pensaba que había sacrificado su vida, todo, por su familia. Se había quedado soltera y, por un momento, envidió la suerte y el atrevimiento de su hermana pequeña. El muchacho era un buen mozo y no parecía mala gente. A ella ningún hombre le había prestado la más mínima atención, nunca le habían dicho palabras insinuantes, como lo hacían con alguna de las lavanderas, frescas y desvergonzadas. No era fea, pero, por su expresión, parecía adusta. No era apetecible, solo llamaba la atención por lo alta y desgarbada; incluso, en ocasiones la martirizaban con la idea de que era hombruna. La apodaban burlonamente la chicharra seca o la jarea. Desde muy pronto tuvo que hacerse la dura, cuidar a un padre alcohólico y enfermo y atender a sus hermanos, unos verdaderos desconsiderados. No tenía suerte, solo trabajar y callar. Sentía que su

juventud había pasado y había perdido todas las oportunidades y esperanzas de una vida mejor, de encontrar a alguien que la quisiera, formar una familia, tener una casa limpia y apropiada. Aunque todavía no había llegado a los treinta, ya se sentía como una vieja decrepita y desgraciada. Mascaba la amargura de quien nunca ha sentido el amor ni ha sido amada y solo es un despojo del destino.

Enrique se levantó y se acercó a la mujer.

—¡Yo la quiero y voy a casarme con ella! —dijo mirando a Josefa.

—¿Casarte? ¿Pero sabes cómo es esta criatura? —le preguntó Ana con los brazos en jarras y la mirada directa—. No desearía que la engañaras y la preñaras sin más.

—Quiero casarme con ella, que sea mi mujer, y más adelante formar una familia, como debe ser. Voy a cuidarla siempre, hasta la muerte.

Josefa se aferró a Enrique, sorprendida por su reacción, y miró a su hermana con altivez y rabia porque parecía querer destruir su único sueño, estropear el único regalo que había recibido en su vida. La palabra *pareja* apareció de pronto en su cabeza como algo inesperado, algo exquisito y extraño, de una dulzura desconocida.

Ana, la chicharra seca, se marchó desarmada, desconcertada por la seguridad del muchacho y el desafío callado de su hermana. No había nada que discutir. Pero se preguntaba qué habría encontrado aquel muchacho, de apariencia tan noble, en su hermana o, más bien, qué desprendía ella misma para ahuyentar a los hombres, para no ser ni por asomo tomada en cuenta y ser rechazada. Mejor así. Al menos no tendría que soportar el mal aliento, el sudor o los golpes de un hombre. Mejor así.

Cuando se quedaron solos, permanecieron mucho tiempo mirándose en silencio, sonriéndose, hasta que Josefa le preguntó a Enrique:

—Casarnos ¿para qué? A nadie le interesa lo nuestro, lo que sentimos. Y ¿qué es eso de formar una familia?

Pensaba que la suya no era el mejor ejemplo, era algo que no quería repetir. La idea del matrimonio nunca había rondado por su cabeza, no

quería ser esclava de un hombre. Si hubiera podido, se habría largado sola, sin dueño ni hijos, para ser una aventurera, para recorrer el mundo y llegar hasta la Conchinchina, allí donde le decían que estaba el fin del mundo. Ese era un sueño imposible que jamás conseguiría. Debe ser tan diferente ese sitio a todo lo conocido, con gente que habla, piensa y se viste de otra manera. Pero sabía que a las mujeres ignorantes como ella no se les permitía pensar, ni volar en libertad.

—Eres una tonta soñadora. Quiero vivir aquí la vida contigo, de una forma sencilla, luchar a tu lado, protegerte, poder mirarte cada día, hacerte feliz. Ni te compro ni te encierro. Conmigo eres libre. Se trata de legalizar nuestra relación, que nos dejen en paz y quererte para siempre.

—¿Quererme para siempre? —musitó Josefa—. ¿Qué es eso de para siempre? Yo no sé hablar con palabras bonitas, muchas veces ni las entiendo; palabras con las que la gente engaña a otra gente. Ya conozco a los ricos, que se creen poderosos para obligarte a servirles y humillarte, pero tampoco me gustan los pobres, duros, muchas veces rencorosos o hambrientos, que en realidad desean hacer lo mismo que los ricos. ¿Ves como soy una salvaje? ¿No sabes que piensan que estoy chiflada? Eso es lo que quería decirte mi hermana, que conmigo la vida es difícil, que no hay quien me meta por vereda. Por eso dicen que soy una cabra loca, que no tengo vergüenza. Ya lo sabes, soy rara porque no quiero ser como los demás, porque me gusta andar a mi manera. Es verdad, soy bruta, siempre quiero hacer lo que me da la gana, aunque la mayor parte de las veces no lo consiga. No sé si te das cuenta, pero todos piensan que no valgo nada, que soy una chica pobre, ignorante y ordinaria. Pero, en parte, eso es lo que hasta ahora me ha salvado de ser avasallada y destruida del todo. Creen que no sirvo ni para criada, solo para restregar ropa jedionda con estas manos hinchadas que son las que me dan de comer.

—Ahora eres mía —le dijo Enrique mimoso al oído—. Y yo seré siempre tuyo. Ya verás que no tendrás dueño, solo a un hombre que te quiere hasta el infinito. Además, para mí, tú eres la fruta silvestre, la más sabrosa y deseable.

A Josefa, que no había pisado la escuela, le encantaba la forma de hablar de Enrique, con aquel acento palmero tan elegante, tan diferente, que más que decir canturreaba palabras que ella nunca había oído, pero que le parecían sorprendentes, tiernas, hermosas. Nadie hablaba así.

Los dos rieron. Se besaron y se abrazaron hasta el anochecer. Poco a poco, y de manera natural, se despojaron de la ropa, observaron sus cuerpos delgados. Ella fibrosa y morena, con los senos pequeños y los pezones oscuros. Él, tan blanco, huesudo, con las costillas tan marcadas que se podían contar, el vello del pubis rubio, las piernas delgadas y largas. Allí, en la playa solitaria, enlazaron sus cuerpos, se amaron por primera vez, se descubrieron sintiéndose en lo más profundo, como olas que se rompen espumosas e incessantes, hombre y mujer, dos seres libres en su paraíso provisional, con olor a salitre, envueltos por la maresía y el sonido del océano, salvajes, indómitos, inocentes y desbocados, en la nada y en lo absoluto.

Ofelia

Cuando Enrique tenía unos doce años, la madre Ofelia, que nada sabía de la vida ni de los hombres, decidió hablar con don Victoriano Capote, el médico de su familia —que, por deferencia al marqués, asistía también a la comunidad de religiosas—, al observar frecuentes manchas en las sábanas del muchacho. Una gran carcajada fue la respuesta del doctor Capote a su consulta.

—Querida Ofelia, cómo se ve tu inocencia y tu ingenuidad. Estas no son más que pérdidas blancas.

Ofelia lo miró estupefacta. Seguía sin entenderlo.

—El niño ya no es tal, se ha convertido casi en un hombre y esto, para que me entiendas, es solo una señal de que ya puede engendrar. ¡Son manchas de semen!

Ofelia sintió una profunda vergüenza por su ignorancia y sobre todo porque afrontar el tema de la sexualidad siempre le había resultado un asunto incómodo y escurrídizo, algo que prefería cubrir con un tupido velo. Ordenó que, a partir de ese momento, el niño durmiera en un pabellón que había en el jardín, cerca de Juan, el viejo jardinero sordo.

La monja observaba al muchacho queriendo descubrir algo diferente, pero vio la misma inocencia, los mismos ojos mansos de costumbre. Estaba cada vez más espigado, pero seguía siendo el niño obediente que ella había criado. Qué extraña es la naturaleza, dijo para sí. Lo llamó y le entregó un librito de santo Domingo de Guzmán.

—No sé si te servirá de algo, pero léelo con atención, sobre todo el capítulo sobre la pureza y la castidad. Ya me contarás lo que te parece.

Enrique tomó en sus manos el libro, pero no entendió la razón de su lectura. ¿Pureza y castidad? Un empeño más de la reverenda madre que no consigo comprender, pensó. A pesar de los desvelos de su protectora, nunca tendría vocación religiosa. La llamada de Dios, si se produjo, pasó de largo. Aunque era un firme creyente, sabía que aquellas imágenes sagradas no eran más que muñecos disfrazados, muchos carcomidos por las polillas, sin vida, por los que, si sentía algo, era un poco de pena o compasión. Estaba claro que vivir en el convento era tener un lugar seguro, repetir cada día las mismas costumbres, estudiar, ayudar en la huerta, rezar al vacío y ayudar, en Navidad o Pascua florida, en la venta de yemas, marquesotes y amarguillos. Sus queridas monjas vivían allí protegidas como hormigas negras en su hormiguero, con el sentido único de rezar y aguardar la muerte. Cantaban en latín, oraban y esperaban. Esa era la vida de entrega a Dios, aguardando como Penélope al esposo lejano.

Ofelia Catalina Mariana de Salazar y Monteverde había crecido como una aristócrata, recibiendo una esmerada educación sin salir de las mansiones que su familia poseía en la isla de San Miguel Arcángel de La Palma, la antigua Junonia de los romanos, conocida como el lugar de protección de las mujeres. Ofelia había aprendido latín, francés, alemán y los rudimentos de las ciencias. Antes de la pubertad, su preceptor, monseñor Hugues de Anglada, un erudito sacerdote francés, ya la había iniciado, secretamente, en la astronomía. Era una chiquilla despierta y extremadamente sensible. Anglada había vigilado también la educación de sus tres hermanos mayores, pero ninguno destacó por su inteligencia ni por su capacidad o interés por las ciencias o el arte. Eran vagos, descarados e impíos, así que cuando asumió la formación de Ofelia se encontró con un diamante en bruto, una niña dispuesta a aprender por interés, no por obligación. Cuando lo consideró oportuno le dio a conocer libros como *La ciudad de las damas*, que recogía la doctrina de Cristina de Pizán, y la introdujo en el mundo de las beguinas en el siglo XII y en la obra de Teresa de Ávila y de sor Juana Inés de la Cruz.

Totalmente influenciada por su preceptor, la niña comenzó a pensar

que la vida mundana no era el camino de la salvación, que solo la renuncia, la pobreza y la oración podrían salvar su alma. Había que evitar las tentaciones terrenales, seguir el ejemplo de las santas de la Iglesia y, si era necesario, llegar al martirio. Cuando observaba el cielo deseaba morir, pensando que el paraíso estaba justo detrás de las estrellas. Se maravillaba con la Vía Láctea y con la interpretación que Anglada daba al universo; nuestra vida está reflejada en el cosmos, pero solo Dios tiene comprensión sobre la existencia. Solo la humildad puede salvarnos. Ofelia parecía poseer el espíritu de las iluminadas a las que tanto leía. Anglada pensaba que quizás aquella niña sería, con el tiempo, una visionaria, un ejemplo de santidad cristiana y sabiduría, y que él, humildemente, algún mérito tendría sobre ese hecho.

Don Lamberto de Salazar, sexto marqués de Malpaso, andaba preocupado por sus tres hijos mayores, Rubén, el primogénito, y los gemelos Justo y Pastor, nombres de los niños mártires, con los que la marquesa impuso que se les bautizara. Los tres eran unos vividores que no pensaban más que en fiestas, juergas y muchachas hermosas. En realidad, los entendía perfectamente porque se parecían mucho a él en su juventud, pero en más de una ocasión don Lamberto había tenido que enfrentarse a padres y hermanos vengativos, callándolos con sobornos, pactando sumas de dinero o haciéndose cargo, en silencio, de la manutención de algún bastardo. De aquellos tres cafres disolutos no esperaba ningún prodigo. Solo pensaba que, como había hecho él mismo, quizás algún día sentarían algo la cabeza y se sosegarián una vez casados con jovencitas de su misma clase y fortuna.

Don Lamberto de Salazar era uno de los más influyentes terratenientes de la isla de La Palma, respetado y temido. Algún día, Rubén heredaría su título, su fortuna y la de su mujer, que era tan grande como la suya. Como él, sus cuatro herederos no tendrían que hacer demasiados esfuerzos para sobrevivir; solo administrar convenientemente los bienes y esperar que no volviera la República a alterar sus vidas y que su majestad el rey dispusiera de larga vida. Cada uno en su lugar; siempre había

habido diferencias sociales, ricos y pobres, y a él le había tocado ser de los que gobernaban, un grande de España, un privilegiado, el dueño de la hacienda. Trataba de cumplir a su manera con los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, pero no lograba entender aquello que predicaban las Escrituras, que le parecía injusto y paradójico: los ricos no entrarán en el reino de los cielos y los últimos serán los primeros.

Enrique

Cuando Enrique cumplió los dieciocho años, llegó al convento una carta dirigida al joven que la madre Ofelia no dudó en abrir. El Reino de España lo llamaba a filas. En pocos días, debía tomar un barco y presentarse en un cuartel de Tenerife. Ofelia pensó que aquello no podía ser y casi sin pensarla acudió a hablar con don Silverio, el viejo párroco de El Salvador, cura influyente y amigo de militares. Cuando él escuchó sus palabras, ruegos y casi súplicas para que el muchacho no abandonara el convento, pensó que aquella monja a la que conocía desde niña y por la que no sentía ninguna simpatía pecaba de pasión o de luxuria.

Possiblemente los demonios la traicionaban. Ya no se trataba de un niño, sino de un joven al que el ejército debía convertir en un hombre de verdad. Demasiados comentarios corrían ya por la isla. Esa situación, que resultaba intolerable, solo había sido consentida por ser quien era la madre superiora, una Salazar y Monteverde. Aquella mujer insólita, siempre distante, poco amiga de las bromas y de superior linaje e inteligencia representaba para el cura casi una provocación. De hecho, nunca soportó a aquella niña tan despierta y sabelotodo, con una mirada que lo descalificaba a él por ignorante y simplón. Cuando fue adulta, tampoco sobrellevó verla de abadesa, sabiendo que se entregaba más al estudio de las ciencias que al rezo y la devoción.

—De ninguna manera haré algo para que su suerte cambie, ya que como hombre debe madurar y cumplir con sus obligaciones con la patria. Al contrario, si hubiera sido por mí habría alejado al muchacho de un recinto consagrado de mujeres religiosas. Usted sabe que su perma-

nencia en el císter es un escándalo —dijo don Silverio con firmeza y furia—. Ni el santo padre permitiría lo que aquí se ha consentido.

Ofelia se desplomó moralmente. No podía recurrir a su padre, que siempre la había protegido, porque para su desgracia había fallecido hacía seis meses. Tampoco a su hermano Rubén, al que no veía desde hacía muchos años, ya que residía en la villa de La Orotava, en Tenerife. Se sentía indefensa. El cura no iba a hacer nada por ayudarla. No le sorprendía ahora que fuera el propio sacerdote el que propiciara el alejamiento de Enrique, forzándolo a irse fuera de la isla. ¿Cómo se le había ocurrido pedir ayuda al cura, que, evidentemente, la detestaba? Don Silverio, como Poncio Pilato, se lavaba las manos en esa historia y, además, movía pieza en un juego de venganza secreta.

—Reverenda madre, le aconsejo penitencia, renuncia y resignación. Si persiste en su idea de conservar o retener al muchacho, las consecuencias pueden ser nefastas para su futuro como hombre. Además, usted como religiosa me debe obediencia —concluyó el párroco.

La madre Ofelia, con el tupido velo sobre el rostro, subió al convento en el coche de caballos, humillada con un dolor profundo. Pedid y se os negará, bienaventurados los que lloran porque ellos no tendrán consuelo, odiaos los unos a los otros como yo os he odiado. Aquel ministro de Dios no se había preocupado de escucharla, de calmar su angustia, de perdonarla si era preciso. La había humillado con sus ideas sucias, la había atacado con sus gestos y palabras. No había comprendido que aquel muchacho no estaba preparado aún para los riesgos de la vida. No pediría más ayuda ni comprensión.

En su celda se desesperó de tristeza hasta caer exhausta. Había pensado que aquel niño inesperado, al que habían abandonado en el torno, que había crecido dócil y silencioso cerca de sus faldas, era el único vínculo amoroso que la unía a la vida. Nacer un niño en los espíritus que aman en secreto, en los espíritus ocultos a sus propios ojos de profundidad. Ofelia musitaba los versos de la beguina Hadewijch de Amberes que había repetido tantas veces desde la llegada de Enrique. A la mañana

siguiente, llamó al muchacho y le habló, como siempre controlando sus emociones, frustrando su deseo de expresarle su miedo, de abrazarlo y llorar con él.

—Debes trasladarte a la isla mayor, a Tenerife, a cumplir con tus obligaciones militares durante casi tres años. Rezaré por ti, no te olvidaré. A tu regreso, ya no podrás vivir en el convento, pero yo te ayudaré a conseguir un buen trabajo y una buena posición. Por ahora, nada más puedo hacer por ti, aunque me duela, solo desearte suerte y darte mi bendición. Toma esta carta dirigida al capitán Donato Pío, un viejo amigo de mi padre —dijo Ofelia como quien pronuncia una fría sentencia.

Enrique se quedó en silencio, confuso, abandonado nuevamente, desposeído. Las semanas que pasaron hasta su marcha estuvieron llenas de incertidumbre. ¿Qué sería de él en un mundo extraño de hombres y de armas?

Ofelia cayó enferma con una fiebre altísima. Abatida, no quiso ver a nadie hasta el día anterior a la partida del muchacho, en el que, recobrando su fortaleza, aparentó normalidad y recuperó su firmeza y serenidad. Tuvo que aceptar la inevitable marcha de Enrique, al que había considerado suyo y había querido silenciosamente, con vehemencia, sin que él mismo lo notara. No se trataba de renuncia cristiana, ni de un acto de santidad, simplemente era la comprobación de que nada nos pertenece y de que nada permanece.

Una pequeña maleta de cartón bastó para llenar las escasas pertenencias de Enrique: algo de ropa y un libro de santos. Con ella en la mano se despidió de las integrantes de la comunidad, que, con tristeza y entre lágrimas y rezos, le aconsejaron que fuera un buen cristiano y le pidieron que volviera pronto. En esta ocasión, Ofelia exhibió algunas expresiones emocionales que la delataron, un temblor en la voz y sus hermosos ojos verdes como dos lagos gélidos en invierno.

—Hijo mío, ve con Dios, sé valiente y que Nuestra Señora de las Nieves te proteja —le dijo sin convicción.

Finalmente, Enrique emprendió su camino sin haber intercambiado

ni un solo beso con la mujer que tanto lo había querido y a la que llamaba madre. El barco que lo esperaba en el viejo muelle lo llevaría a lo desconocido, a hacerse un hombre, le habían repetido más de una vez, pero él no estaba seguro más que del abismo, la lejanía, el desconocimiento y la incertidumbre que lo aguardaban.

Llevaba ya casi dos años en la isla de Tenerife. Si no lo hubieran obligado, quizás nunca hubiera salido de La Palma, donde había nacido y vivido hasta los dieciocho años. Enrique, al que todos en el cuartel conocían como el palmero, era silencioso como un gato, de naturaleza melancólica y simple como la bondad. Se sentía desplazado, incómodo e inadaptado a pesar del tiempo transcurrido fuera de su hogar.

Había sido abandonado en el torno del convento cisterciense de la Santísima Trinidad nada más nacer. Las monjas se quedaron impresionadas al ver a un niño de piel tan blanca y ojos tan claros. La madre Ofelia, joven superiora de la congregación, pensó que aquel niño no debía ser entregado a la inclusa. De alguna manera le pertenecía, como si la Providencia le enviara a aquella criatura como una ofrenda. El niño se libró de ser un siervo campesino o criado de señores. Creció entre aquellos muros de forma austera, protegido y educado por la abadesa, que desde el principio se mostró como una madre celosa y posesiva, pero que no concedió, sin embargo, muchas oportunidades a la ternura. Sentía vergüenza porque ella misma, en toda su vida, no había experimentado el sentimiento abierto del amor. Se ocupó de que ninguna de las monjas se encariñara demasiado con aquel niño rubio, manso y blanco.

Sus orígenes eran totalmente desconocidos. ¿Por qué lo dejaron en el torno de aquel convento? En Santa Cruz de La Palma se afirmaba que era hijo de María, una descarrilada de Los Llanos, y de un marinero holandés que había permanecido unos meses en la isla, involuntariamente retenido, mientras subsanaban los problemas de su barco, que debía zarpar para La Guayana; junto al resto de la tripulación, el holandés había prodigado su compañía amorosa con algunas bellas palmeras. Fuera esto cierto o no, Ofelia tenía la certeza de que el progenitor no era un

isleño, ya que consideraba imposible que aquel querube, casi albino, tuviera algún parecido con los oriundos de aquella tierra, casi siempre morenos y terrenales.

Fue bautizado con el nombre de Enrique de Dios porque llegó un cálido 13 de julio, festividad de ese santo, y recibió los apellidos habituales en estos casos: Santo Expósito. Creció en compañía de las apacibles monjas reposteras, entre dulces marquesotes, amarguillos y almendrados, pero vigilado estrechamente por la reverenda madre Ofelia, que se encargó personalmente de su cuidado, de que creciera sano y de que, en su momento, aprendiera a leer y a escribir. Pronto mostró el gusto por los trabajos de carpintería, el cultivo de la huerta y el jardín, y por ayudar a reparar cualquier desperfecto que hubiera en el edificio.

Los libros y su estudio parecían aburrirle, lo que desilusionó a su protectora, que, por otra parte, no observó ningún problema en esos años, ya que no mostraba deseos de volar libre ni de conocer otra vida. Poseía una preciosa voz blanca que incitó a la superiora al empeño de que aprendiera a cantar el *Stabat Mater*, la pasión y muerte de Cristo vista desde el alma de la Virgen María, una composición de finales del siglo XIII que poseía un profundo contenido emotivo, más allá del estricto marco litúrgico. De hecho, la adaptación que hizo Haydn de esta obra emocionaba tremadamente a Ofelia, que tocaba el clavecín mientras el niño cantaba en latín, en tiempos lentos, con una capacidad asombrosa para expresar el dolor y el amor. Desde que la pubertad acabó con aquella voz pura ya nadie cantó, aunque ella, en alguna misa, siguiera tocando el clavecín y manteniendo la prohibición al resto de las monjas de que cantaran, ya que pensaba que desafinaban como gallinas.

El contacto más directo que el muchacho tenía con el mundo exterior eran las visitas esporádicas al mercado de Santa Cruz de La Palma, que, durante un tiempo, realizó acompañado de Juan, el jardinero y guardián del convento, un anciano sordo que, desde tiempos remotos, trabajaba para las monjas y vivía discretamente en un cuarto de aperos en la huerta, sin relación con las religiosas, siguiendo solo las indicaciones de la

superiora. En la calle, Enrique se sentía observado, veía que se mofaban de él, sin lograr entenderlo. Desde niño lo apodaban el holandés. En una ocasión preguntó a Ofelia:

—Madre, ¿por qué me llaman el holandés, se ríen y hasta se carcajean delante de mi cara?

—Es por tu pelo y el color claro de tu piel. Te ven como a un extranjero. Si te sirve de consuelo, a mí me apodian la marquesita durmiente, por algo que me pasó en la infancia. La gente es ruin y les gusta mofarse de los otros, y en esta isla son irónicos y cuentistas por naturaleza. ¡Ay!, dicen que los palmeros estamos locos de remate por la mezcla de portugueses melancólicos, sefardíes conversos, andaluces abúlicos y flamencos desnaturalizados —dijo la monja con estupefacción y enfado.

Enrique no volvió a bajar a la recova ni preguntó más sobre el asunto. Intramuros estaba protegido de cualquier comentario doloroso o maldad gratuita. Aunque no había elegido voluntariamente la vida conventual, con sus costumbres, estudio y rezos, siempre había vivido allí, tutelado permanentemente por la madre Ofelia, y eso era lo que le parecía natural; no esperaba grandes cosas de la vida ni le interesaba pensar en el futuro.

Nunca consiguió abstraer la idea de Dios como padre supremo. No tenía un padre que lo protegiera, era hijo de padre desconocido, no tenía modelos masculinos con los que identificarse, solo podía apoyarse en su reverenda madre y en su grupo de obedientes religiosas, todas con sus hábitos negros, sus tocas, que solo permitían ver el rostro y las manos. Ni el pelo ni la forma de sus cuerpos podían adivinarse. ¡El cuerpo, qué misterio! Su ropa era sencilla, camisas blancas de algodón y calzones de lino que ocultaban sus pezones rosados, sus genitales y las piernas lampiñas como dos cañas. En verano, de niño, le gustaba bañarse en la alberca del convento, chapotear divertido, refrescarse del calor; entonces la madre Ofelia y alguna de las monjas lo miraban con alegría, mientras él jugaba, saltaba y las salpicaba con el agua. Pero al crecer y llegar a la pubertad, las religiosas dejaron de acompañarlo como animadas espectadoras en

una diversión que se volvió para él un juego solitario. Al preguntar a la madre Ofelia por qué ya no participaban en sus juegos, que hasta hacía poco tanto las hacían reír, ella le respondió que ya había cumplido doce años, que era ya un hombrecito y existía algo que se llamaba pérdida de la inocencia, pudor ante la carne, que según el Génesis fue lo que les ocurrió a nuestros primeros padres, Adán y Eva, cuando mordieron la manzana y perdieron el paraíso. La parte material o corporal del hombre y la mujer, según el catecismo de la doctrina cristiana, inclina a la sensualidad y la lascivia y, aunque ahora no lo entendiera, ya lo entendería más adelante. No era conveniente que las monjas lo vieran casi en cueros, ya que eso podía llevarlas a malos pensamientos que las alejaran de la oración y de la espiritualidad en la que vivían. Todo esto lo dijo sin mucha convicción. El pobre Enrique no entendió nada. En cuanto a la cuestión del temor de Dios, tampoco le encontraba respuesta. Por ello, a pesar de crecer en el convento, no se despertó en él una clara vocación religiosa, ni la superiora le insistió jamás para que ofreciera su vida a Jesús o caminara por la idea enfermiza del pecado, ya que ella misma no era una creyente fanática y, a pesar de su falta de contacto con la vida externa, poseía un gran conocimiento de las cosas, por medio del estudio y su afición a la lectura, una fuente constante de sabiduría que la mantenía viva y le permitía, en silencio, tener pensamiento crítico.

Aquella casa conventual no era más que un refugio para sus moradoras, una guarida, un micromundo de sosiego que las alejaba de la vanidad, los peligros terrenales y sus conflictos.

Enrique ahora sentía lejana, fuera del tiempo, aquella seguridad claustral con la que se le había sobreprotegido. Se veía como un niño perdido, incomprendido en su nuevo estado, soldado raso en un lugar hostil, en donde le decían que se haría un hombre de verdad. También, en su momento, encontraría el amor, algo inesperado, que se esfumaría casi al mismo tiempo.

El encuentro

Santa Cruz de Santiago de Tenerife no era más que una pequeña ciudad blanca, costera. Un municipio extenso, con sus barrios y pedanías, de unos treinta mil habitantes, principalmente comerciantes, pescadores y agricultores. La bahía estaba llena de pequeñas casas y las fincas de caña y plataneras llegaban casi hasta el mar. Desde cualquier lugar, se divisaban los campanarios de las iglesias de La Concepción y San Francisco de Asís. Los vientos alisios, que soplaban regularmente desde la cordillera de Anaga, llegaban suaves y frescos a la ciudad.

Los avances, el progreso, los cambios del fin de siglo comenzaban a aparecer y a ser asimilados con naturalidad por los habitantes, siempre abiertos a cualquier novelería. A Enrique le costó adaptarse a la vida militar y a la nueva ciudad, pero su marcada discreción y la carta de recomendación de la madre Ofelia hicieron que fuera nombrado sin dilación asistente del capitán Donato Pío. Debía limpiar sus botas, preparar su uniforme y, sobre todo, atender cualquier demanda de su mujer, doña Rafaela Peláez, Fela, la capitana. Eso le permitía, al menos, tener una tarde libre a la semana. No era como los otros quintos, que acudían a cafés o tabernas de dudosa fama, buscando la compra del cuerpo de una mujer cualquiera. Enrique se refugiaba pronto en la residencia militar. Le gustaba contemplar el horizonte y disfrutar del olor del mar. Añoraba la vida tranquila que había tenido que interrumpir cuando lo reclamaron a filas. Acercarse a la marquesina, la farola del mar, que daba la bienvenida en el muelle a los viajeros, contemplar la puerta de influencia toscana, pasear por la costa, sentarse en la ala-

meda de la Marina o a la sombra de una barca eran sus distracciones favoritas.

Escribió algunas cartas a la que consideraba su madre, pero con el tiempo dejó de hacerlo por cansancio. Siempre enviaba el mismo mensaje: estoy bien, las extraño mucho, y sin más por la presente... Ofelia le respondía siempre con los mismos consejos, pero también con la misma torpeza para expresar sus verdaderos sentimientos. El tiempo pasaba; hacía ya mucho tiempo, casi un año, que vivía como soldado, lo que a él le parecía una eternidad. Cumpliendo órdenes, sometido, obedeciendo los caprichos de unos y otros. Él era el último de la fila.

Aquella tarde, cuando los callaos golpearon su espalda, pensó que, como era frecuente, algún compañero le gastaba una broma pesada. Sin embargo, al volverse contempló a una muchacha morena que huía entre risas.

Enrique esperó otra tarde a que la chica volviera a la playa. Hablaron, se besaron, corrieron como chiquillos, forcejearon hasta que comenzaron a reír nerviosamente. Se acercaron y se contemplaron. Josefa se abandonó ante la mirada azul de Enrique y él creyó pisar, por primera vez, tierra firme al rozar la piel morena de la muchacha.

La boda

Aquella ceremonia le pareció triste, de mal presagio para una historia de amor que comenzaba. Josefa tenía frío y, además, aquellos zapatos le apretaban. Pero eso no era lo importante, ya que la situación en la que se encontraba le parecía ridícula, como si no fuera con ella, porque que se sentía atrapada, con ganas de gritar y de correr.

El padre Baudilio había aceptado de mala gana casarlos temprano, a las ocho de la mañana, en la vieja iglesia de San Francisco. Una boda de pobres, un trámite ante Dios, sin luces ni flores, pero el capitán Donato Pío se lo había pedido y no estaba bien negar algo a la milicia. Hoy por ti, mañana por mí, pensó aburrido el franciscano. Además, su mujer, doña Fela Peláez, era una feligresa fiel y generosa, un auténtico ejemplo de cristiandad.

Ana arregló como pudo un vestido marrón para su hermana, una prenda que ya no le era útil a una de las señoras a las que lavaba cada día inmensas cestas de ropa. A Josefa le pareció feo desde el primer momento, un traje de vieja siniestra. Ella habría deseado un vestido azul, color del mar, o amarillo como la luna. Pero aquel vestido sucio como el fango, pasado de moda, era, según Ana, lo más elegante que podía llevar.

Entraron discretamente en la iglesia, por una puerta lateral. Dos o tres beatas madrugadoras que rezaban un rosario a santa Rita de Casia, patrona de lo imposible, ni siquiera se enteraron de su presencia. Allí, en sus hornacinas, también estaban la virgen del Carmen, san Joaquín y santa Ana, Santiago Apóstol y el busto del Señor de las Tribulaciones, en estado de dolorosa agonía, al que los feligreses tenían gran venera-

ción. Ana y el sacristán ejercerían de padrinos, pues no encontraron a ninguna otra persona que se prestara para ese cometido en horas tan tempranas.

Al acceder al recinto religioso, Ana intentó arreglar con esmero el pequeño velo que Josefa llevaba sobre su cabeza, pero ella la apartó enfadada, casi de un manotazo. Se sentía extraña arrastrando aquel vestido feo que no se adaptaba bien a su cuerpo, caminando por el pasillo mientras veía al fondo el altar, recubierto de pan de oro traído de América que dañaba la vista en aquella iglesia barroca, oscura, que ella nunca antes había visitado; un ambiente lúgubre y enfermizo que, como poco, daba miedo. Temía que su ángel también la encontrara fea, falsa, con aquel disfraz de vieja siniestra que le quedaba grande y con el que se sentía un adefesio. Pero miró a Enrique y sintió que él no compartía esa impresión, pues la contemplaba embobado con aceptación y alegría. Parecía vivir el día de su boda como una ceremonia importante, nervioso, escuchando emocionado las palabras del páter Baudilio como si le hablaran desde el cielo. Josefa se sorprendió al verlo rezar con fervor, guapo, con su uniforme de soldado raso, eso sí, con las botas brillantes recién betunadas y los botones de la chaqueta relucientes. Pero ella se sentía ausente, confusa, sin gracia, pidiendo permiso para vivir con aquel muchacho, deseando despertarse junto a él todos los días de su vida. Miraba de reojo a Enrique, atento a las palabras monótonas de aquel franciscano gordo que, con la desgana de un trámite sin interés, desde un altar lateral próximo a la sacristía, los estaba uniendo en sagrado matrimonio. Ella no escuchaba las palabras, parecía sufrir una sordera inexplicable.

—Josefa Acosta, ¿quieres a Enrique Santo Expósito en la salud y en la enfermedad, obedecerle y respetarle hasta que la muerte os separe? —masculló el padre Baudilio por segunda vez.

Silencio.

—Josefa, el padre te pregunta si quieres casarte conmigo —le dijo Enrique al oído en tono suplicante.

Josefa pareció despertar de una pesadilla e hizo un gesto afirmati-

vo con la cabeza. Ana suspiró por fin y envidió la suerte de su hermana, como lo había hecho el día en que había conocido a Enrique. Si se lo hubieran preguntado a ella, habría contestado rápida sí, sí, sí quiero. Le costaba admitir la atracción que aquel joven diferente y guapo ejercía sobre ella. Josefa lo ha conseguido, se ha casado con él, pero ahora ¿qué pasará? No es el final feliz de un cuento. Ya llegarán los problemas, pensó Ana.

Cuando salieron de la iglesia fueron los tres silenciosos, como quien ha realizado un gran esfuerzo, a desayunar a la recova. Nadie más había acudido a la ceremonia. Al padre de Josefa le traía sin cuidado que se casara, que se las arregle como pueda, y los hermanos gruñeron que no podían perder tiempo porque tenían que trabajar, y que con tu cuchara te lo comas, había comentado el mayor con desdén.

En la calle de San Clemente, Josefa no pudo soportar más los zapatos y se descalzó. Iba bien agarrada al que ahora era su marido. Ana, incómoda, los acompañó hasta un pequeño café de la recova y se despidió. Se sentía apartada, como quien ha perdido algo suyo. Ya no pintaba nada allí; además, también ella tenía que trabajar, la ropa para lavar no esperaba, pero antes de desaparecer los miró con celos y con pena.

¡La felicidad no sé qué es! Será que soy una ignorante a la que no le han enseñado nada. Solo conozco el hambre y la miseria, suspiró Ana inquieta.

La mañana era fría, pero la recova parecía animada y bulliciosa. Se sentaron en el cafetín y tomaron un chocolate caliente como banquete nupcial. Así, solos los dos, se sentían mucho mejor. Josefa pensó que ahora casada no se encontraba diferente, ni repentinamente menos libre. Y tendría a un hombre complaciente a su lado. Es el comienzo de una nueva vida, le decían, pero no estaba muy segura de ello.

—¿Me quieres? —preguntó a Enrique, que la observaba ensimismado.

—Pues claro, me acabo de casar contigo, qué mejor prueba hay de lo que siento. Soy el hombre más afortunado de la Tierra.

Ella apretó las muñecas de Enrique intensamente, mirándolo de for-

ma descarada, comiéndoselo con los ojos. Eso de ser felices debe ser algo que quema por dentro, pensó.

—Me haces daño —murmuró Enrique, mirándola algo asustado.

—¡Así, así te quiero, como una loca! —dijo Josefa con voz firme y se echó a reír escandalosamente. Las palomas de la plaza se asustaron y volaron por encima de sus cabezas.

Enrique no debía demorarse, tenía que incorporarse esa misma mañana al cuartel. Cuando llegó a la primera esquina se dio la vuelta y vio que, todavía sentada en el cafetín, Josefa lo observaba. Le envió un beso volado y desapareció. Josefa, sin prisas, se fue sola hacia su nuevo hogar, sorteando huertas, buscando el cauce del barranco, canturreando, descalza, con ganas de llegar a su casa para quitarse aquel maldito atuendo que la sofocaba. Quería pensar que aquello tan profundo que sentía ahora en su pecho era algo bueno e inesperado.

Un chico que voceaba la prensa gritó desde lejos «¡guerra en Cuba, guerra en Cuba!». Mal agüero, pensó. Acababa de casarse y, al parecer, se había desatado una guerra, algo frecuente en sus pesadillas, que significaba hambre y muerte. La incertidumbre de un desastre volvía a amenazarla.

Casados

Enrique y Josefa se fueron a vivir a una antigua cuadra, adecentada como un hogar, muy cerca del barranco de Anchieta, detrás de los lavaderos de la ciudad, donde ella trabajaba, y cercana a la casa familiar. Tenían un gallinero, que hasta ese momento habían cuidado las dos hermanas, del que obtenían algún dinero con los huevos que vendían, y un pequeño huerto donde plantaban, según la estación, verduras y hortalizas. Josefa se las ingenió para conseguir geranios y enredaderas de campanillas azules, arrancando matas que asomaban por algunos de los jardines del barrio de los Hoteles, con el fin de dar un aspecto más alegre a lo que ahora era su hogar. Enjalbegaron con cal las paredes y arreglaron, como pudieron, el techo para que no los mojara la lluvia que se filtraba en invierno. Solo poseían un camastro, una mesa improvisada y dos sillas desvencijadas.

Nada de esto preocupaba a Josefa, lo que le dolía era que Enrique pasaba poco tiempo con ella. Aunque le permitían pernoctar con su joven esposa, trabajaba todo el día en la casa cuartel siguiendo las órdenes del capitán Donato Pío y, sobre todo, cumpliendo los caprichos de doña Fela. Enrique debía ir en un carro con mulas a comprar a la re-cova toda una lista que cada día elaboraba la capitana. Acompañaba y recogía a sus hijos de la escuela y, además, debía mantener siempre impecable el uniforme del capitán, los cinturones, las botas, las hebillas y los botones. Enrique sabía que abusaban de él, pero todo terminaría cuando acabara el servicio militar y encontrara un buen trabajo con el que salir adelante y prosperar.

Doña Fela, gruesa cuarentona, se quejaba siempre y parecía que nada estaba a su gusto.

—Venga, Enrique, y quíteme los botines, que tengo los pies destrozados —le decía cada tarde, después de merendar en el casino con otras señoras, jugar en una sala privada al *bridge* o acudir a las pruebas rutinarias en casa de su modista. El corsé muy apretado obligaba a Enrique a arrodillarse para descalzarle un pie, recibiendo con el otro una patada en el trasero.

Fela decía que siempre había deseado casarse con un militar justo para poder tener un asistente y hacer ese gesto marcial que la liberaba de la opresión en el pie atrapado, aplastando con un golpe al pobre hombre arrodillado. Para ella no había mayor placer que ver rodar a su siervo por el suelo.

El capitán se alegró de la boda de su asistente. Después de la espera por la llegada de documentos, partida de nacimiento y permiso militar, la boda pudo celebrarse. Lo encontró contento y despierto, algo más hablador, pero obediente como siempre. A doña Fela aquella boda no le hizo ninguna gracia, pues con ella descubrió que su asistente había tenido otros intereses personales que le había ocultado. Sin embargo, aunque ahora pasaba las noches como recién casado, con permiso fuera del cuartel, era puntual en la capitánía y no se marchaba a su casa hasta que no acababa las innumerables tareas que debía realizar cada jornada.

Josefa lo esperaba con deseo, como siempre, pero observó que cada vez tenía más trabajo y volvía agotado. Aquellas tardes de libertad juntos, en el muelle o en las calas cercanas, casi habían desaparecido. Ella se cansaba de oír cacarear a las gallinas y, aunque sola, se acercaba muchas tardes, como hacía antes, a la orilla de la mar, a ver volar a las gaviotas, observar el atraque de los buques o a los pescadores que se acercaban a la costa con las redes llenas para la venta, y cómo sus mujeres llenaban las cestas, gritando alegres por las calles «¡pescado fresco!». Enrique ya casi nunca la acompañaba. Cuando sentía su ausencia le volvían las ganas locas de huir, de llegar al horizonte y desaparecer. Pero no sabía nadar,

ni volar. Tenía la sensación de estar atrapada en la tierra y sin esperanza de ser rescatada. Cuando se miraba las manos, enrojecidas por la sosa cáustica, hinchadas de lavar cestas de ropa, se sentía prisionera de un destino miserable del que no podía escapar. ¿Quién era? Una niña que no había acudido a la escuela, una mujer analfabeta, ahora casada con un hombre al que quería locamente, pero obediente hasta el servilismo, incapaz de aprender a volar con ella, a rebelarse, sumiso y conformista.

La primera llovizna de septiembre comenzó a caer sobre la tarde. Josefa corrió desde el muelle a refugiarse debajo de los plátanos del Libano y los tamarindos de la cercana alameda de la Marina, sola, confusa, como si le hubieran robado las fuerzas.

Al regresar a casa, encontró a Enrique inquieto, esperándola en la puerta. Dentro, sentada en una silla, estaba su hermana Ana. Josefa estaba empapada, pero a ellos, en principio, no pareció importarles. Tenían algo que decirle.

—Josefa, a partir de mañana, Ana y tú lavarán la ropa de los soldados del cuartel de Almeyda. El capitán Donato Pío pensó en nosotros. Ganaremos algún dinero más y quién sabe si en unos meses podremos mudarnos a una casa de verdad.

Ana miró los ojos de su hermana, que recibía aquello como una mala nueva, un castigo más añadido a su vida, no como una noticia con la que alegrarse, que podía alejarlos de la solemne miseria en la que vivían.

—Anda, desastre, cámbiate esa ropa mojada —le lanzó su hermana—. Y a ver si te acostumbras a ir calzada. Solo faltaría que ahora cogieras una pulmonía.

—Mañana vendrán conmigo hasta Almeyda —dijo Enrique, dirigiéndose a Ana e ignorando a Josefa.

—Tendremos más trabajo, pero se trata de progresar y salir de la miseria —añadió Ana.

«Miseria, miseria —masculló calladamente Josefa—. A mí nadie me pregunta nada, todos parecen saber qué es lo que me conviene, todos menos yo. Salir de la pobreza e ir ¿hacia dónde? Hacia una vida aún más

horrible. Aceptar que te humillen, trabajar como infelices, hundirnos para siempre entre un montón de ropa jedionda de gente aún más sucia. Ahora ya lo sé, no me dejarán vivir libre, me encerrará en una jaula. ¿Esto es lo que me espera en la vida día a día?», decía para sus adentros.

Josefa se quitó la camisa blanca y la falda, larga y de un color parduzco indefinible. Su hermana la observó desnuda, delgada, con la misma fragilidad de siempre. Se lavó los pies de pobre, anchos, indómitos, recubiertos de barro, imposibles de calzar con una horma normal para cualquier ser humano civilizado. Josefa era como aquellos pies de desgraciada: toscos, insultantes, primitivos.

La muchacha se acostó rápidamente, sin cenar, dejando sin respuesta a su marido y a su hermana, que parecían cómplices compartiendo la idea certera de cómo vivir y respirar.

—Ya te advertí de con quién te casabas. Nunca está contenta con nada, no sabe ella lo que es la vida —refunfuñó Ana, mirando a Enrique con rabia y tristeza, antes de marcharse sigilosamente, como una sombra bajo la lluvia.

Enrique, sentado a la mesa, comía su cena habitual, leche con gofio y migas de pan. Ensimismado, apesadumbrado, sintiéndose impotente por el malestar de su mujer, sin poder evitar su pena, adentrándose por un laberinto de pensamientos tortuosos, perdiendo el hilo para poder salir de él. Nunca está contenta con nada, con nada, con nada...

El malentendido

Poco antes de las nueve, doña Fela observó desde su balcón cómo su marido hablaba con el asistente, al que acompañaban dos mujeres, una próxima al soldado y la otra, más delgada, como ausente. Ambas iban vestidas de la misma manera, blusa blanca, falda oscura, delantal, pañuelo en la cabeza y alpargatas blancas, solo que la más alta llevaba un sombrerito de hojas de palma. Las lavanderas, pensó.

Sabía que una de ellas era la mujer del asistente y creyó que seguramente sería la más cercana a él, la que recibía las instrucciones y parecía más despierta. En poco tiempo, las mujeres trasladaron los uniformes y la ropa de cama en numerosas cestas hasta un carro tirado por una yegua. Una vez cargado, una de ellas se sentó junto al conductor que debía llevarlas a los lavaderos. La otra, la más joven y desganada, al carecer de asiento, fue caminando con expresión malhumorada.

A media mañana, doña Fela hizo llamar urgentemente a su marido. El capitán Donato Pío abandonó rápidamente su despacho y se encamino hacia su vivienda, ubicada en el mismo cuartel. Aún en camisón y con el desayuno en la mesa, lo recibió con ojos de desespero y súplica.

—Pero ¿qué te pasa, Felita, mujer? —preguntó preocupado el capitán.

Fela adoraba interpretar, creía ser una buena trágica y sobreactuaba. Imitaba a las actrices que había visto en el teatro y Donato, que lo sabía, le seguía la corriente.

—¡Esto es un desastre! —musitó con ojos llorosos—. ¡No puedo llevar esta casa con tan poco servicio! Necesito una mujer más que nos ayude en las labores.

—Pero, mujer, si ya tienes cocinera, doncella y asistente.

—¡Qué egoísta eres! Necesito una mujer que planche, lave y ayude en la cocina. No sabes lo que es llevar esta casa y cuidar de cuatro hijos —gimió mimosa, mientras mojaba un dulce en su café.

—¡Fela, Felita, ya la buscaremos! —exclamó Donato.

—Eso no va a ser un problema —añadió Fela—. Esta mañana he visto a la mujer del asistente y creo que ella puede ser la indicada. Me pareció fuerte, dispuesta y trabajadora.

—Y discreta —añadió Donato—. ¿Qué más se puede pedir a una sirvienta? —dijo con alegría.

—Habla con el marido. La quiero aquí mañana. No sabes lo feliz que me haces.

El capitán Donato Pío se marchó pensando en los extraños caprichos de su mujer y sintiendo lástima por lo que le esperaba a la de su asistente. Aquella tarde, Fela ya pudo presumir con arrogancia de tener una criada más a su servicio en su círculo de amigas.

Las dos hermanas no pararon de trabajar durante todo el día. A la ropa militar había que añadir la de sus clientes habituales, que, cuidadosamente, no había que mezclar. Eso es lo que les esperaba, día tras día, sin importarles el cansancio, por un salario mísero que, evidentemente, no mejoraba su condición de pobres.

A Josefa, el olor nauseabundo de la ropa de los militares, mil veces usada y transpirada, llegaba a marearla. Había que frotar, golpear, enjuagar y volver a enjuagar, para que toda aquella suciedad acumulada se desprendiera. Josefa lo hacía con rabia, con rencor, como un desahogo, odiando lo que hacía.

—No me mires con esos ojos —le dijo Ana, respondiendo a su mirada—. Trabaja, condenada, porque pronto te quedarás preñada y a los hijos hay que darles de comer.

«¡Trabajo e hijos! —pensó Josefa mientras golpeaba la ropa en la pila—. ¡Dar de comer a los hijos!, ¡trabajo y más trabajo! Tampoco me han preguntado si quiero tener hijos». Al atardecer sintió como si su

alma se liberara de su cuerpo, que caía y rebotaba en el suelo como un animal reventado. Efectivamente, como había exclamado su hermana, condenada.

Durante la cena, Enrique le comunicó que al día siguiente entraría a servir en casa del capitán. Era una suerte, pues la señora era muy buena, aunque exigente. La había elegido a ella. Tendría mucha faena, pero al menos se libraría de la rutina de lavandera. Josefa se quedó aún más confusa y perdida. Entraría a obedecer a aquella mujer antipática, a servir, a soportar los abusos, como ya hacía cada día su marido. Y, además, sería menor el tiempo que pudiera pasar con él.

—No tienes que provocar problemas, haz lo que te pidan. Además, la señora está poco tiempo en la casa. Llévate bien con las otras mujeres del servicio y todo irá bien —le aconsejó Enrique—. Ahora eres una mujer con obligaciones. Si me quieres, hazlo por mí. Progresaremos, seremos felices, tendremos una mejor vida, nos irá bien.

«No seremos más felices porque ya no seremos nosotros, serán otros dentro de nuestros cuerpos, obedientes y manejables. A ti obedecer te parece fácil, pero yo no soy así», pensó Josefa, que, sin embargo, no pronunció una sola palabra de reproche, aunque se quedó mirando desconcertada y triste a Enrique. Todo pareció en paz.

A la mañana siguiente, el capitán y Enrique acompañaron a Josefa al interior de la casa, donde los esperaba su mujer. Al recibirlas, Fela se dio cuenta del error, como si un jarro de agua fría cayera de repente sobre su cuerpo.

—¡No es esta, tonto! —le dijo a su marido con angustia.

—La otra, la más alta, trabaja afanosamente, con diligencia y sin remilgos.

—Pero esta es la mujer del asistente y fue lo que tú me pediste —murmuró por lo bajo el capitán, acalorado y avergonzado.

—¿Cómo iba a pensar que la famélica era la mujer de Enrique? Necesito a la otra, a la que parece tan dispuesta y laboriosa —se lamentó Fela, suplicante.

—Bienvenida a nuestra casa. Esta es mi señora, doña Rafaela Peláez, a la que va a obedecer rectamente en todo lo que le diga. Estoy seguro de que no habrá problemas. Espero que su conducta sea parecida a la de su marido, que ha demostrado ser un hombre honrado, responsable y recto, como nos decía la carta de recomendación que nos envió la reverenda madre Ofelia de la Santísima Trinidad. Usted, señora, no debe defraudar ni perjudicar a su marido, ni tirar por el suelo un futuro prometedor.

Todos la miraban, esperando una respuesta de simpatía o de sumisión, pero Josefa permanecía cabizbaja y sin expresión. Fela, que, a pesar de la temprana hora, había hecho un enorme esfuerzo para vestirse y adornarse con uno de sus mejores trajes y sus perlas, se acercó a la muchacha y, levantándole la barbilla, exclamó:

—Todo ha sido un terrible error y es mejor desvelarlo cuanto antes. —Y, mirando a Enrique, continuó—: Yo pensé que su mujer era la otra, la más alta y fuerte, la que parece tan hacendosa. Esta, sintiéndolo mucho, no me sirve. Así que tráiganme a la otra —ordenó tajante.

Donato se puso rojo de vergüenza y, sin decir nada, salió de la casa, arrollando a su paso a Enrique y a Josefa. Fuera, con firmeza militar, dijo:

—Ya ha oído usted, Santo Expósito, quiere a la otra, a su cuñada. No hay nada más que decir. ¡Que venga la otra!

Ana sustituyó con alegría y sorpresa a Josefa y esta respiró aliviada por no tener que servir a la fuerza a una mujer tan abusiva y antipática. «Por fin la suerte toca a mi puerta. Con este trabajo podré mejorar y vivir, finalmente, mucho mejor de lo que he vivido hasta ahora. Haré todo lo que esté en mi mano para ganarme a la señora y, poco a poco, conseguiré tomar las riendas de la casa y hacerme imprescindible», caviló Ana, con la mente fría. Fuera del cuartel de Almeyda, Josefa comenzó a reír a carcajadas y a correr hacia la playa, sola, descalza, como una presa que se escapa de su celda, libre por el momento de la venta en el mercado de esclavas y desahogada de su error, un marido manso y resignado, al que amaba, pero que propiciaba el cautiverio y la desesperanza.

La huida

Al llegar a la playa de la Peñita, Josefa se encontró con los pescadores y sus mujeres, que vendían el pescado fresco recién cogido de las redes y las nasas. Poco a poco, la gente se fue marchando hasta quedar la playa silenciosa y solitaria. Allí continuaba Virgilio, que cada dos o tres días varaba su barca para vender también su pesca. Nadie como él conocía la costa en la que conseguía unas viejas grandes y coloradas, un plato exquisito para el paladar, codiciadas en los mejores fogones de la ciudad.

Virgilio tenía unos treinta años, no era muy alto, pero sí fuerte y fibroso, de pelo cobrizo, ensortijado, con unos enormes ojos saltones, de color ámbar. Conocía a la muchacha rara, la negra, de verla siempre en las calas cercanas al muelle. Aunque habían cruzado muchas veces sus miradas, no habían hablado ni una frase con sentido, ni siquiera cuando le regalaba pescado; si acaso, habían intercambiado un leve gesto o una sonrisa. Los peces tampoco hablaban.

Virgilio vivía en el barrio de San Andrés, una aldea de pescadores a unos ocho kilómetros de la capital, a la que se accedía por tierra a través de una tortuosa pista que se deslizaba peligrosa sobre los acantilados. Era un ser solitario que rehuía el compadrezo y también las bromas chuscas de los otros pescadores. Por suerte, lo dejaban a su aire, silencioso, distante. Él no se relacionaba con destreza, pero era capaz de ayudar a quien se lo solicitaba. Los demás pescadores se habían acostumbrado a su forma de ser y lo respetaban. Parecía un hombre triste, ensimismado, al que le gustaba beber en soledad, aunque nunca nadie lo vio borracho, en peleas o en saraos.

A Josefa le llamaban la atención los rizos de su cabeza y sus ojos amarillos verdosos, ojos de pez, ventanas de barco, acuosos, con la expresión del que está a punto de llorar o descubrir un tesoro submarino, la mirada del habitante de la mar que, en ocasiones, le guardaba sabrosos salmonetes rojos, cabrillas o sardinas, y se las regalaba, mudo, con la certeza de que esos eran sus peces favoritos. Le sorprendía la expresión alegre y curiosa de la muchacha, la boca fuerte, la mirada desafiante, pero a la vez huidiza. También, dejaba traslucir una gran nobleza, una transparencia que la distinguía de la mayoría de los seres humanos que él conocía.

Aquella tarde de especial liberación para Josefa, cuando Virgilio estaba a punto de emprender el regreso con su barca y ya no había nadie en la cala, se acercó.

—¡Llévame contigo! —le rogó.

Virgilio la entendió sin preguntar, comprendió su mirada de suplica, de la persona que huye o precisa ser rescatada, de quien necesita un cómplice en su fuga.

—Vamos —contestó Virgilio.

Nadie los vio. Como dos desertores escaparon en la tarde de forma sigilosa, adentrándose en la misteriosa marea. La muchacha sintió una felicidad extraña, ingenua, algo inaudito, sin entenderse a sí misma, sin saber muy bien el paso que daba. La mar le ofrecía la posibilidad de ser otra, una nueva vida fuera de la ciudad, de dejar de lavar la ropa de otros, de obedecer. Enrique era un ángel caído, enamorado, pero no la había podido entender. Aunque ahora lo abandonaba, pronto añoraría su mirada mansa o su cuerpo leve. ¡Cómo le había hecho sufrir su sumisión!, ¡qué poco la conocía! Con estos pensamientos fue abandonando la costa de la ciudad. Los dos navegantes vieron recortadas, desde el mar, las misteriosas y viejas montañas de Anaga. Quedaba mucho para llegar al pueblo, pero el viento y la bonanza de septiembre harían que las cosas fueran más fáciles y llegarían discretamente al anochecer.

Virgilio fue pensando qué hacer con la muchacha. Era evidente que era una persona que se evadía de su destino y él se había aliado, casi sin

pensarlo, en su deseo de escapar. Tendría que esconderla y ayudarla a sobrevivir. Qué más daba el motivo de su huida; al fin y al cabo, todos tenemos secretas razones para escapar, para desertar, y él lo sabía mejor que nadie. También comprendía que se estaba complicando la existencia, pero el oscuro destino así lo había querido. De reojo miraba a Josefa, tan delgada, con su pelo lacio sujeto en una trenza castaña que le caía a media espalda, y las clavículas tan marcadas sobre el pecho como el deseo de libertad que la embargaba.

Al llegar a la aldea, Virgilio no dejó su lancha en el embarcadero. Pensó que, en principio, lo mejor era ocultar a la muchacha en la cercana playa de Traslarena, donde sería posible que nadie advirtiera su presencia y la molestara. Desde el primer momento, ella se sintió segura con Virgilio. Eran parecidos, podían entenderse casi sin hablarse, se intuían. Poseían algo salvaje, una fuerza especial, algo que no tenía que ver con la razón. Ya no le importaba morir porque sabía que su alma flotaría más allá de su cuerpo. Ese cuerpo que no era nada sin libertad.

Josefa se desprendió de la falda y se vistió con los pantalones y la camisa que Virgilio le ofreció.

—Algunas veces tendrás que correr, y con esa falda no llegarías muy lejos. Otro consejo, si te cortas la trenza tendrás la apariencia de un muchacho y te será más fácil pasar desapercibida si alguien te observa de lejos —añadió Virgilio, para enseguida cortar la trenza con unas tijeras gruesas que utilizaba para limpiar pescado, entregándosela después a su dueña.

Josefa, con aquel aspecto, no se sentía ni hombre ni mujer. Aquel pescador, sin saberlo, la había convertido en un ser andrógino, más allá del género. Virgilio no la trataba como una mercancía ni la miraba con codicia. No era una hembra, solo una persona, un ser humano.

Virgilio la encontró bonita con aquel aspecto de chiquillo travieso. Pensó que podría quedarse por un tiempo en una casa en ruinas, apartada, por donde ya no iba casi nadie, casi oculta entre cipreses, higueras y maleza.

Traslarena no era como las playas que ella conocía. Era un mar abierto, una concha de más de un kilómetro entre el acantilado de Los Órganos y El Cabezo, un hermoso capricho de la naturaleza, entre una costa cortada de piedra basáltica y una ensenada donde algunos pescadores varaban sus barcas. A pesar de estar tan cerca del pueblo, los lugareños pocas veces se acercaban por allí, no parecían tener interés por aquel paraje, que a Josefa se le asemejó a un paraíso. Solo se veía algún mariscador o algún viejo pescador que extendía sus redes para recoserlas en El Cabezo, donde comenzaba la playa, y estaba también el cementerio, que en ocasiones, en plenilunio, las pleamaras del invierno inundaban.

—Los viejos cuentan historias de muertos, almas en pena de pescadores ahogados que regresan y extraños ruidos de cadenas y apariciones en el cementerio en ciertas noches de brujas —le contó Virgilio—. Todo puro invento. En la tierra, a los únicos que hay que temer es a los vivos. El hombre es el único animal que, en la mayor parte de las ocasiones, si lo acaricias te muerde la mano.

Le advirtió que ella dormiría sola en la casa ruinosa de la playa, pero que no debía tener miedo. Él seguiría viviendo, como era habitual, en su casa del pueblo. No debía alterar sus costumbres ni levantar sospechas. En una fuente cercana podría coger agua y por las noches podría alumbrarse con velas o con la luz de las estrellas.

—De comer no te va a faltar y con un poco de suerte nadie te molestará —le aseguró.

Le enseñó un patio detrás de la casa. Allí, de unas cuerdas tirantes, colgaban jareas, peces abiertos que Virgilio dejaba secar al sol y que luego almacenaba. Siempre había que pensar que los malos tiempos podían llegar. El pescado seco y salado, bien cocinado, era un sabroso manjar.

—Pescado y gofio no van a faltar —afirmó.

La primera noche Josefa sintió la soledad, le costó dormir, pero no experimentó arrepentimiento. El rugido de la mar, al chocar contra los callaos, le parecía el estómago de una enorme ballena en plena digestión.

También pensó en el compañero, el marido abandonado, ¿traicionado?, quizás confuso, triste o desesperado. Pero allí escondida no la encontrarían o tardarían en hacerlo. Soñaba con alejarse rápido, llegar al fin del mundo imaginado y estar a salvo. Podía haber sido con Enrique, huyendo de puerto en puerto, buscando ese lugar ansiado, apropiado para vivir en paz, comenzando cada día, desde el primero hasta el último. Fuertes, valientes, invencibles. Pero él prefería la certeza de un futuro seguro, cada día la misma rutina, sujetos a la voluntad de un dueño, algo que ella de ninguna manera podía admitir.

La playa le resultó una continua sorpresa, siempre diferente. Cuando bajaba la marea, aparecía una enorme lengua de arena negra, por donde correr o pasear. Las charcas de aguas limpias y transparentes que se formaban bajo Los Órganos le permitían chapotear como una niña o bañarse sin el peligro de las corrientes. Nadie la molestaba, era como si siempre hubiera vivido allí. Los pescadores que pasaban con sus barcas tampoco parecían sentir mucha curiosidad por ella cuando la divisaban a lo lejos, en tierra. Les parecía un chico desarrapado, alguien sin interés, que había aparecido de no se sabe dónde, que acompañaba y ayudaba a Virgilio en la pesca, posiblemente. El nuevo amigo del pescador raro y arisco, un chiquillo que el día menos pensado se iría por donde había venido, pensaban con sorna.

Le fue muy fácil adaptarse al medio. Fue conociendo cada rincón y a sus habitantes, las gaviotas y pardelas de la playa, las cigarras cantarinas y los pájaros de colores con penachos en la frente, a los que Virgilio llamaba tabobos, que aparecían cada mañana y desaparecían también antes de que el sol se levantara. Allí se sentía ágil como una gacela, fuerte y en calma. Podía trepar por el acantilado, mirar durante horas las olas, vivir en un estado semisalvaje que siempre había deseado pero que nunca había conocido. Un día Virgilio la llevó hasta el barranco de Teresa.

—Este lugar se llama así porque está plagado de mantis religiosas, un insecto que en el pueblo llaman teresas o teresitas. Es inofensivo, ¿lo ves? Tiene el color pardo o amarillento y son solitarias como nosotros.

Dicen que, en el momento de apareamiento, en ocasiones la hembra devora al macho.

Josefa se quedó aturdida. ¿Sería ella como una mantis religiosa, una teresita solitaria, flaca, pajiza y rara? Pensó en Enrique. Ella no lo había devorado, pero se sentía culpable, lo había abandonado, había huido de él, sin decirle una palabra, llevando en secreto un ser concebido en su vientre.

Virgilio no la acompañaba todo el tiempo; a veces, pasaba uno o dos días sin aparecer por allí para no levantar sospechas entre sus paisanos, que conocían sus costumbres con sus idas y venidas abajo, casi siempre encargos especiales de pesca para gente de la ciudad.

—Ven, tengo que hablar contigo —le dijo Virgilio con aire de preocupación—. En el muelle de Santa Cruz se comenta que te ahogaste en la mar o que te fuiste en un barco a Cádiz o a Cuba. Te buscan, quiero que lo sepas. También he oído que tienes un marido, pero eso no es asunto mío. Ya has visto que si te ayudé a escapar no fue porque te deseara como mujer. Tal como estás ahora pareces un muchacho. En el pueblo ya me han preguntado cómo se llama ese de la playa. A partir de hoy tu nombre es Juan, aunque nadie te va a preguntar y tú no tienes por qué responder. En este pueblucho cada uno va a lo suyo y, afortunadamente, la guardia civil rara vez se acerca por aquí. Pero sé prudente, no te confíes, ocúltate cuando presientas algún peligro.

La madriguera

La casa en ruinas era diferente a las tradicionales de la zona. Se veía claramente que no era la típica vivienda de un pescador. Había tenido dos plantas, pero ahora solo quedaba parte de la inferior. Era espaciosa, con grandes ventanales sobre la mar. Tenía un porche y los restos de lo que había sido un hermoso jardín. Fue construida sobre un promontorio, donde habían plantado higueras, cipreses y frutales exóticos como el mango o el zapote, que, a pesar del abandono, milagrosamente se mantenían y daban algunos frutos en el verano.

Virgilio le contó que los antiguos propietarios habían sido unos nobles franceses y que la finca había sido conocida como la casa de los duques. Un día de 1876 aparecieron por allí, compraron los terrenos y fabricaron la mansión, de piedra y madera, con materiales que fueron transportados en camellos desde la ciudad. Ninguno de los hombres del pueblo participó en la construcción de la que también sería llamada la linda tapada, debido a los muros que la ocultaban y la hacían inaccesible. La familia que la habitaba pasó, durante años, largas temporadas del suave invierno isleño. No contrataron a nadie para que sirviera en la casa, ya que vinieron acompañados por dos mujeres que se ocupaban de las tareas domésticas y un anciano que cuidaba el jardín, conducía el carroaje y se encargaba de ir al pueblo a por provisiones.

La gente de la aldea se acostumbró, con indiferencia, a aquellos vecinos, señoritings extranjeros que acudían discretamente a la misa dominical en un coche de caballos. Solo se relacionaban fugazmente con el párroco de San Andrés, don Fermín, que se entendía con ellos en fran-

cés, aunque con dificultades, y les reservaba unos asientos preferentes en la ermita.

Los duques no eran ostentosos, no llevaban coronas ni capas de armiño; al contrario, parecían tan normales que no llamaban la atención de los pescadores. Los distinguía, eso sí, la seriedad y la cierta altivez con la que se movían. Tenían dos hijas adolescentes sin gracia y un hijo menor, pálido y con aspecto enfermizo, al que en el pueblo apodaron el tísico.

Lo cierto es que las propiedades pertenecían a Pierre de Orleans, duque de Varsy, descendiente directo de Louis Philippe de Orleans, rey de Francia. Los duques decidieron pasar largas temporadas cerca del mar, en un ambiente protegido y subtropical que beneficiara la endeble salud del hijo menor. Sin embargo, después de su sexta estancia invernal, abandonaron la finca y nunca regresaron. Se decía que don Fermín, el cura, había recibido una carta de Francia en la que le comunicaban la triste muerte del hijo pequeño.

La finca fue puesta en venta, pero durante años no hubo ofertas. La gente del pueblo fue devastando la linda tapada. Al principio, por las noches, y luego, sin miedo, durante el día, la casa fue saqueada como se ultraja a una doncella solitaria, con codicia y odio, hasta desfigurarla. Se llevaron hasta el último objeto, incluidas las maderas de los suelos, hasta que un mal día alguien le prendió fuego y el inmueble ardió parcialmente, desmoronándose la primera planta sobre el porche y destruyendo la hermosa fuente central y parte de los jardines. A nadie pareció importarle hasta que alguien comenzó a hablar de fantasmas y de la aparición del malogrado y tenebroso duquesito. Desde entonces, nadie del pueblo se acercaba por allí. Supersticiosos y culpables del saqueo temían un castigo terrible. Solo Virgilio pensó que aquel lugar era idóneo para dejar secar las jareas y la madriguera perfecta para esconder a su amiga.

—No se te ocurra nunca acercarte al pueblo —advirtió tajante Virgilio—. Es gente ruin y envidiosa. Los hombres son vagos y, si no están de pesca, los verás siempre medio dormidos o bebidos, sentados en las puertas de sus casas, esperando que ocurra algo que los sacuda. La única

emoción son las desgracias ajenas. Las mujeres, por su parte, se secan amargamente dentro de las casas o asomadas a las ventanas, o chismorrean cuando tienen que ir a buscar agua al chorro. Tienen hijos que no desean ni aman, niños descuidados, sucios, medio desnudos y olvidados por el propio olvido, que pasarán sus vidas remendando redes o cultivando tierras de otros, de los señores, incapaces de un gesto de ayuda, ahogados en alcohol y viejos antes de tiempo. En esta tierra solo son inocentes los perros y los gatos que se pasean hambrientos por las cuatro esquinas del pueblo. Por eso, mi única escapatoria ha sido la soledad, apartarme en silencio. Durante años, creí que no necesitaba a nadie y a nadie le hacía falta. Pero no era verdad, ya que en ese caso no te hubiera ayudado a escapar; otra vagabunda, como yo, sin brújula, perdida dando vueltas sobre sí misma. Sin saberlo, te esperaba.

Josefa entendía todo lo que le decía, pero ¡qué bien hablaba! Ella era incapaz de expresarse así. La forma de hablar era lo único en lo que se parecía a Enrique. Ella se sentía torpe con el lenguaje, ya que no podía decir lo que su corazón le dictaba. Pero si un simple pescador había conseguido con gran esfuerzo hacerse a sí mismo, ella también podía tener una oportunidad para salir de la ignorancia. Sabía que Virgilio hablaba con convencimiento, lo que lo convertía a sus ojos en alguien especial, el único que la había tenido en consideración. La trataba con respeto y le enseñaba una nueva visión de la existencia. Como los protagonistas de los libros que él leía, soñaban con vivir en un mundo más justo, más limpio, sin la angustia constante de los perseguidos. Casi sin saberlo, aspiraban a respirar la belleza, al sosiego como forma de vida, a la razón como un camino de entendimiento entre los hombres.

En la cabeza de Josefa habían entrado a figurar nuevos conceptos libertarios de cambios sociales, de los que Virgilio le hablaba con pasión y a ella la enardecían: el deseo de un mundo nuevo, revolucionario por el que luchar, si era preciso hasta la muerte.

Virgilio también se daba cuenta de que la presencia de la muchacha le ayudaba a tener y expresar una visión más abierta y vehemente de la

vida. Emocionalmente, comenzó a sentirse dependiente de ella, como ella ya lo era de él. Existía un lazo muy fuerte, un amor fraternal e igualitario que los hacía entenderse casi con una sola mirada.

Josefa sentía el calor del abrazo de aquel hombre que, como ella, se sentía clavado a la tierra, que la calmaba, la protegía y era auténtico. Pensó entonces en Enrique, el hombre del que se había enamorado, al que había dejado atrás, al que no había dejado de desear, con el que había llegado a sentir el placer físico del primer amor y que ahora le resultaba lejano y casi apagado. Se imaginaba los ojos celestes del que todavía era su marido, añoraba sus primeros besos, la textura suave de su piel, sus músculos juveniles. Aunque también recordaba su mirada vencida de reprobación acusadora, diciéndole: «Hay que progresar, la vida significa sacrificio y esfuerzo. No elegimos, a cada uno le toca la vida que le toca, es así. Yo no he inventado las reglas. Esa liberación que tú buscas no existe o no es para los que son como nosotros».

La nueva vida

—Enséñame a nadar —le pidió Josefa a Virgilio.

—¡Si es muy fácil! En la mar solo hay que dejarse llevar, flotar, ser liviano como una pluma. Es el único secreto —contestó el pescador—. Y luego mover los brazos y las piernas. Para defenderte de las olas tienes que zambullirte y bucear lo más profundo que puedas y dejar que pasen por encima, nunca intentar sobrepasarlas en la superficie si son grandes o están a punto de romperse porque son como las dificultades en la vida. No hay que tenerles miedo, cuando las conoces y te han golpeado sabes cómo puedes esquivarlas.

—¡Pues enséñame! —insistió Josefa.

Virgilio aceptó ser su maestro. Iban hasta la punta de Los Órganos, a una zona donde se formaban charcos poco profundos que permitían el baño sin peligro. Allí, Josefa aprendió a nadar en poco tiempo y también fue donde Virgilio sospechó que la muchacha estaba embarazada. Ya había notado que, en poco más de un mes, ella había ensanchado la cintura y comenzaba a redondearse el vientre, que se notaba más en su cuerpo delgado como una caña.

La veía graciosa, preciosa con sus calzones cortos y su camiseta, chapoteando en la mar como un chiquillo travieso, pero, aunque nada dijo, pensó que las cosas se complicaban y que parir un hijo allí no sería tarea fácil. Alumbrar una criatura no era complicado, lo había visto miles de veces en los animales, pero con los humanos era otra cosa, somos más indefensos al crecer. ¿Sabrá esta chiquilla que está preñada?, se preguntaba.

Guardó silencio, como siempre, ¡la veía tan feliz! Había comprendido que para los dos no poseer nada material era, sin embargo, tenerlo todo. Pero también sabía que tarde o temprano el sueño se rompería. A ella la atraparían, la devolverían a la realidad y, entonces, nada podría hacer. Y ¿qué sería de él? Reconocía que no era más que un desgraciado, otro infeliz, aunque los años lo habían hecho duro como una piedra. No dependía de nadie, pero estaba completamente solo. Ya no tenía afecto ni familia. Una vez muerta su madre, sus hermanos se desentendieron de él, fue cada uno a lo suyo, y, aunque persistía el deseo de amar, sabía que difícilmente iba a ser correspondido. Las historias pasadas habían salido mal, vanos intentos burlados. Ya no confiaba en los seres humanos. Para alimentarse no necesitaba más que acercarse a la mar, que se lo ofrecía todo y también se lo podía negar.

Un día llegó al amanecer y despertó a Josefa.

—Vístete y ven, quiero que veas algo —le dijo con complicidad.

Desde la playa se oían las risas de unos jóvenes que se divertían gastándose bromas y corriendo por la arena.

—Ven, vamos a acercarnos con cuidado. Desde aquí no nos verán.

Josefa contempló a un grupo de muchachos que se bañaban desnudos en la playa, con los cuerpos brillantes y bonitos. La imagen, en conjunto, era de libertad y alegría. Observó que Virgilio los miraba con placer, como un juego secreto y sensual.

—Son pescadores de bajura que han aprovechado la noche sin luna para atraer a los peces utilizando hachones, un trabajo extenuante para el que se necesita el vigor de la juventud. Y ahora, antes de irse a dormir a sus casas, han venido en secreto a Traslarena para jugar, bañarse y secarse bajo el primer sol de la mañana. Una ofrenda a la vida, como hijos de los dioses.

—Son como grandes peces relucientes, imposibles de atrapar —añadió Josefa boquiabierta—. La piel húmeda de los jóvenes marinos... Me gusta verlos divertidos varar las olas, nadar juntos, como delfines que se mueven al unísono. ¿No te sientes uno de ellos? —le preguntó a Virgilio.

—No, la naturaleza me hizo feo. Además, no me atrae lo que al resto de los hombres. Soy diferente. Los muchachos solo son parte de un espejismo que se rompe con la espuma, ni siquiera se saben tentadores, pero para mí lo son, como quebranto o pecado. Ellos desconocen su poder, la seducción natural de sus cuerpos fibrosos, la belleza perfecta y pasajera de la juventud.

Josefa descubrió, sin sorpresa, aquella parte furtiva de la personalidad de Virgilio. Él admiraba la belleza física de los hombres, le atraía lo efímero, deseaba lo que no podía tocar, lo que no es humano o parece imposible. En realidad, no eran tan diferentes en este aspecto. Ella amaba a un hombre inventado, con un cuerpo real, con peso, bellamente imperfecto, al que había deseado con sensualidad irracional desde el primer momento, pero al que intentaba olvidar ya que se daba cuenta de su equivocación. Solo se había enamorado de la apariencia de un ángel que era incapaz de compartir sus sueños locos de libertad y cuya mayor aspiración era una vida normal y el sometimiento a un trabajo rutinario, algo imposible y penoso para ella. Ambos —Josefa y Virgilio— se apartaban de la vida real al no encontrar respuesta, al no amar ni ser amados como alguna vez habían deseado o imaginado.

Después de ese día, Virgilio no la volvió a llamar para contemplar a hurtadillas a los jóvenes pescadores. Comprendió que aquel era un acto sensual y solitario, no de complicidad, como lo que ella también hacía en solitario, cuando acariciaba su cuerpo, buscando el placer, huyendo de la soledad y la pena.

Pero Virgilio no dejaba de sorprenderla cada día.

—Has aprendido a nadar como tú querías y ya sabes pescar tanto como yo, así que cerca de la mar no pasarás hambre. Pero hay algo tan importante, o más, que debes aprender y que quizás yo pueda enseñarte.

Josefa lo miraba entre intrigada y divertida.

—Tienes que aprender a leer —le aconsejó Virgilio, abriendo sus grandes ojos de pez—. Así nadie podrá engañarte y algún día podrás descifrar las historias maravillosas que te aguardan en los libros, verda-

deros tesoros. Te enseñaré poco a poco, como me enseñaron a mí. Eres lista y en poco tiempo me leerás tú lo que cuentan los libros.

Desde hacía años, cuando se acercaba a Santa Cruz, Virgilio acudía a la librería El Sol, propiedad de los hermanos Lisandro y Antonio Martín, situada enfrente de la iglesia de San Francisco, próxima a la alameda de la Marina. Allí intercambiaba libros por pescado. La primera vez que fue, Lisandro lo recibió con escepticismo, pero con simpatía. Como librepensador y masón, su deber era promulgar la cultura al pueblo llano, transmitir las ideas de la Ilustración y educar según sus normas. Por ello, ante la avidez e insistencia que mostraba el pescador, y la forma en la que miraba y acariciaba las tapas de los libros, accedió al trueque y, desde entonces, le recomendaba obras traducidas de Balzac o Zola, o de Galdós, que Virgilio leía con atención, descubriendo un mundo y unas historias desconocidas para él hasta ese momento.

Lisandro era un maestro que se comportaba de manera sencilla, sin soberbia. La amabilidad del librero hacía que Virgilio se sintiera cómodo, dejándose aconsejar, escuchando las palabras de un hombre culto, aunque entendía que, a pesar de su cercanía, nunca llegarían a ser iguales.

Sabía que la librería era un local frecuentado por republicanos que se reunían en la trastienda para sus tertulias. Todos eran caballeros de buena posición. Algunos de ellos, después de conspirar o hablar en contra de los militares o los monárquicos, se veían con sus rivales, afablemente, en las terrazas o en el Casino Principal, casi a la vuelta de la esquina, para tomar una copa, un café o fumar un habano, lamentar la pérdida de las colonias o charlar sobre la hermosura de tal o cual actriz o cantante que pasara por el teatro o se prodigara en algún conocido tugurio. En realidad, no se preocupaban por la lectura, en todo caso compraban algún libro de imágenes fotográficas o grabados, o alguna novelita a la moda. Pero Lisandro era diferente, instruido, afable, curioso, protegido con su canotier y su gusto por la ropa a la francesa, que a muchos les parecía una frivolidad. Si había personas buenas en este mundo, el librero era una de ellas. Virgilio percibía que sí, que estaba interesado en que

todas las personas, fuera cual fuese su clase social, accedieran al conocimiento y a una vida digna. Por ello, seguía todas sus recomendaciones, demostrando siempre su admiración y respeto. Cuanto más leía las obras recomendadas por Lisandro, más afianzaba la idea de que la mayoría de la gente, sin importar su clase social, era inculta, conformista, ignorante y mezquina.

Antonio Martín, copropietario de la empresa, no solía atender a la clientela, sino que se ocupaba de la contabilidad, la administración de la librería y las ediciones El Sol. También controlaba la producción en las fincas agrícolas que poseían en el valle de La Orotava y los inmuebles de alquiler en la capital. Era un hombre ensimismado, discreto, monárquico y católico, vestido siempre de oscuro, como caballero de valía, cubierto al salir a la calle con sombrero de copa o bombín, en nada parecido a Lisandro, siempre tan atrevido, moderno y fresco. Tampoco participaba en las tertulias ni de las ideas sociopolíticas de su hermano. Cuando aparecían los tertulianos librepensadores, Antonio se esfumaba. Detestaba sus comentarios jocosos, sus risotadas y su malignidad. En realidad, los hermanos eran como la noche y el día, cada uno ocupaba su lugar, pero se complementaban y se querían.

—Mira, esta es la historia de Nana, de un escritor que se llamaba Emilio Zola. Voy a leerla en alto para que sepas todo lo que le ocurre —le dijo Virgilio a Josefa.

Casi sin darse cuenta, Josefa aprendió las primeras letras como si siempre hubiera estado preparada para ello. En eso, su encuentro con Virgilio fue providencial, y en los meses que vivió en la playa comenzó a leer casi sin dificultad. Virgilio acudía, ahora, puntualmente cada tarde a darle lecciones de lectura y escritura. Cuando acababan los ejercicios, leía con deleite, sin tener en cuenta el tiempo, capítulos de las novelas sugeridas, *Tristana*, *Germinal* o *Los miserables*.

Josefa descubrió en aquellas historias personajes que, en momentos, parecían pensar y actuar como ella. Lloró con Jean Valjean, preso por robar una barra de pan. Se enterneció con la pequeña Cosette. Sufrió con

la engañada Tristanita. Pero lo que deseó con más fuerza fue aprender, pensar, comprender, con un ansia que poseía pero que hasta ese momento había estado dormida y que Virgilio, sutilmente, consiguió despertar.

—Puede existir un mundo mejor si nos empeñamos en librarnos del desprecio, la humillación y el odio —afirmó Josefa exaltada.

—Sí, puede que esa sea nuestra aventura en esta vida, pero deberás ser prudente o te dejarán morir como un pez fuera del agua.

Cerró el libro y se quedó pensativo a la orilla de la mar. Se preguntó quién era en realidad aquella muchacha sin pasado. No se había molestado en preguntar por su familia, ni quién era su marido, del que sí había oído comentarios en el muelle. Quizás se había equivocado al aceptar el ruego de Josefa, que le suplicó con la mirada que la llevara con él. La muchacha no era el resto de un naufragio que se encuentra en la costa y que puedes dejar o tomar. Era auténtica, una joven sensible, con una inteligencia natural, llena de emociones y heridas en el alma, demasiado inexperta y simple para andar sola por la vida.

Días de pesca

Virgilio despertó a Josefa antes del alba. Aquellos días de bonanza irían a pescar a lo largo de la costa; quizás podrían llegar hasta los roques de Anaga y quedarse en la playa desierta de Los Jorobales. Allí había construido una choza donde solía pasar temporadas, solitario como un robinsón.

—Quiero que aprendas algo importante sobre la pesca. Un buen pescador tiene que saber leer el cielo, la espuma, el color del agua, las algas, el vuelo de las gaviotas y las pardelas, las corrientes marinas y la dirección del viento. Todo eso te indicará dónde están los bancos de peces, qué zonas rocosas son las que prefieren las viejas y los pulpos, dónde colocar las nasas o la pandorga y cómo conseguir los mejores calamares.

Josefa se sentía maravillada por todo lo que Virgilio le enseñaba. La vida en la mar tenía sus códigos. Había que estar muy atentos y respetarlos. Desde la barca, con el mirafondo, le fascinaba observar las profundidades, aquella diversidad de azules, los bonitos bancos de peces desplazándose en grupo, casi bailando, las estrellas o los caballitos de mar. Algunos días no era posible salir a pescar en barca, aunque todo aparentemente siguiera en calma. Había que conformarse con mariscar en la orilla, coger lapas o burgados, conseguir sabrosas morenas en las piedras de El Cabezo o pulpos en las bajas, o esperar el momento oportuno, a que se acabara la marejada o el reboso, sin exponerse a peligros innecesarios. La barca de Virgilio estaba pintada de blanco con rayas turquesas. En el costado, Josefa ya pudo leer unas letras que decían «La Paloma Liberta». Virgilio la había comprado por unas monedas a un

viejo del pueblo que la tenía medio abandonada cerca de las tapias del cementerio.

—La bautizaron «La Paloma», pero cuando la reparé le añadí lo de «Liberta». Durante años ha sido mi fiel compañera. Ahora también es la tuya —le dijo con cariño.

Si lo deseaba, pronto podría navegar ella sola, como una experta marinera, ya que comenzaba a dominar los secretos de la mar. A Virgilio le divertía escuchar la risa y los sonidos que Josefa emitía, que ya conocía y había oído en el muelle, imitando el graznido de las gaviotas, intentando, tarea casi imposible, comunicarse con ellas. Estaban en medio del Atlántico, libres, impúdicos y bronceados por el sol, sin que ningún humano pudiera molestarlos, sin leyes ni miradas. Al sobrepasar los roques, Virgilio dejó a la deriva la barca, que poco a poco se fue introduciendo en alta mar, alejándose de los impresionantes acantilados de la cordillera de Anaga, lo que les permitía contemplar unas imágenes maravillosas de la costa.

—Quiero que sientas el silencio en medio del Atlántico. Creo que no hay nada más impresionante como estar en absoluta calma —comentó Virgilio.

Allí permanecieron medio adormilados, hasta que un grupo de cachalotes los despertó con sus saltos y una familia de peces martillo apareció en la superficie. Todos parecían felices en las aguas limpias y tranquilas, lejos de la tierra y sus mezquindades.

A media tarde bogaron hacia la costa y vararon la barca en la playa de Los Jorobales, a la que solo se podía acceder por mar. Aquel era el refugio secreto de Virgilio.

A Josefa le maravilló la playa, una perla negra, perdida, llena de aquellos arbustos espigados con flores amarillas y dulces que ella libaba como una abeja. Vio que en un extremo corría un barranquillo que aportaba agua de las cumbres y hacía que florecieran unas hermosas ñameiras, moras, berros, yantén, hierbabuerto y ombligos de Venus, plantas y hierbas aromáticas que ya conocía y utilizaba en la cocina o como re-

medios medicinales. La choza era un habitáculo construido con maderas y listones de barcos naufragados arribados a la cala y hojas secas de palmeras. Tenía una pequeña terraza-mirador que la precedía, con una celosía y un tablón en lo alto para defenderse del sol; una caja que servía de mesa y varias sillas desvencijadas eran el mobiliario del comedor. La habitación era utilizada solo como refugio nocturno. A ella, la choza le pareció más bonita que un palacio o una de aquellas casas ratoneras en las que la gente vivía o se escondía.

—¿Por qué no nos quedamos a vivir aquí para siempre? —dijo Josefa.

—Simplemente porque no podríamos sobrevivir aislados por las fuertes marejadas del invierno. Lo que ahora parece un paraíso, en otro momento, se convierte en un lugar que no ofrece seguridad. Necesitariamos víveres, fruta fresca, libros y otras cosas, además del contacto, aunque te parezca mentira, con otros seres humanos. Pero aprovechemos y disfrutemos lo que la vida hoy nos regala.

Aquella tarde jugaron como niños, corrieron, chapotearon, se rieron como hacía mucho tiempo no lo hacían, hasta acabar felices y exhaustos.

Al anochecer, Virgilio encendió una fogata, así un pulpo, un alfonsín rojo y varias lapas recién mariscadas. Josefa guisó ñames con berros y de postre comieron moras frescas. ¡Qué delicia el olor de la comida! Tanto ajetreo les había abierto el apetito y el buen humor.

Luego se tendieron en la arena para contemplar las estrellas. Aquella noche la luna comenzaba a crecer y el cielo parecía una inmensa bóveda iluminada.

—Creo que es el día más feliz de mi vida. Pararía ahora mismo el tiempo —musitó Josefa.

Virgilio también se sentía feliz de poder vivir aquellos momentos especiales que a su amiga le hubiera gustado que fueran eternos. Aquel sitio no era nuevo para él, pero compartirlo con Josefa le daba un nuevo sentido y lo convertía en un lugar mágico.

El frescor de la maresía nocturna hizo que fueran a dormir al interior de la choza y sucedió algo inesperado, algo que ninguno de los dos había

buscado. Permanecieron abrazados, sintiendo cómo los protegía el calor de sus cuerpos desnudos, el roce suave de sus pieles, el beso de sus labios, el deseo de amarse, de acariciarse, de enlazar fuertes sus piernas, de estrecharse hasta el infinito, con la emoción inusitada de sentir cómo palpitaban agitados sus corazones. Ella sintió cómo se entregaba al cuerpo de un hombre hecho con el trabajo de la mar, de piel salina, parecido a un cetáceo, con los brazos fuertes, desarrollados por el ejercicio de los remos, unas piernas elásticas y poderosas que la enredaban amorosamente y le transmitían su fuerza. Él sintió, por primera vez, la entrega sensual de una mujer con aroma a canela, ligera, sutil, que lo aceptaba tal cual era, con la querencia de dejarse llevar, de abandonarse sin miedo. Luego llegó la calma, el descanso juntos, cómplices, amantes sin necesidad de razones, hasta que los despertó la tibia luz de la mañana.

Probablemente, para los dos, aquellos fueron los días más intensos, bellos y sosegados de toda su existencia, en un paraíso imprevisto, donde nada ni nadie los controlaba y donde tuvieron la oportunidad de descubrir otra forma de amar. Al finalizar el cuarto día en la playa secreta, Virgilio decidió que era el momento propicio para regresar, antes de que la mar se enfureciera y tuvieran que permanecer allí obligatoriamente aislados. Pero en su cabeza pululaban también otras preocupaciones de difícil solución.

A la vuelta, observó a Josefa, dormida plácidamente sobre la proa de la barca, andrógina, con el cuerpo oscuro y brillante, el pelo corto con reflejos dorados, quemados de tanto sol, destilando una belleza nueva, que a él le parecía exultante, con una luz de la que antes carecía. Pero él también había cambiado. Recordó entonces una vieja canción portuguesa que insólitamente comenzó a canturrear: «Rehén soy de tus ojos, faro del navegarante. Caballito de mar, muda mis maguas y ofréndame tu tesoro de turquesas, olvidado desde siglos en el azul. Rescátame, tú, ninfa marina, mi único amor, mi corazón». Entendió, con angustia, que debía apresurarse a buscar una buena salida para los dos, encontrar una escapatoria o tratar, al menos, de inventarla.

Un proyecto

—¿Qué harás cuando nazca el niño? —preguntó Virgilio sin pensar.

—No lo sé —contestó Josefa sorprendida y avergonzada, sin mirarle a los ojos.

—Este no es un lugar adecuado para criar a un hijo. Además, aquí en la playa, en esta madriguera, no podrás quedarte escondida para siempre. Más tarde o más temprano te encontrarán —lamentó intranquilo Virgilio.

—Escaparemos a otro lugar donde no nos conozcan o nos iremos los tres a otras tierras donde nos dejen vivir nuestra vida —dijo Josefa temblorosa.

—No podrás huir con una criatura, sabes que te buscan. Tu hijo tiene un padre al que has abandonado, puedes acabar en prisión o perder el niño para siempre.

—Ahora te tengo a ti. Sé que el padre no hará nada en nuestra contra; si es necesario hablaré con él, nos dejará en paz, nos dejará marchar, de eso estoy segura —afirmó Josefa, hablando por primera vez de Enrique.

Virgilio se sintió tremadamente emocionado, perturbado al sentir que Josefa lo incluía en sus planes. A eso se le podría llamar, sin dudas, amor, palabra que él difícilmente se atrevía a pronunciar. Huir ¿hacia dónde? Salir de la isla, pero ¿de qué forma? El único puerto posible está abajo en la capital. De allí parten los buques hacia América o Europa. Pero ¿cómo llegar hasta allí sin que nos denunciaran? A ella la atraparían, la reducirían a la nada, como a una criminal o una adúlera, y a mí me encerrarían y aplastarían como a un animal, reflexionó preocupado.

Ahora se necesitaban mutuamente, el destino parecía haber provocado aquel encuentro.

Josefa se adentró en la tarde caminando sola hacia el final de la playa de Traslarena, donde se tumbó a mirar las nubes, intentando calmar su miedo. Presentía que aquella etapa en libertad acabaría pronto, como una enorme marejada que la devolvería a la más terrible realidad.

Pensó en la pena que le daba Jean Valjean, clandestino siempre, perseguido sin motivos. ¡Ojalá se olvidaran de ella y la dejaran en paz! Sin embargo, como bien decía Virgilio, aquella aventura podría llevarlos a prisión o separarlos para siempre. No había espacio en libertad para los que se separaban de las ideas o las creencias de la mayoría.

Se quitó la ropa de hombre y, desnuda, se introdujo en la mar. El agua conservaba la tibieza que el sol le había proporcionado durante el día. La piel de su cuerpo entero se había oscurecido. Su vientre se redondeaba; también había un mar dentro de ella, con un ser que nadaba como un pez.

«Yo cuidaré de ti», dijo instintivamente, mientras flotaba boca arriba, plácidamente sobre el océano. Comenzaba, por primera vez, a ser consciente de la maternidad. La pregunta de Virgilio la había despertado bruscamente. ¿Estaba preparada para ser madre? ¡Claro que sí! Lo sentía como una fuerza natural. Eso no era lo que le provocaba miedo. Además, ahora la acompañaba Virgilio.

«No existe un paraíso. Te has imaginado que podías escapar, pero darán contigo», les dijo a las nubes. Verse obligada a volver a su casa, recibir las miradas de reproche justiciero de Ana, la expresión de vergüenza y tristeza de Enrique, la burla y los comentarios de la gente, de los que no se podría librar. ¡No, no podía volver a atrás! Manos rojas de agua y jabón. Nunca más lavaría la ropa de otros ni se sometería a sus caprichos. La criatura de su vientre, que era parte de sí misma, no merecía vivir su condena.

¿Cómo escapar?, se preguntaba. Esos hombres despreciables que nos persiguen son peores que las alimañas más terribles de los montes. Mientras nosotras, mujeres, estamos encadenadas a la tierra, ellos pue-

den moverse sin que los detengan. Las mujeres obedecen al dueño, se quedan con las crías, las alimentan, las protegen, pero les quitan la libertad. Las que se atreven a saltarse las reglas sufren el infierno de ser marcadas, humilladas, avergonzadas.

Ella no había buscado conscientemente ser madre, ni siquiera había pensado en la maternidad. Tampoco los animales piden nacer ni saben lo que es morir, pero ven, sienten placer, dolor y miedo. Ella era más salvaje, se dejaba llevar por el sol y las mareas, no le servía la razón de las leyes de los humanos. Pero la amordazarían, se la llevarían, la encerrarian en una celda oscura como a una ladrona o la más infeliz de las putas. Terminarían aplastándole el alma.

Ante tanta angustia, morir sería un alivio, que la mar se la llevara y borrara su memoria, que no existiese su huella sobre la arena. ¡Qué tentación dejarse llevar por las olas!

Las nubes rojizas del atardecer la despertaron de sus miedos. El pececillo de su vientre se movía travieso. A lo lejos vio la figura de Virgilio, que se aproximaba ligero y sonriente.

—Sécate, criatura, que te vas a morir de frío —le dijo cubriéndola amorosamente con una manta y abrazándola, con una ternura infinita.

La ayuda

A esa hora de la mañana, sabía con seguridad dónde podría encontrarlo. Lisandro Martín, el librero y editor, hojeaba la prensa en la terraza del café La Peña. Era una imagen habitual, allí cada mañana con su canotier y sus trajes blancos de lino. Virgilio se dirigió a su mesa.

—Perdone, señor Martín, tengo que hablar con usted de un asunto muy grave. Necesito urgentemente su ayuda —dijo tímidamente el pescador.

—Siéntese, compañero. ¡Definitivamente hemos perdido las colonias, mal administradas y abandonadas a su suerte! —exclamó cerrando el periódico—. Por su cara veo que está metido en un serio problema. Cuénteme qué le ocurre, qué es eso que le sucede o parece tan grave.

Virgilio le narró la historia de Josefa, la huida en su barca y las dificultades en las que se encontraban para poder abandonar la isla sin ser descubiertos ni denunciados. Lisandro conocía la historia de la desaparición de la muchacha por los periódicos, pero también por los rumores que habían circulado: fuga de la recién casada infiel con otro, su amante secreto, o asesinada por un marido vengativo, ahogada... La historia le parecía rocambolesca, sobre todo el suicidio en el mar. Jamás habría intuido que Virgilio podía ser el cómplice o amante furtivo. Lo conocía desde hacía años; un buen hombre, reservado, humilde y curioso. Ahora resultaba ser el protagonista de una historia sentimental de infidelidades con una mujer joven, que a saber de dónde había salido. ¡Menudo folletín!

—Le ayudaré, Virgilio, no sé cómo, pero todo se andará. Pensaré de

qué manera pueden tomar un vapor sin levantar sospechas y salir de la isla. Déjelo en mis manos. Haré gestiones. Vuelva en unos días.

Lisandro sintió una enorme emoción al verse involucrado, como cómplice, en aquella historia novelesca que lo sacaba de la rutina dia-ria. Desde luego, el pescador tenía reaños, era capaz de cambiar su vida, afrontar algo que él mismo no se habría atrevido a hacer, conformándose y renunciando a cualquier riesgo. Pensó en la aventura amorosa que, no hacía mucho tiempo, había abandonado por cobardía, por seguridad mesocrática, incapaz de arriesgarse y quemar las naves. Vio cómo se ale-jaba aquel hombre, aparentemente simple, al que estimaba, pero al que había infravalorado, con su inconfundible manera de caminar, un poco bamboleante, con gracia, como si remara; las piernas robustas enfunda-das en un calzón de algodón, el tronco fuerte, la espalda erguida, ancha. Y aquella cabeza cobriza, majestuosa, llena de rizos, que lo caracteriza-ba, le gritaba a él que era un pusilánime, un blando, un cobarde. Jamás hubiera sospechado que aquel hombre, considerado por muchos como un ser bajo, un plebeyo ignorante, de apariencia vulgar, pero de cuali-dades discretas, ávido lector, se prestara a vivir una aventura pasional tan peligrosa como la que le había narrado. ¡Vaya con Virgilio! Lleva el nombre del poeta romano que nos contó los viajes de Eneas. Como el héroe troyano, posee un alma llena de rebeldía y nobleza, algo escaso en nuestro falso mundo de apariencias, pensó con admiración.

A los tres días, Virgilio se acercó a la librería El Sol con una cesta con peces, como lo hacía habitualmente. Lisandro lo miró con alegría.

—¡Caramba, Virgilio, ya era hora! He encontrado la novela que usted me pidió —le dijo al pescador con una sonrisa cómplice.

Virgilio, desconcertado, le dio la cesta y Lisandro se la entregó a Valeria, que permanecía callada e imperturbable en la trastienda. Ella no sentía ninguna simpatía por el pescador, al que de forma irónica llama-ba sardinilla ilustrada. Sentía celos de la atención que su marido le pres-taba a un ser bajo, nada refinado, un simple pescador que pretendía ser más culto y leído que ella misma.

Lisandro tomó el libro que le ofrecía, *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert.

—Pero, si no le importa, acompáñeme, debo ir a Correos a por un envío urgente —añadió mientras miraba a su hermano Antonio, que, como siempre, movía papeles y escribía en los enormes libros de cuentas mientras no perdía detalle de lo que allí ocurría y mantenía una secreta complicidad de miradas con su cuñada. Siempre pensaba que todo el mundo se aprovechaba del bobo e ingenuo de su hermano. Además, tanta afabilidad y confianza le parecía poco adecuada.

De allí partieron para detenerse en el café La Peña. A Virgilio le pareció un atrevimiento sentarse donde solían hacerlo los señores, pero se dejó llevar por la cordialidad del librero. Era la mañana de un día de febrero que había amanecido clara e intensamente azul, como un buen presagio. En la terraza, además de los parroquianos habituales, se habían sentado a desayunar algunos viajeros ingleses que, seguramente, habían arribado en alguno de los buques atracados en el muelle.

—¡Abra usted el libro, buen hombre! Encontrará algo importante —dijo con simpatía Lisandro.

Virgilio obedeció al librero y encontró un sobre con dos billetes de la African Steamship Company para el *Arawa*, vapor que partiría para Plymouth en menos de una semana.

El pescador miró desconcertado a Lisandro.

—¿Pero es que no se alegra, compañero? —preguntó expectante.

—Le pagaré el coste de los billetes, pero nos encontramos con el mismo problema: ¿cómo tomar el barco sin llamar la atención y sin que nos descubran? —manifestó Virgilio casi susurrando.

—Todo está arreglado. Soy muy amigo de míster Jenning, capitán del *Arawa* y también hermano francmason. Está dispuesto a ser nuestro cómplice y llevarlos hasta Madeira, donde les aconsejo que desembarquen. Durante la corta travesía deberán pasar la mayor parte del tiempo en el camarote del que dispondrán. Viajarán como los señores Martín, es decir, con mi apellido, pero en principio nadie les pedirá papeles. Una

vez en Madeira, les recomiendo que se refugien en algún lugar tranquilo, alejado de la capital, o ir más tarde a la isla de Porto Santo, donde hay poca población, hermosas playas y buena pesca. Si les parece, allí podrían comenzar una nueva vida. Estos papeles acreditan que son el señor y la señora Martín, Lisandro y Valeria. Esos serán sus nuevos nombres y apellidos. El vapor parte el lunes, coincidiendo con las fiestas de carnaval. Ustedes vendrán en su barca hasta la playa de San Antonio, aprovechando la caída de la noche y la animación que habrá cerca del muelle. Nadie se extrañará de ver a dos enmascarados caminar despreocupados y dirigirse tranquilamente hacia el *Arawa*. Cuando estén dentro del vapor casi no habrá peligro, ya que la mayor parte de los viajeros serán británicos que regresan a su país. Mostrarán sus billetes en el embarque y un oficial avisará al capitán Jenning, que, personalmente, les dará la bienvenida, algunas indicaciones y una atención especial —concluyó Lisandro con entusiasmo.

Los dos hombres se miraron con alegría y terminaron dándose un fuerte abrazo que sorprendió a algunos de los parroquianos del café. ¿A cuenta de qué tanta fraternidad, tanta muestra de afecto entre dos hombres de clases tan diferentes? Virgilio no sabía qué decir ni cómo agradecer todo lo que el librero había hecho por él, pero su mirada limpia y brillante manifestaba todo su reconocimiento.

—Esperaré noticias tuyas. Mucha suerte, escríbame para saber que todo ha ido bien —le dijo Lisandro emocionado, antes de separarse sonriente y volver satisfecho a su librería, con la sensación novelesca de haber intentado burlar al destino y sentirse partícipe de una aventura inaudita.

Al fin, Virgilio, el Judas de su pueblo, el hombre raro, el amargado, podría huir con la misteriosa mujer desaparecida hacia una nueva existencia, donde nadie los conocería, libres al fin del pasado y de ataduras. El hijo de Josefa, que ya sentía como suyo, nacería en otra tierra, con otro horizonte, donde quizás todo sería más fácil para los tres. La felicidad, por un momento, parecía estar al alcance de su mano.

Josefa no podía creer lo que Virgilio le contaba. Dentro de *Madame Bovary* estaba la libertad que Lisandro les regalaba. Tomó los billetes y leyó lentamente las letras impresas. Dentro de unos días correría por las playas de Porto Santo sin que nada ni nadie pesara sobre ella. Allí nacería su criatura, otro pez libre. Pensó con pena en el ángel, en su olor y en aquella mirada de niño extraviado que nunca volvería a ver. Lo seguía queriendo, pero no podía convivir con él y aceptar la condena de la sumisión. Sabía que no era por falta de amor, él también la quería, pero Josefa se había dado cuenta del error de aquella unión precipitada. Desgraciadamente, su hermana Ana tenía razón, era una locura intentar domarla, convencerla para que viviera de forma decente. No se la podía enjaular, había que dejarla andar descalza su camino, aunque se encontrara sola y desgraciada por el mundo. Ana, siempre dando lecciones de lo que estaba bien o mal, sí que hubiera sido la mujer idónea para el ángel, al menos lo habría hecho feliz, pues eran tan formales, tan parecidos, tan normales.

Aquella noche comieron camarones fritos y viejas jareadas con papas y bebieron un delicioso vino blanco seco. Virgilio comenzó a leer en alto los primeros capítulos de la novela de Flaubert, mientras permanecían abrazados. Josefa imaginó que, si daba a luz a una niña, le pondría a su hija el dulce nombre de Emma.

El desenlace

Faltaba poco para que fuera luna nueva. En la madrugada, apenas una guadaña de luz podía verse entre las nubes. De pronto comenzaron las primeras detonaciones, que rompieron la tranquilidad de la noche. Josefa se despertó asustada ante el estruendo y los gritos. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarse escondida o averiguar qué pasaba? Virgilio se había marchado antes de la medianoche, después de haber leído los primeros capítulos de *Madame Bovary*. Él habría sabido qué hacer. Había hombres que corrían por la playa y gritaban, pero no podía entender lo que decían. Los tiros de armas de fuego continuaban. A lo lejos, un buque poco iluminado se alejaba. Josefa perdió el sentido del tiempo, aturdida y atemorizada por lo que sucedía, sin entender la batalla que muy cerca se libraba. De pronto, sintió los pasos de unos hombres que corrían hacia su escondrijo. Por el ventanal contempló cómo un hombre alto que escapaba fatigado se desplomaba, gritando frases en un idioma extranjero. Luego, otros dos que lo seguían dispararon al aire. Los tricornios los hacían inconfundibles, eran dos guardias civiles.

Josefa empezó a temblar. Pensó que la matarían como creía que habían hecho con el hombre que huía. La habían descubierto.

—¡Salga inmediatamente de ahí o le pego dos tiros! —exclamó con voz poderosa uno de los guardias civiles.

Josefa salió de la que había sido su casa durante meses, confusa, extraviada y muda.

—¡Chico, levanta los brazos, no intentes escaparte! —le dijo el otro, amenazador y autoritario.

—¡Llévalo con los demás! Esta vez los hemos pescado. Aquí se acabó, de una vez, el contrabando —añadió con dureza.

Josefa comprendió que lo sucedido nada tenía que ver con ella. Accidentalmente la habían descubierto, cuando en realidad trataban de controlar el comercio ilegal de alcohol. Se sintió abatida y desconcertada. Los sueños de libertad que habían estado al alcance de su mano parecían esfumarse en la noche.

Un barco alemán de contrabandistas había aprovechado la calma y la oscuridad para desembarcar barriles de ron, cerveza y güisqui con la bajamar. Alguien los había delatado. Los guardias civiles del cuartelillo del pueblo estaban apostados junto al castillo de San Andrés. Actuaron solo cuando comenzaron a desembarcar la mercancía sobre la arena, amedrentando a los marinos que la traían y a los foráneos que la esperaban. Los barriles quedaron abandonados a su suerte. Los hombres, asustados, se rendían o huían, pero la playa era como una ratonera.

A Virgilio, que estaba en su casa en el pueblo, lo despertó el eco de las detonaciones cercanas. Sospechó lo que estaba ocurriendo, una redada para capturar contrabandistas. Se vistió rápidamente y sin pensarlo corrió hacia la playa.

A pesar de la oscuridad, vio a una cuadrilla de guardias civiles que empujaban a un puñado de hombres hacia la tapia del cementerio, junto a El Cabezo. Tenía que llegar hasta las ruinas de la casa de los duques para saber si Josefa estaba bien, ayudarla y tranquilizarla. Tomó la vereda cercana a la montaña, por donde difícilmente lo descubrirían. Al llegar a la finca escuchó un grito.

—¡Alto! ¡Deténgase o disparo! —gritó un guardia civil.

Virgilio, sorprendido y asustado, en vez de entregarse y explicar que nada tenía que ver con el comercio clandestino, corrió hacia la punta de Los Órganos, la única posible escapatoria si atravesaba el risco y llegaba a la vecina playa de Las Gaviotas. Sin mirar atrás, corrió desesperado. Los guardias civiles dispararon y corrieron tras él, pero la oscuridad y el peligro del acantilado hicieron que abandonaran la persecución.

Virgilio se sentía como una presa acosada. La mar batía enfurecida contra las rocas. El pescador intentó llegar hasta la punta de Los Sifones, pero lo negro de la noche y lo escarpado de la zona hicieron que resbalara. La cabeza cobriza del hombre se golpeó contra el basalto. Virgilio perdió el sentido y la mar lo engulló voraz. Luego, la inmensidad, el silencio.

Su cuerpo apareció a la mañana siguiente, como dormido, sobre la arena de la playa, lacerado y sin expresión. Al principio ni sus hermanos reclamaron su cuerpo, lo ignoraron aun muerto, pero finalmente permitieron que fuera enterrado en el cementerio marino de San Andrés, junto a la tumba de su madre.

La captura

—¡Mire al pichón que le traigo! —le dijo un guardia civil al teniente Federico Zamorano.

Josefa había sido conducida al cuartelillo del pueblo con los otros detenidos. Distinguió rápidamente a los marineros que habían llegado en el barco, siete muchachos grandes, rubios, fuertes, y a los receptores de la carga, cinco hombres con cara de hurones, cabizbajos y lastimosos.

—Ese no sé de dónde ha salido, no es de los nuestros, no lo conocemos —dijo el que parecía el jefe.

A la luz del alba, a pesar de la camisa de franela holgada y de los pantalones de algodón, se hacía evidente lo abultado del vientre de la muchacha.

El teniente Zamorano tenía un aspecto terrible. Era una caricatura grotesca de lo siniestro. Su cara se parecía más a la de un cerdo que a la de un humano. Tenía la mirada turbia de los rencorosos, la nariz como un hocico y la boca grosera y grasienta. Contemplarlo ya daba pánico. Miró a Josefa de forma retadora, con los ojos de burla y desprecio de los que están acostumbrados a abusar.

—¿Cómo te llamas, mequetrefe? —bufó.

—Juan —dijo insegura, sin levantar la cabeza y emitiendo solo un hilo de voz.

El teniente Zamorano se acercó a ella para subirle la camisa. Todos contemplaron el vientre abultado y los senos. Alzó la mano y le dio un fuerte golpe en la cara que hizo que cayera al suelo.

—¡Puta! ¡No me vuelvas a mentir! ¿Con quién crees que estás ha-

blando? Ya me imagino quién eres y sospecho quién es la sabandija que te escondió —escupió de su boca.

—A esta, si no la cogemos a tiempo, va y pare sobre los callaos de la playa, como las perras —dijo uno de los guardias, con evidente maldad.

—Si fueras un hombre te mataba a palos, cabrona —remató Zamorano.

Josefa declaró su identidad y contestó a las preguntas que le hizo uno de los oficiales, que anotaba todas sus respuestas.

—Josefa Acosta Afonso, hija de Juan y Teresa...

El guardia veía a una muchacha indefensa, con cara de chiquillo, vestida como un pescador zarrapastroso, atemorizada por lo que estaba viviendo, desamparada y perdida en un abismo.

—No se preocupe, mujer, no le pasará nada. Usted no ha cometido ningún delito —le dijo para calmarla el cabo, con sigilo y bondad.

Ella sentía la humillación y también el golpe recibido en la cara, pero sobre todo sufría la desesperación, el fuerte portazo que tapiaba cualquier salida y que mutilaba toda esperanza de cambio. ¿Dónde estaba Virgilio? ¿A qué esperaba para rescatarla?

Los calabozos del cuartelillo no eran más que unos cuartuchos insalubres y sin ventilación donde permanecían hacinados los otros doce prisioneros.

—Lleven a esta a la casa del cura. No puedo dejar a una hembra rodeada de tantos machos en celo. Que la encierren en la sacristía hasta ver qué hacemos con ella —resolvió áspero el teniente Zamorano.

Al día siguiente, en el almuerzo, cuando la mujer que atendía a don Fermín, el viejo cura, le servía una sopa de arroz con gofio, carne con zanahorias y papas, Josefa le preguntó si conocía a Virgilio. Él podía ayudarla. Le rogó que lo avisara, que vivía allí cerca, en el pueblo. La mujer se quedó muda, sin expresión. No pudo decirle la verdad que todos ya conocían.

—Virgilio; sí, claro, lo conozco desde niño.

El cabo que le había tomado declaración apareció por la sacristía con Enrique.

—Antes de dejarlos a solas, tengo que darle una muy mala noticia. Virgilio, el pescador, ese hombre por el que usted preguntó a la sirvienta del cura, ha aparecido ahogado esta mañana. Lo siento mucho.

Josefa comenzó a pronunciar de forma casi inaudible el nombre del pescador, con la mirada perdida, llena de dolor, sin consuelo. Virgilio, Virgilio, Virgilio.

—He venido en el coche de postas en cuanto me han avisado. ¿Cómo estás? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te fuiste? ¿Qué haces aquí? ¿Quién es ese hombre ahogado?

Las preguntas resonaban con un eco maldito, imposibles de responder. Josefa lo escuchaba sin poder articular palabra ante tal interrogatorio. Al mirarlo, encontró diferente el rostro de Enrique, con huellas del dolor, o quizás del rencor, y unas arrugas que lo envejecían, convirtiéndolo en un ser lejano, ausente y desconocido.

Enrique se acercó y la abrazó sin recibir respuesta. Así, prendido a ella, comenzó a llorar de forma inconsolable, como un niño ante el vacío o alguien que necesita ser perdonado. Aquellas lágrimas de impotencia, que Josefa ya conocía, ahora también brotaban de sus ojos, pero por razones muy diferentes.

—Me han dicho que pronto vamos a tener un hijo —le dijo a Josefa con voz de fracaso—. Es lo único que quiero que me respondas.

Se produjo entre los dos un largo silencio en el que se observaron mutuamente, intentando encontrar huellas de un pasado cercano, pero perdido.

Enrique acarició el pelo corto de su mujer, la piel aún más oscura, los ojos tristes, como irrecuperables, lejanos, y el vientre maduro y tenso.

—Ya nada nos retiene, no hay ninguna acusación contra ti. Voy a cuidarte. Vuelve conmigo —suplicó Enrique con toda su capacidad para la ternura.

Volver a un tiempo estancado, volver a un futuro inexistente. Intentar vivir como si nada hubiera pasado, olvidarlo todo. Volver como si nada hubiera cambiado, leve como una hoja desprendida de un árbol,

como una hoguera apagada junto a la mar. Aunque hay vida en mis entrañas, me han dejado vacía, muerta, pensó derrotada y sorprendida por el torrente de sus propios pensamientos, como si fuera otra la que dictaba aquellas ideas.

Lunes de carnaval

Valeria llegó muy alterada a la librería. A primera hora de la mañana, había acudido a casa de su modista, Saro García, para recoger los disfraces de Pierrot y Colombina que su marido y ella lucirían esa noche en el baile del lunes de carnaval que, como cada año, se celebraba en el Casino Principal de la ciudad y al que acudía la supuesta flor y nata de la burguesía capitalina. Para Valeria, discreta en sus gustos, era imprescindible acudir a aquella fiesta previa a la Cuaresma, aunque luego se aburriera o le dolieran la cabeza o los pies. Aquel era un momento en el que había que dejarse ver. La suya era una familia importante de toda la vida que debía seguir ocupando su posición destacada en la floreciente comunidad. Bien sabía que no podría tener esa presencia en otro acto muy destacado: las procesiones de Semana Santa, a las que su marido no la dejaba acudir, dado su anticatolicismo radical.

—Vengo sofocada y agotada. Me ha acompañado hasta aquí la chismosa de Fela Peláez, la mujer del capitán Pío. Ya saben lo pesada que es. Siempre quiere ser la protagonista de todo, aunque la historia no tenga que ver con ella. No ha parado de hablar ni un momento. Así que traigo novedades, pero no muy buenas para ti, por cierto —dijo dirigiéndose a su marido, que, como su cuñado Antonio, paró por un momento su labor para escuchar eso tan interesante que Valeria tenía que contarles—. Cuando llegué, Fela no paraba de hablar, mientras la pobre Sarito ajustaba la cintura y agrandaba el escote de su disfraz de reina María Antonieta, que lucirá esta noche. Según ella, un escote tiene que ser amplio y dejar los pechos altos como lunas y el talle bien apretado, como cintura

de avispa. El disfraz lleva un miriñaque tan exagerado que cuando entre en el salón de baile casi no habrá espacio para nadie más, ni siquiera para el sufrido de su marido, que irá de Luis XVI. Noté que la costurera no estaba bien, que se sentía incómoda y afectada por los enredos que chismorreaba Fela. Incluso, no tenía aquel salero y buen humor que la caracteriza, sino una cierta congoja, con la expresión de haber llorado y unas ojeras muy marcadas. Poco a poco, fui llegando a comprender sobre lo que comadreaba la capitana. Habían apresado a la mujer de su asistente, que, según ella, era un joven buenísimo y decente, pero tonto y necio. Al parecer, la fulana, así lo dijo, se había fugado no hacia mucho tiempo con un pescador, un tipo raro, que la tenía escondida, medio presa en una playa del vecindario de San Andrés.

Valeria hizo una parada y miró fijamente a su marido, que, pálido y desconcertado, tuvo que sentarse en la primera silla que encontró.

—Por los datos que iba dando, el pescador era el vivo retrato de ese amigo tuyo, el sardinilla ilustrada, el que desde hace años nos trae pescado que intercambia por libros que tú, pacientemente, le vas facilitando. Lo que más me ha impresionado, esto es lo trágico, es que de amanecida lo han encontrado muerto en la orilla de una playa, posiblemente ahogado.

—Pero si hace unos días estuvo por aquí y parecía tan contento, ¿recuerdas, Lisandro? Además, tú le entregaste no sé qué libro y luego le pediste que te acompañara a la oficina de Correos —dijo Antonio.

—¡No puede ser cierto! —exclamó Lisandro consternado, llevándose las manos a la boca, lívido, con náuseas que lo obligaron a acudir precipitadamente al lavabo.

Valeria miró a su cuñado Antonio, sorprendida por la reacción de su marido, pidiéndole calladamente complicidad. Sí, Lisandro se había impresionado, ¡qué hipersensible era! El pescador, después de todo, no era un amigo íntimo ni cercano. Era una desgracia, pero así es la vida, al menos la vida de los otros, extraña e incontrolable.

A los pocos minutos, cuando volvió Lisandro, pálido, visiblemente conmocionado, Valeria continuó su relato.

—Por supuesto yo no he dicho nada que nos comprometiera, ya saben mi lema: ver, oír y callar. Luego, Fela se ha empeñado en acompañarme para poder disfrutar y sacarle la piel a Sarito. Me ha dicho que parece ser que ella mantenía una relación amorosa con su soldado asistente, que había entrado en su casa para hacerle un favor en su tiempo libre, lijarse y barnizarle las ventanas. Que ahí ella no se pudo meter cuando se enteró, pero que, ya tú ves: además, le había arreglado otras cosas. Decía que él era un calzonazos, que las mujeres hacían de él lo que querían. Me preguntaba que si no me había dado cuenta del disgusto de la pobre Sarito, que se caía de pena. Pero que a quién, con un poco de sentido común, se le ocurría tener un lío con un soldado y que en mala hora aparecía la mujer, la infiel, embarazada, pero ¿de quién? Que el asistente había pedido permiso y acudido raudo a rescatarla del calabozo y, además, le perdonaba todas sus faltas, como un santo varón. Su marido, el capitán, siempre amigo de hacer favores, ya hacía tiempo le había facilitado una modesta vivienda en una ciudadela de la calle de Santiago. Que si a la fulana la apodaban la negra y que ella la conocía, era una lavandera, vaga, insolente, que ahora, sin venir a cuento, aparecía para estropearle la aventura a los dos tortolitos, al cornudo y a la modista. Así mismo lo dijo. Que si la pobre hermana de la fugada trabajaba para ella como sirvienta, una mujer seria, decente, laboriosa, a la que se le caía la cara de vergüenza con todo lo que había pasado y sufrido con la descarriada de su hermana. Y al final, quién sabía si el pescador se había suicidado o si lo habían matado. Era raro, que si tenía muy mala fama, era ruin y granuja. Al final, terminó diciendo, todo se reduce a gente baja y sin principios.

—¡Basta ya! —dijo Lisandro, alzando la voz.

—No te sofoques, no he hecho más que referir todo lo que esa señora me ha contado. Siento que te lo hayas tomado de esta forma, no quería disgustarte. Yo no pienso como esa bruja venenosa, pero ¿qué iba a hacer si es imposible interrumpirla en sus enredos?

—¡Pura basura, inmundicia, suciedad! —exclamó Lisandro.

—Bueno, tampoco es para ponerse así, ya sé que apreciabas mucho al pescador, pero después de todo no era como de la familia.

Valeria, al ver el panorama, recogió los disfraces envueltos en papel de seda y se fue pensando muy contrariada: «Qué lástima, me han aguado las carnestolendas. Esta noche nadie me llevará al baile, así que los disfraces tendrán que esperar por lo menos un año en el baúl de cedro».

Lisandro, muy serio, se fue al escritorio y comenzó a escribir una carta a míster Marc Jenning, capitán del *Arawa*.

Querido Marc, hermano:

Te escribo esta carta todavía anonadado por una serie de sucesos acaecidos en las últimas horas, que deshacen todos los planes previstos para la fuga de la pareja a la que pretendíamos ayudar. Como en una tragedia griega o una ópera verista, el destino ha jugado sus dados y el resultado es terrible. Mi amigo, el pescador, ha aparecido ahogado esta mañana. Todo me resulta incomprendible y extremadamente doloroso. ¿Qué ha pasado? No me lo puedo explicar y, aunque no deseo escucharlos, ya han llegado a mis oídos los rumores insidiosos. Lo que parecía una auténtica y feliz aventura se ha esfumado en un momento, convirtiéndose en un drama desconcertante. El viaje de mi amigo ha sido diferente al previsto; solo deseo que, por fin, descanse en paz. Siento una tremenda desolación por lo que pasará con la mujer que compartía en esta vida su sueño de libertad. Me será muy difícil olvidar lo que ha pasado, la vida te da continuas lecciones. Estoy profundamente entristecido. Gracias por tu apoyo y tu amistad. Espero verte en tu próxima escala en la isla y poder hablar y disfrutar como siempre de tu compañía. Mientras tanto recibe un fuerte abrazo de tu hermano

Lisandro Martín

Introdujo la carta en un sobre, llamó al mozo de almacén y le indicó que, urgentemente, entregara la misiva al capitán del vapor *Arawa*, atracado en el muelle y que partiría esa misma noche con destino a Inglaterra.

El regreso

Cuando lo avisaron, se quedó en un estado de total perplejidad. Su mujer estaba viva. No lo había dudado ni un segundo. Sabía que había huido de él, de la vida que le ofrecía, en la que su único destino sería seguir siendo lavandera o criada. ¿Qué hacía en ese pueblo de pescadores? No se había ahogado, simplemente había intentado dar la espalda a la realidad. No estaba lejos, sabía que algún día la delatarían, que, inevitablemente, la encontrarían, pero no estaba seguro de que ella quisiera volver con él, la representación del fracaso. Sabía que no la había hecho feliz como le había prometido. Desde el principio, cuando lo miraba, siempre le suplicaba que la arrancara de la sordidez que era su existencia, pero ¿cómo hacerlo? No había sabido encontrar el camino. Era como un ciego que da vueltas sobre sí mismo. Era él quien necesitaba protección, cariño, que lo guiaran y le dieran socorro. Aún amaba su cuerpo delgado, adoraba la textura de su piel, su olor salino y la pasión con la que se entregaba en cada ocasión. Pero él se dejaba llevar como un animal al matadero, obediente, resignado. No podía hacer otra cosa. No sabía, no tenía recursos para hacer que la vida brillara, no poseía el coraje. En todo se deslizaba por una pendiente. Era un inútil, un estúpido que no hacía nada para detener la caída. Era cierto que Josefa se esforzaba por cambiar la realidad que le había tocado vivir, que luchaba desesperadamente sin saber hacia dónde dirigirse, como él, dando palos de ciego, pero con la diferencia de no conformarse con una existencia diseñada por un destino grotesco. Ella también lo había amado de forma imprudente porque erró al elegir a un compañero que no podía corresponder a sus sueños de

generosa libertad. Había recibido, simplemente, lo que él podía darle, su bondad y el calor de su cuerpo, pero ese alimento no era suficiente para conseguir la dignidad. Las caricias, el deseo y la complicidad no fueron para ellos más que una hoguera que solo tardó en apagarse lo que duró el juego engañoso, el espejismo de la seducción.

Cuando Josefa desapareció, Ana lo animó a que la olvidara. Su hermana había huido por su propia voluntad. Muchas veces ya había amenazado con hacerlo. Mejor así; era una veleta, una desquiciada, un peso difícil de soportar. Enrique sabía que nada de eso era cierto, que Ana se dejaba llevar por la rabia, el rencor y la vergüenza, sabía que era injusta y dañina. Ella lo había acompañado en los peores momentos, dándole su apoyo y consuelo, ocupándose desinteresadamente de él. Por Ana sentía una enorme gratitud.

—Debes continuar con tu vida, de una u otra forma, ella es la que se ha ido. No te sientas culpable.

Se lo decía mientras miraba con tristeza a aquel hombre alto y leve que seguía siendo un rapaz, al que le hubiera gustado reanimar, besar, dar calor con su cuerpo, acunar u ocuparse de cualquier pequeña cosa que necesitara, de cualquier capricho doméstico o deseo. Pero se reprimía, se tragaba sus ansias afectivas y sensuales. Aunque le costara reconocerlo, se sabía mustia, fea, despreciada. Era Ana la chicharra jareada. Por sus venas corrían el odio y la venganza; la amargura, el asco, la náusea al mundo y a su gente. Si tuviera poder, aniquilaría a media humanidad, a aquellos que la habían relegado a lo más bajo. Sí, deseaba obsesivamente a su cuñado, pero ¿cómo iba a ofrecerse a sustituir en la cama a su propia hermana? Le parecía una osadía, algo escandaloso e imposible a no ser que él diera el primer paso. Era evidente que lo quería, aunque no hubiera sabido ni podido tocarlo, acariciarlo con aquellas hinchadas y enrojecidas manos, ni hubiera sabido qué hacer al ser acariciada por aquel muchacho melancólico, del que se enamoró el primer día en que lo vio, cuando ya era posesión de su hermana y al que, muy a su pesar, quería en secreto. Un amor que también la trastornaba y no podía arran-

car de su cabeza. Ahora que Josefa había desaparecido, Enrique podía descubrirla, encontrar en ella a una mujer dispuesta a cualquier locura o a vivir un amor clandestino, intenso y callado. Se frustraba condenada al silencio. Se martirizaba pensando que ella no era más que arena infértil, seca, áspera y opaca.

Enrique sabía que lo único cierto era que Josefa se había fugado con otro hombre, que lo había abandonado a él y a un porvenir miserable, reducido a trabajar como un animal por la comida y un techo. Ahora reaparecía, en circunstancias extrañas, despertando de un mal sueño o iniciando una nueva pesadilla. En algún momento pensó que era mejor asumir ser el engañado, el cornudo, el despreciado. Al principio, todos lo miraban con cierta pena. Su mujer, la negra, había desaparecido, pero nadie sabía cómo ni con quién, aunque pronto empezaran a inventarse historias de accidentes y, sobre todo, de adulterio. Buscaron amantes y hasta pergeñaron un crimen pasional. Otros prefirieron la versión trágica que decía que la habían visto ahogarse cerca del muelle. Después de los primeros momentos de desconcierto y pena se fue acostumbrando a la soledad, casi sin dolor. Gracias a la ayuda del capitán Donato consiguió una casa en un pasaje de la calle de Santiago, cercano al cuartel. Cuando no trabajaba, pasaba el tiempo en su azotea, en la que había construido un palomar y un gallinero que acogía a las aves que había trasladado de la choza del barranco de Anchieta.

Con el tiempo, la historia de Josefa dejó de interesar y la gente se fue olvidando. Enrique, como los demás, continuó con su labor. Su tarea como asistente terminaría en menos de un año, cuando se licenciaría como soldado, por lo que debía ir pensando en buscar un trabajo con el que ganarse la vida, ya que a la isla de La Palma no pensaba volver para encontrar refugio, ayuda o misericordia. Sabía leer y escribir, era un buen carpintero, pero cualquier cosa sería buena para sobrevivir, aunque su incapacidad para decidir hacia qué se evadiera de este pensamiento de futuro.

A los dos meses de su nuevo estado social (no era soltero ni viudo ni

casado) conoció a doña Saro García, una costurera viuda, quince años mayor que él y con dos hijos ya crecidos, que vivía en la calle de la Equis, muy cerca de la Capitanía General. Se habían encontrado en circunstancias poco comunes, en el velatorio de un viejo militar. Allí se enteró de que ella necesitaba un carpintero que cambiara las puertas y las ventanas apolilladas de su casa, pues no encontraba ninguno disponible para el trabajo.

—Aquí todos los carpinteros se consideran ebanistas —resopló, mirando al joven que, junto a ella, sorbía una taza de caldo.

La mirada, las curvas, la frescura y la risa de aquella mujer le atrajeron como un imán, aunque no sabía definir qué era lo que le gustaba, si su olor a vainilla, de hembra en celo, su descaro o aquel aspecto de *donna* italiana, de hermosos pechos redondos que, lejos de disimular, acentuaban su silueta.

—Si le parece, puedo ayudarla en mi tiempo libre, que no es mucho. Si no tiene prisa, poco a poco, puedo ir haciendo lo que usted me diga. He sido aprendiz de carpintero, me gusta y se me da bien. Ya he hecho algunos trabajillos en el cuartel de los que nadie se ha quejado.

Saro lo escuchó mordiéndolo con los ojos. Si la hubieran dejado, lo habría desnudado allí mismo, sin importarle el pobre difunto ni su doliente parentela. Aquella frase, «puedo ir haciendo lo que usted me diga», resonaba lasciva en su cabeza. Así comenzó aquella nueva historia de seducción. Enrique acudía siempre que podía a realizar arreglos a su casa y Saro se libraba de sus hijos para mimar, alimentar y meterse en la cama con el complaciente muchacho.

«No puedo perder el tiempo, necesito disfrutar de la vida. La fortuna me ha enviado este dulce regalo cuando ya no esperaba nada. Pero todavía soy joven y fogosa. De la puerta de la calle para adentro soy más libre que el sol. Mi santo, aquí eres todo mío», le decía Saro, entre carcajadas, mientras lo desvestía.

Enrique no pudo reprimir una sonrisa burlona. Primero ángel, ahora santo, ¡qué paradojas!

Cariñosamente Saro lo llamaba mi santo inglés. Le daba de comer, lo mimaba como a un gatito y dormían la siesta, eso sí, con prudencia, antes de que llegaran las aprendizas o las clientas a tomarse las medidas o a probarse los nuevos vestidos. Enrique se dejaba querer por aquella hembra insaciable que, a la vez, lo cuidaba como una madre. No la quería como había querido a Josefa, pero en cambio se sentía seguro, casi feliz, con aquella mujer espléndida, siempre divertida, celosa y posesiva.

Muy pronto, la noticia de los amoríos del soldado abandonado y la viuda costurera fueron *vox populi*. Ana sintió como un jarro de agua fría sobre su cuerpo cuando doña Fela, con sorna y veneno, le contó lo que la gente murmuraba. Cliente fiel de la casa de Saro García, le confirmó que su cuñado, el que parecía un corderito, el que no rompía un plato, era una mosquita muerta que había tomado como querida a doña Sarito, la viuda alegre.

—Bueno, tu hermana desapareció, se fue a Cuba, se ahogó o se fugó con otro, ¡qué sé yo! Los hombres son así, unos trastos que se consuelan rápido, necesitan encontrar cariño. Pero claro, tú de estas cosas no sabes nada. Ellos tienen que calmar ese fuego que tienen dentro y que solo una mujer de verdad puede apagar —le dijo de forma ruin a la cara.

Ana se sintió humillada, como si fuera ella la traicionada, la engaña-dada. Intentó que no se le notara el odio, la náusea que todo aquello le pro-vocabía, y los celos profundamente escondidos. ¡Ay, los hombres! Solo se mueven por instintos, son unos cerdos y Enrique solamente es uno más, maldijo amargada. Nunca lo perdonaría. Sin saberlo, la había traiciona-do, se había burlado, como todos los demás. No volvería a cuidarlo, ni plancharía con esmero sus camisas, ni le dejaría la comida preparada. Si por ella fuera, podría morirse en ese mismo instante. Además, ¡en-redarse con aquella furcia!, una vaca comehombres, grotesca, vulgar y nada señora a la que la gente señalaba con ironía en las procesiones de Semana Santa por ir disfrazada de Manola, con todas las joyas que po-día ponerse encima, acompañadas de una enorme peineta y mantilla de encaje negro que le daban un aspecto indecente de artista de cafetín y

de arrabalera. ¡Puta, más que puta!, rumiaba. Ella parecía la burlada, la humillada. En quien no pensó ni un segundo fue en su hermana Josefa, que era, en todo caso, la víctima de la infidelidad. A ella, que nada tenía y que tanto se había sacrificado por los demás, ahora la había pisoteado una quimera, por lo que ya no había ni un hueco para el perdón.

Al regreso a la ciudad, ya no volvieron a la improvisada vivienda del barrio de Los Lavaderos, sino a la casa del pasaje donde Enrique vivía desde hacía meses y que había conseguido gracias a los contactos del capitán Donato Pío. Josefa pensó que aquello era una cárcel, una mazmorra aún más horrible que la casucha del barranco. La gente los miraba con desconfianza, sin la más mínima expresión de amabilidad. Todos creían conocer la historia de la negra, una desgraciada, que se había comportado como si fuera diferente a los demás y que ahora se había vuelto muda, una zorra, una fiera con la que era mejor no tener confianza. Al poco, se reían y murmuraban sin discreción alguna. Aquella mujer morena, de ojos sin brillo, no era más que una pobre miserable que pronto iba a parir otro ser desgraciado como ella. ¡Qué lástima el palmero, tan buen hombre, tan serio y trabajador, con aquella mujercilla descuidada y desquiciada!

El pasaje era como un callejón sin salida, una ratonera, con casas terreras, algunas miserables y diminutas. Casi todo el año, durante el día, la gente sacaba sus sillas a la calle, como si de una plazuela se tratara, y las recogían ya al anochecer. Las puertas y ventanas permanecían abiertas, sin miedo a robos, pero con absoluto desprecio del valor de la intimidad. La gente hablaba a gritos, reía o se maltrataba sin importarle el vecino o el qué dirán. Esa proximidad confusa desagradaba profundamente a Josefa, que añoraba su choza del barranco, cuatro maderas con sus gallinas, palomas y cabras. Infame pero independiente. No quería pensar en su madriguera secreta en la playa de Traslarena o los días felices en Los Jorobales con Virgilio, solos, perfectos, sin miradas humanas que los juzgaran.

La resaca

Había encontrado en Virgilio a un compañero leal, un amante inesperado, otra clase de amor auténtico que, al principio, no tuvo nada que ver con la atracción ni con el deseo enajenado para ninguno de los dos. Aunque por poco tiempo, conocieron la otra cara de la vida, más amable, sintieron lo que siempre habían deseado, una manera diferente de vivir, un amor feliz y libre. Virgilio había sido una llave, tal como ella, casi sin quererlo, lo había sido también para él. Descubrió que los libros eran cofres llenos de historias; la mar, una oportunidad que te ofrecía vida, pero a la que había que respetar, pues también podía aniquilarte con sus corrientes. Reconoció que el placer no conllevaba siempre angustia y desolación. En su cabeza habían vibrado, por primera vez con sentido, palabras como república, anarquía o igualdad, que el pescador, buen maestro, le había hecho comprender con vehemencia. Virgilio, en aquellos meses, fue feliz por primera vez en su vida, convertido en un Palinuro, alguien que guía y ama y al que, sin embargo, el dios del sueño abatiría precipitándolo al mar sin que nadie oyera su grito. Su cuerpo, como el del héroe troyano, abandonado en la orilla de la playa, se convirtió en fina arena. Josefa lloró desgarrada, pero debía seguir, vivir para alumbrar la promesa que nadaba en su vientre. Ya no era solo una pobre y desgraciada ignorante, aunque le quedaban muchas cosas por aprender y vivir. Tenía la seguridad de que volvería a ser una rehén de la ciudad y a sentirse completamente sola. Nunca volvería a lavar la ropa de extraños.

Al comienzo de la historia con Enrique, había tenido la dulzura y el placer del despertar de los cuerpos. No dudaba de aquel amor primero,

del te voy a querer siempre, pero también comprendió que carecieron del importante lenguaje de la amistad que les permitiera acercar sus modos de entender la vida. Enrique, sumiso, aceptaba las reglas que el mundo imponía, cerrado a nuevas posibilidades para las que era preciso rebelarse. Era capaz de esperar con una eterna paciencia, sentado en cualquier lugar, aguardando resignadamente los acontecimientos para ser dirigido como un caballo domado. Ella, sin embargo, se resistía, sabía que necesitaba el aire, la sal marina, el respirar anchamente, sin que nada ni nadie ordenara sus pasos.

De mil maneras, Josefa le había repetido desde que se conocieron «no me dejes sola, corramos juntos», pero él no había sabido interpretar el ruego y se preguntaba qué había hecho mal o qué más necesitaba su mujer para ser feliz. No encontraba la respuesta. En el fondo de su corazón, ella no le perdonaba su ceguera, su abandono inconsciente.

Habían vivido una corta etapa de felices amantes en la que todo había sido simple; eran dos niños, unos cuerpos que se buscan con ansia, la pasión de un primer amor descubierto, el engaño en la locura de que todo es posible, de que nada puede detenerlo, de que el amor todo lo puede. La mujer que recuperó Enrique era otra. Ya no era una niña, otras eran sus ideas. Nada o casi nada quedaba de la ilusión adolescente de la joven desposada.

Regresó con una mujer a la que sentía derrotada, brumosa, silenciosa, cada vez más extraviada en sus pensamientos y sin brillo en la mirada. La vida que podía haber sido se había evaporado, y se preguntaba si la responsabilidad era suya por no haber sabido dominar su cobardía. Cada día había rogado al Dios misericordioso de su infancia un milagro que lo salvara. Aún seguía deseando a la chiquilla que había amado, la que sin saberlo le había descubierto la vida, cuando en su melancolía hacía navegar barquitos de papel que las olas se tragaban. Ella era la sirena que lo enredaba con sus brazos y besaba su boca. Es mi sino, la mala suerte, las sombras desde siempre presentes en mi cabeza, mascullaba pesimista. Seguía siendo aquel niño recién nacido, abandonado en el portal de un

convento de monjas apacibles, de abejas negras en una colmena confortable, donde, como a Moisés, una princesa lo salvó de las turbias aguas de la miseria, lo educó o lo domesticó, preservándolo de riesgos mundanos, alejado de sus pompas y de sus glorias. La pena es que ella, la abeja reina, la dueña y señora, se ocupaba más de observar las estrellas desde lo alto de su torre que de los asuntos terrenales. Así terminó abandonándolo a su suerte en el mundo de los hombres, de Satanás y sus miserias, perdido, sin saber qué hacer con una muchacha a la que no había entendido y había dejado caer en el abismo. Este era el resultado, qué puede hacer uno cuando se sabe un invento, cuando se carece de carácter, cuando no eres lo que la otra persona se imagina o desea de ti.

La vida continúa

Josefa nunca habló de Virgilio. Enrique no le preguntó, pero conocía su existencia fantasmal. Entre los dos llegaron a un pacto de silencio nunca formulado. Virgilio ya solo existía en la cabeza de la mujer, para los demás no era más que un espectro del que se dijeron maldades, mezquindades y mentiras. Enrique sabía que aquel hombre, que había estado cerca de su mujer huida durante siete meses, no era el padre de su hijo. Bastaba contar, aunque eso no aseguraba nada. Podían haber tenido una historia secreta muchos meses antes, como murmuraba la gente. Sabía que el niño era suyo porque Josefa no mentía nunca. Además, la gente hablaba de la ambigüedad sexual del pescador, que no era un hombre como los otros. Tampoco él se sentía como los otros, pero estaba seguro de que el pescador había aportado algo a la vida de Josefa que él jamás podría darle. Aun muerto, sabiendo que no era el causante de su desgracia, sentía celos e internamente lo detestaba.

Ana reapareció una vez que nació Liberto. De alguna manera, se sentía responsable del niño. Pensaba que la manera de ser de su hermana la incapacitaba para la crianza del recién nacido. Nuevamente el silencio, las miradas de reproche, el rechazo y la amargura impedían que aquellos seres se entendieran. Ana procuraba acudir a atender a su hermana y a su sobrino cuando Enrique estaba ocupado. De todas maneras, cada día se veían en las dependencias militares donde vivían el capitán Donato Pío y su familia. Ana se había convertido en la mano derecha de doña Fela, que había delegado en ella prácticamente todas las tareas domésticas. La mujer daba órdenes al servicio, incluido el asistente del capitán,

su cuñado, que, como siempre, estaba disponible para cualquier deseo de la señora o de aquella especie de ama de llaves en la que había logrado convertirse Ana. Era su manera de vengarse. Tenía poder para avasallar y dejar en evidencia al soldado-esclavo si no cumplía todos y cada uno de sus encargos. Por su parte, Enrique la percibía cada día más prepotente, insoportable y rencorosa. No entendía por qué era tan seca y desagradable con él, por qué no lo miraba nunca directamente a los ojos, por qué lo ignoraba y solo se dirigía a él con mandatos o reproches. Pensó que quizás lo culpaba del infortunio de su hermana. Se preguntó si no recordaba que ella misma lo había animado a olvidar a Josefa y comenzar una nueva vida. Le pareció que era difícil entender a las mujeres. Afortunadamente, sabía que aquello acabaría muy pronto, cuando terminara el largo y obligatorio periodo militar.

Tristeza

A Josefa le gustaba observar de lejos a la gente, sus movimientos, desde el malecón, como si ella no fuera humana; una extraña lectora fuera de un mundo oscuro y confuso. Parecía un cernícalo parado en medio del cielo, dejando pasar el tiempo, burlándose de sí misma.

Nada en ella era semejante al comportamiento de los que la rodeaban. Reconocía su abandono, le agradaba el extravío que la desconectaba de la realidad más necia, de la que voluntariamente se ausentaba.

Cada día me ven más loca y se permiten tratarme peor. De cerca, la gente me mira con descaro y son capaces de ser desagradables solo por crueldad, se repetía Josefa. Pero en realidad no les importo, les soy totalmente indiferente.

Cada noche, Enrique se convertía en una sombra silenciosa que no la abandonaba del todo. Sus ojos azules ya apenas la rozaban. A veces, la observaba y sentía su cuerpo caliente a su lado. Añoraba su abrazo lejano, lo que había soñado que era el amor, lo que pudo ser y se volvió espejismo. La soledad es hermana de la muerte y la muerte es solo sal, un instante blanco. Luego silencio, calma, fin del infierno, una playa desierta sin huellas humanas.

A Josefa aún le gustaban el repique de las campanas, los relojes de las torres marcando las horas y las sirenas de los barcos. No se cansaba del movimiento de las olas, las nubes siempre diferentes. Disfrutaba con esas pequeñas cosas, pero era incapaz de hablar, de explicarse, hasta el punto de que algunos llegaron a pensar que era sorda, aunque la idea más común era que se trataba de una enferma mental.

Ella sentía que casi todos a su alrededor mentían, vivían engañando y engañados, envueltos en una enorme falsedad. Su único alivio eran las historias que leía y que añadían otro motivo más para que la gente insistiera en su desvarío mental. En vez de perder el tiempo con tanta lectura y tantas tonterías, debería ocuparse algo más de su marido y de sus hijos, había oído murmurar muchas veces. Odio, siempre odio a su alrededor, desprecio y rencor.

Le quedaban sus hijos. Emma era inquieta e inteligente. Había heredado la forma de los ojos del padre, pequeños, rasgados y pícaros, y el tono oscuro, azabache, de Josefa. Liberto en nada se parecía al padre. Todo lo relacionaba con la madre, tanto física como espiritualmente. Los dos niños creían sanos, pero no eran ajenos a las murallas que separaban a sus padres. Emma adoraba a Enrique y protegía a Josefa. Liberto, sin embargo, solo se entendía con su madre. Al crecer, se fue distanciando de su padre, no lo quería y no hablaba con él más que lo preciso.

De aquella mujer rota, de espaldas al mundo, y de aquel hombre dócil y conformista, habían nacido dos criaturas singulares que, aparentemente, poco tenían que ver con ellos o, quizás, eran la proyección de lo que debían haber sido.

Parto y bautizo

El domingo de resurrección, mientras los pescadores realizaban cerca de la ermita de San Telmo la quema del Judas, un monigote patético que representaba al discípulo desleal —en realidad, la celebración encubría el festejo antiguo de la llegada de la primavera—, Josefa presintió que su hijo estaba a punto de nacer. Con gran esfuerzo, llegó hasta su casa y allí lo parió sola, sin ayuda. Sin temor, cortó el cordón y lo lavó. Enseguida la criatura comenzó a mamar del pecho de su madre.

Así los encontró Enrique cuando volvió al anochecer. Madre e hijo yacían plácidamente. Josefa parecía feliz, al fin, feliz con el pequeño. ¿Qué podía hacer el padre si ya había llegado la criatura? No se le ocurrió nada, pues nada sabía de niños. Preparó un caldo y se lo dio a su mujer, con ternura. Apenas hablaron. El niño y la madre parecían sanos. Los dos dormían. El tiempo podría pararse en ese momento, pero él no era más que un extraño en aquel suceso. Josefa ya no le pertenecía y su hijo era un hoy y un mañana inciertos. Siempre había habido en su vida algo que lo desplazaba, que lo colocaba en el límite, que le producía una sensación de no pertenencia, que lo acercaba al vacío.

Aquella noche, Josefa solo le dijo que su hijo se llamaría Liberto y con ese nombre quedó registrado, al día siguiente, en el Juzgado.

El capitán Donato Pío y doña Fela se ofrecieron como padrinos, por pena. Enrique aceptó, entre otras cosas porque no tenía dónde elegir, no había amigos y su cuñada Ana, único familiar cercano, había rechazado el madrinazgo con esa altivez que encubría el profundo rencor que sentía hacia su cuñado. Un domingo de abril, en la iglesia de San Francisco

de Asís, donde se había casado hacía poco más de un año y medio, el padre y los padrinos fueron los únicos testigos del bautizo.

—¿Qué nombre recibe el nuevo cristiano? —preguntó el cura, aburrido junto a la pila.

—Liberto —respondió Enrique titubeante.

—¡Ah, Gilberto!, bonito nombre. San Gilberto de Aquitania, obispo y mártir.

Doña Fela, que sostenía al niño entre los brazos, comenzó a reír sin parar, nerviosa, pero ninguno de los presentes indicó al cura su error. Al salir de la iglesia, los padrinos desearon lo mejor al padre.

—Ahora espero que todo vuelva a la calma, que tu mujer se tranquilice, se entreteenga y cuide bien a nuestro ahijado —dijo severo el capitán, hablando del recién nacido como si fuera un juguete y entregándole, con falso disimulo, un sobre con dinero.

—Y tú, espábilate, tunante, ocúpate de tu familia y no te distraigas con otras cositas —se atrevió a decir doña Fela, devolviéndole al niño.

—Adiós, Gilberto, mi ahijadito, vida mía, ya me ocuparé yo de que a ti no te falte de nada. ¡Ah, y no te olvides, llevas el precioso nombre, cristianísimo, de un obispo mártir! ¡Menos mal que tienes a tu tía Ana, la única seria y cabal de la familia, que me tendrá al tanto de cómo te crían!

Enrique se fue cabizbajo, humillado, después de tener que soportar los comentarios malévolos de los padrinos, con el niño arropado, caminando despacio, con cierta torpeza, como si aquello que llevaba entre los brazos pudiera caerse o romperse en cualquier momento.

—¡Qué pena, Señor! ¡Otro que viene al mundo a sufrir! —exclamó doña Fela con un movimiento de negación con la cabeza.

—Los hijos son consecuencia de los padres —dijo Donato Pío con tono de superioridad y voz marcial.

—Pues este, con una madre chiflada y un padre calzonazos, siempre en Babia, ya me dirás qué futuro le espera: desgracia y miseria.

Y así, sin más, en la soleada mañana del domingo, se dirigieron hacia

la terraza del café del casino para tomar el aperitivo, como era habitual, con sus selectas amistades.

Doña Fela aprovechó para presumir de su gesto caritativo con aque-
llos infelices. Ella los conocía bien: él, que había llegado a ser su asisten-
te, por un favor del bueno de su marido, era un don nadie venido de La
Palma, y ella, una holgazana sinvergüenza y aprovechada. ¡Vamos, unos
muertos de hambre! Eran aquellos de los que tanto se había murmurado
por sus infidelidades y enredos amorosos, gente sin formación ni prin-
cipios. Y así, entre todos, les sacaron la piel, con expresiones de falso es-
cándalo y risotadas divertidas, mucho más cuando Fela contó que el cura
se había equivocado, bautizando a la inocente criatura con el nombre de
san Gilberto, mártir, en vez del sospechoso, republicano y ateo Liberto.
Porque esta gente baja, siguió, pretende tomarse ciertas libertades con
descaro, desenfreno y libertinaje, hablando de igualdad, libertad y fra-
ternidad. ¡Pobre criatura!, ¿adónde habría ido con ese horrible nombre?

Reflexión de Josefa

Me hundo en el silencio, en mi silencio fangoso. Nada podrá hacer que me recupere de esta terrible realidad que es la vida. Me gustaría ser sorda para no escuchar todas esas palabras de reproche, de maldiciones que caen sobre mí. Desearía ser ciega para no ver esas miradas frías que me clavan sin yo quererlo. Me gustaría no existir, solo ser aire que pasa y nadie detiene. En la tierra ya no hay lugar para mí, solamente sueño con el horizonte. Mi silencio no es más que un grito desgarrador. Creen humillarme con sus miradas, piensan que me arrastro por el lodo, que no tengo ningún derecho, que soy menos que nada. Por eso callo, ya no respondo ni quiero ver tanta ruindad, meditaba entristecida Josefa.

¿Por qué debo pagar con este dolor insoportable el deslizarme por la vida? ¿Qué crimen cometí para estar condenada a la infelicidad perpetua, a la falta de cariño, a sentirme continuamente desposeída? Varada para siempre, me privan de libertad y el único ser humano que me entendió ya no existe. La marea misteriosa ha perdido la memoria, el color, sonámbula, ausente de ilusiones, traicionada por las mentiras, sórdida, gris en su ir y venir, agotada.

¡Ay, Porto Santo! ¡Ay, Porto Perdido! Serás para siempre nuestro lugar de promisión nunca alcanzado, un refugio maravilloso en mi mente, un descanso lleno de sol, de arenas doradas, aguas turquesas, anémonas, corales, peces, donde nadar en libertad. No creo que Virgilio esté en una tumba. Él está allí, en ese paraíso luminoso soñado por los dos, haciendo castillos de arena con nuestro pequeño, nuestro hijo, pescando peces rojos, verdes, plateados, durmiendo en una choza llena de libros que nos cuentan historias maravillosas. Allí está él, esperándonos.

Intermezzo

Los siete meses que vivió huida, escondida en la playa de Traslarena, cerca de Virgilio, libre de ataduras y vestida de hombre, le dejaron una huella para el resto de su vida, no solo por lo que obtuvo, sino por lo que luego la existencia le negó.

No era más que una adolescente inexperta rozando el abismo que se escapó atrevida de su presente para caer luego prisionera de un mundo que la amordazaba y jamás le perdonaría su rebeldía de vivir. Fue expulsada a empujones de la primavera para ser arrastrada hacia un invierno gélido de extravío y soledad. Como *La Paloma Liberta*, se quedó encallada en los recuerdos de una breve escapada, en los sueños prometidos de una nueva tierra, donde nacería su hijo, donde conviviría con Virgilio, cerca de la mar, oliendo siempre a océano, pescando cada día hasta hacerse viejos, leyendo aquellas historias que la emocionaban, porque hablaban de seres que, como ellos, se rebelaban contra la injusticia o buscaban el amor. Un sueño angustioso se repetía cada noche.

¡Adiós, Porto Santo, lugar nunca alcanzado!

Cesó la brisa. No había posibilidad para el sollozo ni la despedida, apenas le quedaban fuerzas para respirar. Herida de muerte, atisaba las ilusiones perdidas, flotando como un cuerpo a la deriva. Ningún barco pirata aparecería para rescatarla de la desolación más amarga.

En su mente, el fantasma de Virgilio, el amor inesperado, con los ojos de color miel, la cabeza llena de caracoles, el cuerpo fuerte y resbaladizo, engullido por la mar y por la luna, ahogado eternamente, se convertiría en un ser sonriente, cubierto de escamas y cola de Tritón. Su fantasma

no la asustaba; al contrario, temía que algún día se borrara de su memoria, una quimera, una gaviota que se aleja por el cielo, invisible, irrecuperable. Aquel ser único, mitad hombre, mitad pez, estiraba sus brazos fuertes hacia ella, pero las escamas escurridizas de sus manos impedían que pudiera sujetarla.

—¡Vamos, no te rindas, Josefa! ¡Inténtalo de nuevo, mi amor! ¡Agárrate fuerte a mí! —le gritaba Virgilio—. ¡Te espero! ¡Nuestro barco está a punto de zarpar, no te demores! ¡Nos esperan blancas e inmensas playas, llenas de conchas y caracolas!

—¡Espérame, no me dejes! —le suplicaba desesperada Josefa—. ¡Llévame contigo! Ahora sé que soy cobarde, insignificante, y tengo mucho miedo. Ayúdame, quítame la vida, arrójame al océano, desdibuja mi carne para que sirva de alimento a los peces, para no tener memoria, solo silencio, vientre de agua, fugitiva de mí misma, espuma de mar, sin cuerpo ni alma, donde todo sea blanco luminoso, calmo, profundo o tibio olvido, todo diluido en el azul.

Segunda parte

Manuela

Doña Manuela de Monteverde y Ayala, marquesa de Malpaso, dueña y señora de ingenios de azúcar en Tazacorte y Argual, había deseado siempre tener una hija. Después del nacimiento del primogénito, al que su madre se empeñó en llamar Rubén, nombre bíblico del primer hijo de Jacob y Lía, vinieron los gemelos Justo y Pastor, nombres de los niños mártires hispanorromanos que murieron por no querer abjurar del cristianismo. A pesar de que los médicos la advirtieron de los peligros de otro embarazo, dadas las dificultades que había tenido en el último parto, que la llevaron casi a la muerte, quería tener una hija, por lo que se encorazonó a santa Catalina de Alejandría y a san Sebastián. Sus tallas habían sido traídas de Flandes por su noble antepasado Jacome de Monteverde, traducción de Jacques de Greonenberg, en el siglo XVI, y se encontraban en la ermita del santo mártir asaetado, en Santa Cruz de La Palma, para cuya reconstrucción hizo numerosas donaciones. Además, acudía con fervor enfermizo cada mañana a misa y por las tardes al rezó monótono del santo rosario, siempre desde su reclinatorio de caoba y terciopelo en la iglesia de El Salvador. Esperaba con enorme fe que los santos y arcángeles intercedieran por ella ante Dios Nuestro Señor y pudiera, finalmente, dar a luz lo que más deseaba, una niña. Cada vez que había parido había sido una enorme decepción. Manuela, siempre con jaquecas y melancolía, no se había ocupado directamente de la crianza de sus hijos, dejándolos crecer con las amas que la sustituían. Los niños fueron inquietos y rebeldes desde su vientre y luego llorones y ruidosos. Manuela los detestó, llegando

incluso a ignorarlos, todo ello justificado por su frágil salud, por lo que intentaba remediar su culpa con golpes de pecho, el sacramento de la confesión, la consiguiente dolorosa penitencia y la eucaristía. Con los años se intensificó la aversión que sentía por su marido. Había parido a sus tres primeros hijos casi sin descanso, de un embarazo al otro. Don Lamberto de Salazar, al que conocía desde niña porque además era su primo segundo, había sido impuesto por su familia, por lo que se casó sin ilusión ni deseo. Para ella, en la intimidad, era un hombre aborrecible y repulsivo.

A los quince años, guiada por su fe católica, apostólica y romana, pensó que debía seguir lo que le indicaba una voz superior, la vocación religiosa, entregándose a Dios como esposo, a la reclusión conventual y a la oración perpetua, para redimir así los pecados del mundo. Sin embargo, su padre se opuso rotundamente a que profesara, ya que contravenía sus planes para aumentar y fortalecer su ya inmenso patrimonio.

A la joven Manuela, que no soñaba con tener un marido, ni muchísimo menos con ser madre, le aterraba todo lo referente a lo carnal, a la pasión desbocada. La lujuria que contempló en su marido desde la noche de bodas la identificó con el más monstruoso de los pecados. Había soñado con una unión espiritual, con un marido santo y casto, al menos con un hombre comedido, pero se encontró con un ser instintivo, ávido de besos y caricias, que la mordía, chupaba, desnudaba y poseía. Manuela asumió que la relación era una prueba más del cielo, una especie de martirio que le mandaba el Altísimo para purificar y mortificar su carne y su alma pecadora. En la noche de bodas permaneció muda, asustada y sometida al dolor hasta que, de pronto, Lamberto cesó en aquellos juegos repugnantes y quedó como muerto sobre su cuerpo. Manuela lo apartó, se levantó del lecho, se arrodilló en el suelo y comenzó a rezar una letanía incomprendible.

—Manuelita, querida, vuelve a la cama —le dijo Lamberto con un hilo de voz—. Si hoy no te ha gustado, ya te gustará mañana o pasado. Y, por amor de Dios, deja los rezos para la iglesia y déjame dormir.

Desde ese día, Manuela detestó que su marido la llamara Manuelita, sobre todo, cuando lo hacía en la intimidad. Se lo prohibió. Temía sus abrazos, sus besos y la consecuencia de ellos, la fornicación obligada.

Cuando nació la pequeña Ofelia Catalina Mariana se sintió bendecida por Dios. Había pensado largamente los nombres que pondría a su niña. Ofelia significaba «aquella que está siempre dispuesta a ayudar». Catalina, por la santa de Alejandría, con su vestido blanco de pureza, verde de sabiduría y rojo por su martirio. De esos colores hicieron el juabón para el bautizo. Mariana porque se la consagraría a Nuestra Señora Santísima. Por fin se habían cumplido sus ruegos y deseos. Ella se ocuparía personalmente del cuidado de su hija y de inmediato cumpliría la promesa que le había hecho a las imágenes de sus santos: se negaría a tener más relaciones carnales con su esposo y dormirían en habitaciones separadas, si era necesario, para evitar el avasallamiento del marqués. Había prometido castidad y continencia y una vida reglada por las leyes de la Santa Madre Iglesia. No deseaba ni podía tener más hijos, dada su delicada salud. Además, con cuatro ya había cumplido con los mandamientos celestiales y ya no tendría que yacer más con su marido ni aguantar sus perversiones. Haría todo lo posible para que él también renunciara a los placeres de la carne, uno de los tres enemigos del alma, aconsejándole la oración y la mortificación como huida de la lascivia y la sensualidad satánica.

Para su desgracia, no pudo amamantar a la niña. La leche no brotaba, lo que la sumió en una gran angustia y una desolación extrema. Se pasaba los días recostada a oscuras, diciendo que su mal era la jaqueca de los Monteverde. Con gran cariño la sustituyó el ama de cría Juana, que fue quien arropó a toda la prole y cuidó con mimo a Ofelia durante toda su infancia.

Manuela acudía a confesarse con don Silverio, su padre espiritual, a la iglesia de Nuestro Señor El Salvador. El párroco se dio cuenta de que aquella pobre mujer estaba enferma, enajenada, obsesionada de forma extrema con el pecado o todo aquello que transgrediera las leyes

o preceptos religiosos. Tenía pesadillas continuas, vivía aterrorizada con las enfermedades que podían arrebatarle a su hija. Un día le narró un ensueño angustioso, una pesadilla que se repetía y la atormentaba. Con el aspecto de una intrépida amazona, con un pecho amputado y el otro desnudo, lanzaba flechas con un arco a un hombre desnudo, martirizado, una especie de Sebastián atado a un árbol que emitía horrores gritos de placer. Desbocada, escupía improperios y lanzaba saetas púrpuras que se clavaban incesantes en el hombre, al que, poco a poco, terminaba por reconocer. Aquel cuerpo flácido de san Sebastián de la pesadilla no era otro que el de Lamberto de Salazar, su insufrible y legítimo marido, al que odiaba con toda su alma.

Otra pesadilla consistía en que los hugonotes volvían a asaltar la isla del Arcángel San Miguel de La Palma, saqueando los palacios y las iglesias. Ella aparecía de heroína, convertida en santa Catalina de Alejandría, la imagen venerada de la ermita, a la que el pirata Leclerc, el famoso Pata de Palo, terminaba estuprando, antes de robar su espada y colocarse, burlonamente, su corona sobre la calva. También tenía la cara y el cuerpo horrible de su marido, jadeaba como él, lanzaba unas terribles carcajadas y le decía: «Ven, Manuelita, Manuela, Manola, ven conmigo a quemarte eternamente en el infierno». Afirmaba que su marido era satánico, un macho cabrío vicioso, que la agobiaba con la fornicación. Incluso había llegado a pensar si no sería necesaria la ayuda de un ministro de Dios que lo exorcizara.

Don Silverio, hijo de labradores, sabía que todo lo confesado por la señora marquesa era fruto de la desmesura y una errónea idea de la virtud. Respetaba, admiraba e incluso envidiaba al marqués de Malpaso. Lo consideraba una buena persona, inofensivo, un auténtico aristócrata de nacimiento que contribuía con importantes sumas de dinero para mantener la iglesia. En realidad, el clérigo deseaba el poder, el lujo y la superioridad de los ricos. Siempre se dirigía con exagerado respeto a don Lamberto, pronunciando su título nobiliario, llamándolo señor o excelencia. Consideró un deber hablar al marqués de los profundos

problemas que había detectado en la señora marquesa, intentando no desvelar el secreto de confesión.

—Creo que su esposa, la señora, sufre algún tipo de trastorno que afecta no solo a su vida espiritual, sino también a su vida cotidiana. Las manías y angustias le están afectando hasta el delirio y debería tomar algún tipo de tratamiento o remedio médico que la serenara. Sinceramente, creo que sufre alguna dolencia extraña, de tipo nervioso, que la desajusta y la enajena, haciendo que la vida le sea insopportable y enraeza las relaciones con los demás y especialmente con usted.

—Es cierto que desde hace muchísimo tiempo se niega a sus obligaciones de esposa. Ha descuidado la atención a sus hijos mayores y, muchas veces, la encuentro ausente, abstraída y triste. Se comporta como una anciana desde que nació nuestra hija. Se viste como una viuda y prescinde de cualquier adorno, en duelo permanente. Pero, a decir verdad, nunca fue alegre ni vivaracha.

—¿Y no ha pensado que sería conveniente proporcionarle cuidados de un galeno o una estancia en una casa de reposo o sanatorio en Tenerife? —propuso don Silverio.

—Pero ¿qué dice, monseñor? Mi mujer no está loca. Aunque es verdad que siempre fue muy beata y anda obsesionada con el cielo y el infierno. Lo que debería usted hacer es convencerla de la obediencia al esposo, que viva sin tantos miedos, que aprenda a divertirse y no solo a mortificar su cuerpo. Pero esa cuestión me parece casi imposible. Desgraciadamente, me casé con una mujer convencida del sufrimiento, cuyos únicos regocijos son las plegarias y los golpes de pecho en este valle de lágrimas, como ustedes, varones de Dios, siempre nos repiten. No se hable más —replicó mientras miraba al cura con ojos de enfado, resoplaba y salía precipitadamente de la sacristía.

Don Lambert de Salazar descendió cabizbajo las desgastadas escalinatas de la iglesia de El Salvador, preocupado y herido en su orgullo. No le había gustado la actitud del párroco ni su mensaje. Se encaminó por la calle Real hacia su casa, pensando que quizás a su mujer le convendría

marcharse una temporada de descanso a la hacienda que poseían en el norte de la isla, en Barlovento, lejos de tanta iglesia, ermitas y santos. Eso le permitiría, también a él, una vida menos opresiva, disfrutar y consolarse, discretamente, con alguna de las mujeres, siempre apetecibles, que le rodeaban, sin que se estableciera ningún escándalo ni altercado. Manuela se iría con la niña y él las visitaría de tanto en tanto, ya que no era tan grande la distancia. Quizás, ella en la hacienda de Barlovento y él en el palacete de Santa Cruz vivirían más tranquilos y evitarían el clima de tensión que los oprimía. Le afligía que Manuela no lo amara, no haber podido enamorarla como en las novelas románticas, pero también él había dejado de desearla, siempre mustia, avinagrada, vestida de dolorosa y con ese insopportable olor a sacristía. Además, nunca había dejado de encontrar atractivas ni desperdiciado una oportunidad con las jóvenes criadas, de sangre caliente, graciosas, redondas y descaradas, o las tenderas que olían a tomillo y romero que se paseaban rumbosas por el puerto o por las cercanías del mercado.

Así, doña Manuela de Monteverde y Ayala, marquesa de Malpaso, de buena gana comenzó la mudanza, trasladando sus pertenencias más queridas a la mansión de la brumosa hacienda de Barlovento. Allí aspiraba a la paz espiritual, a la soledad y al sosiego que no había logrado en su forzada vida conyugal. Para ella fue una liberación. Dejó a su marido y a sus tres hijos en el palacete de la capital y se llevó a la pequeña Ofelia, su joya más querida, junto con las tallas flamencas de la Virgen del Buen Viaje y la Virgen de la Rosa. Siempre guardaría rencor a su marido. Si bien, ante la cruz, había prometido obediencia, el marqués se había sobrepasado con su lubricidad, mancillando su cuerpo, aunque sin poseer jamás su alma inmortal.

El insustancial de don Lamberto, sin embargo, ignoraba las obsesiones delirantes de su señora. Administraba las tierras, acudía al casino, maldecía los enredos de sus hijos, que siempre tenía que resolver, y disfrutaba del cariño de las tentadoras mozas que estaban a su alcance, siempre jóvenes y dispuestas a obtener, aunque fuera por poco tiempo,

las prebendas del marqués. Pensaba que su falta era venial, pues nunca deseó a la mujer del prójimo, solo a las solteras casquivanas que lo buscaban y mimaban. Se perdonaba él mismo sus intrascendentes pecadillos amorosos, producto del ardor de su naturaleza masculina, de la que ni los reyes podían sustraerse.

Manuela vivió, con esta separación acordada, permanentemente en la casona de Barlovento hasta su muerte. Allí construyó una preciosa capilla barroca y no recibió más visitas que las de su amargado confesor, don Silverio Capote, y otros curas cercanos. Jamás se interesó por las tierras, las viñas, los frutales, la vida de sus trabajadores o las necesidades de los habitantes del pueblo de Barlovento. Aislada, con su hija y sus sirvientes, dejó pasar la vida, con austeridad, pero con la confortabilidad de su clase, buenos muebles, cuadros y libros sacros. Las visitas de su marido le molestaban y algunas veces ni lo recibía con la excusa de que estaba enferma con su famosa jaqueca y que descansaba en el más absoluto silencio y oscuridad. Solo acudía con fervor a la capital por Semana Santa, a las misas solemnes en El Salvador y a las procesiones del viernes santo. Se sentía observada en primera fila, en su reclinatorio de cedro y terciopelo de uso exclusivo, por los ojos curiosos y burlones de los santacruceros. Trataba de ocultar su rostro con su mantilla negra de blonda, su rosario de cuentas de ébano, sus ojeras a juego y una mueca en la boca, como una cuchillada. Donaba grandes cantidades de dinero para obras de caridad que entregaba a la curia y, gracias a su fortuna, se pudo construir el sanatorio de la Beneficencia, al que denominaron Virgen del Buen Reposo.

La comulgante

Doña Manuela de Monteverde y Ayala preparó la ceremonia de la primera comunión de su hija Ofelia como si de una infanta de España se tratara. Se celebraría en la iglesia de El Salvador el jueves 3 de junio de 1875, fecha del Corpus Christi, con misa mayor, músicos venidos expresidente a la isla, adornos, flores y muchas velas.

Durante meses preparó cada uno de los detalles. El vestido de comulgante, de novia, elaborado con la mejor seda de la isla, se realizó con mucho esmero. Pero la señora no llegaba a estar satisfecha con el trabajo de las costureras. Ofelia se sometía a pruebas una y otra vez. Al final aquello no tenía sentido. La niña se encontraba incómoda con tanta seda, tul y encajes, disfrazada de virgen barroca. Lo que había comenzado siendo una gran ilusión y un gran juego se había tornado en una pesadilla interminable, pero ella guardaba silencio, se resignaba sin una queja.

Ofelia tenía ya once años y su preceptor la había preparado concienzudamente para recibir por primera vez la eucaristía. Mosén Hugues de Anglada la había convencido de que aquel sería el momento más extraordinario de su vida. Recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, nada era comparable a ese instante santificado en el que se renuncia voluntariamente a Satanás para abrazar a Jesús y entrar, definitivamente, en la doctrina de la fe del pueblo de Dios.

Ofelia fantaseaba pensando en aquel momento mágico, en ese día en el que su boca se abriría para devorar, de alguna manera, al hijo de Dios, Jesús, el Sublime, en forma de pequeña hostia y vino consagrado. Tomad y comed, pues este es mi cuerpo. Tomad y bebed, porque esta es

mi sangre. Esas frases recorrían su cuerpo de niña, como un rayo, una luz infinita que haría de ella un ser lúcido, más santo y misericordioso. El Espíritu Santo entraría en su ser de forma sobrenatural y la transformaría como había ocurrido con los apóstoles, que pasaron de ser unos pescadores analfabetos a sabios doctores de la Iglesia cristiana. Quizás lo vería todo con claridad meridiana, entendería los misterios de los que hablaban las Sagradas Escrituras, comprendería el sacrificio, el martirio y la muerte en la cruz de Nuestro Señor, Jesús de Nazaret.

En la capilla familiar se sentía atraída por la figura del Sagrado Corazón, un joven rubio, guapo, con ojos celestes y mejillas sonrosadas que hacía una señal con el índice y el corazón de la mano derecha que parecía invitarla a un juego deleitoso e inocente. Sin embargo, temía al severo Cristo de los Mulatos, oscuro, sangrante, sufridor y crucificado en una eterna agonía. Algún día, ella se desposaría con el rubio Jesús del Sagrado Corazón, se entregaría a Él, para siempre, en éxtasis místico, tal como lo describían las santas en los libros que su madre le recomendaba leer. Pero ¿podría ser ella como santa Ágata, con los pechos mutilados en una bandeja; como santa Cecilia, a la que le cortaron la cabeza; como santa Lucía, a la que habían cegado los impíos? Estas imágenes inquietantes aparecían frecuentemente en sus pesadillas. Aún no estaba preparada para el martirio ni para la muerte, era una niña, solo una niña a la que pretendían preparar para que fuera santa. Si los piratas franceses atacaban de nuevo la isla, ¿sería la primera en enfrentarse a ellos? ¿Tomaría una cruz y avanzaría sin temor hacia los bárbaros e impediría que quemaran las iglesias y los conventos? Si era preciso, ¿aceptaría que la torturaran, asesinaran o que derramaran su sangre por la calle Real para así ser la primera santa mártir de la isla de San Miguel de La Palma? No decía nada, pero sabía que no era capaz de tanto sufrimiento, de tanta atrocidad. Podía ser buena, pero no tanto como para ser santa.

El día del Corpus amaneció con una fuerte calima, un tiempo sofocante que venía del continente africano, cuya cercanía pocos recordaban a no ser por esos momentos de espeso tiempo sur o por alguna plaga

ruinosa de langosta. Doña Manuela se lamentó, pero nada podría alterar sus planes. Ni el polvo en suspensión ni el calor podrían restar brillantez a la ceremonia del sacramento de la eucaristía, que en aquel santo día su hija tomaría por primera vez.

Desde hacía una semana, la marquesa, con gran esfuerzo, se había trasladado a la casa de la capital para supervisar cada detalle. La familia acompañaría a la comulgante, y los invitados, algunos venidos de fuera de la isla, estarían sentados en bancos señalados con sus nombres. Más tarde se celebraría un banquete en la hacienda de Barlovento al que asistiría gente notable de La Palma, como los Van de Walle, los Massieu, los Pinto, los Poggio y el clero distinguido de cada parroquia, además de otros familiares y los pocos invitados seleccionados por la marquesa. También acudirían algunos familiares y amigos del marqués, el alcalde de la capital, el mandatario del Cabildo y varios exportadores agrícolas, poderosos nuevos ricos, a los que, por intereses financieros, ya no se podía dejar a un lado o ignorar.

Aquel jueves todo fueron emociones. Se había engalanado la calle Real con figuras simbólicas, flores y una alfombra elaborada con pétalos de rosas que partía de la casa-palacio hasta llegar a la iglesia, por donde pasarían a las diez de la mañana la comulgante, su corte familiar y el resto de la comitiva.

Toda la ciudad quería estar presente, al menos en la plaza de la iglesia, para ver subir por la escalinata a los protagonistas. Los más envidiosos y los enemigos denominaron «carnavalada religiosa» a aquel acontecimiento.

Los marqueses acompañaron a la niña, inmaculada, ataviada de emperatriz, con velo y corona de flores, custodiada también por sus hermanos, todos de rigurosa y sofocante etiqueta. Ofelia sentía una terrible vergüenza al verse observada por tanta gente extraña que hablaba casi a gritos y cuchicheaba con descaro a su paso. Antes de llegar a la plaza, contemplaron cómo en el Cabildo habían desplegado banderas en las ventanas que, en cierto modo, deslucían el hermoso pórtico de ar-

cadas de medio punto. Las campanas de la iglesia de Nuestro Señor El Salvador comenzaron a tañer de forma escandalosa. Algunos chiquillos comenzaron a aplaudir y a gritar «¡viva la novia, viva la novia!». Unos reían mientras otros susurraban tajantes «¡más respeto!».

Doña Manuela, fiel a su costumbre, llevaba un sobrio vestido negro de encaje italiano, una pequeña peineta de marfil y una mantilla de blonda que portaba con su habitual actitud de severidad y rectitud, que la hacía sentirse sublime, mientras que el marqués iba vestido con el traje de caballero de la orden de Santiago, que, desgraciadamente, le quedaba estrecho; todo blanco con entorchados dorados, con la cruz roja del santo compostelano en el pecho, además de una larga capa de paño, también blanca. Estaba sudoroso e incómodo, pero saludaba inclinando la cabeza y sonriendo a la gente como si se tratara del mismísimo rey de España.

Ofelia se sentía insegura, agobiada por el calor y el vestido, más molesta por las miradas escrutadoras y descaradas de la gente que por el torturante corpiño. Toda su familia estaba preparada para una fiesta de disfraces, con aquellos atuendos de opereta que le parecían fuera de lugar. Aquel día no lo olvidaría nunca por muchas razones y no especialmente espirituales. Desde primera hora de la mañana había notado el nerviosismo de su madre y el ir y venir de las criadas y costureras. Además, estaba en ayunas, no había probado bocado desde la noche anterior, solo una frugal colación, como era preceptivo por la Santa Iglesia Católica.

El templo de El Salvador estaba atestado de gente. El altar y los primeros bancos habían sido adornados con lirios, jazmines y azucenas, flores de la pureza, que desprendían un olor sofocante y mareante, mezclado además con el del incienso y el humo de cientos de cirios. Allí todo era excesivo. El párroco, los curas concelebrantes y hasta los monaguillos estrenaban casullas y túnicas bizantinas, todo ofrendado por la marquesa, para ser lucidas en ocasión tan especial. Don Silverio Capote no cabía en sí de gozo. Sentía que brillaba bajo la casulla bordada con hilos de oro, digna del mismo santo padre. La mitra que portaba en la cabeza

simbolizaba la superioridad eclesiástica que le había sido otorgada como privilegio por la diócesis Nivariense, por petición y ruego de la señora marquesa. A mosén Hugues de Anglade, sin embargo, todo aquel despliegue de opulencia le pareció una desmesura inadecuada, por lo que permaneció rezando en silencio, discreto, arrodillado tras la familia en el lugar que le habían asignado, con vergüenza ajena.

La misa en latín se hizo eterna, pesada como una piedra. Ofelia sería distinguida con ser la primera en recibir la eucaristía y beber del cáliz de oro. Se sentía mareada y fatigada, pero esperaba con ansiedad el momento de sentir a Cristo en su boca.

—Corpus Christi.

—Amén.

¡Todo fue tan decepcionante! Oía las campanas, los cantos del coro, el órgano y el bullicio, pero en su interior no se había producido nada excepcional, ninguna luz ni nada trascendente. La eucaristía no era suficiente para calmar su hambre ni su sed espiritual. El sorbo de vino le resultó amargo y desagradable. ¿Esa era la sangre del nazareno? ¿Y el cuerpo era esa oblea insípida? ¿Quizás Dios no la aceptaba por algún extraño motivo?

Después de un momento de recogimiento, y como estaba preparado, la niña se dirigió a la imagen de la Inmaculada Concepción para recitarle un poema.

—Mater magistra, Mater amatisima, sin pecado concebida —declaró lentamente, al tiempo que se desplomaba entre la multitud de azucenas y los gritos de sorpresa de la gente que atestaba el santuario.

Sus hermanos se precipitaron a recogerla y, por indicación del párroco, Rubén la trasladó en volandas a la sacristía. La marquesa suspiraba ansiosa y asustada, mientras agitaba su abanico de ébano sobre la cara de su hija.

Al despertar, lo primero que vio Ofelia fue la bóveda de crucería estrellada, una visión del paraíso perdido, algo mágico, hermoso y etéreo, el infinito pintado para ella, allí en el techo. En pocos minutos contem-

pló la cara acongojada de su madre, que murmuraba rezos mientras la abanicaba.

—Lo que le pasa a mi niña es que se ha desmayado porque está muerta de hambre y, además, ¡ese vestido la está asfixiando! —exclamó don Lamberto abochornado.

El sacristán le ofreció, como un milagro, un vaso de leche que la niña bebió con fruición. Efectivamente, toda una serie de infortunios habían hecho que la hija pequeña de los marqueses de Malpaso interpretara su papel de comulgante de forma magistral y casi dramática. A los fieles y curiosos solo les faltó aplaudir cuando la niña perdió el sentido. Aquella ceremonia había tenido su emoción, su punto de tragedia y también risa de comedia bufa.

Rubén, el hermano mayor, la levantó y la llevó en brazos, como un héroe principesco, hasta el palacete familiar. Salieron por la puerta lateral de la sacristía para decepción de los que esperaban sentados en los bancos o en el suelo de la plaza, dando fin a la puesta en escena de aquella inesperada y sorprendente función.

Ofelia se aferró muy fuerte a su hermano, intentando que la protegiera, cómoda en el abrazo íntimo, sintiendo el vigor del cuerpo que la sostenía y la rescataba de las miradas terribles de los curiosos que se sentían con el derecho impúdico a observarla. Su hermano olía muy bien, a sol, a risas y a intemperie, algo vedado para ella.

No había sucedido lo que ella esperaba y su idea de lo sobrenatural se había esfumado. Aquel momento tan ansiado de la comunicación espiritual con el Altísimo había pasado casi sin sentirlo, lo prometido no se había producido. Sin embargo, el desvanecimiento había revestido de emoción el momento de despertar con la visión de la bóveda estrellada y la fuerza protectora de los brazos de su hermano Rubén, que le habían provocado un placer interno único.

Aún quedaba el banquete, también preparado con esmero, que se celebraría en la hacienda de Barlovento y al que estaba invitada solo la flor y nata de la isla, que se trasladaría al festejo en carrozas y coches de caballos.

El banquete

Doña Manuela había contratado a los mejores cocineros de la isla y numerosos servicios para que atendieran a los convidados. Desde hacía semanas, habían elaborado diferentes platos que la marquesa había ido probando hasta seleccionar los manjares definitivos. Por unos días, había olvidado su austerdad habitual en la elaboración de un menú pantagruélico, que estaba compuesto por sopa de picadillo, bocaditos de pavo, ensalada de mar, mero y alfonsiño al horno, cabrito asado, conejo a la cazadora, amarguillos, yemas de Santa Clara, buñuelos de manzana, dulces de almendra, crema de higos, licores y vinos franceses. Todo sería servido en mesas cubiertas con manteles de lino, vajilla nobiliaria, cubertería de plata y flores frescas.

El almuerzo se ofreció al aire libre. El verano ya estaba cerca, por lo que se colocaron carpas de toldos blancos que tamizaran la luz solar y evitaran la arena sahariana traída por el siroco. Los músicos interpretaron piezas, especialmente elegidas por la marquesa, de Mozart, Haydn y Bach.

Demasiada gente, demasiado ruido, se lamentaba Ofelia, aturdida. Los invitados se habían acercado a saludarla; la besaban, la abrazaban y repetían las mismas cantinelas de cumplido.

La niña había crecido protegida con la vigilancia constante de su madre, su preceptor y la servidumbre. No se había relacionado con otros niños, por lo que no había tenido la típica infancia de juegos o complicidades. Sabía leer y escribir en latín e intelectualmente había evolucionado más que todos los que la rodeaban, pero envidiaba la alegría y el descaro

con los que otros se movían. A sus hermanos, que ya vivían su primera juventud, apenas los conocía, pues poco era lo que habían convivido. Sentía mucha pena, ya que solo había compartido con ellos las fiestas anuales de rigor, como la navidad, o cuando hacían alguna que otra visita fugaz a la hacienda de Barlovento.

Aquel día deseó escapar, todo le parecía grotesco, fútil. No conocía prácticamente a ninguno de los ilustres invitados y, además, el calor africano le resultaba insopportable. Sentía una enorme sed, una inquietud que la desbocaba, como un animal encerrado que busca una salida.

Nadie parecía ya prestarle atención; la gente reía relajada, comía y bebía feliz. Su madre dirigía todo con una mirada alerta, sin perder la atención y la seriedad, sabiendo que sería una comida recordada por todos, un gran festín que confirmaba que su única hija no era una más en el pueblo de Dios y que, además, les estaba reservado un lugar privilegiado en el reino de los cielos.

A Ofelia le entraron unas enormes ganas de llorar, de liberarse, de correr por aquellos jardines y huertas que le habían estado prohibidos, un paraíso terrenal lleno de árboles frutales y plantaciones de caña, café y tabaco. Había llegado el momento, nadie la extrañaría.

Huir, huir de la gente, del ruido, de la banalidad, arrancarse la guirnalda de la frente. Ofelia corrió por senderos, entre hortensias, jazmines y camelias, hasta adentrarse en una masa selvática de plataneras, cañas y frutales, sin miedo de estropear su vestido de doncella que ya nunca más usaría, envenenada por los olores de la tierra, las flores y las frutas.

Aquello era una nueva experiencia para ella, un éxtasis físico. Sentía cómo latía su corazón, el sudor por su cuerpo y la fuerza de sus músculos. Sin darse cuenta, y agotada por el esfuerzo de su huida, de la carrera hacia ninguna parte, penetró entre los muros de unas viejas vaquerizas. Escuchó el sonido del agua. Cayó de bruces y cuando levantó la mirada vio a un grupo de seis hombres desnudos que se aseaban bajo unos chorros.

—¿De dónde ha venido esta princesita? —dijo uno entre risas.

Sin proponérselo, habían hecho un corro impúdico alrededor de Ofelia, que, agotada, sentada en el suelo y con los ojos abiertos por el asombro, respiraba con dificultad.

—No la asusten y cúbranse, que es la hija del patrón —dijo el que parecía ser el capataz y quien tenía más autoridad.

La niña miraba aquellos cuerpos desnudos que despedían un olor tan penetrante como el de la masa verde que acababa de atravesar. Eso era lo que había debajo de la ropa de un hombre, un cuerpo desnudo con pezones oscuros, nalgas redondas y un extraño animal colgando entre las piernas, coronado por una mata de pelo. ¿Eso era entonces lo que ocultaban los taparrabos de Jesús en la cruz, san Sebastián o san Lorenzo? ¿Eso era ser un hombre?

Ofelia se quedó desconcertada, con un sentimiento de atracción-repulsión ante los cuerpos húmedos de los trabajadores. Era la misma sensación que había querido experimentar cuando la oblea santificada se depositó en su boca, posándose como una paloma en su lengua. Las desconocía, pero eran emociones tan fuertes que la habían dejado malherida.

La situación no duró más de unos minutos, pero a Ofelia la visión libidinosa de los cuerpos morenos de los hombres, de la piel mojada, sus miradas y sus risas contagiosas, la golpearon de tal manera que se sintió aún más desorientada, desubicada, perdida, sin sentido del tiempo. Aquellos mozos inofensivos no habían querido hacerle ningún daño, ni asustarla. Ella había atravesado el jardín prohibido, otro paraíso terrenal desconocido. Era ella la que había descubierto una emoción nueva, excitante, más cercana a la tierra que al paraíso prometido por Dios, ciertamente sensual, quizás pecaminosa y algo perversa, una visión parecida a las tentaciones de los santos anacoretas que había leído casi obligada. ¿Por qué no comer del fruto prohibido?, ¿por qué no correr hasta agotarse, gritar como una fiera, abrirse al mundo como una flor que todo lo devora, soltarse y volar leve, sin peso? Se sentía atraída por la fatalidad; siempre había estado ahí, pero lo acababa de descubrir.

El capataz la devolvió a la casa de forma discreta, por una puerta trasera, solo asignada al servicio, sin que ninguno de los invitados pudiera observarlos. Le comentó al ama Juana que, sorprendentemente, la niña había aparecido en las vaquerizas de la finca. Ni siquiera su madre, con tanto ajetreo, la había echado en falta. El ama Juana se hizo cargo de la niña, la llevó a su habitación y le quitó el aparatoso vestido blanco, que no volvería a utilizar jamás, manchado de barro y desgarrado por el roce con los arbustos y plantas. Juana, a la que el marqués consideraba casi de la familia, estaría presente pocos años después en otra ceremonia de esponsales, más triste y severa, que le parecería más la de un sacrificio de un cordero pascual que algo gozoso, con su niña vestida de novia, estirada boca abajo en el suelo de basalto ante el altar y la cruz. Pero en aquel día de comunión, de algarabía, diferente a cualquier otro, ella, que la había amamantado durante sus dos primeros años de vida, que la quería como a una hija y la conocía como nadie, observó las mejillas encendidas, el brillo extraño en los ojos verdes de Ofelia, y reconoció en ella un cambio, un camino sin retorno, que no tenía que ver directamente con su primera comunión.

—Ya sabes, las niñas buenas no deben ser curiosas —le recriminó Juana.

Ofelia guardó silencio. La fuga sería su secreto. Nadie participaría del sabor de libertad y la sensualidad que, sin querer, había descubierto. Aquel había sido el día más feliz de su existencia, pero no por lo que le habían contado sobre su primera comunión. La vida era una búsqueda, no solamente un encuentro. En un solo día había aprendido muchas cosas sobre Dios y los hombres; la curiosidad era, simplemente, la puerta del universo, como la bóveda estrellada de la iglesia de El Salvador. Además, ya no tenía ningún interés en ser buena. Sabía que era mala y curiosa, siempre lo había sabido. No le quedaba más remedio que afrontar su destino, mirar de frente, saber que, dentro de ella, como en una muñeca rusa, había otras muchas Ofelias, que la vida era algo más que un cuento tonto con final feliz y moraleja. Había cosas prohibidas, inquietantes,

que podía desear y que ni ella misma podía entender, pero que resonaban seductoras en su interior como el viento huracanado, los efectos de una tormenta devastadora y violenta, correr y dejarse empapar por la lluvia o dejarse seducir por el rugido de la mar, cosas con las que los cinco sentidos se desbocaban como jinetes apocalípticos. Y ese abismo, en vez de atormentarla, la calmaba y le resultaba enormemente atrayente.

El regalo

El día siguiente a su primera comunión, Ofelia tuvo la oportunidad de desayunar con su padre y sus hermanos en el jardín, rodeados de flores de mundo de los más variados colores que brotaban magníficas en el clima húmedo de Barlovento, antes de que los cuatro emprendieran la vuelta a la capital. El marqués le preguntó qué deseaba como regalo de nueva cristiana, que podía elegir lo que más ansiara. Pensaba que, después de aquella escenificación operística organizada por su mujer, la principal víctima merecía algo más que un premio.

—¡Pídeme lo que quieras! —le dijo eufórico.

Ofelia lo miró en silencio durante unos segundos y dijo, sin dudar:

—Quiero un caballo. Deseo aprender a montar como usted o mis hermanos —le exigió, como una pequeña Salomé.

—¡Desde luego eres única, hermanita! —le dijo Rubén, mientras los gemelos reían y aplaudían ruidosamente la ocurrencia de la benjamina.

—Padre, somos testigos. Debes cumplir tu promesa —lanzó Pastor, alborotador y divertido.

El marqués se quedó lívido. Sabía que no podía negar ese capricho a su hija, a pesar de que su mujer lo maldeciría y descargaría sobre él toda su furia. No podía echarse atrás, cumpliría su promesa, como Herodes, aunque le acarreara más de un dolor de cabeza. ¡Qué extraña es esta hija mía!, pensó. Es indudable que es más Salazar que Monteverde, pero ¿a quién habrá salido, tan inteligente y segura de sí misma?

Pese a las súplicas, amenazas y llantos de la marquesa, a los pocos días Ofelia tuvo en la cuadra de la hacienda una hermosa yegua rojiza, una

purasangre, con crines rebeldes y onduladas. Durante el verano aprendió a montar en poco tiempo y comenzó a cabalgar sola y libre por el campo de Barlovento. A la alazana le había puesto por nombre *Fuego*. Entre la chiquilla y la potranca se produjo un flechazo. Rápidamente se aceptaron como seres complementarios. Ofelia se aficionó a montar cada mañana, convirtiéndose en una avezada amazona. Su madre se lamentaba continuamente de esa afición; no lo veía adecuado para una jovencita y, además, veía peligros por todas partes. Le parecía que la llanura llena de pastos y agua y el bosque por donde paseaba eran el escenario macabro de los cuentos populares que le aterrorizaban en su infancia. Aborrecía el olor de la yegua impregnado en las ropas de su hija. Le costaba aceptar la rebeldía de Ofelia y pensaba que, muy pronto, fisiológicamente, dejaría de ser una niña para convertirse en una mujer a la que había que dirigir y proteger. Sentía unos celos terribles, casi deliraba cuando observaba desde su balcón cómo su hija hablaba con la yegua o la acariciaba, con una intimidad y un cariño que nunca le había mostrado a ella, su madre. En sus frecuentes pesadillas la veía convertida en una especie de centaura roja que la pisoteaba con rabia, la maldecía y, desmelenada, se alejaba para siempre de su lado, cabalgando dichosa sobre un mar de nubes.

Ofelia vivía ajena a las cuitas y delirios maternos. Hacía tiempo que la percibía como una mujer infeliz, sobreprotectora y, sobre todo, amargada. En la pubertad descubrió que había otras formas de vida menos rígidas y sintió que, durante mucho tiempo, había vivido un engaño, influenciada por su madre. Evitaba, siempre que podía, estar o conversar largamente con ella. Se enclaustraba con Anglada, justificándose en que estudiaba, o, al llegar la noche, en secreto, iba con él a contemplar los astros. Por el día, salía a cabalgar, cada vez más a menudo y durante más tiempo, por la finca y los alrededores. *Fuego* era dócil, pero energética, con sus ojos brillantes y alertas; sin saberlo se convirtió en la mejor amiga de su dueña.

Los trabajadores de la hacienda se acostumbraron a ver pasar a su

lado a la altiva amazona, inalcanzable, joven y energética. Ofelia sabía que entre ellos estaban los hombres a los que había visto en las vaquerizas, desde el suelo, en su escapada durante el banquete de su primera comunión. Ahora era ella la que los veía desde lo alto, dominante, intentando parecer indiferente, y ellos la saludaban con cortesía, quitándose el sombrero. Montada en su yegua había comprendido que ella podía vivir sin prejuicios, como los animales, que eran puro instinto, que no sabían que habían nacido o que iban a morir, sin dioses ni arrepentimiento, solo con su fuerza natural para existir.

Había dejado de mostrar interés por acompañar a su madre a las continuas novenas, misas y rosarios. Pero identificó en la imagen de santa Catalina, en la capilla privada familiar, a una aliada, una mujer bella, fuerte, segura de sí misma, que empuñaba una espada en la mano derecha, como una diosa profana y poderosa. Pensaba en Juno, la diosa romana que personificaba el ciclo lunar, la que advierte o hace recordar, la personificación de la feminidad y de las mujeres, la protectora. Quizás no era casual que Junonia, isla Mujeres, fuera el nombre con el que Plinio designó a la que luego fue denominada San Miguel Arcángel, una ínsula verde con forma de corazón.

Desconocía el mundo bullicioso y abierto de los hombres, los temía, le atraían, pero nada tenía que ver con ellos. Adoraba el libro *La ciudad de las damas*, de Cristina de Pizán, que le había facilitado su preceptor, un mundo de mujeres entregadas al estudio, al amor de Dios, libres de consortes en un paraíso solo para ellas. Aunque aquel libro había sido escrito en el siglo XIII, las mujeres seguían obedeciendo calladamente a los hombres. Los de su casa, sus hermanos, en poco tiempo iban a cambiar de vida, se marcharían a tierras lejanas, a la aventura que Ofelia imaginaba llena de libertad.

La edad maldita

Cercana a la adolescencia, Ofelia se tornó fría y racional. Se planteaba las cosas en su haz y en su envés. No había perdido su fe en un ser superior, pero no llegaba a comprender el dolor y la renuncia, que le parecían pura teoría en boca de los clérigos y las santurronas. La gente no se amaba; al contrario, se odiaban y envidiaban. Su madre, con toda su beatería, pecaba de soberbia y egoísmo. El bueno de Anglada no podía responder a todas sus preguntas y al final desembocaba en los dogmas conciliares, evasivas en un callejón sin salida. Sin embargo, gracias a él había tenido la posibilidad y el atrevimiento de leer manuscritos, casi secretos, sobre los cátaros, los templarios y las beguinas.

Ofelia admiraba especialmente a las beguinas, mujeres sabias, cultas, contemplativas y activas que formaron parte de un movimiento nacido en Flandes en la Baja Edad Media. Estaban en contacto con el mundo, fuera de los claustros, sin reglas ni votos. Como los begardos, llevaban una vida semejante al pueblo más humilde, errantes y vagabundas. Ofelia leía la obra de Hadewijch de Amberes, que defendía el amor apasionado, el deseo como virtud que nos hace libres y la igualdad entre mujeres y hombres. Su obra literaria era un canto espiritual a la pasión, pero también a la inteligencia.

La Iglesia reprochaba a estas mujeres, como a tantos otros, su conducta no ajustada a la obediencia. En 1312, en el Concilio de Vienne, el papa Clemente V condenó a las beguinas a la hoguera si no aceptaban las normas que rechazaban la mística del amor por considerarla especulativa. Debían renunciar a su estilo de vida, vivir en comunidades religiosas

controladas y sometidas a obediencia de una abadesa designada desde una jerarquía superior. De lo contrario, serían consideradas heréticas y excomulgadas. Muchas de estas mujeres, como Matilde de Magdeburgo, Odile de Lieja o Beatriz de Nazaret, poetas beguinas, fueron vilipendiadas y quemadas por brujas y hechiceras, sin haber cometido otra fechoría que escribir libremente, vivir con austерidad y ser generosas con sus semejantes.

Ofelia llegó a la conclusión de que las beguinas, muchas de ellas mujeres extraordinarias, habían sido incomprendidas, acosadas, y su martirio no fue por deseo de Dios sino por la ignorancia de los hombres, por el fanatismo de la curia, por sus intereses políticos y económicos. Había decidido que no se casaría con un hombre que la dominara, al que tuviera que obedecer en silencio y que la redujera a la crianza de los hijos y al desamor. No estaba dispuesta a que ese fuera su sino.

Sin embargo, su padre pensaba que aún quedaba tiempo para encauzar el destino de la brillante benjamina, que, si bien había sido acaparada desde la infancia por su madre, había conseguido no ser dominada. Poseía una mente preclara, una exquisita educación y una belleza espléndida, quizás con demasiados conocimientos para su edad y su sexo; era una candidata magnífica para un brillante matrimonio. Me cuesta admitir que tanta inteligencia, tanto libro y tanta erudición acaben para entregarla como una posesión ante el altar, como pieza de ganado, a un condenado gaznápiro que difícilmente la hará feliz, que la llenará de hijos y la obligará a malgastar casi todo su tiempo en un aburrido encierro doméstico, pensaba don Lamberto. ¡Qué pena! Con su carácter, con su fuerza, tenía que haber nacido hombre. En unos años no me quedará más remedio que buscarle un marido adecuado que —cosa difícil— constituya una excepción a la regla, entre los hijos de nuestros familiares o conocidos, y asegurarle así su posición y el acomodo que le corresponde por su clase y su dote. ¡Así es la vida, así es la maldita vida!, cavilaba el marqués.

La ruptura

Doña Manuela sufría enormemente con el alejamiento, la rebeldía y el desdén de su hija, a la que siempre había considerado su verdadero y único tesoro. Comenzó a sospechar que Anglada, a pesar de ser sacerdote, era un hombre débil. Indudablemente se había equivocado con la elección del preceptor. Durante años había confiado en él, en su imagen de humildad y discreción. Era como un gato silencioso y aparentemente bondadoso, pero también el diablo usaba ese disfraz para engañar y, al menor descuido, dar un zarpazo. Además, era evidente que su interés por las estrellas y el universo lo acercaban a aquel Galileo hereje al que el papa había castigado, humillándolo, por querer tener más sabiduría que su propia santidad. A pesar de que Ofelia había tenido una instrucción exquisita con el cura francés —con quien, en ocasiones, dialogaba en latín—, era cierto que discutían sobre temas que a su madre le eran ajenos y extraños y que se escapaban de su control. Ahora se daba cuenta de que el cura franchute le había robado a su niñita y el inconsciente de su marido le había procurado un medio más para distraerse y distanciarse, regalándole aquella yegua perniciosa, llamada *Fuego*, otro signo del maligno señor de las tinieblas, con la que Ofelia prefería pasar su tiempo cabalgando sola, errática y sometida a todo tipo de peligros.

Desde luego, no comprendía nada de lo que hablaban aquellos libros, supuestamente religiosos, que Anglada entregaba a su hija, tan diferentes a su inseparable breviario o a las ejemplares vidas de santos. Ella, que había querido tener una existencia dedicada a la oración, como buena católica, ferviente defensora de la fe, no entendía aquellas discusiones

falsamente espirituales sobre el amor, la pasión o el deseo, que había oído espiando. Todo eso equivalía, finalmente, a la lujuria. Lo hablaría con don Silverio, su confesor y padre espiritual, porque no estaba dispuesta a que aquello se prolongara un día más.

Como siempre, don Silverio Capote escuchó en confesión los temores y manías de la marquesa, con enorme paciencia y resignación. Pero en aquella ocasión estuvo de acuerdo y aprovechó la idea para alejar a aquel siniestro Anglada de la influencia de la niña, a la que, por cierto, le costaba soportar por presumida y sabionda. ¿Para qué necesitaba una mocosa aprender latín, matemáticas o ciencias oscuras?, pensaba el párroco. Además, de la mano de un cura gabacho que se creía sabio, un ilustrado; extranjero, a fin de cuentas, de ideas extravagantes. Siempre había sentido recelo y desdén hacia aquel hombre, también ministro de Dios, culto y piadoso, que había viajado por Europa, había vivido en Roma y, finalmente, había recalado en casa de los Salazar, donde llevaba casi quince años, recomendado al marqués por su amigo el arzobispo de Sevilla. Ahora podía utilizar su influencia con la marquesa para darle una lección de humildad y desplazarlo. Después de todo no era más que un intruso, un invasor que se había creído intocable.

Siguiendo los consejos de su confesor, doña Manuela aprovechó uno de los paseos matinales de su hija para despedir a Anglada.

—Todo está preparado. Hoy mismo tomará usted un barco que lo llevará a Tenerife y allí embarcará, sin más dilación, en otro hacia Cádiz —dijo abruptamente la marquesa.

Con sequedad le agradeció los servicios y le ofreció una importante suma de dinero en compensación por los trastornos causados. También le prohibió tajantemente despedirse de su hija o escribirle carta alguna.

Hugues de Anglada, un hombre ya de cincuenta y seis años, avejentado para su edad, sintió un dolor enorme en el corazón; se le castigaba por algo que él ignoraba pero que debía aceptar en silencio como el fin de una etapa. La vida era algo efímero. Ofelia ya estaba preparada para seguir sin él, no había más que preguntar. Ahora podía ser el momento

oportuno para terminar su vida como deseaba, en un convento de monjes cartujos, dedicado solo a la oración, asumiendo su deseado voto de silencio, esperando encontrarse pronto delante de Dios, que sería el único encargado de juzgarlo.

La niña se quedó consternada al conocer la repentina marcha de su preceptor. Su madre le dio vagas excusas, una llamada urgente desde Burdeos, su delicado estado de salud, la necesidad de vivir en el continente... Las razones no fueron del todo convincentes. Era imposible que su querido preceptor la abandonase sin siquiera despedirse.

Al día siguiente también descubrió desconsolada que su amada *Fuego* había desaparecido misteriosamente de las caballerizas. Nadie pudo darle explicaciones de lo que había pasado, pero adivinó la estrategia de su madre en el fondo de su turbia mirada. Ofelia, afligida, comprendió que todo era producto del rencor y el engaño de su madre, que pretendía disfrazar de inocencia una acción perversa que conscientemente había provocado. Aquel día fatídico, a los trece años, se produjo su menarquía. Su infancia, al igual que su preceptor y su yegua *Fuego*, se volatizaba sin poder impedirlo. Asumió aquella ruin venganza materna en silencio, con rabia y desesperación, como una jugada sucia de un ser mezquino y deplorable, que solo se quería a sí mismo. Juró que nunca volvería a dirigirle la palabra y que procuraría no mirarla jamás.

Tomó la decisión de ingresar en el císter de Breña Baja, en el modesto convento de la Santísima Trinidad, alejada de intrigas y centrada en la oración, aunque su deseo era poder continuar con sus estudios, incluso sin la compañía de su fiel preceptor. No quería relacionarse con un mundo vil para el que no estaba preparada ni le interesaba y menos que la obligaran a casarse y dejar de ser su propia dueña.

Su padre se resignó triste ante una decisión asumida de forma tan radical, aunque le pareció anticipada, por lo que le aconsejó que no se precipitara y que se tomara un tiempo prudencial antes de profesar. Con Manuela, su mujer, no valía la pena discutir, pero sabía que ella era la que había provocado aquella disposición prematura. La marquesa se

postró de rodillas, con los brazos en cruz, al saber la decisión de su hija. Para ella era un sueño inconmensurable: una religiosa en la familia, el destino que hubiera querido para sí misma. El Señor, finalmente, alabado sea, la había escuchado. Bendijo mil veces a Dios y a todos los santos y santas. Era inmensamente feliz. Sus esfuerzos, sus dolores, se veían recompensados. Ya casi podía morir en paz. Pensaba que su hija era una niña excepcional que experimentaría una existencia de divina santidad que ella siempre había deseado vivir. No quiso ver la verdad, que Ofelia huía de ella, no del demonio y la carne.

La expulsión de Anglada y la privación de *Fuego* la dejaron vacía y mutilada, pero nadie intuyó la más mínima expresión de desconsuelo en las emociones de la muchacha. No hubo llanto, gritos ni reproches. Se encerró aún más en sí misma y permanecía casi todo el día en su habitación, leyendo o escribiendo y sin contacto con el exterior. Solo admitía hablar con Juana, la fiel ama, que, como siempre, callada, atendía todos sus ruegos y la protegía, aun sin entenderla. Cuando su madre intentaba un acercamiento, Ofelia la ignoraba, y así forjó un abismo entre ellas. Doña Manuela, sin embargo, lo justificaba pensando que, simplemente, se preparaba para la renuncia al mundo y necesitaba ese recogimiento espiritual.

El marqués hizo mejoras en el viejo convento donde pensaba que su hija pasaría el resto de su vida. Reconstruyeron una pequeña torre en la que debía estar ubicada la celda de Ofelia. Desde allí, con sus lentes, catalejos y telescopios, podría observar el cielo, estudiaría las estrellas, los planetas y viviría en paz rodeada de libros.

Antes de los quince años, la pálida y entonces lánguida hija de los marqueses de Malpaso profesó como novicia.

El marqués continuó viviendo en su palacete de la capital, siempre ocupado, feliz, recibiendo de vez en cuando la visita de sus nietos, los hijos de Rubén y de los gemelos, y disfrutando discretamente su secreta vida amorosa, sus aventuras más que satisfactorias con las efímeras compañeras de lecho, sin vínculos, sin problemas conyugales, como un viudo

intemperante. En contadas ocasiones visitaba a su hija, a la que apenas podía ver tras la reja del locutorio, una sombra fantasmal con la que poco podía hablar, lo que terminaba sumiéndolo en una profunda tristeza. En el císter nunca faltaron manjares en la despensa o todo aquello que sospechaba que podía satisfacer a su hija y de rebote a la comunidad.

Doña Manuela permaneció voluntariamente alejada en la hacienda de Barlovento, cada vez más obsesionada con sus manías de siempre, sus delirios sacros y sus enfermedades. No tenía sentimientos de culpa con respecto a su hija: una madre siempre hace lo que cree mejor para sus hijos, aunque se equivoque. Se contentaba con tener una monja en la familia, con la seguridad de que ese era el mejor destino para una mujer, el que ella misma tanto había anhelado. En Barlovento no molestaba a nadie y nadie la molestaba. A pesar de su riqueza, llevó una vida austera, rezando y monologando con las tallas religiosas flamencas de sus santos devotos. Apenas recordaba a sus tres hijos varones, pero sí a aquella niña suya que, alabado sea el Altísimo, se había casado con Dios vistiendo el traje inmaculado de una hermosísima novia.

El convento cisterciense de la Santísima Trinidad fue el hogar de Ofelia, en clausura, pero autorizada para la lectura y el estudio. En realidad, llevaba una vida parecida a la que había experimentado durante toda su infancia, aunque con la ausencia, en su formación, de un interlocutor válido como Anglada, dulce, paciente y nada dogmático, mucho más abierto de pensamiento que la mayoría de los seres que la habían rodeado.

Ofelia llegó a creer que, si verdaderamente Dios era amor, sería un estado de generosidad que ella no había conocido entre los humanos. Era entrega y abandono. Nada tenía que ver con un juez todopoderoso, no era un ente humano, capaz de castigar o perdonar, y estaba presente, sin razón alguna, en el cosmos. Los mortales nunca podrían comprender lo que tampoco percibían los animales. Solo tenían certeza de la muerte en algunos momentos de la vida. Los humanos eran seres erráticos que, culturalmente, desde hacía miles de años se habían in-

ventado una fábula para justificar su absurda existencia. Los hechiceros, los brujos y los sacerdotes movían los hilos del teatro.

Creía en Dios, como fuerza generosa, quién sabe si una masa celeste. Recordando las palabras del hijo de Dios, que había dicho «amaos los unos a los otros», se preguntaba cómo amar si no se sabe encaminar las emociones y el alma se extravía en un cuerpo imperfecto.

En las beguinias de la Edad Media veía materializado ese concepto del amor. Nómadas, llevaron una vida de pobreza en la calle, entre leprosos, prostitutas y enfermos, dándoles consuelo y ayudándolos a vivir y morir, entregadas a una labor de absoluta generosidad. Nada necesitaban y todo lo daban. También Teresa de Ávila había experimentado la mística del amor, pero además no paró de andar por los caminos en libertad, gastando libremente la suela de sus sandalias.

Ofelia, sin embargo, se evadía de los problemas del mundo, dándoles la espalda, aunque siendo consciente de ellos. Sabía que no estaba preparada para exponerse a riesgos. ¿Dónde estaban sus sentimientos? Sepultados en algún lugar desconocido. Pensaba que quizás por azar podría encontrarlos a lo largo de su existencia. Mientras tanto, viviría entre mujeres legas, ignorantes y sin complicaciones. Sin grandes sacrificios, se escapaban de los hombres, de la crudeza del mundo y sus problemas, dedicándose a trabajar en el huerto y la cocina, sin olvidarse de rezar por la salvación eterna de las almas, de manera mecánica y rutinaria.

Rubén, el primogénito de los Salazar, había comenzado un noviazgo concertado con su prima Malena Ascanio y Monteverde, de Tenerife. Cuando la madre de la chica se lo contó, Ofelia sintió celos de Malena. El magnético pelirrojo, el héroe que la había rescatado el día de su fallida primera comunión, su amor secreto, se casaría con la rubia y dentona orotavense. Sus padres parecían muy complacidos, era una magnífica boda. La dote de la novia ayudaría a ampliar la gran fortuna de los Salazar y los Monteverde. Malena exigió que su residencia fuera la casona familiar que poseía en el valle de La Orotava, por lo que Rubén se vio obligado a trasladarse a Tenerife.

Los gemelos correrían suertes menos convencionales. Justo se marcharía en poco tiempo a Cuba. En Santiago le esperaba un ingenio de azúcar que sacar adelante, herencia de un tío abuelo, que su padre le encomendaba con el objetivo de alejarlo de la isla y de sus continuas y arriesgadas aventuras. Era un joven pendenciero, jugador y calavera, apasionado por las mujeres, a las que enamoraba con facilidad solo con mirarlas con sus perversos ojos verdes.

Pastor tenía destinada la aventura en Costa Rica, donde se dedicaría durante un tiempo a la explotación de tierras de cultivo y exportación de frutas. El muchacho, una vez alejado forzadamente de su gemelo, aceptó lo que proponía su padre. Pero no fue Costa Rica su destino final, ya que desde allí tomó un barco que lo llevó a Pernambuco, en Brasil. Se asentó durante dos años en Olinda, una bella población colonial cercana a Recife que le recordaba mucho a su tierra natal y en la que recientemente habían desembarcado a miles de esclavos africanos. Sin dificultad, aumentó su fortuna en negocios, algunos no demasiado claros, sobre todo los relacionados con el mercado de hombres. Finalmente, viajó a Cuba, donde lo esperaba y reclamaba su hermano, y allí se quedó a vivir. Justo se había casado con una rica y hermosísima criolla antillana llamada Bárbara Wilson, que, al poco tiempo, no tuvo ningún reparo en compartir su lecho con los dos hombres equivalentes, desenfadados y guapos, tan parecidos que, en realidad, era imposible diferenciarlos. Con mucho humor y descaro decía a sus íntimos: «Tengo la suerte de saborear un riquísimo plato, copioso, gustoso y picante, con doble ración que no aburre ni indigesta».

Don Lamberto pensó que sus hijos se reformarían a costa del trabajo y el sacrificio y que, más tarde o más temprano, a los pocos años regresarían a casa. Creyó que una vez pasada la primera juventud buscarían sosiego, aceptarían una buena boda concertada y, más adelante, disfrutarían de las inmensas riquezas que poseían o que heredarían. No contaba con el ansia aventurera y la golfería de sus hijos gemelos. Pasarían muchos años hasta el regreso de Justo y Pastor, que, de acuerdo, deci-

dieron dejar la isla caribeña cuando presintieron que iban a comenzar las revueltas de los manigueros y mambís y, posiblemente, una guerra de descolonización. Vendieron algunas de sus posesiones y otras las arrendaron, embalaron algunos muebles y cuadros a los que tenían especial aprecio y con los baúles, secretamente cargados de oro, tomaron con presteza un barco rumbo a España que haría escala en el puerto de Tenerife, desde donde embarcarían hacia la isla de La Palma, como destino final. Ya sosegados, regresaron satisfechos e inseparables, acompañados de Bárbara, la deslumbrante y legítima esposa caribeña, y su prole, cuatro vástagos, oficialmente hijos de Justo, pero con la sospecha de que alguno también podía ser de Pastor. ¡Qué más daba! Fuera como fuera, los niños llevaban por derecho los apellidos Salazar y Wilson. Todo el grupo de radiantes indianos, que la gente del pueblo miraba con estupor y curiosidad, se adaptó perfectamente a su nueva vida. Los dos hermanos montaban sus caballos, vestidos de blanco, con sombreros de ala ancha, corroborando lo que la plebe pensaba, aunque callaran y les rindieran pleitesía: que eran los de siempre, señoritos de clase alta que, desde la altura de sus monturas, veían la cruda realidad de otra forma, más pequeña, apacible, intrascendente. Desde la cuna habían sido unos privilegiados, siempre poderosos y ricos. La familia acabó instalándose cerca del puerto de Tazacorte, en una preciosa mansión colonial de color turquesa, el tono azulado preferido de Bárbara, que los gemelos hicieron construir, según las indicaciones de la señora, en una hermosa y enorme finca herencia de su madre, con un exótico palmeral y un laberinto verde de cañas de azúcar y frutales; un paraíso subtropical idóneo para la privacidad, lleno de flores, con un invernadero de orquídeas que cuidaba personalmente la nueva señora Bárbara, donde todos vivieron a sus anchas, felices frente al océano, mirando hacia la lejana e invisible Cuba. Alguien comentó que aquel armonioso matrimonio a tres, un secreto a voces, era un hecho excéntrico, pero no tan raro si provenía de los desvergonzados gemelos Salazar. Durante un tiempo fue el mayor escándalo y fuente de chismorreos en la isla. A don Lamberto poco importaba ya

lo que la gente criticara. Justo y Pastor habían regresado sanos y felices. Su nuera le pareció una mujer fina, culta y además bellísima. Reconocía que, como a él, a sus hijos siempre les habían gustado las mujeres guapas, rumbosas y atrevidas. Esa era su principal debilidad, por lo que estaba encantado cuando lo visitaban ocasionalmente o cuando él acudía invitado, sobre todo los veranos, al Edén Turquesa de Tazacorte, donde tenía la suerte de degustar, en magníficas veladas, a la luz de la luna o bajo las perseidas en la noche de San Lorenzo, la rica cocina criolla, y de escuchar dulces canciones antillanas que Barbarita interpretaba al piano y cantaba con voz de soprano, acompañada por el coro que formaban sus hijos:

*Somos de islas esmeraldas,
en el corazón del mar;
nos arrullan las olas,
nos besa la flor del palmeral.*

Don Lamberto permanecía cautivado en aquellas ocasiones y siempre solicitaba una melodía francesa, *Plaisir d'amour*, que Bárbara tocaba y cantaba entregada:

*Plaisir d'amour ne dure qu'un moment,
Chagrin d'amour dure toute la vie...*

Envueltos en un ambiente sensual, rodeados de flores y velas aromáticas encendidas, cerca del mar, Justo y Pastor se miraban cómplices al ver cómo su anciano padre babeaba, cayendo en las seductoras redes de aquella mujer especial y luminosa, ante la que todos sucumbían. Por fortuna, la conspicua marquesa no llegó a vivir lo suficiente para padecer el retorno de los insolentes hijos pródigos y su peculiar familia, a la que seguramente habría considerado una deshonra, portadora de un pecado infame. No tuvo que oír, entre otras muchas cosas, que sus hijos habían

sido embrujados por aquella grandiosa mujer de boca roja, dientes blancísimos y cuerpo grácil de la que los dos estaban locamente enamorados y que compartían sin celos ni problemas, una hechicera devota de Iansá, la diosa afrocubana, reina del rayo y el viento, representada por los cristianos como santa Bárbara. Pero antes de caer en las redes de aquella pérflida y cautivadora nigromante, se afirmaba que habían dejado en recuerdo de sus pasos por las tierras ardientes de América a más de un identifiable Salazarito, mestizo y de bonitos ojos verdes.

Tercera parte

Lisandro

El retorno a la isla lo sumía siempre en una profunda melancolía que contrastaba con la ilusión de la partida. El largo trayecto en barco y tren le producía a Lisandro Martín una fatiga de la que tardaba en recuperarse más de una semana, en la que apenas hablaba y comía. Su último viaje había sido revulsivo. No había vuelto de París como en 1889, después de la Gran Exposición Universal, lleno de entusiasmo y con los baúles cargados de regalos. Muchos libros, un kimono de seda bordado, perfume de rosas y una limosnera de plata que Valeria utilizaba siempre que acudían al teatro, además de juguetes novedosos para sus hijos y una pipa de madera labrada para su hermano Antonio. En esta ocasión, las experiencias vividas y las personas a las que había tratado lo habían trastornado notablemente. Volvía con una sensación de vacío, sin obsequios especiales, como si hubiera regresado precipitadamente, huyendo, extraño y deprimido. Al volver, encontró a la gente de la isla más anodina e ignorante, pero era él, en realidad, quien había cambiado. A Valeria la notó insustancial, poco atractiva, sin gracia, pero complaciente y atenta, como una madre. Era volver a su infierno cotidiano. Además, aquel retorno en el otoño de 1898 estaba marcado por un calor húmedo difícilmente soportable. ¿Qué continuaba haciendo en aquel archipiélago, en aquella isla perdida en el Atlántico, lejos de todo lo que le interesaba en el mundo? En la ciudad, muchos consideraban a Lisandro un falso cosmopolita, un petimetre empeñado en remarcar que era mejor o diferente al resto de sus vecinos. Otros, al contrario, lo veían como a un hombre avanzado, culto pero cercano, que no se creía superior. En el fondo, sabía

que no era más que un isleño provinciano, un curioso con ganas de saber y de vivir, un pequeño editor y el copropietario de la librería El Sol, la primera y única de Canarias, adonde acudían los pocos lectores e ilustrados insulares en busca de novedades literarias o para hacer sus pedidos, que llegarían con meses de demora del continente. Lo más granado de la ciudad, solo hombres, asistían los jueves a una animada tertulia político-literaria.

Valeria soportaba la brusquedad e indiferencia de su marido porque lo conocía muy bien. Volver a la isla era para él una enfermedad pasajera y se comportaba como un convaleciente, de forma antojadiza y desdeñosa. No acudía a su librería más que a ratos. Tampoco iba a las reuniones en el café La Peña y, en algunas ocasiones, sufría una especie extraña de ausencia o apatía que algún galeno describió en términos de crisis melancólica.

A pesar del desapego que le mostraba, Valeria lo cuidaba como a un niño malcriado, con inmensa paciencia y cariño. En silencio, siempre en silencio, pensando que el amor era sacrificio y generosidad.

Cada retorno de sus andanzas venía acompañado de la ausencia del alma. El cuerpo llegaba, pero no así el espíritu. Eso era lo que pensaba la abnegada y paciente Valeria, año tras año, viaje tras viaje. Al final, Lissandro un día la volvía a mirar, como si de pronto la descubriera y apareciera el hombre tierno y afectuoso, el amante retornado y atento.

Valeria sabía, con seguridad, que ella era, a fin de cuentas, el puerto al que su marido regresaba siempre. Lo conocía muy bien, era un niño caprichoso que necesitaba jugar y fantasear. Desde hacía años se marchaba a París casi dos meses, entre las idas y venidas, con la excusa de reuniones francmasónicas, contactos editoriales y asistir al teatro, su verdadera pasión. Ella no podía oponerse, lo dejaba volar, sabiendo que siempre volvería. Valeria era la isla, su seguridad, y, aunque él ignorara esta necesidad, ella lo tenía presente. Valeria no viajó nunca fuera de Tenerife, ni tampoco le interesó. Santa Cruz de Santiago era para ella el núcleo de su universo. La simple idea de tomar un barco, trasladarse en

trenes o tener que dormir en hoteles con sábanas que no eran las suyas, quizás ásperas, lejos de sus dominios, le parecía una terrible incomodidad, le producía una extrañeza que no estaba dispuesta a sufrir. Admiraba y quería a su marido, aunque en ocasiones se comportara como un tonto y se creyera un figurín, con ideas propias sobre las cosas, un creído, un conocedor, pero no superior a ella ni a todos los demás.

Valeria había recibido la educación adecuada y precisa para dirigir una vida doméstica, el matrimonio y los hijos. Lisandro había sido educado como un pequeño burgués, un señorito librepensador. Había comenzado los estudios de Derecho en la Universidad de Barcelona, pero los abandonó para hacer Letras, carrera que tampoco terminó. Era hijo de una familia de origen catalán que había conseguido una gran fortuna en Tenerife, desde hacía ya dos generaciones, comprando tierras y dedicándolas al cultivo de la viña y el tabaco. Lisandro se distinguía por su manera elegante de vestir y, sobre todo, de hablar. Los años vividos en Barcelona lo convirtieron en un defensor a ultranza de las ideas republicanas y de la masonería. Detestaba fundamentalmente a la monarquía, a los políticos españoles, a los que consideraba ramplones y faltos de ideas, y a los militares, y no soportaba a la curia romana.

La masonería había sido introducida en Tenerife en 1820 por el conde de Saint Laurent, comisionado a la América española por el Gran Oriente de París, enviado para crear logias y difundir las ideas y principios. Lisandro se convirtió en seguidor y defensor de un nuevo orden social entre los hombres, aferrado a una idea romántica de la vida que lo llevaba al concepto de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa. Como masón, había tomado el apelativo de Aurotava, afrancesamiento del topónimo Orotava, valle donde poseían una casa. En esa enorme finca, que denominaban La Marzagana, pasaban los veranos.

Olympia

Olympia Bassan vivía en la Rue de L'Arbre Sec, una pequeña calle entre Rivoli y Faubourg St. Honoré. Había heredado aquel piso familiar cuando era una incipiente figura del bel canto. La belleza de su voz y su cuerpo le auguraban un futuro brillante que palideció después de morir sus padres trágicamente. Nunca llegó a ser una prima donna y se contentó con segundos y terceros papeles o con ser simplemente sustituta o figurante del coro. Sin embargo, Olympia era uno de esos seres luminosos, flexible como un junco y feliz, a fin de cuentas. A los treinta años pensaba que su éxito estribaba en la ausencia de un éxito rotundo, lo que la había liberado de la angustia de algunas figuras del arte lírico, tristes máquinas de cantar. Amaba su trabajo, no podía vivir sin la música, aunque también adoraba la buena vida, los viajes y a los hombres. Se había librado de un matrimonio burgués, era una cantante y también una comedianta, una mujer para algunos de peligrosa reputación, cortesana, mundana y frívola.

Olympia vivía sola, independiente, adoraba la noche y se sentía a gusto en París, ciudad en la que había nacido. La proximidad de su casa al gran mercado de Les Halles hacía que muchas veces recibiera el amanecer en alguna de las bodegas cercanas al mercado, en ocasiones rodeada de hombres y mujeres, compañeros de la ópera o del teatro, que bebían la última copa de la noche, o mozos alegres y fuertes que descargaban fruta y tomaban la primera de la mañana. Para Olympia, la última siempre era en Les Halles:

*Sempre libera degg'io,
folleggiar di gioia in giogia.*

Una noche después de una función en la Ópera Garnier, acompañó a su amiga la soprano Camille Talvat, protagonista de la representación y protegida de un achacoso banquero suizo. Camille estaba fatigada y especialmente decepcionada. El director de escena, el alemán Otto Ambruster, la había tratado con desprecio e indiferencia antes del estreno. Olympia y Camille se habían citado con el escultor Marcel Jouvet en el bar del Gran Hotel Des Capucines, cerca de la Ópera Garnier. Marcel acudió acompañado de un amigo español con el que compartía sus ideas francmasónicas y su amor por la música y la farándula.

Las dos mujeres entraron al salón del hotel, donde las esperaban, llenas de luz, como acostumbraban salir al escenario, hermosas y seguras de sí mismas. Marcel hizo las presentaciones y se sentaron los cuatro. Lisandro Martín quedó deslumbrado por las artistas, a las que había oído cantar poco antes, aunque, si bien reconoció a Camille, no le sucedió lo mismo con Olympia. De cerca, Camille le resultó un poco mustia, menos hermosa, a pesar de su roja cabellera y una imponente presencia de vestal. Sin embargo, Olympia, tan bella y fresca, con su escotado vestido de fiesta y su naturalidad, le resultó arrebatadora. Nunca había visto a una mujer que sonriera tan seductoramente.

Su nombre, Olympia, le recordó al sensual cuadro de Manet, una joven blanquísimas, desnuda sobre un diván, una versión moderna de la *Venus de Urbino*, de Tiziano, y al personaje de la muñeca mecánica de la ópera *Los Cuentos de Hoffmann*, de Offenbach.

En un momento las dos mujeres comenzaron a hacerse confidencias, ignorando, por unos instantes, a sus acompañantes. Camille, nerviosa, ordenó al camarero que sirviera una botella de champán y ofreciera unas copas al caballero que se encontraba no muy lejos de su mesa, con otros hombres de etiqueta. Al entrar, el señor Otto Ambruster, a pesar de haberlas visto, no se había molestado en saludarlas.

Cuando el camarero ofreció las copas de champán, Ambruster levantó su copa e hizo un movimiento de cortesía con la cabeza, pero no se

acercó. Los otros hombres, músicos de la orquesta, las miraron con cierta ironía y risas.

Olympia comentó que no valía la pena, para qué estropear una noche como aquella, era mejor olvidar la descortesía. Camille contó entonces a sus amigos las penalidades que el tal Otto le había hecho pasar, del amor más entusiasta a la indiferencia, de la adoración a la burla. Jamás un director de escena se había comportado así con ella, humillándola, tratándola como a una principiante. No entendía la razón ni el comportamiento misógino del alemán.

Lisandro pensó que la cantante sufría dolorosamente el castigo de aquel hombre caprichoso y engreído que, posiblemente, no era más que un fantoche frustrado que la había elegido como víctima.

Diez minutos después, Camille pidió a Marcel que, por favor, la acompañara hasta su casa, un precioso hotel cerca de la plaza des Vosges. Se sentía débil, enferma, con algo de fiebre, aunque lo único que tenía era una herida en su orgullo que aquel hombre voluminoso y grosero le había ocasionado al adulorla primero y maltratarla después.

Camille era una magnífica cantante, con una carrera brillante llena de éxitos, reclamada por los más importantes teatros de ópera europeos, aunque en aquella ocasión había sido impuesta como prima donna en la Ópera Garnier por el dinero de su amante y admirado protector. Este hecho, como todo el mundo lírico sabía, le había resultado intolerable a Otto Ambruster, que prefería a otra soprano que consideraba más idónea para el papel, por lo que decidió torturarla, hacerle la vida difícil, por no decir imposible.

Olympia se quedó a solas con Lisandro pensando que no respondía al típico hombre español, un don José o un Escamillo, estereotipos ibéricos, producto de *Carmen*, la novela de Mérimée. Tendrá unos treinta y cinco años, aventuró mientras apuraba su copa. Poseía una hermosa testa, unos ojos brillantes, el cabello trigueño y ondulado, algo más largo de lo normal. El bigote y la perilla le parecieron típicamente franceses, muy a la moda. Sin embargo, había algo en su expresión y en su actitud

que lo hacían claramente naif. Le sorprendió el casi perfecto dominio del francés. Le contó que era un español algo especial, ya que procedía de una de las islas atlánticas, a dos mil kilómetros del continente europeo. Olympia desconocía que existiera un archipiélago español cerca de África, lo que consideraba ultramar, pero ocultó su ignorancia. Fantaseó con que quizás sería un lugar semisalvaje, con una gran vegetación y animales exóticos. Se lo imaginó como un paisaje de Rousseau el Aduanero a pesar de que Lisandro no respondía a la imagen de un explorador con salacot o de buen salvaje con taparrabos o chilaba.

Los padres de Olympia habían muerto durante la epidemia de tifus que azotó parte de Francia en 1890. Había recibido una educación estricta, la de una muchacha de la pequeña burguesía parisina, en el colegio de las Damas Negras de Saint Germain, monjas severas y rigurosas en el aprendizaje y en la disciplina, donde tuvo no pocos problemas. Allí recibió sus primeras lecciones de solfeo, que luego continuó en el conservatorio de París. Para Alfred, su padre, músico frustrado, que estuviera dotada para el canto y tocara armoniosamente el piano fue una de sus grandes alegrías. Sin embargo, Aurore, su madre, no pensaba lo mismo. Creía que Olympia tenía demasiados pájaros en la cabeza, era demasiado bonita y rebelde y, desde siempre, le formulaba preguntas que ella no podía contestar. Jamás pensó que su única hija se dedicaría a una vida de farándula y farsa. Deseaba para ella una pequeña existencia, como la suya, sin penalidades, con un marido y una familia a la que cuidar. Creía que Alfred malcriaba a la muchacha metiéndole ideas locas en la cabeza, sabiendo los peligros y las envidias que existían en el mundo del espectáculo.

Su padre pudo disfrutar de su canto antes de morir, no solo en las actuaciones escolares sino también en algunos teatros de provincias como Rouen, en una compañía de jóvenes valores. Olympia destacó en *La sónambula*, de Bellini. Su madre sufrió con su éxito al ver que se le iba de las manos, iniciando su propio vuelo, libre, un torbellino lleno de juventud que disfrutaba con su trabajo en el teatro y que daba la sensación de

que iba a devorar el mundo. Así, en ocasiones, Aurore le decía que no comiera tan deprisa, que la vida se le podía atragantar. Se sentía orgullosa de su hija, apreciaba la belleza de su voz, pero intuía las consecuencias de un carácter tan vehemente y apasionado.

A los veintitrés años, cuando Olympia, a pesar de su juventud, comenzaba a ser conocida en el elitista círculo lírico de París, sus padres desaparecieron. Se quedó sola, sin más familia que unas tías paternas, a las que nunca había tratado, a las que su madre no quería ni nombrar y a las que tuvo la oportunidad de saludar fugazmente en el entierro de sus padres.

Al poco tiempo se enamoró por primera vez, de un violinista húngaro, Marius Berkes, tan joven como ella, pero con la ambición de aquellos que nunca han poseído nada y desean saciarse con el éxito y el reconocimiento. Marius vivió casi un año gracias al dinero de Olympia, en el piso de la Rue de L'Arbre Sec. Al comienzo, ella se dejó arrastrar por la pasión, y hubiera sido capaz de renunciar a todo por su amante. Los ensayos y el trabajo diario eran casi un obstáculo. Deseaba el amor físico que conseguía con Marius, que, a su vez, continuaba haciendo audiciones para conseguir un trabajo en Francia. Pero la suerte no le acompañaba. Olympia descubrió en él algo que luego no encontraría con facilidad en otros hombres, el placer sensual, el deseo loco y voraz y la entrega generosa y absoluta del primer gran amor.

Al poco tiempo, Marius comenzó a cansarse de la fogosidad de aquella mujer posesiva que lo mantenía y le daba cobijo. No conseguía trabajo más que en restaurantes animando las comidas con su música, cuando su idea no era solo tocar en una buena orquesta sino desarrollar una carrera como solista, viajar, dar conciertos por el mundo, ganar lo suficiente y más para no tener que preocuparse del dinero. Pero tantos años de estudio y trabajo no lo compensaban, seguía teniendo dificultades económicas y vivía gracias al apoyo de su amante.

Olympia, durante los primeros meses de la relación, cantaba con tal intensidad que hasta sus propios profesores quedaron anonadados de su

fuerza y posibilidades. Pero a los seis meses de vida en común, Marius empezó a ser cruel y mezquino. Se ausentaba sin dejar un aviso, rechazaba a Olympia o la humillaba con descaro. Sentía que ella le robaba toda su energía, lo agobiaba y lo abocaba al fracaso. Comenzó a pedirle sumas de dinero que gastaba sin justificación, hasta que un día se marchó de su lado. Olympia sintió un dolor imposible de soportar y durante días lo buscó por todo París. No podía cantar y enfermó, lo que no impidió que se arrastrara por todos los tugurios de la ciudad con la esperanza de encontrarlo. Finalmente, dio con él en un local insólito, un fumadero de opio cerca de la plaza de Saint George. Cuando se miraron, cada uno vio en el otro la desesperación. Olympia, demacrada por la angustia y la fiebre, le rogó con la mirada un poco de misericordia, pero Marius solo pudo musitar:

—¿Qué buscas aquí? ¡Vete!

Al acercarse a él, que permanecía tumbado entre almohadones junto a una mujer china, que parecía ausente, recibió un humillante empujón. Entonces la mujer oriental despertó de su letargo y comenzó a reír de una forma sórdida y escandalosa.

—¡Vete! ¡No quiero volver a verte! —añadió Marius con aquel acento húngaro que, paradójicamente, tanto había gustado a Olympia al conocerlo y que ahora sonaba áspero y afilado.

Durante horas vagó, solitaria en la madrugada, por la ciudad, con la sensación de haber perdido su alma, con un dolor infinito. De haber sido en pleno invierno, habría muerto seguramente de hipotermia. Extraviada, exhausta, sin futuro, había perdido lo que creía el amor, su primera experiencia sexual intensa con un hombre. Ay, amor, vino amargo y traicionero, líquido venenoso que me destruye, muralla engañosa de lamentaciones, pronunció internamente como en una tragedia isabelina. Olympia se alongó sobre el puente Des Arts y cayó al Sena. Ya había amanecido y algunos transeúntes la vieron precipitarse. Olympia perdió el sentido y se abrazó a la muerte, pero sus vestidos le jugaron una mala pasada al formar una especie de burbuja de aire, como una campana,

por lo que su cuerpo flotó como una flor mustia sobre la superficie que se lleva la corriente. Para su desgracia, fue rescatada casi de inmediato de las espesas aguas del Sena por unos operarios que trabajaban en los muelles. Sin embargo, no recuperó el conocimiento hasta cuarenta y ocho horas después en el hospital de la Pitié-Salpêtrière. Al despertar, lo primero que vio fue a dos mujeres mayores, graciosamente vestidas y maquilladas, tocadas con sombrerillos de paja.

—Descansa, Olympia, no te preocupes de nada, nosotras cuidaremos de ti —dijo la que llevaba unas extrañas gafas.

—¿Quiénes son estas señoras? ¿Qué hago yo aquí? ¿Dónde estoy? —repuso ella con dificultad.

Olympia no podía casi hablar, pero extendió sus manos hacia las ancianas, que en ese momento le parecieron dos mensajeras de la vida que la conectaban con lo terrenal, con la existencia, y la apartaban de las aguas de la muerte. Parecían dos personajes irreales, dos rostros bellos, bondadosos, bien vividos. La mirada de aquellas mujeres le era familiar. Miraban de la misma manera que Alfred Bassan, con ese gesto de consentimiento, de ternura cristalina. Siempre había imaginado a sus tíos de otra manera, pues la idea que le había transmitido su madre era la de dos mujeres raras y poco recomendables.

—Somos Claude y Solange, las hermanas mayores de tu padre, tus tíos, ¿te acuerdas? —dijo una.

—Las proscritas —añadió la otra entre risas.

En una ocasión, su padre le había contado que tanto Claude como Solange habían tenido vidas poco comunes. Las dos se habían casado jóvenes y no habían tenido hijos. Solange abandonó muy pronto a su marido y vivió durante mucho tiempo refugiada en Montreal. Claude había llegado a ser dama en la corte de la emperatriz Eugenia y conoció las intrigas de la vida palaciega. Enviudó pronto, heredando una considerable fortuna que le permitió viajar y residir en Italia y Grecia. Pasada la juventud, las dos hermanas se habían reunido y decidieron vivir juntas cuando Solange volvió de Canadá casi ciega y pobre. Claude había admi-

nistrado con eficacia la herencia de su marido, lo que les permitiría vivir tranquilamente hasta el fin de sus días. Al leer en la prensa el accidente sufrido por una tal Olympia Bassan, acudieron en su ayuda.

Aquella noche, Olympia tuvo una horrible pesadilla en el hospital: la emperatriz Eugenia se acercaba con un vestido púrpura y una tiara de diamantes y de un zarpazo le desgarraba el vestido de novia y comenzaba a reír como una demente, para luego insultarla, llamándola miserable ladrona, farsante. Ella huía saltando entre arcones, candelabros, muebles renacentistas y baldaquinos, atravesando el largo pasillo de la catedral de Notre Dame. Sentadas cerca del altar estaban dos ancianas, sin rostro y con sombreros recubiertos de flores carnívoras, que tocaban inspiradísimas al violín y el órgano *La belle au bois dormant*, de Tchaikovski. Al final, bloqueando la puerta, encontraba a un hombre maduro, con un bicorno con plumas de avestruz, traje de gala y una capa de armiño que le cerraba todas las puertas y levantaba de su cara el velo nupcial e intentaba besarla. Asustada, sacaba una daga de su pecho y le asestaba un sinfín de puñaladas. Aquella especie de rey de opereta iba muriendo en una agonía lenta y dolorosa, mientras le decía «¿por qué, por qué?». El rey se parecía mucho a Napoleón III y, a la vez, se iba transformando en su examante, Marius Berkes, el violinista húngaro.

La noticia del intento de suicidio afectó superficialmente a su trabajo, solo pasó una semana convaleciente al cuidado de sus tías en la casa que habitaban en Courbevoie, un pueblecito al oeste de París. Al contrario, el suceso, durante un tiempo, la invistió de un halo romántico, de personaje con carisma operístico. Aunque siguió con sus contratos en óperas y recitales, conservando su óptima técnica, su voz perdió el brillo y la luminosidad diamantina que anteriormente había poseído. Algo se quebró para siempre en su interior. Desde aquel momento se tuvo que conformar con ser la secundaria, una menor, la sustituta siempre a punto ante la cancelación de la diva de turno.

No volvió a interesarse por Marius, lo hizo desaparecer de su vida, lo sepultó fuera de su corazón. De repente maduró, nada quedó de la niña.

El dolor la había llevado a rozar la muerte, aceptar la vida despojada del amor le había resultado insopportable. Aprendió a ser verdaderamente independiente. Su lectura de la realidad se hizo más profunda y amarga. La diseccionaba limpiamente como un médico en una autopsia, con frialdad, pero no exenta de emoción. Volvió a querer a muchos hombres, pero nunca con la necesidad de la sedienta, ni con la entrega ardiente con la que había amado a Marius. No perdió la alegría, recobró el deseo de vivir, aunque no como la sonámbula en la que se convirtió en su delirio amoroso. Ahora se sentía fuerte, entera, aferrada vigorosamente a las raíces de la tierra.

El primer encuentro

Eran poco más de las doce cuando salieron del restaurante. La noche estaba fresca, por lo que Olympia aprovechó para tomar el brazo de Lisandro y acercarse a él, mientras caminaban por el Boulevard des Italians.

—¿Qué le gustaría hacer a usted? Estoy completamente libre para vivir la noche. Probablemente, no deba cantar hasta dentro de una semana. ¿Le gustaría conocer lugares diferentes? —le preguntó, parándose en seco.

Lisandro se quedó anonadado ante la propuesta y por la forma tan especial con la que la mujer estrechaba su brazo. París, en la madrugada, era una ciudad secreta para él.

—¿Cómo podría negarme con una cicerone como usted? —le respondió de manera caballerosa, pero un poco intimidado.

—¿Conoce el Ninotska? Está muy cerca de aquí, en la Rue Taitbout. Es un pequeño cabaret en un sótano donde se puede encontrar a la gente más divertida de la ciudad. Se puede beber, comer y bailar.

—No lo conozco —respondió Lisandro—. París es sorprendente, parece como si continuamente aparecieran o se esfumaran escenarios, como un ser que cambia a cada poco de disfraz.

—Lo que le sucede a París, como a una mujer coqueta, es que se reinventa cada noche. El verdadero latido de la ciudad está en lo profundo, en las catacumbas, donde puedes encontrar a los personajes más excéntricos, que, como los vampiros, desaparecen con los primeros rayos de sol. Cuando la gente honorable sale de sus casas para acudir al trabajo,

los músicos, actores, escritores y gentes de mal vivir regresan a sus nidos y se ocultan. Yo debería cuidar mi voz, no beber, no salir, estudiar, sacrificar mi vida por la lírica, sin excesos, de una forma ordenada y metódica, pero la curiosidad y el desorden, en muchas ocasiones, me desvelan. No quiero sentir que el tiempo se me escapa, que la música me conduce a su antojo en una dirección equivocada. Como diría un poeta, soy una hija de la luna, que se mueve sin agobios y se dispersa.

—¿Pero el fin de todo artista no es el éxito, ser sublime, entregarse hasta llegar a lo más alto? —preguntó Lisandro con extrañeza e ingenuidad.

—Hace pocos años suspiraba por el aplauso del público. Mi voz poseía un timbre y un fraseo transparente que, poco a poco, ha ido perdiendo brillo; se ha vuelto penumbrosa, espesa por lo real de la vida. El papel de Sexto que he cantado esta noche me va bien, se adapta a mi voz actual; un rol masculino que, primitivamente, interpretaba un castrato. Con esfuerzo he conseguido hacerlo mío, interpretar a un hombre con fuerza, aportar la esencia más íntima con entrega y musicalidad.

—¿Pero no le resulta difícil meterse en la piel de un hombre?

—Al contrario, sufro con la estereotípica docilidad femenina de muchas heroínas operísticas. Me resulta más enriquecedora la actitud retadora, menos cuadriculada de los personajes masculinos. Adoro cantar papeles rebeldes, de duras o malvadas que, por lo general, no son protagonistas. La mayoría de los que se dedican al arte, al canto, sucumben como mártires cristianos. Veneno, vanidad, una droga mortífera que, desgraciadamente, nunca te sacia.

Casi sin darse cuenta llegaron al local de diversión, propiedad de una oronda rusa que se dirigió a ellos nada más verlos.

—¡*Chérie*! Nos tienes abandonados, ¡hace meses que no vienes a ver a la *mamuska* Nina! —saludó ruidosamente y con alegría.

Olympia besó y abrazó a la mujer, que miraba con descaro a Lisandro.

—Ahora comprendo tu ausencia, debes estar muy entretenida con esta nueva y asombrosa adquisición.

—*Monsieur* Martín es un amigo de las colonias españolas, unas islas

que reciben el simpático nombre de Canarias, cerca de África. Te presento a la encantadora gran duquesa Nina Saroskaya, la joya de Moscú y dueña del más sorprendente y divertido antro de París.

—Encantado, señora, pero debo aclararles que no procedo exactamente de las colonias —dijo Lisandro, balbuceando ante la enjoyada mano de la anfitriona.

Estaba terminando la frase cuando una mujer delgada, de cintura estrechísima, provocadoramente vestida, con una melena corta y flequillo sobre los ojos, realzados con sombras oscuras sobre los párpados y las pestañas, que le proporcionaban un aspecto inquietante, se interpuso, abalanzándose cariñosamente sobre Olympia para besarla en los labios. Luego se miraron con una intimidad extrema que a Lisandro le produjo una sensación de desazón. Durante unos minutos, parecieron aisladas del mundo. Al menos él se sintió completamente ignorado, perdido entre la animación de la gente, el humo, el ruido y la música. En el pequeño escenario observó a una mujer muy alta, con una nariz prominente, ataviada con una túnica granate y un tocado indefinible con plumas, unas alas abiertas sobre la frente, que tocaba el piano y cantaba con melancolía, probablemente en ruso o en alguna lengua eslava, rodeada de músicos con instrumentos de cuerda, mandolinas, laúdes y guitarras.

La gente bailaba, bebía o hablaba ruidosamente, sin prestar mucha atención a la sensible cantante de nariz intrépida, que se dejaba el alma en su interpretación. Sintió pena ante el derroche de energía de aquella dama, cuyo canto se perdía como el humo, entre un público banal e indiferente.

—Estoy con el infeliz Oscar y otros amigos. Esta noche está especialmente melancólico y borracho, cada vez peor —dijo la acaparadora amiga de Olympia.

—¡Es una lástima! La gente ya no lo soporta, está totalmente destruido —añadió Nina con fingida compasión.

—¡No te olvides de mí, adorada malvada! Ven a verme, ¡te espero! Tenemos tanto de que hablar —concluyó la voluptuosa dama de los pár-

pados ahumados, mirando a Olympia y haciendo después un mohín a Lisandro.

Nina los condujo, esquivando con dificultad al público que bailaba o bebía de pie, hasta una mesa, no muy alejada de la que ocupaba el ruidoso grupo de Polaire, la amiga de Olympia.

—Es mi incondicional amiga Émilie Bouchaud, Polaire, una actriz y bailarina de enorme éxito que también ha sido modelo de Toulouse-Lautrec. Tiene un carácter alegre y alocado y aunque parezca la verdadera imagen de la frivolidad, es mucho más que eso. Puedo contar con ella siempre que la necesito.

Claro que la conocía. Lisandro poseía una enorme colección de fotografías de las que consideraba mujeres míticas, bellas bailarinas o actrices, como Cléo de Mérode, la Bella Otero o Cécile Sorel, que compraba a los buquinistas del Sena o en las librerías. Entre ellas, recordaba también la imagen de Polaire, con una cintura minúscula, el busto prominente y una mirada desafiante, burlona, a pesar de su juventud, con una actitud de estar de vuelta de todo.

—Ese grandote, con aspecto cansado, es el escritor Oscar Wilde, al que por supuesto conocerá por sus obras o sus escándalos. Hace tiempo que malvive en París, arruinado, agotado, en completa decadencia, un espectro del triunfador que fue, casi olvidado y abandonado por los que ayer le aplaudían —se lamentó Olympia.

—Hace solo cuatro años tuve la suerte de ver a la gran Sarah Bernhardt interpretando *Salomé*, una de sus obras, que, por cierto, no fue bien acogida por la crítica en su estreno. Sin embargo, tanto el texto como la interpretación a mí me parecieron magistrales, repletos de poesía y simbolismo, con un fondo rebelde y subversivo —dijo Lisandro.

—Descubro en usted a un romántico empedernido. Estoy de acuerdo en lo que dice. Sarah estaba perfecta con sus actitudes inimitables, aunque parezca imposible que, a su edad, pueda interpretar a una princesa adolescente y sensual, mostrándose segura, desnuda tras la danza de los siete velos.

—¡Ay! —suspiró Lisandro—. Envidio a los que como ustedes trabajan en el teatro, a los directores, a los escenógrafos, a los actores o a los tramoyistas. Adoro disfrazarme; sin embargo, nunca he participado en una función, solo he asistido como espectador.

—Si quiere conocer la vida interna de un teatro, una tarde lo llevaré conmigo para que vea todo lo que sucede detrás del telón; lo que oculta no es más que puro artificio.

Lisandro se quedó encantado con la propuesta de su nueva amiga. El ambiente del cabaret bullía a medida que pasaba el tiempo. La gente bebía sin tregua, bailaba, se mezclaba, confusa, en un infierno voluntariamente elegido.

—¡Bailemos! —ordenó de pronto Olympia, tomándolo de la mano.

Lisandro se sintió obligado a seguirla. Se abrazó a él, sin pudor, con fuerza, acariciando su nuca con ternura, apoyando la cabeza sobre su hombro. Lisandro, aturdido, se aferró a su cuerpo, sintiéndose rodeado por otras parejas que los obligaban a estrecharse, lo que promovía una situación de extraña promiscuidad. ¿Cómo un hombre de su edad podía sentirse como un adolescente? Jamás una mujer había provocado en él una sensación como aquella, tan sensual y placentera. Siempre había sido él quien buscaba, el que indicaba el camino a seguir. La única mujer real en su vida había sido Valeria, su consorte, que ni desnuda entre sus brazos se entregaba ciegamente. Enlazado a un cuerpo, entre tanta gente aparentemente sonámbula, con la música y el ruido, ¿cómo podía sentir esa sensación deliciosa de libertad oculta? Parecían dos enamorados indolentes, aunque en realidad eran dos completos desconocidos que se atraían y se resistían a retirarse tras una noche intensa; una imagen decadente y bohemia. Sus trajes de etiqueta, algo deslucidos por las horas, reflejaban la sensación irreal de que flotaban sobre el pavimento, tras el alcohol y las risas. Unos músicos rusos comenzaron a tocar melodías imposibles de entender, animados, con acordeones y guitarras, mientras otros los acompañaban cantando o batiendo palmas, con aire canalla y arrabalero.

—Es la hora de marcharse —le dijo Olympia al oído—. Comienza el instante del arrebato y los excesos. A partir de este momento los que quedan perderán totalmente el control. Creo que, por hoy, el espectáculo ha sido suficiente. Lo siguiente puede ser demasiado fuerte para usted e incluso para mí. Si es difícil escuchar durante largo tiempo a un ruso melancólico, es casi imposible soportar a un grupo completamente alcoholizado.

Lisandro pensó en todos los escritores rusos que le entusiasmaban, Dostoyevski, Tolstói o Turguéniev. No le resultaban lejanos; al contrario, podía identificarse sin dificultad con ellos. Había un punto de conexión con los hispanos en su pasión y sentido trágico de la vida, en la vehemencia con la que muchas veces se expresaban, de forma extrema; el grito o el silencio.

En la calle respiraron un aire frío, una calma exterior que contrastaba con el bullicio que se vivía en el local subterráneo, del que al salir no llegaba ni el más mínimo eco. Decidieron dirigirse hacia la Rue de L'Arbre Sec, dando un largo paseo. París dormía, aparentemente. En poco tiempo comenzaría a clarear.

Al llegar al mercado de Les Halles vieron el movimiento incesante de coches y mercancías.

—¡He aquí el enorme vientre de París o, por qué no, su corazón!

Las floristas y los vendedores de fruta y verdura saludaban a la cantante como si fuera una más de su grupo, con bromas y palabras cariñosas.

Un muchacho descamisado y sudoroso, con una gorra calada hasta las cejas y que arrastraba un carro repleto de mercancía, paró un momento, tomó una caja de frutos rojos y se acercó a Olympia, moviéndose de forma cautivadora, con un brillo engatusador en los ojos y en la boca, canturreando la canción popular *El tiempo de las cerezas*. Ella mordió la fruta y luego lo besó en la boca de forma amorosa e intensa, con una mayor complicidad de la que había puesto en el beso que había dado a su amiga Polaire horas antes en el cabaret de Nina. El joven la abrazó con

su consentimiento y le dijo al oído algo gracioso que provocó en ella una risa contagiosa.

Lisandro volvió a sentirse extraño, perdido entre aquel desorden matutino del mercado, fuera de lugar, algo celoso de la cercanía afectiva que Olympia era capaz de mostrar a sus camaradas, anulando los límites.

—¡Vamos, tomaremos la última copa juntos! —dijo, agarrando del brazo a cada uno de los hombres.

—Este es Farahyala, el sirio, el hombre más guapo y golfo de París.

El muchacho se quitó la gorra e hizo una reverencia, dejando ver un pelo rubio y unos ojos transparentes.

—Y este caballero es *Monsieur* Martín, un regalo inesperado de España que la privilegiada Luna me ha ofrecido esta noche —añadió Olympia.

A Lisandro le encantaba aquella manera casi poética de hablar. De pie, en la barra de una taberna, con una sensación de extrema intimidad, alzaron las copas de *beaujolais* y brindaron. Lisandro, que no había bebido tanto en toda su vida, hubiera preferido un café, pero se limitó a sonreír, atónito por el comportamiento desprejuiciado e inaudito de la mujer. Se sintió aliviado cuando vio que el muchacho se despedía al poco rato, con la misma sonrisa pícara y la boca manchada de fruta y vino.

—¡Vete, holgazán! ¡Y gracias por las cerezas, sin vergüenza! —le gritó con descaro al ver que se alejaba con su carro, sin dejar de mirarla, silbando la misma canción libertaria con la que los había recibido.

Por las palabras y la actitud, Lisandro dedujo que el jovenzuelo descarado sería una de sus muchas conquistas o el último de sus amantes.

—Nadie huele tan bien como Farahyala, a fruta fresca, a brisa y a tierra mojada, libre —expresó con dulzura.

—¿De verdad es sirio? —preguntó Lisandro, un poco cortado.

—En efecto, lo es. Supongo que le sorprende el color de su pelo y de sus ojos. También yo pensaba de los españoles que todos serían toreros, feos y oscuros —le explicó Olympia, mientras cogía unas cerezas y las ponía con mimo entre los labios de su ya somnoliento acompañante,

con un gesto sensual y provocativo—. Pero Fara es como yo, peculiar, no pertenece a nadie.

Caminaron cansados hasta la casa de Olympia. Ya amanecía y la vida de la ciudad despertaba y se estiraba gatuna.

—¡Suba! Le haré un café.

—En otra ocasión, en pocas horas tengo una reunión importante con mis hermanos del Grand Orient de France.

—Caramba, me lo debía haber dicho, lo he entretenido de forma egoísta, sin tener en cuenta sus compromisos.

Debía volver al apartamento de Marcel Jouvet, donde se alojaba, dejar el frac, asearse y descansar. Pero, en realidad, le daba miedo traspasar el umbral, infierno o paraíso, de la casa de aquella magnifica seductora.

—Si le parece bien, a partir de ahora nos tutearemos; ya hemos compartido una noche hermosa y un amanecer prometedor. Me gusta tu nombre, Lisandro, el enamorado que vence todos los obstáculos para poder estar junto a su amada Hermia. Nunca sospeché que alguien pudiera llamarse como mi personaje favorito de *El sueño una noche de verano* —le dijo Olympia, dándole un beso en la mejilla, antes de desaparecer de forma estelar, como cuando cae el telón, cerrando, sin ruido, el portón del edificio.

El sueño

A Lisandro le sorprendió la luz del sol cuando se encaminaba hacia la plaza del mercado de Santa Catherine, donde vivía Jouvet. Tenía la sensación de que era la primera vez que trasnochaba, que veía el amanecer. Aunque estaba cansado, le costó dormir. No podía dejar de pensar en Olympia. Se preguntó por qué Marcel no le había presentado antes a aquella mujer singular. Se sentía atrapado, vencido, seducido. Solo pensaba en el momento de volver a verla, como un adolescente que sucumbe ante su primer amor.

En su pesadilla se mezclaban las imágenes de Olympia interpretando a Sexto, que cantaba en un decorado tortuoso con enormes escuadras, triángulos, esfinges egipcias y otros símbolos masónicos, que esquivaba con su espada mientras cantaba:

Yace el tirano muerto, ahora, padre, tú, aunque vencido, has vencido.

«¡Qué hermosa está esta noche la princesa Salomé! ¡Qué pálida está! Nunca la he visto tan pálida. Es como la sombra de una rosa blanca en un espejo de plata», decía Farahyala, semidesnudo, cubriendo solo sus genitales con un leve *perizonium*, imponente desde una columna dorada, coronada por hojas de acanto. Interpretaba el papel del joven sirio de la obra de Wilde, el capitán de la guardia, enamorado secretamente de la bella princesa hebrea, capaz de hacer cualquier cosa por ella, hasta la muerte. Farahyala era el hombre que él siempre quiso ser, intenso, apuesto, desvergonzado, ocurrente, eternamente joven.

Pero, en realidad, el rol que le correspondía en su sueño acongojante era el de un hombre venido del desierto, empeñado en salvar almas, Jokanaán, prisionero, a punto de ser decapitado.

«Nada es verdad, todo es apariencia. Bebamos en un cáliz nuestro engaño», le susurró Polaire a la princesa Salomé, convertida en Titania, moviendo su túnica vaporosa, al estilo Loïe Fuller, formando figuras de olas o nubes. «Ya sé que Jokanaán no es merecedor de mi amor ni de mi vida, ni siquiera del sonido de mi risa. Sin embargo, lo deseo. Mi corazón de pantera está hambriento de su sangre», dijo Olympia, encarnada en la fascinante y perversa Salomé.

Wilde, convertido en el rey Herodes, tumbado en un triclinio, le suplicó a su hijastra Salomé: *«Danse pour moi. Te daré lo que me pidas, hasta la mitad de mi reino»*. Nina Saroskaya, como la furiosa reina Herodías, le repetía a su hija: «Pide la cabeza de Jokanaán, nuestro enemigo, el profeta difamador».

El joven capitán sirio, con la boca manchada de frutos rojos, como sangre, le susurraba insinuante a Salomé: «Come del fruto prohibido, no dudes, rasga las cortinas de lo oculto, pero no te demores en huir al bosque de Atenas».

«Dame tu boca, muchacha, quiero besarla, saciarme de ti, aunque nos condenen a las dos para siempre a no ver nunca más la Luna», suplicaba Titania insistente a la joven princesa.

Un círculo de actores y actrices de rostros familiares interpretaban a Puck, Oberón, Hermia, Cleopatra, Demetrio, Hipólita y Helena, danzando y riendo, en un círculo festivo y exclamando: «¡Despierta, Lisandro, despierta, tú no eres el iracundo bautista, solo un intruso en Megápolis! Abandona pronto el peligroso bosque de la noche, los dioses no existen, solo perviven dentro de la fantasía, en la naturaleza, en el mundo del placer y en la pasión».

Marcel, transformado en Puck, vertía un líquido dorado sobre sus ojos que haría que se enamorase de la primera persona que viera al despertar.

«Vuelva de nuevo a nuestro corazón el goce de la vida y el placer. Li-

bres nuestros pechos del dolor, que cada cual vuelva a gozar», cantaba el coro.

Cuando despertó, bruscamente, le pareció ver a Olympia, con una bandeja de plata en la que llevaba su cabeza decapitada. Una quimera angustiosa. Eran ya las dos de la tarde. Tenía una enorme resaca. No había acudido a la reunión que tenía prevista aquella mañana, pero ya poco le importaba. ¡Aurotava, un masón tan cumplidor y responsable, un hombre tan serio, que ostentaba el título de venerable! ¡Al diablo con todo, mentira, puro artificio! ¿Por qué no divertirse, permitirse ser cigarra, darse la oportunidad de descubrir no solo el haz, sino también el envés de las cosas? De pronto, llegó a su cabeza un poema del poeta persa Omar Jayyam, que siempre lo había exaltado:

*Si te entregas al vino, alégrate.
Si una belleza con cara de luna
te acompaña, diviértete, sé feliz,
pues acaba el universo en la existencia,
como si no existieras,
pero ya que existes, sé feliz...*

Si es verdad que existes, sé feliz, intétalo al menos. ¿Cuánto tiempo tardaría en reencontrarse con Olympia, la descarada princesa del sueño? Sentía la sensación del hechizo, un burbujeo constante en su interior, cercano a un éxtasis, un delirio juvenil. Hablaría con Marcel, le contaría sus impresiones y le pediría ayuda y consejo.

En el taller de Marcel

A las diecisiete horas tenía una cita con Marcel en su taller de Le Quai de Bourbon. El escultor estaba decidido a terminar el busto de Lisandro que había comenzado hacia dos años, en su anterior visita, y del que aún no estaba satisfecho. Jouvet, que era un perfeccionista, pensaba que no había conseguido reflejar la personalidad del modelo. Su laboriosidad hacía que nunca le faltase trabajo, sobre todo encargos para panteones, reproducciones clásicas y decorados teatrales. Presumía con sorna de ser uno de los autores con más obras en el cementerio de Père-Lachaise. A pesar de que su trabajo era reconocido, se había convertido en un fino artesano al que apenas le quedaba tiempo para realizar una obra personal.

Cuando llegó, Lisandro no fue capaz de contar nada de lo vivido la noche anterior, ni siquiera la impresión que le había causado Olympia. Trataba de encubrir una enorme somnolencia. Su amigo se disculpó por las circunstancias que habían hecho que lo dejara abandonado, pero no solo. Sabía que había llegado muy tarde, que cuando él había partido hacia el taller, Lisandro aún dormía. Al mirarlo lo notó raro, con una mirada diferente. Sin embargo, ambos se enfascaron en el trabajo de posar y tallar.

Sentado, con el mentón erguido, mirando al infinito, se preguntaba por qué los hombres tenían esa dificultad para la confidencia, para la intimidad extrema entre ellos. Le habría gustado contarle cada detalle a su amigo, pero algo lo frenaba en seco. La confianza entre los hombres tiene unos límites, cualquier confesión sentimental puede ser malinterpretada como una debilidad o un gesto sospechoso, cualquier acer-

camiento o contacto corporal puede ser entendido como una flaqueza, si no es una lucha o un manotazo. Los hombres no se quieren, se aprecian. Sin embargo, las mujeres solían establecer unos códigos diferentes, nada parecidos a los gestos masculinos. Muchas mujeres parecían ser amantes, aunque no lo fueran, porque se comportaban con una cercanía y libertad casi ilimitada, ¿pero acaso eran conscientes de ello? La única pregunta que osó formular a Marcel fue cómo había conocido a Olympia.

—Como sabes, durante estos meses he estado realizando un encargo del rico protector de la Talvat. Quiere que la inmortalice como a una diosa o una vestal, de tamaño real en mármol de Carrara. Me pidió que me inspirara en las figuras neoclásicas que Antonio Canova realizó a la princesa Pauline Bonaparte. Si bien para mí no tiene un gran interés artístico, sí me produce buenos beneficios económicos con los que podré relajarme una temporada. Como a Camille, que es una mujer nerviosa, le resultaba imposible posar con frecuencia, sugirió que para su cuerpo podría hacerlo otra modelo. Pensó que su amiga Olympia Bassan era la que más se aproximaba a su estructura corporal. Pero, a decir verdad, las expresiones de sus cuerpos tienen poco en común. Así, la testa de Camille reposará sobre el cuerpo magnífico y esbelto de Olympia. Ella piensa que su mentor no notará la diferencia corporal, si acaso pensará que yo he idealizado la figura de su amante. Para Olympia este trabajo es también una fuente de ingresos importante. Los artistas en general, y Olympia en particular, vivimos al día. Muchas veces no hay trabajo, no solicitan tus servicios, a diferencia del panadero de la esquina, que tiene la certeza de que las bocas hambrientas piden cada día su producto caliente.

Lisandro le suplicó ver la obra, aún inacabada. Marcel, con una sonrisa de complicidad, sin decir palabra, la descubrió. Estaba desnuda con la actitud de una nereida cantando.

—¡Qué maravilla! —exclamó extasiado Lisandro.

—Ya no me cabe duda de que te ha hechizado —le dijo con chanza Marcel—. Y no precisamente la cabeza sino el cuerpo. Te has enamorado

y no me extraña. Esa mujer es una diablesa. Basta ver tus ojos trastornados para comprender que te ha clavado el agujón. Ten cuidado, amigo mío, es una flor maravillosa, pero venenosa, libre y silvestre.

Lisandro quedó desenmascarado, con el rostro rojo de rubor, como un adolescente. El escultor lo conocía lo suficiente para saber cuáles eran sus debilidades, pero hasta ese día solo había manifestado su interés por mujeres inofensivas, de papel, aquellas que aparecían en imágenes de revistas o postales, imposibles e inalcanzables. Nunca habían acudido juntos a un burdel y, aparentemente, era fiel a una esposa lejana, de la que prácticamente nunca hablaba, a la que quería tibiamente, pero por la que no sentía arrebato pasional. Su mirada extraviada y su silencio le indicaban la presencia de un hombre en celo.

—Veo que no hace falta que te cuente nada; además de un gran escultor y mejor amigo, tienes poderes de vidente —balbuceó Lisandro—. Espero poder encontrarla pronto, está tan dentro de mi mente que no puedo pensar en otra cosa.

—¡Para, caballero! Vuelve a sentarte, seguiremos con nuestro trabajo. Creo que ahora es el momento idóneo. Tu estado emocional, de enajenación amorosa, me facilitará expresar tu alma como no he conseguido hacerlo antes —le dijo Marcel riendo.

Dos días después

La noche siguiente, Lisandro durmió profundamente, sin pesadillas, con un sueño reparador, una tregua a las emociones que de pronto se habían desbocado en su interior como caballos salvajes. No había tenido nuevos sueños inquietantes, al menos no recordaba nada. Desayunó con apetito, en compañía de Marcel, en un bistró de la plaza del mercado de Santa Catherine, como solía hacer, plácidamente, bromear sobre asuntos intrascendentes y hojeando la prensa, ocultando su deseo irrefrenable de reencontrarse con Olympia. Marcel lo citó en su estudio sobre las dos de la tarde.

—Quiero continuar con tu busto. Me siento especialmente inspirado para terminarlo de una vez, aunque más que inspiración mía, como te dije, eres tú quien me transmite esa energía nueva que deseo atrapar de tus facciones. Ya verás, este será un trabajo diferente, nada de estilo neoclásico ni afectado. Tendrás la expresión primitiva del que descubre por primera vez el mar, el horizonte o el amor loco.

Lisandro no supo qué contestar, simplemente esbozó una enorme sonrisa que terminó en risa. Prometió ser puntual a la cita en el taller.

Durante la mañana se dedicó a vagabundear distraídamente por la ciudad. Visitó algunas galerías de arte, varias librerías y, finalmente, se sentó en una terraza a tomar café. Al mediodía, acudió a su restaurante favorito, L'Orangerie de Pierre, en la Rue Caron. Poseía un coqueto jardín interior, lleno de petunias, pensamientos y naranjos. Devoró con apetito un plato de gambas con arroz al Pernod y ternera al limón y bebió una deliciosa cerveza de trigo. Al propietario y cocinero, Pierre, le gus-

taba mimar a sus parroquianos y se aseguraba de que disfrutaran con su suculenta cocina casera, en un ambiente típicamente mediterráneo, un jardín de las delicias, con aroma de azahar en pleno París.

Mientras se encaminaba al taller por el puente de Louis Philippe, hacia l'île de Saint Michel, pensó en lo feliz y ligero que se sentía. Aquel día tampoco acudió a la Rue Cadet, no quería fastidiar su bienestar con reuniones tediosas e imposibles de francmasones. De pronto no deseaba cambiar el mundo, porque admitía que solo le interesaba su estado actual de encantamiento.

Al entrar al taller se topó con una insospechada sorpresa: Olympia, cubierta con una bata de seda, el pelo suelto en cascada sobre su espalda, estaba sentada haciendo un solitario sobre la mesa. Su mirada fue fulminante. Lisandro se acercó casi sin poder decir palabra.

—Buenos días. ¡Qué guapo estás hoy! Eres la imagen genuina de un hombre feliz —le dijo sonriéndole con espontaneidad.

Lisandro la saludó dándole dos besos en las mejillas y se sentó al otro lado de la mesa sonriendo, sin poder dejar de mirarla un instante.

—Me preguntaba cuándo volvería a verte, incluso pensé en atreverme a ir a tu casa, arrepentido de no haber aceptado tu invitación de subir a tu piso, al amanecer, después de una noche insólita.

—Pues aquí me tienes, descansando ligera de ropa del duro trabajo de posar. Te doy el relevo. Marcel me ha dicho que está deseando continuar contigo.

Lisandro observó que el escultor seguía ensimismado tallando delicadamente a la musa de la música, ajeno a la conversación que mantenían. Olympia dejó su juego para preparar una infusión.

—He comprado las últimas fotos que Nadar ha realizado de la Bernhardt —dijo Lisandro con el entusiasmo de un niño ante algo insólito. Sus amigos ojearon las fotos con curiosidad.

—Sarah con corona, Sarah odalista trágica, Sarah misteriosa... Siempre con actitudes teatrales fuera de este mundo —sentenció Olympia—. La admirás, la reverencias como a una diosa, pero solo es una mujer que

arrastra por el mundo la incomodidad de su talento, recluida, alejada de lo terrenal, autoexcluida de la vida de los mortales.

—Siempre dices que no crees en Dios, pero no paras de rendir culto a las hermosas reinas del teatro —añadió Marcel con tono burlón.

—Desde niño he colecciónado imágenes, y como editor he publicado libros de fotografías, no solo retratos femeninos sino también de paisajes —dijo Lisandro, intentando defenderse.

—Las mujeres somos algo más que fetiches para los hombres, como intentan hacernos creer esas cartas postales —añadió Olympia con desdén.

—Tampoco es un delito admirar la belleza de un cuerpo hermoso esculpido por las manos de un artista —dijo Lisandro dirigiendo su mirada hacia la obra en la que trabajaba Marcel.

—Podríamos entrar en una polémica laberíntica: ¿qué es la belleza?, ¿dónde se encuentra?, ¿por qué nos deslumbra? —planteó Olympia.

Lisandro quería dar una respuesta acertada a aquella mujer que lo miraba sin tapujos.

—Solo veo belleza en lo auténtico. No me emociona la imagen ligera de las cosas, sin olor ni textura, permanentemente estática, un espectro.

—Si quieras conocer mujeres auténticas, puedo presentarte a unas cuantas de carne y hueso que nada tienen que ver con esas poses artificiales de papel. Sin más, aquí al lado tenemos de vecina a una mujer escultora, Camille Claudel, una verdadera artista que se muere de hambre, a la que los críticos ningunean —terminó diciendo Olympia.

Los tres permanecieron unos minutos en silencio, bebiendo la infusión caliente. Lisandro se sentía aturdido, como un niño cogido en falta. Olympia comprendió lo que le pasaba.

—No quiero darte lecciones, pero sí me gustaría decirte que quizás lo más atractivo de una persona no es lo que se ve; está en lo oculto, en lo que se calla, en el camino que hacemos para llegar al otro, lo que se desvela no sin esfuerzo.

Lisandro la miraba con los ojos abiertos, sintiendo que le hablaba

abiertamente, muy cerca del corazón, dándole una visión diferente, despojada de mentiras. Para él, vivir no había sido más que un espejismo que, con razón, se evaporaba. Una fuga, como sus viajes a París, solo una ilusión que él se había permitido. Aún no se conocía, no sabía lo que buscaba, apenas sabía quién era, si un superficial o un estúpido ingenuo.

Marcel le pidió que se colocara en el lugar elegido para posar. Verdaderamente algo se había despertado en su interior que no era solo la atracción física que aquella mujer ejercía sobre él: como si de pronto pudiera observar las cosas con una visión nueva, más definida y cercana, un aprendizaje de ida sin retorno que quizás siempre había deseado emprender, pero solo ahora parecía comprender con la actitud involuntariamente iniciática de Olympia.

A últimas horas de la tarde abandonaron el taller de Marcel. Olympia propuso dar un paseo y mostrarle algunos de sus lugares favoritos en el corazón de París. Dejaron atrás Île Saint-Louis, cruzando el puente Marie, para llegar a la pequeña comuna de Saint-Paul.

Olympia le mostró el hotel de Sens, una construcción del siglo XV de estilo gótico.

—¡He aquí el más bello palacio de la época! Fue construido por el arzobispo Tristán de Salazar en 1475.

Lisandro recordó que el apellido Salazar se había extendido desde la Península Ibérica a Francia, Inglaterra y Flandes, recalando también en Canarias. Él mantenía una relación epistolar con una Salazar, Ofelia de Salazar y Monteverde, aristócrata y abadesa de un convento en La Palma, a causa de los pedidos, en ocasiones inauditos, de ediciones bibliográficas difíciles, pero que él se encargaba de buscar y suministrar.

Cuando ya caía la luz, entraron al patio del hotel de Sens, pequeño palacio de cuento, y se sentaron en un banco para contemplar las torres y ventanas. Nadie les molestó.

—Aquí vivió confinada durante años la reina Margot, Margarita de Valois, repudiada por su marido, Enrique IV de Navarra. De pequeña, mi padre me llevaba a los jardines de Luxemburgo, donde se encuentran las

estatuas de veinte reinas de Francia en los dos semicírculos de la rotonda central. Papá me contaba la historia de cada una de aquellas mujeres, casi siempre infelices. Mi preferida era la reina Margot, sobrenombrada que me la hacía ver fascinante y misteriosa, aunque para otros era pervera y sangrienta.

—Recuerdo haber leído la novela escrita por Alejandro Dumas hace muchos años, aunque apenas la recuerdo —le comentó Lisandro.

—Al parecer, Margot llevó una vida licenciosa, más apasionante y retorcida de lo que cuenta la historia oficial —continuó Olympia—. Era la séptima hija de Enrique II de Francia y de Catalina de Médici; por lo tanto, la olvidada. Dicen que tuvo aventuras con sus hermanos Enrique y Francisco. La casaron con el ambicioso rey de Navarra que ocuparía el trono de Francia. Pero Margot siempre vivió a su manera. Tuvo numerosos amantes, entre ellos el duque de Guisa, líder de los católicos, y se estremeció ante la fanática matanza de los hugonotes. La religión y el poder en la misma copa de veneno. En realidad, tuvo la poca fortuna de haber nacido princesa en unos tiempos de continuas intrigas y残酷dades. Margot deseaba una corte de arte, placeres y amor. La música, la pintura y la literatura centraban sus intereses. Superó a su tiempo, se equivocó con los hombres, pero gozó del amor físico hasta su muerte.

—¿Te identificas con ella? —le preguntó Lisandro, al ver la pasión con la que hablaba de la reina.

—Margarita de Valois es solo un personaje histórico; por tanto, más ficción que realidad, una figura sugestiva, libertina. Me la imagino deambulando eternamente entre el amor y la muerte. La leyenda popular dice que algunas noches se escuchan sus gemidos de placer en sus aposentos, que han visto pasear su sombra por los jardines y que se oye el sonido que produce el roce de la tela de sus vestidos cuando recorre el palacio. Pero también es posible que solo fuera una mujer simple y vulgar.

Todo parecía envuelto en el misterio que tanto les fascinaba. Lisandro acompañó a Olympia a su casa con la intención de no separarse, de-

jándose llevar por el encantamiento y la seducción que ella ejercía sobre él. Poco a poco había perdido el miedo. Se le ofrecía una fruta fresca que estaba dispuesto a morder, saborear y guardar en su memoria para el resto de sus días.

En la casa le sorprendió lo vacío de la estancia. En el salón solo había un piano de cola y un sillón. Olympia encendió las velas de los candelabros y lo condujo dulcemente, sin prejuicios, a su habitación.

La primera impresión que sintió Lisandro fue que aquel lugar era un espacio provisional, desprotegido, casi monacal si lo comparaba con su casa, recargada con mobiliario y antigüedades que tanto él como su mujer se habían encargado de colecionar.

—¿Te sorprende que no haya casi muebles? Vendí todos los que mi madre había comprado porque me agobiaban y con ellos me deshice de todos los enseres, cuadros y objetos que abarrotaban la casa. Había querido a mis padres, sentí su muerte, pero fue en realidad una gran liberación. Había crecido en un ambiente claustrofóbico, una jaula. Casi de repente, pasé de ser una niña protegida a vivir como una mujer en el precipicio. El paso del tiempo puede deteriorarte, pero también te puede de hacer despertar. La corriente del Sena se llevó mis sentimientos de culpa, mi infancia y parte de mi juventud. Me quedé sola, no podía vivir con fantasmas, así que me desprendí de ellos y de sus cosas. Algun día no muy lejano, terminaré por vender este inmueble, unido a mi pasado; lo dejaré sin amargura y me iré a vivir a algún pueblo marinero. Las grandes ciudades son insolentes, no pertenecen a nadie, casi no existen. Solo existen las personas que, como tú, suelen pasar fugaces a tu lado. Tú, que vives cerca del mar, en el sur, mitificas la gran ciudad, y nosotros, continentales, anhelamos la huida, el sol y el mar, como un sueño difícilmente realizable.

—Deseamos siempre lo que no poseemos —le dijo Lisandro—. Tu casa me parece un escenario teatral, casi vacío, disponible para una inusual puesta en escena.

Entonces Olympia se acercó y comenzó a desnudarlo, lentamente,

mientras lo besaba con dulzura. Él se sintió libre de sí mismo, seguro, como si no tuviera nada que ver con el otro, el torpe hombre llegado de lejos. Solo era un ser a la deriva en una marea en calma que lo mecía sin prisa, inocente, sin memoria, efímero.

—Quiero saber a qué hueles, saborear tu piel, conocer su textura, sentir el latido de tu sangre, conocerte sin que me interese tu historia más allá de este momento. Aquí solo eres un náufrago atrapado por el canto de una sirena del Sena —le susurró, divertida.

—Que soy un náufrago ya lo sabía, me lo dijiste cuando soñé contigo después de conocerte —le dijo Lisandro, abrazándola por la cintura y dejándose acariciar, desnudándola también, acunándola—. Terminaron amándose de una forma loca, como si nunca más en la vida fueran a hacerlo. Despues durmieron entrelazados, transmitiéndose el calor del cuerpo y una dulzura protectora que les permitía sentirse únicos en el universo.

A la mañana siguiente, Olympia se sentó al piano y comenzó a cantar *La Barcarola* de *Los cuentos de Hoffman*, de Offenbach:

*Noche hermosa, oh, noche de amor.
Nos sonríe la embriaguez.
Noche más dulce que el día,
¡oh, noche única de amor!*

Lisandro se levantó de la cama y la vio desnuda, hermosa, concentrada interpretando la melodía, con voz de seda, como una suave canción de cuna:

*El tiempo huye
¡y sin retorno se lleva nuestra ternura!
Lejos de este feliz momento,
el tiempo fluye sin retorno.
Céftros incendiados,*

*verted sobre nosotros vuestras caricias,
vientos incendiados,
verted sobre nosotros vuestros besos.*

Se miraron intentando parar el tiempo, felices, desnudos, sin disfraz, en un lugar también despojado de lo inútil, una madriguera que los protegía, donde lo único importante era aquel instante perfecto. La abrazó por la espalda, ella se dejó mecer.

—Ya sé cuál es tu aroma y tu sabor, el de las naranjas maduras al sol y el de los olivos —le dijo Olympia, volviendo a cantar:

*Noche más hermosa que el día.
¡Oh, preciosa noche de amor!*

—Soy el hombre más feliz de la tierra —le dijo él conmovido.

—No lo olvides nunca, conservemos para siempre estos momentos dentro de nosotros. Nada ni nadie podrá robarnos la felicidad vivida, un tesoro solo por nosotros descubierto —le respondió ella abrazándolo con ternura y fuerza.

Le séjour

Durante el resto de su estancia en París, Lisandro se mantuvo cerca de su amante, trasladándose prácticamente a vivir al piso de la Rue de L'Arbre Sec. Olvidó por completo sus compromisos con sus hermanos del Grand Orient de France, como si la irrupción de Olympia hubiera borrado de su cabeza cualquier otro interés. Aquellas reuniones le resultaban ahora largas y tediosas y, posiblemente, durante años no habían sido más que una excusa para llenar su vacío, para pensar que era un hombre libre, un avanzado. Comprendía que las ideas masónicas se le quedaban cortas, encuadradas en un mundo pequeño y puritano, un mundo de hombres, severo y dogmático, donde teorizaban con la idea de la libertad. No quería pensar que en poco tiempo tendría que emprender el camino de vuelta, un itinerario en trenes y barco que lo llevarían a su tierra lejana, imposible, una isla en ese momento inexistente para él.

El otoño se anunciaba con viento y lluvia; sin embargo, el ritmo de la ciudad, siempre animado, no tenía descanso. Lisandro llegó a pensar que el espíritu de París estaba apresado en los muros de aquella casa, impregnados de pasión. En sus salidas acudían a posar al taller de Marcel, que los observaba con ironía, no exenta de cierta envidia. Secretamente pensaba que la aventura se desvanecería en cuanto se separaran y su iluso amigo canario se llevaría consigo la peor parte. Volvería con su familia, al trabajo, a la rutina, a un mundo real, a lo concreto. Estaba convencido de que Lisandro vivía un bonito, aunque peligroso, encantamiento en su estancia parisina, pero no sería capaz de renunciar a su realidad isleña, su verdadera vida, por la pasión pasajera, por muy vehemente que

esta fuera, de una mujer que era una fina burbuja de champán, dorada, evanescente, que jamás ejercería de madre protectora o amante sumisa. Olympia nunca le pertenecería como otras mujeres, no debía confundirla con las desgraciadas heroínas del bel canto, Mimi o Violeta. Su amiga se aproximaba más al rol de una Carmen, bravía, pero menos visceral que el personaje de Bizet, aparentemente libre y racional como quien vive al borde de la muerte o en su compañía, pero no se asusta por ello.

Lisandro quiso mostrarles y obsequiarlos con los ejemplares de los últimos libros que había editado. Uno era una publicación muy cuidada, cuyo título era *Tenerife, vistas fotográficas*. Sobre la cubierta color cobre estaba dibujada la silueta de la isla, enmarcada en unos arabescos.

—La isla parece la silueta de un piano de cola —dijo Olympia, divertida.

En el interior se leía «fototipo Audovard y C^a Barcelonesa». La primera imagen era de la ciudad de Santa Cruz de Santiago y su puerto. Se adivinaba una pequeña población de casas blancas cercanas al mar. En el puerto se divisaban cuatro veleros y numerosas barcas. A Olympia le gustó sobremanera la bahía en forma de pequeña concha y los huertos escalonados en la montaña. Pero todo era pequeño, reducido. Una isla le provocaba una sensación de claustrofobia. Los pies de las fotos estaban escritos en español y en inglés. El Teide desde Las Cañadas, The Teide from The Cañadas. A Marcel, aquella imagen imponente del volcán, como una enorme carpa, le pareció escultóricamente majestuosa, mientras que a Olympia la montaña solitaria sobre una gran llanura negra le sobrecogió. Siguieron viendo fotos, como la de la plaza de la Constitución, rodeada de edificios nobles. En la parte superior de uno de ellos se podía leer «Gran Bazar Francés». Las fotos eran curiosas y sorprendentes. Los hombres aparecían siempre dignamente ataviados, con bombines y canotieres. Muchos edificios tenían, para su sorpresa, estructuras neoclásicas. La foto de la alameda de la Marina presentaba un pórtico de estilo toscano con tres arcos y unas figuras de vestales clásicas sobre columnas. Se veían también las barcazas varadas en la playa cercana.

—El ambiente y las costumbres parecen muy británicos. Tú mismo eres un claro ejemplo de *gentleman*. Como poco, es divertido pensar que, a tantos miles de kilómetros, en una isla atlántica, puedan venderte artículos de moda francesa y ataviarse al modo *british* —manifestó Olympia.

En otra fotografía se podía leer «Calle de San Francisco o de Los Balcones».

—Aquí se ve mi librería e imprenta —dijo Lisandro con orgullo.

En la imagen se contemplaba una calle estrecha donde destacaba una curiosa balcónada. En un portal se veía a cuatro hombres elegantemente vestidos, tocados con bombines.

—Quise que algunos de mis amigos posaran para el fotógrafo —les indicó, señalando a los peripuestos caballeros ante la puerta de la librería.

La última foto mostraba a otros cuatro hombres golpeando una pelota con sus raquetas. «Tennis Court», decía en inglés. Al fondo se veía un edificio de ventanas ojivales, quizás una iglesia, y varias palmeras que le daban un toque de exotismo.

—No me imaginaba tu isla así. Pensaba en un territorio norteafricano con gente vestida con indumentaria algo más ligera, pero veo que los edificios son una muestra severa de un lugar europeizado y los hombres se visten como auténticos dandis —le confesó Olympia.

—Yo había imaginado unos paisajes parecidos a los antillanos, menos agrestes, con una vegetación más tropical, edificaciones más primarias, que no tiene relación con lo que estoy viendo —añadió Marcel.

—Siempre tendemos a idealizar los lugares remotos y sureños, pero posiblemente yo soy un ejemplo de las costumbres y del tipo de vida de las islas, abiertas siempre a la influencia de todos los que por allí pasan, sobre todo de los ingleses, que forman una colonia numerosa de ricos empresarios, que han dejado su impronta en la manera de vestir y de actuar de la sociedad más acomodada. Yo siempre espero la llegada de los barcos con las novedades que circulan hacia América u Oceanía para proveerme de los últimos libros de editoriales españolas, americanas, inglesas y, ocasionalmente, francesas. Las damas esperan con impa-

ciencia los nuevos modelos de sombreros y vestidos. El comercio es allí muy activo, se exportan gran cantidad de productos agrícolas, semillas y otros, sobre todo a Gran Bretaña, como la cochinilla para teñir tejidos con el pigmento púrpura que se obtiene con su prensión, seda o bordados muy elaborados por las artesanas.

—Ahora sí que puedo imaginarte en esa vida tuya, paseando por esas calles y plazas apacibles, pero con una vida peculiar, en tu negocio rodeado de libros o caminando cerca del mar, aunque tiene poco que ver con lo que había fantaseado de un lugar tan remoto —le dijo Olympia ensimismada.

Lisandro pensó que, quizás, hubiera sido preferible no mostrar aquel libro a sus amigos. Era mejor la idealización del archipiélago como una fantasía inconcreta, no romper el encanto de lo que cada uno había elucubrado.

En ese momento, Olympia desplegó sus naipes sobre la mesa. Le gustaba hacer solitarios con unas cartas de imágenes artísticas de seres mitológicos que Lisandro desconocía.

—Siéntate —le dijo después de que él le diera un prolongado beso—. Es un buen momento para tentar al destino.

Comenzó a levantar los naipes que Lisandro había elegido. Sentado frente a ella, la observaba entre inquieto y divertido.

—Tu vida está marcada por la inquietud, por la búsqueda incesante. Tú no eres un hombre común, tienes algo de visionario, a ti te mueven los sentimientos. El amor es tu oxígeno. Sin embargo, hay pocas mujeres interesantes que se crucen en tu camino o no son las adecuadas, pero casi al final aparecerá la joven reina de corazones, fresca como la brisa, luminosa como una estrella generosa, que te colmará con su juventud, y con ella encontrarás lo que ansías, el verdadero amor y la felicidad.

Los dos se quedaron callados mirándose a los ojos, con aire de incertidumbre, como si aquello que había comenzado como un juego pudiera tener una absoluta trascendencia.

—No es lo que me hubiera gustado oír. De alguna manera te veo excluida en mi andadura —dijo él con voz lastimosa.

—No tienes por qué hacer caso a las cartas, nada prueba que digan la verdad. No estamos predestinados, tenemos la voluntad de cambio. Soy la primera que no cree en la magia. Esto es solo un juego exploratorio e intuitivo, no es el Oráculo de Delfos.

—¿Pero crees en el destino?

—Lo intuyo, pero eso no lo dicen los naipes, lo dice mi corazón, y lo dice mi cabeza, que, en ocasiones, es más sabia. No siempre se puede olvidar lo que uno es, es difícil quemar las naves, renunciar a lo estable, abrir las alas y volar o izar las velas para navegar sin rumbo. Ni yo misma puedo prometer nada, ni tan siquiera fidelidad. No hay verdades inmutables, toda refracción es engañosa.

Marcel, que había continuado con su trabajo, escuchaba toda la conversación y pensó que aquellos dos jugaban con fuego, pero no sabía quién terminaría más abrasado o mortalmente herido.

La historia de Claude y Solange

Olympia lo invitó a conocer a sus tías, a las que admiraba profundamente.

—Vas a conocer a dos mujeres con historia, valientes y auténticamente bellas —le aseguró.

Debían tomar un tren en la Gare de Saint-Lazare que los llevaría hasta el cercano pueblecito de Courbevoie, al lado del Sena, muy cerca del parque de la Île de la Jatte, que Lisandro conocía por un lienzo de Seurat lleno de color, donde se reflejaba un ocioso día de domingo estival.

El pueblito le pareció un lugar encantador, nada ostentoso, con sus casitas de tejado de pizarra, precedidas de jardines recoletos y bien cuidados. Las dos hermanas vivían en una calle tranquila, cercana a la estación, que tenía el sugerente nombre de Rue de la Paix. Allí, recibieron a los visitantes con entusiasmo. La impresión que obtuvo Lisandro de las señoritas fue la de dos seres afables e imperturbables, de quienes nadie podría sospechar un pasado inquietante o aventurero que, sin embargo, tenían, tal como luego pudo comprobar. En el coqueto salón observó un magnífico grabado con barcos engalanados en cuyo pie decía «Inauguración del Canal de Suez». También había una pequeña copia del retrato que Winterhalter hizo a Eugenia de Montijo.

El almuerzo ya estaba listo. Claude comentó que había preparado, como homenaje al invitado, una sopa fría de tomate, típico plato español que se puso de moda en Francia gracias a la emperatriz. Lisandro calló, pero nada sabía de ese plato que nunca había probado. Luego comieron una ensalada con berros, trufas al *champagne* y rape. Decidieron tomar

el postre, tarta Tatin, galletas de Saboya y café, en el jardín interior de la casa, magníficamente cuidado.

—Indudablemente nuestro jardín no es el Parque Floral de Vincennes, pero tenemos tiempo y nos entretenemos cuidando rosas, dalias, camelias, peonías, azaleas, según la estación del año. Aún no se ha dejado sentir el otoño, ni las heladas del invierno, así que aprovechamos este tiempo delicioso, los colores y el aroma floral. La vida ha hecho que se haya agudizado el sentido del olfato, ante mis dificultades en la visión —dijo Solange.

Lisandro comprobó la influencia japonesa del vergel, tan íntimo, con parterres octogonales, una fuente y un tejadillo cubierto de madreselva. Recordó el jardín de su casa en la isla, que nunca perdía sus flores ni el verdor de las plantas gracias al suave clima subtropical.

Olympia invitó a sus tíos a que le contaran su historia. Comenzó Claude.

—Al terminar mis estudios en el convento de las monjas de Saint Germain, con apenas diecisiete años, gracias a los contactos de mi padre, monárquico y bonapartista, entré al servicio imperial como dama de la corte. A nada mejor podía aspirar una señorita bien educada y de buena familia que a ser camarera de la reina. La emperatriz Eugenia buscaba a alguien de su entorno que la mantuviera informada de las historias e intrigas que se cocían a su alrededor. Entre el personal más cercano pensó que yo, una chiquilla insignificante, una de sus asistentes personales, que pasaba desapercibida, era la indicada para servirle de espía sin llamar la atención. Quería saber detalles de lo que hacía el emperador; sobre todo, con quién compartía su vida amorosa. También deseaba información sobre un hijo no reconocido y, en general, todo lo que podía ser considerado una amenaza. Así que, siendo solo una joven ingenua, bien instruida, que comenzaba a dar los primeros pasos en la vida adulta, me vi involucrada en unas situaciones inauditas, como en una novela de Dumas. Nadie debía saber cuál era mi principal cometido. La emperatriz se sentía traicionada y burlada por la mayor parte de la

corte. Sufría el desdén de su marido, que en aquel momento vivía una aventura con Virginia Oldoini, condesa de Castiglioni, una aristócrata piamontesa refugiada en Francia. Llegó a ser considerada la mujer más hermosa y poderosa de París. En realidad, luego se descubrió que era una agente secreta italiana al servicio de Víctor Manuel II de Saboya, rey de Cerdeña, que buscó y consiguió el apoyo de las tropas de Napoleón III para conseguir la unificación italiana. Puedo decir que algo teníamos en común, aunque yo solo fuera una espía menor de asuntos palaciegos. Debo aclarar que nuestra emperatriz no era menos bella e inteligente que la Oldoini; poseía unos ojos de color azul zafiro indescriptibles, pero su marido, el emperador, era voluble y caprichoso, un coleccionista insaciable. Además, *Madame*, la emperatriz, como buena andaluza, era tremadamente supersticiosa y creía en la videncia. Al parecer, siendo muy joven, una gitana de Granada, en el Albaicín, lugar al que le gustaba escapar para escuchar música y bailar, le leyó la mano y le vaticinó que viviría cien años y que sería reina, pero desgraciadamente la felicidad no la rozaría más que un instante. Siempre arrastró un aura de insatisfacción; cuando parecía haber conseguido lo deseado, se le iba de las manos. Controlar los pasos del emperador era muy difícil. Cuando ella estaba en Fontainebleau, él se marchaba a Versalles. Si ella acudía al palacio de Saint-Cloud, él partía presuroso al castillo de Pierrefonds. Agotada y triste, la emperatriz pasaba largas temporadas en Biarritz, lejos de la corte, donde cerca del mar encontraba la calma, acompañada por su hermana Paca, a la sazón duquesa de Alba. Así que yo, que apenas me había movido en mi vida, me vi presa de una continua agitación, viajando, trasladándome en secreto de un lugar a otro, completamente sola y clandestina. Nadie debía sospechar que una jovencita era la confidente de su majestad en París, a la que transmitía toda la información que conseguía, acudiendo sigilosa a un acogedor quiosco en Le Bois de Boulogne, especialmente realizado para que la emperatriz contemplara las evoluciones ecuestres de su hijo, el príncipe heredero, mientras tomaba el té.

»Napoléon III se sentía hastiado por los celos de su mujer, así que, cuando no pudo soportarla más, la envió lejos, a inaugurar el canal de Suez, obra que ella quiso ensalzar en una ópera que encargó al gran Giuseppe Verdi. *Aida* se estrenaría posteriormente, estando ella en el exilio. Durante el viaje de la emperatriz permanecí en Francia, observando y controlando los deslices amorosos de su marido, al tiempo que en París se fabulaba con una aventura entre Eugenia de Montijo y el ingeniero Ferdinand de Lesseps, que dirigió las obras.

»Con los años, el emperador se aficionó a las criollas antillanas, mujeres dulces y amorosas, dispuestas a arrullar al hombre, no al poderoso. Siendo tan joven constaté lo que significa la servidumbre del sexo, la ambición y la corrupción de los cortesanos, un líquido amargo y desagradable que no tenía nada que ver con los cuentos populares idealizados de mi infancia.

»Mis pesquisas e informaciones me sirvieron para que la emperatriz me facilitara el regalo de un breve matrimonio con el orfebre Jacques Balthard, oficial de la casa Boucheron que había diseñado más de una de las fabulosas tiaras con las que se exhibía la emperatriz. Nuestra diferencia de edad era notable, mi marido tenía casi cuarenta años y yo apenas veinte. Jacques solo había vivido para ensartar diamantes y piedras preciosas y fundir oro. Aunque me avergüençé decirlo, fui una ofrenda inesperada. La señora me regaló una joya personal, un broche con forma de girasol, de oro y pequeños diamantes, realizado por mi marido. En 1870 se produjo el desastre de la guerra contra Prusia y el declive del imperio. Napoleón III fue derrotado y hecho prisionero en Sedán. La gente en la calle gritaba “¡viva la República!, ¡muera la española!”. Eso hizo que mi marido me enviara sigilosamente a Suiza. En París se proclamó la III República y poco después, la Comuna. Él temía por mi vida, simplemente por mis servicios y proximidad a la casa imperial. Aunque la emperatriz había conseguido huir a Gran Bretaña, Jacques pensó que la guillotina volvería a cortar muchas cabezas o que yo sería interrogada hasta acabar destrozada en una mazmorra. Rápidamente, gracias a una

buenas sumas de dinero, me facilitó un salvoconducto y me entregó una pequeña bolsa de terciopelo que debía esconder y coser entre mis ropas y solo abrir y utilizar en caso de peligro extremo. Ni yo misma estaba autorizada para saber su contenido. Él prometió reunirse conmigo lo antes posible, quizás en unos días. Pasé muy poco tiempo con él, que siempre se mostró como un hombre cariñoso, más que como un ardiente marido. Poco después de mi partida recibí la noticia de que Jacques había sido asesinado en plena Place Vendôme, por unos ladrones que pensaban que llevaba consigo una fortuna en joyas, cuando no portaba nada. Todo lo que tenía de valor ya estaba conmigo. Aunque parezca mentira, casi no recuerdo su cara, pero luego comprendí que salvando mi vida me demostraba, a su manera delicada, todo lo que me había querido y lo que se había arriesgado por mí.

»Viví luego, durante años, en la Toscana, trabajando como institutriz en la casa de la familia Aldobrandini. En muchos momentos la subsistencia no me resultó fácil. Era una mujer viuda y extranjera. Al final, terminé en la soleada Calabria, añorando a mi familia y una vida que no había tenido la fortuna de disfrutar en plenitud.

»Años después, agotada por la rutina y el esfuerzo, decidí abrir la bolsa de terciopelo que había prometido solo rasgar en caso extremo, cuando fuera imprescindible. Intuí que ese era el momento. Al abrirla, encontré una cantidad considerable de diamantes y piedras preciosas, además de monedas de oro y otros objetos de valor. Era la herencia entregada por mi marido, que, bien empleada, era mi salvavidas, la red que podría librarme del derrumbe.

»Ya era hora de regresar a Francia, aunque mi juventud nadie me la devolvería. Me encontré con un país diferente, una república donde apenas tenía amistades. Localicé a mi hermano Alfred, el padre de Olympia, al que había dejado de ver cuando aún era un niño. El reencuentro no fue lo que esperaba. Me recibió con afecto, pero Aurore, su mujer, me mostró su recelo. ¿De dónde salía después de tantos años?; ¿qué pretendía?; ¿era una desertora arrepentida con problemas policiales? Esa fue

la primera ocasión en la que vi el retrato de mi sobrina adolescente, a la que, desgraciadamente, en ese momento no pude conocer.

»Visité la casa Boucheron. Allí mostré el tesoro, elaborado en el taller, que durante años me había acompañado, oculto entre mis ropas. La tasación y venta de las joyas me proporcionó el dinero suficiente para vivir holgadamente y finalmente poder reunirme con mi hermana.

»Vendí también el girasol de diamantes, regalo de la emperatriz, para comprar esta casa. Tiempo más tarde, intenté recuperarlo, pero ya había sido vendido. Intenté saber a quién pertenecía en ese momento, pero en Boucheron me dijeron que no era posible darme más datos, solo que el comprador había sido un caballero español.

—Mi historia es menos palaciega —comenzó Solange—. A los dieciocho años me casé, engañosamente enamorada, con un apuesto militar, Thomas Dorléac, cuya verdadera personalidad conocí pocas horas después de nuestra boda. El hombre que me había ilusionado se mostró violento y perverso. Desgraciadamente, no recibí ayuda de mi padre ni consuelo de la Iglesia. La mujer era considerada casi como un objeto vendido en la feria. Había prometido obediencia a un marido tiránico. En una ocasión sufrí una paliza tan tremenda que me hizo perder el hijo que esperaba. Desde ese momento solo pensé en huir, sin dejar huellas. Aprovechando unas maniobras militares que le hicieron ausentarse de París, escapé tomando un barco en Le Havre que me trasladó a Canadá, donde, sin quererlo, experimenté toda una sucesión de difíciles aventuras que casi dejarían cortas las de Cunegunda, la infeliz mujer del Cándido de Voltaire. Durante años viví incomunicada, presa de la ansiedad, cambiando cada poco tiempo de lugar de residencia, como una criminal, una impostora. Ni siquiera escribía a mi familia. Temía que Thomas me encontrara y me obligara a volver con él o me asesinara. Podrá imaginar el régimen de terror que viví en mi breve matrimonio y por qué en los primeros años no eché raíces en ninguna parte e, incluso, pensara en cambiar de país y seguir huyendo. Mi propio miedo me hacía daño; me sentía apartada, sin raíces, sin dinero ni amigos. Trabajaba y sobrevivía,

aceptando todo tipo de tareas que prefiero omitir, hasta que después de mucho vagar recalé en Montreal, donde comencé a trabajar en una taberna. Y allí, con el tiempo, conseguí montar mi pequeño restaurante francés, que me dio un poco de estabilidad, aunque no me permitiera vivir desahogadamente.

»Habían pasado casi treinta años. En ese momento estaba enferma, con graves problemas de visión, cuando, por sorpresa, leí un anuncio insertado en *Le Matin*. Se buscan noticias de Madame Dorléac, Solange, de soltera Bassan, nacida en Meudon en 1841, ciudadana francesa que desapareció en 1862. Quien pueda ofrecer alguna noticia recibirá una gratificación. Escribir al apartado 2447 de París.

»Me quedé petrificada, pero pensé que no era posible que el hombre con el que me había casado continuara buscándome. Ni mi cabeza ni mi espíritu podían seguir huyendo. Añoraba a mis hermanos y, a pesar de mis temores, siempre viví con la nostalgia del regreso a Francia. Me di por vencida y decidí contestar al anuncio, que, según supe después, había puesto mi hermana Claude. Lo había insertado en los principales periódicos canadienses. Estaba convencida de que, si aún vivía, estaría allí porque recordaba que, en nuestros juegos infantiles, Canadá representaba para nosotras el país de los sueños, el Nuevo Mundo. Mi nombre no figuraba registrado en ningún consulado francés, ya que había cambiado de identidad legal. Me hice llamar Martine Lux, el nombre de mi compañera inseparable en el colegio, a quien no he vuelto a ver desde los catorce años.

»Todo fue rápido: vendí lo poco que poseía, tomé un barco para Francia y llegué a Le Havre, el mismo puerto del que había partido treinta años antes. Me reencontré con Claude, sus mismos ojos de niña curiosa, pero muy cambiada por el tiempo. Fue entonces cuando me enteré de que el teniente Dorléac había fallecido en el campo de batalla durante la guerra franco-prusiana, poco después de mi huida, por lo que llevaba años, media vida, esquivando a un muerto, a un fantasma. Incluso, como viuda de militar, me correspondía una pensión vitalicia, que ha facilitado mi existencia —rio Solange.

—Quizás, aunque parezca demasiado tarde para nosotras, debemos pensar que veremos un mundo lleno de cambios, de avances, de esperanza, definitivamente más justo y feliz. Hay que desterrar la melancolía. No hay que añorar el tiempo pasado ni vivir de recuerdos. Vale la pena existir, poseer el sentimiento de que vives, de que cada instante es un privilegio, hasta el dolor, aunque no tengamos claro su sentido. Al final, hemos tenido la suerte de ser independientes, autónomas, gracias a un poco de dinero, libres, desapercibidas y felices juntas —dijo Claude.

—Vivir es un arte, aunque para la mayor parte de los mortales sea un desastre. Mañana, qué más da, quién sabe, el vacío, el silencio, la calma —concluyó Solange.

Antes del atardecer tomaron el tren de regreso a París, con el eco de las voces claroscuras de las fascinantes hermanas Bassan en sus cabezas, junto al aire fresco y el color malva tiñendo el cielo, previo al crepúsculo.

Sorpresa nocturnas

En pocos días acabaría la estancia de Lisandro en París. Olympia le había prometido enseñarle un teatro por dentro. Desde que se habían conocido, ella no había vuelto a cantar. Formaba parte del segundo elenco, pero debía estar preparada para una sustitución en caso de una indisposición de la cantante principal, que interpretaba el rol de Sexto. Sin embargo, Olympia descuidaba los ensayos y la atención a su voz, embebida en la aventura pasional con Lisandro.

—Esta noche vas por fin a descubrir algunas cosas que te intrigan. Pasa a buscarme sobre las nueve, de rigurosa etiqueta. Te llevaré al Teatro de la Ópera, el Palais Garnier, para que cumplas tu sueño de ser, durante un buen rato, el fantasma de la ópera —le dijo Olympia a Lisandro, que posaba silencioso e inmóvil ante Marcel.

A las veintiuna horas se presentó ceremoniosamente vestido con el impecable frac que Marcel le había prestado, dispuesto a dejarse llevar por su amada cicerone. El encuentro fue en sí mismo una enorme sorpresa. Al abrir la puerta, Olympia apareció vestida también con un frac, con el pelo rojo engominado, recogido graciosamente en la nuca.

—Pasa, no te quedes petrificado. Ya te dije que te esperaba una velada especial —le susurró acercándose con coquetería, pero sin tocarlo.

Lisandro, después del primer momento de desconcierto, la encontró extrañamente atractiva.

—¡Una mujer vestida de hombre que parece aún más mujer! —exclamó.

—Pocas se atreven, pero no creas que soy la única. Nos falta solo un

detalle —dijo al tiempo que tomaba dos jazmines blancos de un florero y los colocaba en los ojales de las solapas.

—Casi parecemos gemelos —dijo Lisandro, divertido.

—¡*Voilà, on y va!*

Lisandro se acercó y, antes de salir, se fundieron en un abrazo y en un beso profundo.

Tomaron un coche que los llevó directamente a la puerta de artistas de la Ópera Garnier, por la que entraron sin problemas. Todo el personal parecía conocer a Olympia.

—Está todo previsto, vas a ver cómo finaliza la función y luego, cuando todos se hayan marchado, durante un rato seremos los dueños del teatro.

Cuando entraron aún quedaba tiempo para que finalizara la función, se estaba preparando el último acto. Unos operarios desmontaban un decorado que representaba un templo clásico de enormes columnas, mientras otros comenzaban a colocar otro que representaba el puerto de Alejandría. Entre bastidores había un numeroso grupo de personas que permanecían atentas a lo que ocurría en el escenario o trabajaban en cuestiones técnicas. Lo inexplicable era que no se produjera un caos. Cada cual parecía saber su cometido. Por un lado, esperaba el coro de egipcios con trompetas que debía incorporarse a escena; por otro, tramoyistas, ayudantes, sastres y el director de escena, el terrible y orondo Otto Ambruster, y sus asistentes.

Al comenzar el último acto, el coro comenzó a cantar:

*Ritorni o mai nei nostri cuori
la bella gioia ed il piacere,
sgombrato è il seu d'ogni dolor
ciascum ritorni ora a goder.*

Finalizaba el acto con el dúo de César y Cleopatra, que se confiesan un amor eterno:

*Un bel contento il seu già si prepara
se tu serai constante ognor per me;
così sorti dal cor la doglia amara,
e sol vi resta amor, Constanza e fe.*

Olympia permanecía en silencio, tomando la mano a Lisandro en un lugar discreto, casi invisibles para todo aquel gentío que también permanecía oculto a los ojos de los espectadores, realizando su trabajo, atentos a cada detalle.

El telón cayó e inmediatamente comenzaron los aplausos. Camille Talvat, en su papel de Cleopatra, reina de Egipto, saludaba con afectación, aparentemente commovida por los aplausos del público. Ella era la gran diva de la noche. Todo el elenco hacía reverencias y se movía ante las aclamaciones de un público generoso. El director de orquesta hizo que los músicos se levantaran. Finalmente, el director de escena, Ambuster, salió a recibir su recompensa: saludó, se dirigió a Camille y le besó la mano como un súbdito ante su reina. Olympia y Lisandro se miraron y sonrieron con complicidad.

El telón volvió a caer, pero el público continuaba aplaudiendo fervorosamente. Camille, la contralto Odile Bernard y el tenor André Simon se vieron obligados a agradecerlo, tomados de las manos, con gestos de satisfacción. Inmediatamente llegaron los ramos de flores para las divas, el cariñoso regalo de los admiradores. Finalmente, pudieron abandonar el escenario, cada uno hacia un extremo, sin intercambiar ni una palabra, aparentemente felices, pero agotados por el esfuerzo. Sus camerinos serían el refugio, como el rincón para los boxeadores, donde podrían saborear el éxito, en este caso, o el fracaso en otras ocasiones.

Camille pasó junto a ellos como una sonámbula, sin verlos, acom-

pañada por su asistenta, una mujer mayor que se ocupaba del vestuario, le preparaba bebidas calientes y actuaba de cancerbera cuando era necesario.

Después de la función el ambiente se volvía relajado y amistoso. Se formaban pequeños grupos que hablaban de cualquier cosa menos del espectáculo. Los electricistas y los tramoyistas coqueteaban descaradamente con las chicas o chicos del coro o quedaban para cenar o tomar una copa a la salida. Todo aquel grupo humano se apresuraba para marcharse sin demora. Los tramoyistas y los miembros del coro se retiraban formando un pasillo improvisado por donde pasaban las divas y algunos de los cantantes principales del reparto, mostrando respeto reverencial hacia aquellos elegidos del arte que se habían dejado la voz y la piel sobre el escenario.

—En estos momentos es inútil visitar el camerino de Camille. Estará extenuada, vacía después de darlo todo en escena y, por supuesto, insatisfecha. Te preguntaría mil veces qué te ha parecido su actuación, si ha cantado bien. Después de repetirle un montón de veces que ha cantado maravillosamente, ella te dirá que no ha tenido su mejor noche, se quejará de los compañeros, de la dirección orquestal y, claro está, del director de escena. Siempre igual, enferma de insatisfacción, aunque el público la vitoree y los críticos sean más que benévolos.

En la zona posterior del escenario se encontraban los camerinos de los artistas, los más exclusivos e individuales, y, un poco más alejados, los de grupo, todos con espejos y luces, restos de maquillaje, pelucas y vestidos revueltos. Aquello era como una gran colmena, con una jerarquía estricta.

Olympia lo condujo por una zigzagueante escalera a la zona alta del teatro. Subía rápida y con seguridad.

—¿Ves lo fácil que me muevo con pantalones? Las mujeres estamos condenadas a aparecer, a estar siempre atractivas, a ser un simple decorado, pero yo en pocas ocasiones entro en ese juego —le dijo mientras pasaba a mostrarle la maquinaria que sostenía innumerables telas,

cuerdas y cadenas que soportaban los fondos de los decorados que se utilizaban en montajes clásicos de ópera o *ballet*.

Desde arriba todo parecía más irreal. Luego le enseñó una sala donde las encargadas del vestuario ordenaban las prendas que se habían utilizado en enormes armarios clasificados con fichas y datos exhaustivos.

—Con todos estos trajes se podría vestir a más de la mitad de los ciudadanos de París —dijo con exageración Olympia.

Las salas de ensayo para canto y danza se encontraban en la parte posterior del teatro, un auténtico laberinto. Eran enormes naves con espejos que permanecían silenciosas y apagadas sin el movimiento diurno.

Cuando regresaron a la parte más próxima al escenario, casi todo el personal había desaparecido y las luces se iban apagando. Olympia le rogó a uno de los técnicos, con complicidad irresistible, que elevara el telón y encendiera unos minutos las luces de la sala para que su amigo contemplara desde el escenario la sensación que un artista tenía del espacio.

Lisandro observaba todo con un silencio casi religioso. Aquel enorme teatro era el templo de la ópera, poseía los avances más vanguardistas en la escenografía y su acústica era casi perfecta. Le parecía un sueño poder estar pisando aquellas tablas que había contemplado tantas veces como un simple espectador. Un teatro era, a fin de cuentas, como una enorme fábrica donde cada trabajador realizaba su cometido. Solo los actores, cantantes o bailarines exteriorizaban el esfuerzo de los que se ocultaban para que su trabajo fuera brillante.

—No hay que mitificar la vida del teatro, está plagada de envidias, intrigas y traiciones. También están los enormes sacrificios, el largo aprendizaje, la disciplina férrea, la vulnerabilidad, la inseguridad, la escalada y el descenso, el declive y el olvido, la soledad y la pobreza. Solo lo compensa el amor al trabajo, la felicidad efímera que te proporciona, la capacidad de entrega y la generosidad, que a veces enmascara un enorme narcicismo. Pero el arte, cuando aparece en su estado más puro, es de una riqueza inmaterial, luminosa e impagable —le dijo Olympia con convicción.

A Lisandro todo lo que le decía le parecía profundamente meditado, pero salido del corazón, una visión más compleja de la vida del artista, más dura de lo que él ingenuamente había imaginado, aunque en realidad le estaba hablando, pura y simplemente, de la vida.

—Los mecenas o patrocinadores de una función teatral arriesgan su dinero para obtener más dinero. Todo es muy complicado, ya que muchas veces el arte se convierte en un asunto secundario. Pero tampoco es fácil para los cómicos ambulantes, recorriendo caminos, actuando en cualquier esquina, huyendo de los gendarmes, quedándose a veces sin comer o durmiendo al ras. A los comediantes en la antigüedad se les enterraba fuera de los cementerios por su vida disoluta y marginal. Como en la vida, todo es artificio, un decorado que se monta y desmonta y del que nada queda. Además, es divertido pensar que este edificio se construyó sobre un lago subterráneo, lo que le añade aún más fantasía.

Las luces comenzaron a apagarse. Olympia se acercó a dar las gracias a su amigo, el jefe de tramoyistas, con quien había pactado aquella incursión. Salieron a la calle por la misma puerta de artistas por la que habían entrado.

L'Arcadie

Un viento frío los recibió bruscamente. El incipiente otoño se intensificaba y Lisandro no tardaría en marcharse. Por la calle caminaron abrazados. Era un placer ir pisando aquella alfombra de hojarasca roja, una diversión casi infantil.

—Muy cerca de aquí, en la Rue Sainte-Anne, hay un lugar que me gustaría que conocieras. Se llama L'Arcadie, un antro nocturno muy propio para la transgresión y el disfraz, otra forma de teatro donde nada es lo que parece, o tal vez sí —dijo Olympia de forma enigmática—. L'Arcadie es una especie de club privado, reservado para una clientela especial, ángeles o demonios, un paraíso reencontrado donde, por cierto, se puede cenar, beber, bailar o encontrar una joya rara o perdida.

Estando frente a la puerta, nadie podría imaginar que un lugar aparentemente tan discreto podía ocultar un mundo que, según había contado Olympia, se apartaba de lo real para ofrecer una fascinación inhabitual.

La entrada fue franqueada con facilidad. Seguramente Olympia frecuentaba el lugar, lo que ya no sorprendió a Lisandro. Respondiendo a su nombre, las paredes estaban decoradas con frescos de escenas pastoriles de un edén en la antigua Grecia, ninfas y faunos desnudos adorando a Pan, muy al estilo de las pinturas de Alma-Tadema, pero más atrevidas, incluso pornográficas. Bajaron hasta una cava alumbrada por pequeñas lámparas. La música de baile era interpretada por una pequeña orquesta. Los sentaron en un lateral, una especie de palco que les permitía una visión completa de la sala. Lisandro observó que las mujeres, unas ata-

viadas con lujosos vestidos de fiesta o con transparencias, y otras de elegante etiqueta masculina, disfrutaban de una aparente libertad, se besaban, bebían y fumaban en aquel reducto decadente y sofisticado. Había también algunos hombres, pocos, pero parecían encontrarse cómodos en aquel ambiente. En la zona de baile algunas mujeres danzaban juntas, lo mismo que algunos hombres que se estrechaban amorosamente.

Que las mujeres bailaran juntas no le sorprendía. También en la isla, en las fiestas populares, algunas lo hacían ante la falta de parejas masculinas o, simplemente, por complicidad, sin ninguna connotación sexual. Lisandro se sentía desconcertado. Nuevamente, se le ofrecía una visión que se apartaba de lo que él creía que era lo correcto. Nadie le había hablado nunca de un submundo, una catacumba festiva que transgrediera las normas con absoluto descaro. Evidentemente, no estaba preparado para contemplar tranquilamente aquella ceremonia impudica, algo solo tolerable en la más absoluta intimidad. Mujeres que fumaban disfrazadas de hombres, hombres maquillados como en un carnaval, ambigüedad y confusión, gente atractiva y grotesca, medio desnuda, aunque, por el momento, aquello no llegaba ni por asomo a una gran bacanal ni a una orgía desatada.

—Debes saber lo que, de pronto, he descubierto. Lo que me atrae de ti es tu parte femenina, tu esencia delicada, la suavidad en tu piel, esa mirada un poco ausente que es difícil encontrar en la mayoría de los hombres —le musitó Olympia al oído.

—Dices cosas extrañas que no entiendo o me desconciertan, como un cristal que, al rozarlo, te hiere. ¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros? —preguntó Lisandro, aturrido por la confusión.

—No te das cuenta de que esto también es teatro, una parte subterránea de la vida que se pueden permitir unos privilegiados que, durante el día, guardan las normas cínicamente y llevan una vida supuestamente normal. Te sorprenderá saber que aquella es una marquesa y la otra, la mujer de un rico empresario que le gusta ser una *belle de nuit*, o que aquél es un banquero que siente debilidad por jóvenes *gigolós*. Que al-

gunos hombres se vistan de mujer es intrascendente, como yo hoy me he vestido de hombre. Aquí también es posible cambiar de identidad: Marie se hace llamar La fête commence y Ferdinand es Causa perdida. Toman opio, beben alcohol, se divierten de forma libertina, interpretan lo que desean y, debido a su posición, se protegen unos a otros.

—A veces no consigo entender tus intenciones. No sé si estás de acuerdo con esta carnabalada, si pretendes provocarme o escandalizarme, darme una lección de amoralidad o descubrirme algo por el placer de desconcertarme —le respondió Lisandro.

—Quizás pretendo hacerte ver la cara oculta de la luna. ¿Quiénes creemos que somos? ¿Solo hombres o mujeres? ¿Honestos o perversos? Si te he traído aquí esta noche es para que comprendas que nada es tan simple como aparenta cuando se sube el telón. Todo es diferente tras el escenario, todo tiene múltiples lecturas, candor, lujuria o cinismo, como esta cava, que es un laberinto imprevisible, que roza el infierno o el paraíso, quizás más complicado que el escondrijo del fantasma de la ópera, porque aquí en París, también tú eres otro, juegas sin darte cuenta, te reinventas, te ocultas, no estás exculpado. No existe la inocencia, podemos ser terribles, aunque presumamos de ser íntegros —finalizó Olympia.

Touché, pensó Lisandro inseguro, molesto. Ella también le brindaba un perfil más complejo, no solo el de la amante complaciente o la imagen plana y estudiada de una carta postal. Olympia era, simplemente, la mujer que él jamás hubiera imaginado, capaz de la ironía, inteligente, implacable pero también compasiva. Por tanto, más allá de cualquier moral al uso, hábil con su florete, lo había desarmado utilizando su verdad.

Apuraron las copas y se alejaron de la falsa Arcadia, autoexcluidos de un artificial paraíso terrestre, un poco tristes, perdida ya la euforia de los primeros momentos de la noche, como quien de repente se despierta de un sueño tibio para adentrarse extraviado en el frío penetrante de la madrugada.

Para él fue un alivio que Olympia no le preguntara nunca por Valeria. Habían llegado al acuerdo tácito de no hablar sobre su vida en la isla;

sin embargo, Olympia sabía por Marcel que su amante pasajero estaba casado y que era padre de dos hijos adolescentes. ¿Qué le podría contar de su mujer? ¿Qué era una provinciana discreta, una perfecta madre y esposa, pero a la que no amaba? Desde la lejanía, no sentía nada, todo era difuso, como si la realidad isleña ya no existiera. Sus emociones, tan nítidas en otros momentos, se encontraban dispersas, sin raíces, fútiles. Solo existía el presente, un vuelo libre que quería imaginar intemporal. Pero él mismo caía en su propia trampa. Sabía que en aquel momento vivía un juego, una ilusión, que se acabaría, se esfumaría al abandonar París y regresar a su minúscula tierra, a lo concreto, a sus costumbres, a los libros, a lo rutinario. ¿Qué era lo que le impedía romper con su pasado y darse la oportunidad de ser otro? Simplemente no tenía valor, no era más que un cobarde charlatán, un iluso encerrado en su fantasía, un conformista. Pensó que si Olympia descubriera esa parte oscura y débil de su personalidad filibustería lo detestaría al instante. ¿Pero si Olympia le pidiera prolongar la aventura, retenerlo a su lado, beber juntos hasta la última gota de licor, apasionadamente y sin futuro?

¿Era un crimen abandonar su otra vida, a su familia, dejar a un lado su identidad para iniciar otra existencia incierta? Se sentía culpable. ¿Sería capaz de sacrificar su pasado aburrido como se hace con un animal inútil y desahuciado?

Le atormentaba su otro yo, aferrado a unos hábitos de los que difícilmente podría desencadenarse. Jamás se le había pasado por la cabeza cometer una locura, una insensatez, empezar una nueva existencia, comenzar de cero, abandonar sus responsabilidades. París no representaba más que una aventura, él era un iluso y Olympia, criatura fascinante, un amor imposible que se esfumaría como el humo. Ella había abierto la caja de Pandora y él debía intentar cerrarla. Pero ya era demasiado tarde para la prudencia...

Ahora siento que aquí soy quien en realidad podría ser, ¿pero de qué lado del espejo estoy?, ¿de qué laberinto debo salir? Lo cierto es que enamorarme de esta manera me ha hecho perder la cabeza, abandonar lo

que yo creía que eran mis intereses sociales, mis rutinas, mirar unos minutos hacia otro lado, olvidar, engañarme para embriagarme y centrarme solo en una aventura amorosa, entregarme a lo puramente emocional. Voluntariamente me he dejado atrapar en un juego erótico, un licor agrí dulce embriagador que desconocía; me he dejado llevar por el delirio del que tiene una sed inmensa, pero no sabe de qué forma saciarla. ¿Seré capaz de abandonar mi coraza, de desbocarme, de ser peligrosamente consecuente con lo que ahora siento? ¿Conseguiré ponerme nuevamente una venda sobre los ojos y decir aquí no ha pasado nada, solo ha sido un pasatiempo? Actúo como un ser errático, confundido, pero protegido por mi propia cobardía, que, paradójicamente, me enmascara.

Pájaros hambrientos

Aquel día, mientras se dirigían al taller de Marcel, a primeras horas de la tarde, contemplaron cómo unos pájaros negros descendían de las torres de la iglesia de Saint-Eustache para comer los restos de frutas que quedaban abandonados en la calle, junto a los puestos vacíos del mercado de Les Halles.

—¡Qué animales tan grotescos! —exclamó Lisandro.

—Son urracas hambrientas, pero no sé qué es lo que te desagrada, si el color negro del plumaje o el que actúen como aves carroñeras.

—Me resultan feas y desagradables. Hay algo terrible en ellas, una ansiedad voraz, perversa y demoniaca.

—Me sorprendes. Creía que los masones teníais claro que la creación es un fenómeno biológico, que todo procede de otro de su mismo género, que la existencia es un círculo infinito.

—Ahora soy yo el que no te entiende a ti. Simplemente, solo he dicho que esos pájaros me parecen horribles, feos y me producen asco.

—No son menos terribles que los gorriones o las palomas. Las aves salvajes no trabajan, no son productivas, solo buscan el alimento que las ayude a sobrevivir. Su vida depende de sobrevolar el espacio y buscar alimento. Se trata solo de sobrevivir —dijo Olympia con lástima.

—Quizás mezclo la estética con las emociones, confundo las cosas con criterios equivocados, carezco de tu intuición —dijo Lisandro enojado.

—En ocasiones, también las personas buscamos con desesperación algo que nos alimente, no solo el estómago sino algo más profundo,

llámalo sentimientos, espíritu, qué sé yo, simplemente algo que sacie nuestro enorme vacío, no un simple pasatiempo —repuso ella.

Lisandro, entonces, se paró en seco, la tomó de la mano y le dijo con dulzura, aturdido y suplicante:

—No te molestes connmigo. Estoy comenzando a comprender que deambulo por la vida sin argumentos, que soy mucho más necio y estúpido de lo que pensaba y que la verdad que me he inventado, que creía sólida, es frágil y pantanosa.

La partida de Lisandro

Marcel lo acompañó hasta el tren en la Gare de Lyon. Se marchaba triste, sin la oportunidad de abrazar ni decir adiós a la mujer de la que se había enamorado intensamente durante las semanas que había residido en París.

Olympia había viajado inesperadamente a Berlín, donde debía cantar, pero le había prometido hacer todo lo posible para regresar antes de su marcha a la isla. No fue así. Marcel le entregó una carta.

—Me pidió que te la diera justo antes de tu partida.

Lisandro leyó apresuradamente el mensaje:

Querido amigo, *mon amour*:

Si esta carta llega a tus manos será porque las circunstancias me han impedido ir a abrazarte a la estación. No olvidaré nunca los días que hemos compartido. Tú volverás a la isla del volcán, al sol, a tus playas, al lugar al que, en realidad, perteneces. No te entristezcas, querido mío, la vida continúa, no deseo que nos amenace el vacío ni la vulgaridad, es-
pantemos la tristeza.

Si no nos volvemos a ver, lo que es muy probable, búscame y te bus-
caré en cualquier lugar de la tierra, libre, sin reglas fijas, vagando, al
menos con el pensamiento, por los rincones más perdidos del universo,
en el bullicio o el silencio, en los muelles, en cualquier mercado o taber-
na, en los hombres y mujeres de la calle que trabajan, se aman, cantan
y beben, los que buscan la felicidad lejos de la miseria establecida por
las normas y el orden que nos obliga y nos somete. Te reencontraré en

la *petite morte*, en el goce de lo efímero, en el amanecer, en cualquier gesto infrecuente de bondad humana, cuando florezcan el naranjo y la bergamota y me inunden con el aroma de tu cuerpo, en un libro cuidadosamente editado, cuando beba un buen vino o desee reír, en la belleza de la música, en una pieza interesante de teatro, cuando alguien se mueva con la elegancia de un felino, sensitivo, voluptuoso, leve, como tú.

Adiós, Lisandro, mi buen salvaje. No pierdas nunca tu capacidad de asombro, tu amor, tu generosidad. Nuestra bella historia de amor, nuestro Tiempo de cerezas permanecerá inalterable dentro de nosotros, así no tendrá la posibilidad de envejecer ni de marchitarse, porque ha sido intensamente hermoso, mucho más que un episodio furtivo.

Te abraza infinitamente

Olympia

Titania Palast Berlín

Mientras Lisandro leía la carta de despedida, Olympia se encontraba en el escenario del Titania Palast de Berlín. Era una de las voces solistas de un grupo de cámara que interpretaba un concierto barroco de Henry Purcell, que incluía las canciones de tabernas en la primera parte y fragmentos de *Dido y Eneas*, en la segunda.

Olympia se sentía pletórica interpretando con sus compañeros aquellas canciones alegres y licenciosas, una muestra de la celebración de la vida.

*Vamos, no estéis tan tristes y serios.
A nada conducen el dolor y las preocupaciones;
la melancolía es demasiado arrogante,
cuando llega, todo lo domina.*

*Pero si las fatigas, el amor o la tristeza
te rondan el espíritu,
diles que vuelvan mañana;
ahora solo deseamos gozar.*

En la segunda parte del programa, Olympia cantó el aria del lamento de Dido. La reina de Cartago ve cómo su amante Eneas la abandona y ella, al amanecer, al no poder soportar el dolor, se hunde en el pecho la espada de Eneas, sube a la pira y perece al fin.

El público quedó sobrecogido. Olympia, con un vestido rojo, plisado,

de estilo helénico, parecía arder como una llama, mientras su voz de soprano se proyectaba con inmensa emoción por el espacio, bien timbrada, flexible, nítida, con una elegante transparencia. Pero además se mostraba como una inmensa actriz, dúctil, verdadera, encarnada en la heroína de Henry Purcell.

*Cuando descanse bajo tierra
mis errores no deberán
provocar penas en tu pecho.
Recuérdame, amor; pero,
¡ay!, olvida mi destino.*

Aquel fue un momento especial, de una entrega total, sublime como no podría repetirlo jamás en su vida. Había cantado de una forma inaudita. Solo ella sabía, secretamente, los sentimientos que le habían hecho interpretar de aquella manera, única y trágica, la melodía del abandono, de la pérdida sobre el escenario. Morir en el fuego para renacer de sus cenizas como el ave fénix. El público vibraba de emoción, ovacionaba a la cantante con entusiasmo. Al día siguiente los críticos musicales alemanes consagraban a Olympia en sus artículos como la gran revelación de la temporada, una diva versátil, una auténtica joya a la que no se debía perder la pista.

La vuelta

El tren partió de la estación hacia el sur. Lisandro se quedó solo en la cabina, profundamente apenado, con un fuerte sentimiento de quebranto. Jamás había sentido el deseo golpeándolo de aquella manera loca. Pero no podía responder, le parecía imposible vivir más tiempo con aquella intensidad emocional. Marcharse era recuperar una realidad que comenzaba a detestar, pero también la cobardía, evitar torbellinos, riesgos, remolinos, revuelos, confusión. Le esperaba una vida que en ese momento no deseaba, con la que estaba comprometido. No quería causar más dolor, no tenía valor para abandonar una identidad pegada a su piel, una familia, unas obligaciones morales. Aquel episodio amoroso había llegado tarde.

Volvió a leer la carta, un verdadero *adieu*. Olympia se despedía de él, de una forma elegante y poética. Sabía que se despedía para siempre de su juventud, de la vehemencia, de su artificio. Su vida no volvería ya a ser la misma. El fugaz, pero decisivo, conocimiento de la pasión por aquella mujer lo marcaría para el resto de su existencia. Las experiencias vividas junto a ella le habían hecho sentir único, vivo, despertando un deseo pasional desconocido. Por mucho que supiera que su realidad era otra, no podía prescindir del intenso sabor y de la fugacidad de la aventura. ¿Pero a qué había jugado? ¿Qué había perdido o ganado? Durante unas semanas, sin querer saberlo, se había deshecho de lo innecesario, se había involucrado en una locura de atracción erótica, de deslumbramiento, se había despojado de la inocencia, de todo lo superfluo. Con Olympia había desmantelado muchas de sus firmes creencias, nada importaban

ya los ritos y debates de una sociedad secreta, la de sus hermanos de la Logia. ¿Cómo algo tan importante en su vida como el respeto, la tolerancia, el progreso, la libertad o la justicia ahora le resultaban conceptos abstractos, lejanos y prescindibles?

Y ahora ¿adónde se dirigía? ¿Había fracasado como ser humano? Sus ideas masónicas, incluso su propia familia, no eran más que un escenario para justificar su soledad y dispersar su conciencia, una religión más. Creía que ahora no podría controlar su vida, ni la de su entorno. La incomprendición se apoderó de él. Sería mejor no existir, arder, dejar de ser o esperar quinientos años para renacer como el ave fénix. Olympia le permitió jugar a olvidar su yo, a prescindir de una coraza asumida, para dejarse llevar, desdibujar su imagen interna, ser nube o llama que apenas dura un instante, amor arrasador que, sin embargo, se evapora y se extingue como un banal pasatiempo.

—*Monsieur*, si desea cenar, puede acudir a nuestro vagón restaurante de veinte a veintidós horas —anunció maquinalmente el mozo que había golpeado en la puerta y la había abierto sin esperar una respuesta, cerrándola seguidamente con la misma rapidez.

Así es la vida, pensó Lisandro. Alguien que golpea, abre y cierra una puerta con rapidez. ¿Quién desea cenar ahora? ¿Quién puede llenar mi vacío, que no es sino una sensación de ausencia de energía, un crepúsculo incoloro?

Releyó la carta. Tú volverás a la isla del volcán, al sol, a tus playas, al lugar al que, en realidad, perteneces. No te entristezcas, querido mío, la vida continúa, no deseo que nos amenace el vacío... ¿Qué quería decirle con eso? Su mundo era una pequeña isla atlántica en la lejanía donde nada trascendía, donde nunca pasaba nada, mascando a perpetuidad la mentira, engañándose a conciencia. La isla nada tenía que ver con la visión exótica de los cuadros de Gauguin, no había nativas adornadas con flores y la desnudez no estaba ni remotamente permitida. El sistema de vida no era tan diferente de las costumbres y normas europeas, si acaso más cerriles e hipócritas, una sociedad rural con terratenientes, caci-

ques y siervos. No, la isla no era un paraíso ingenuo, era fiel reflejo de la decadencia de las costumbres ancestrales de los españoles, injustas y enfermas, aunque ni él ni los suyos podían quejarse, vivían como privilegiados, muy a pesar de la injusticia social. Se avergonzaba ahora de ser un falso libertario, un narcisista pasivo, en algunos momentos un cínico, acomodado en el bienestar, con una vida ordenada, regulada como un reloj de precisión, sin riesgos, un río lento y poco caudaloso, cama limpia y al menos tres comidas calientes al día.

Durante toda su vida, lo que lo había evadido de la destrucción y la monotonía era el sentido sustancial de la belleza, que poseía profundamente enraizado, aunque pareciera banal y frívolo, mucho más que las ideas de la fraternidad y la libertad del apostolado masón. Ahora parecía ser consciente de ello y se avergonzaba.

El tren que lo alejaba de París lo obligaba a enfrentarse con su propia imagen y se preguntaba si también lo distanciaba de su pasado o de su presente. No tenía la respuesta porque no sabía si se iba o venía, si huía o se reencontraba. Olympia se expresaba en muchas ocasiones como quien está de vuelta, ¿pero de dónde y por cuánto tiempo? De la muerte quizás. Para darle un valor a la vida se debe tener coraje, hay que disfrutar del instante, *carpe diem*, un arte de ser que, evidentemente, no poseía. Aquello era una revelación. Comprendió que durante años había sido un hombre ausente, un embustero, en un estado mental de feliz inconsciencia.

El lamento de Olympia

Sola en la habitación del hotel podría intentar desprenderme de los sentimientos que me embargan, llorar o beber para aliviar las penas, hasta caer rendida por el sueño.

Los dioses me previnieron, el navegante errante no será más que una aventura equivocada, nunca el definitivo amor que permanecerá a tu lado. De nada me arrepiento. Viví plenamente la historia que tejí afanosa con mis propias manos.

El viento soplaba fuerte y no tomé en cuenta las predicciones que me protegían. Orgullosa y soberbia, creí ser más fuerte que el propio destino. Pero ¿qué ocurre cuando, sin querer, la aventura se torna en arrebato, cuando la corriente incontrolada de la pasión te aleja de la orilla, te lleva hasta alta mar y te engulle en un remolino? Ese amor tan grande es, entonces, una herida profunda y mortífera, atrapada en ausencia y requiebro, pero nunca en la impostura.

¡Oh, cruel vida, que una vez fuiste dulce y placentera, déjame al menos algo agradable de tu sombra!

Como Dido, la triste reina de Cartago, me dejé llevar por el engañoso amor de un hombre errático al que sabía que no podía retener. Desolada, me niego a preparar mi propio funeral. No es un destino fácil el que me espera, ni me sirve arder para extinguir la pena. No puedo permitirme la desesperación, cuando amé y fui amada. Yo, que un día me entregué todopoderosa y afortunada, encontré la dicha fugaz y la consecuente carencia. Es cierto que la más dolorosa de las pérdidas también nos libera y nos propone nuevos caminos, antes insospechados.

El más mortífero de los venenos, la soledad, la ausencia, el vacío, me ha rondado siempre, aunque no ha conseguido abatirme porque la vida no puede convertirse en una condena. A pesar de los sueños desvanecidos, mi ser no se diluye sin tumba, ni voy a la deriva, ni estoy abandonada a una suerte oscura y maléfica. Lo que fue amor, más allá del goce efímero del cuerpo, permanece en nosotros en todo su esplendor, no es solo salitre y broza. Porque siempre queda la esperanza. Hasta las heridas más profundas terminan curándose. Amar es un don que nos brinda la diosa fortuna, esplendoroso, luminoso, al que se salta sin red. A muchas cosas y personas amadas no las podremos retener más que en los momentos felices de la memoria. El viejo Cronos se convierte en el mejor bálsamo y al final la vida continúa como si nada pasara, con caminos que se bifurcan y se multiplican, hasta llegar al mar.

Cuarta parte

El tránsito de Ofelia de Salazar

El barco no saldrá hasta dentro de siete días. Han retrasado la partida por la llegada del rey Alfonso XIII y su hermana la infanta María Teresa, que pronto saludarán desde la marquesina que está al lado de la farola del mar. Es la primera vez que un monarca español visita las islas. Las plazas, las avenidas y los balcones están engalanados con banderas y flores. Los barrenderos limpian las calles con esfuerzo. También pintan y encalan las fachadas para borrar cualquier signo de pobreza o dejadez. En el hotel, he oído hablar a unas señoritas que tomaban el té y decían sentirse decepcionadas porque no vendrá Ena, refiriéndose a Victoria Eugenia de Battenberg, como si fuera una amiga íntima a la que frecuentan a diario. Hablaban de la futura reina de España, de su belleza y elegancia, indicando que era la nieta favorita de su majestad Victoria de Inglaterra. En fin, es una novedad que parece animar la vida de la ciudad, habitualmente dormida, con un extraño nerviosismo festivo.

Mi hermano Rubén, el nuevo marqués de Malpaso, también ha venido a recibir a don Alfonso XIII. Se aloja en la casa de los Ascanio, en La Orotava, donde recibirán al rey con todos los honores de la villa. ¡Qué cambiado está Rubén! ¡Cómo ha envejecido! Nada queda del muchacho fuerte y guapo que fue en su juventud. Qué decepción, qué diferente a mis recuerdos; tan parecido a nuestro padre, calvo, obeso y sumiso ante la mirada imperativa de la prima Malena, su mujer.

Se puso muy pesado, insistiendo en que no debía alojarme en un hotel teniendo su casa, preguntando por mis intenciones en América y dándome indicaciones de cómo debe comportarse una señora en la ciudad.

Todavía cree que soy una niña atolondrada o una monjita descarrizada que ha roto sus votos. No se da cuenta de que lo único que me interesa es tener capacidad para elegir. Según él, no debo acudir sola a ningún lugar público que no sea la iglesia. No debo comer sola en ningún restaurante, ni por supuesto sentarme en un café. Tampoco debo ir al teatro. Me ha ofrecido los servicios de una doncella para que me haga compañía y con la que podría acudir a tiendas y bazares o hacer visitas a nuestras viejas amistades. Debo recogerme a primeras horas de la tarde y procurar hacer todas mis comidas en el hotel del señor Camacho. No debo dar que hablar, ni escandalizar con mi conducta porque, según él, ya bastante hemos pasado con el libertinaje de nuestros hermanos gemelos y su singular familia.

Me he negado a todos sus ofrecimientos y Rubén se ha exasperado, seguramente pensando que no he cambiado, que soy una imprudente, una niña mimada que siempre ha hecho lo que ha querido. Solo estaré unos días en esta ciudad; además, no sabe cuáles son, verdaderamente, mis intereses, a quién quiero ver o qué quiero hacer. Aquí las apariencias siguen siendo muy importantes, esto no es Londres ni París. Tú, que has vivido recluida prácticamente toda tu existencia, no tienes experiencia de la vida ni de sus peligros, sé discreta, me repitió preocupado.

Se marchó dando resoplidos, cargado de espaldas, desconcertado y muy enfadado conmigo, pero sé que me olvidará al volver la esquina. También yo desapareceré de su vida, sin dejar casi huella. No volveremos a vernos, lo que será un alivio para los dos, no una pena.

La fugitiva

Vestida con un abrigo azul añil, botines, guantes de cabritilla y un sombrero negro sencillo, pero con una redecilla sobre el rostro que la protegía a la vez que la ocultaba, la mujer misteriosa entró en la librería en aquella fría mañana, dando la impresión de alguien que intenta refugiarse de la lluvia.

Por su distinguida manera de vestir, Valeria pensó que era una extranjera. Aunque no se parecía a las mujeres de las fotos que su marido colecciónaba, siempre artistas vestidas con trajes de fiesta, escotadas y seductoras, sabía que Lisandro se sentiría atraído solo con mirarla. No era una jovencita, posiblemente habría cumplido ya los cuarenta; sin embargo, poseía una figura elegante y atractiva.

—Buenos días, busco al señor Martín —dijo la recién llegada.

—¿A cuál de los dos hermanos? —contestó Valeria.

—Excúseme, señora, desearía ver a don Lisandro Martín.

Antonio Martín, que estaba, como casi siempre, en su mesa, miró por encima de sus anteojos a la visitante. Ese tipo de señora nunca preguntaría por él, pensó defraudado.

—Mi marido está en el sótano. Si no le importa esperar, voy a llamarlo.

Valeria dijo «mi marido», con énfasis, con sentido posesivo y cierta rivalidad con aquella bella mujer que en ningún momento la había retado. Evidentemente, no era extranjera, porque hablaba castellano con acento isleño, pero estaba segura de que llegaba de fuera por la ropa que vestía, hecha con buen tejido, bien cortada y confeccionada. Además, se movía con un refinamiento poco habitual que la diferenciaba de las lugareñas.

Lisandro, con su guardapolvo, subió al momento, con varios libros en la mano, seguido por Valeria.

—Buenos días, señora, ¿preguntaba usted por mí?

—Señor Martín, soy Ofelia de Salazar y Monteverde, de Santa Cruz de La Palma, clienta suya desde hace muchos años. Voy a emprender un largo viaje y deseaba conocerlo antes de marchar. Quisiera agradecerle personalmente el envío de libros durante tantos años. Como ya le he comentado por carta, sus paquetes han sido para mí el mejor regalo que podía recibir, lo más esperado.

Lisandro se acercó sin poder apartar la mirada de los ojos verdes de su interlocutora, tomó su mano y se inclinó. Le parecía imposible que aquella hermosa dama fuera la monjita abadesa que durante años hacía pedidos extravagantes, como ensayos filosóficos, poesía o novelas rusas, en ocasiones obras en latín, francés o alemán.

—Permítame que le presente a mi señora, Valeria.

—No te molestes, Lisandro, la señora y yo ya nos hemos presentado —terció Valeria, incómoda, confirmando lo que ya había imaginado: su marido había caído deslumbrado, sin disimulo alguno, ante la extraña.

Lisandro notó una presencia a su espalda.

—Y también a mi hermano Antonio, con quien comparto la librería y la editorial.

Dos mujeres

Una mujer joven con un traje ligero, descalza, sentada sobre la arena negra de la playa que la bajamar ha descubierto. Dos chiquillos desnudos de no más de siete años revolotean alrededor de la mujer, su madre, o chapotean divertidos a la orilla del mar. La mujer parece tranquila pero vigilante. Acepta un cigarrillo que le ofrece un pescador, el humo sale de su boca con placer, suavemente; una imagen casi inaudita, ya que ninguna mujer se atrevería a fumar en público, solo las mal llamadas libres, que lo hacen en las puertas de los lupanares. Ella no lo es. Los marinos y las vendedoras de pescado la respetan y la quieren.

La mujer y los niños se unen a un grupo de hombres que ayudan a varar un bote que llega cargado con la pesca. Entre todos, animadamente, lo empujan sobre la arena y lo dejan sobre los callaos. En esta ocasión, las redes vienen repletas de peces plateados y rojizos. Habrá pescado para la comida y para la venta.

Otra mujer, muy diferente, que simula un paseo protegida por una sombrilla, observa a distancia la escena, aunque no se atreve a acercarse. Busca alguna semejanza en los dos chiquillos de cuerpos relucientes, morenos y alegres, pero no se parecen en nada a la imagen que recuerda de cuando su padre era niño. Físicamente son iguales a su madre. La tarde se vuelve rosa, los pescadores se van. La mujer y los niños recogen sus cosas, una cesta con pescado fresco que cubren con algas y musgo. Todos se disponen a abandonar la playa.

A la mujer que observa discreta le parecen felices. Los niños se

abrazan a la madre, que los viste con cariño. Desearía estar en su lugar. Ha cerrado la sombrilla, comienza a tener frío y se arrebuja en su chal.

El descubrimiento

No era la primera vez que la veía. Sabía que era la desconocida que los observaba en la playa, por lo que no se sorprendió cuando abrió y la encontró en el quicio de la puerta. Había cambiado su vestido claro por otro en tonos tostados, pero la figura era inconfundible. Josefa no había visto nunca a una señora tan elegante y plácida como aquella.

—Soy una vieja conocida de su marido, en realidad debería decir de su familia. Igual en alguna ocasión él le ha hablado de mí: Ofelia de Salazar, de La Palma.

Josefa la invitó a pasar, ante la mirada de los vecinos del pasaje, que se preguntaban quién sería aquella señorona tan guapa y arreglada que en nada se parecía a los desgraciados residentes de la casa. No había mucho que explicar. Josefa comprendió que aquella mujer era alguien vinculado al pasado, a la infancia de Enrique. Apenas habían hablado de la niñez de ambos, pero en alguna ocasión le había comentado que todo lo que sabía lo había aprendido en el convento de monjas en el que había sido recogido, tutelado por la superiora, que tenía el nombre estrañísimo de Ofelia Catalina Mariana de Salazar. ¿Era posible que aquella refinada señora fuera una monjita?

Enrique no había llegado aún del trabajo. Solía terminar sobre las ocho de la noche y no se demoraba en regresar, agotado, al hogar.

Josefa le presentó a sus hijos, que la miraban fijamente, intrigados y sorprendidos, sin decir una palabra, pero con simpatía.

Ofelia observó que la casa estaba vacía de objetos. No poseían más que lo imprescindible. No se sintió incómoda, sin embargo, ante aquella

pobreza, casi monacal. Los niños, que habían comenzado a cenar caldo verde y salmonetes fritos, se abalanzaron sobre su padre nada más entrar. Ya había sido alertado por los vecinos de la visita de la forastera.

Al descubrir a Ofelia se quedó anonadado. Había pensado que jamás volverían a encontrarse. Su cara no había cambiado en lo esencial, pero le chocaba su vestido y el color trigueño de su cabello. Era la primera vez que la veía sin su hábito y la toca que ocultaba su cabellera, que ahora le parecía extrañamente sensual, un pelo recogido coquetamente en un moño bajo. Pero su mirada imponente seguía siendo la misma.

—¡Madre! —exclamó.

Ofelia se acercó y abrazó, por fin con emoción, a aquel hombre al que había criado secretamente como a un hijo, pero sin demostrar nunca abiertamente sus sentimientos.

Les contó que partía hacia un nuevo mundo donde intentaría tener una vida diferente a la que había vivido, pero que aún tenía una deuda que saldar. No quería marcharse sin volver a ver a aquel muchacho que se había convertido en una añoranza continua. Necesitaba pedir perdón, ella en realidad era una madre pródiga que necesitaba reconciliarse con ese hijo mal amado.

Enrique no entendía de qué hablaba. Él se sentía culpable por haber dejado de escribir cartas, por haberla olvidado, y ahora aquella antigua religiosa, su protectora, le pedía a él que la perdonara.

Josefa acostó a los niños, lo que permitió una mayor intimidad entre aquellos dos seres que intentaban un reencuentro.

—¿Eres feliz, Enrique?

—No sé lo que es la felicidad. ¿Lo es usted? —contestó secamente Enrique.

Ofelia comprendió que había errado en la pregunta. Quizás deseaba que él le dijera que sí, que por fin había logrado el amor, la verdad o todos aquellos conceptos abstractos que ella manejaba teóricamente con soltura, pero de los que él se sentía tan alejado.

El pudor que sentía Enrique le impedía hablar de su vida. Todo era un

desastre, no tenía nada de lo que enorgullecerse. Quizás de sus hijos. Era torpe, poco inteligente y pobre hasta casi la miseria. Se avergonzaba de aquella casa vacía y de la pobreza que los rodeaba. Miraba a Ofelia, aún bella, con aquella voz grave y misteriosa tan característica, impostada, con inflexiones, como una actriz que interpreta magníficamente su papel, tan bien vestida, con aquellos modales de mujer mundana a pesar de haber pasado más de la mitad de su vida en un convento. Ahora hablaba de libertad, de cambios, de un giro total en su existencia. Ojalá no lo hubiera encontrado nunca. Nuevamente, las circunstancias se encargaban de humillarlo, de descubrir que era un don nadie.

Josefa encendió las lámparas de carburo, que amplificaban la sordidez de las paredes desconchadas. Preparó la mesa, el mismo caldo verde, camarones y salmonetes. No tenían vino y el pan ya estaba algo correoso. Ofelia contó alguna anécdota simpática de la infancia de Enrique, pero no consiguió rebajar el clima de tensión e incomodidad que el hombre sufría.

A Josefa, sin embargo, le gustó el encuentro. Le parecía que la visitante era un personaje curioso. Con seguridad nunca había sido pobre. Se parecía a alguna de las heroínas seductoras de las novelas que compraba de segunda o tercera mano en un puesto del mercado.

El tiempo pasó rápido. Antes de medianoche, Enrique se ofreció a acompañarla hasta su hotel. Ofelia se despidió de aquella muchacha de rostro curtido, la misma a la que había espiado cerca del mar, de aspecto indómito y salvaje y que la había recibido con tanta dulzura y hospitalidad. Le agradeció la cena y su amabilidad. Nunca la hubiera imaginado como compañera de Enrique. En la cercanía la encontró prudente, reservada, pero de mirada valiente, orgullosa, aunque no agresiva.

Durante el camino, Ofelia se aferró al brazo de Enrique, en un intento de cercanía, pero lo siguió encontrando lejano, esquivo, como ella misma había sido durante tantos años. ¿Qué esperaba, que se abalanzara sobre ella y la llenara de besos? Enrique se comportó con rigidez, avergonzado, casi sin saber qué hacer. Todo era una amarga comedia.

Ofelia prometió escribirle cuando llegara a Montevideo, y también se ofreció a ayudarlos económicamente, si él lo deseaba.

Enrique se despidió, dándole un beso en la mano, con un simple gracias. No necesitaba nada de ella, ni tampoco quería volver a verla.

Ofelia se acercó y lo besó en la mejilla con naturalidad y gracia. Después, desprendió del abrigo un pequeño girasol de oro y brillantes y se lo tendió a Enrique. A él le pareció excesivo el regalo.

—Dale este broche a tu mujer, como recuerdo. A mí me lo regaló mi abuela, más adelante ella puede dárselo a Emma. Dile que me ha gustado mucho conocerla, que tienen unos hijos preciosos. No los olvidaré. Los llevaré siempre en mi corazón.

Ya en la habitación, pensó que la velada había sido muy triste. Enrique le había demostrado que no era más que un recuerdo del pasado. Poco quedaba de la inocencia del niño rubio. En su boca había un rictus de desencanto, de vejez prematura para un joven de su edad. Era evidente que se había equivocado. Sintió remordimientos por el cansancio y el desencanto que vio reflejado en los ojos de sus anfitriones, que se trataban con distancia, tibiamente. ¿Se amarían? Evidentemente, no sabía nada de la vida real.

La visita de Ofelia

Lisandro invitó a la enigmática forastera a visitar su hogar, que se encontraba muy cerca de la librería, en la misma calle de San Francisco. Valeria le mostró el jardín interior. Anturios, jazmines, rosas, mandevillas en flor que daban color y aroma a aquel rincón, su favorito, convertido casi un invernadero, donde se sentaba a hacer labores, a descansar en los días calurosos del verano o a escuchar el canto de los canarios enjaulados. Pero los verdaderos reyes del espacio eran una palmera majestuosa que superaba la altura del inmueble y un pitanguero lleno de diminutos frutos rojos. Ofelia nunca había probado la pitanga. Su sabor agridulce le hizo sentir un enorme placer sensual interno que la remontó a la infancia, cuando secretamente comía las flores fucsias de las begonias del jardín familiar.

Valeria se sabía una perfecta ama de casa y una buena cocinera que gobernaba, con mano firme, a los miembros del servicio, entre los que se encontraba Eladia, también excelente cocinera, que ya casi era de la familia y que durante años se había dedicado a la crianza de sus hijos, León e Iván, que tenían ya catorce y quince años, respectivamente, y estudiaban el bachillerato. Casi todas las mañanas Valeria acudía a la librería para ayudar, ordenando o quitando el polvo, solo para matar el aburrimiento que padecía dentro del hogar. Aprovechaba también para hacer café y tomarlo con Lisandro y con su cuñado Antonio.

Se había casado después de un noviazgo largo, justo cuando ella había cumplido los veintiún años. Hija de un notario, conocía a su marido desde la infancia y nunca se había sentido atraída por otro hombre, ni

siquiera lo había pensado. Casi sin darse cuenta, habían comenzado un compromiso y habían terminado en la vicaría. Ella era la muchacha que esperaba cartas del novio que se había ido a estudiar a Barcelona, al que veía en sus cortas estancias vacacionales en la isla y con el que confiaba en casarse. Nunca pensó seriamente acerca de lo diferentes que eran, ya que tenía la idea de que debía ser así. Creía que una esposa siempre estaría a la sombra de su marido, intelectualmente superior y activo. Desde niña lo idolatraba, lo veía como el más guapo y el más listo. Había recibido la justa educación de una joven de familia acomodada y casadera, preparada como su madre y su abuela para una vida en el hogar, sin estridencias. Sin embargo, en algunos momentos era consciente de su enorme vacío. La inteligencia no era un valor en la mujer, no podía opinar ni conversar profundamente con su marido, ya que los únicos temas que dominaba eran los domésticos. Dependiente, se sentía como una niña que no llega a convertirse en adulta, por lo que, por ejemplo, le resultaba difícil tomar decisiones importantes con respecto a sus hijos sin consultarlos con su marido o, incluso, con alguna de sus empleadas. En ocasiones, se sentía triste y sufría terribles dolores de cabeza. A los treinta y cinco años, veía cómo su juventud de alejaba. Seguía sintiéndose enamorada de aquel hombre vehemente que, de alguna manera, había ocupado el lugar de su padre. No le gustaba la lectura, aunque lo había intentado al estar siempre rodeada de libros. Se cansaba, se perdía, no conseguía concentrarse ni era capaz de seguir durante mucho tiempo el desarrollo de un relato. Lisandro leía para ella, en voz alta, novelas que sabía que le agradaban, de las hermanas Brontë o de Dickens, historias que le gustaba escuchar, la emocionaban porque podía, sin dificultad, identificarse con personajes que en realidad en poco se parecían a ella. Además, su marido leía tan bien, interpretaba las historias de forma teatral, dándole a cada personaje características especiales, incluso voces diferentes. Ella tenía una vida social limitada, si acudía a cualquier acto era acompañada por su marido. Tampoco recibía muchas visitas, ya que su carácter reservado le había impedido tejer una mínima red de amis-

tades. Cuando acudía a los conciertos de la Banda o al Teatro Principal, siempre lo hacía en compañía de Lisandro. Esa era la novedad más importante de su vida. No le había quedado más remedio que acomodarse al pensamiento anticlerical de Lisandro. Aunque lo deseara, nunca se le ocurría estrechar la relación con la Iglesia, más allá de la preceptiva misa de domingo. No quería disgustarlo, aunque sufría pensando en que sus hijos crecían sin ese importante apoyo moral, lo que podría llevarlos a consumirse en el fuego del infierno.

La presencia de la antigua religiosa la intimidaba, pero allí, en su terreno, en su casa, las cosas eran diferentes. Ofelia halagó los trabajos de bordado, expuestos en las paredes, minuciosos y perfectos.

Valeria le presentó con orgullo maternal a los dos jovencitos, que la saludaron y desaparecieron al instante, sin prestarle el más mínimo interés. Afortunadamente, por ahora no se parecen a su padre en su interés por ciertas damas, pensó Valeria.

En realidad, lo que más entusiasmó a Ofelia en la casa fue la biblioteca familiar, que reunía obras clásicas, entre las que descubrió un libro antiquísimo de Hiparla, en el que establecía un catálogo de estrellas y un listado de eclipses de sol y de luna. Pero se quedó aún más maravillada con un extraño artilugio que Lisandro había traído de París, un gramófono de los hermanos Pathé. Con él se podía escuchar la voz de Enrico Caruso. Valeria lo puso en funcionamiento. El tenor interpretaba piezas de las óperas *El elixir de amor*, de Donizetti, y *Rigoletto*, de Verdi. Ofelia se emocionó especialmente al escuchar *Una furtiva lágrima*. Seguía amando la música barroca y la sacra, pero desconocía gran parte de las grandes creaciones operísticas del siglo XIX, ya que nunca había asistido a una función teatral.

—Creo que estamos entrando en una nueva era. ¿Quién sabe las maravillas que el progreso va a facilitarnos? Me habían hablado del gramófono y del cinematógrafo como algo casi mágico.

Valeria se sorprendía de las expresiones de la invitada. Esperaba que deslizara en su discurso alguna referencia que dejara entrever su vida

pasada, cierta contención religiosa o mojigatería, pero en ningún momento ocurrió. Pensó que podía hablar de cualquier cosa con seguridad, de manera natural y nada austera. Incluso, le pareció que su percepción del mundo era de una sensualidad excesiva para una mujer y más para una que había sido religiosa. Establecía, parecía que de forma involuntaria, una cultura y una superioridad que a ella le disgustaba porque ponía en evidencia sus carencias. Pero lo que más le costaba entender era cómo, habiendo vivido confinada por su voluntad, siguiendo las reglas santurronas de una congregación de clausura, había sido capaz de derrribar sus propios muros y abrirse al mundo con aquel desparpajo. Además, se embarcaba en una aventura, un viaje incierto hacia América, completamente sola. El mundo estaba tan lleno de peligros, pensaba ella, que no quería vivir ningún riesgo. La idea de salir de su casa, una mudanza, emprender un viaje, le resultaba un esfuerzo imposible, y solo pensarla ya le producía cansancio. Incluso delegaba en Eladia acudir al mercado para no tener que sufrir la incomodidad de tratar con vendedores o desconocidos.

—Mi familia colma toda mi vida —exclamó, al tiempo que pensaba que ella también podía decir frases con las que llenarse la boca—. El cuidado de mis hijos ha sido mi principal ocupación. Lisandro es un hombre muy especial, siempre interesado por todo, sin un momento para el aburrimiento —le lanzó, intentando dar la imagen de una familia perfecta y feliz de la que ella era el eje que ordenaba y velaba por el bienestar de los demás. Todo parecía *comme il faut*, adecuado a sus necesidades.

En el salón, Ofelia detuvo su mirada en un busto esculpido en mármol que tenía un gran parecido con Lisandro, una bella testa, algo alta-nera, pero que poseía los rasgos audaces e inteligentes del modelo.

En ese momento entró él al salón.

—Evidentemente era más joven y la expresión del rostro aparece algo desorientada, pero no creo que fuera por la limitación creativa de mi amigo Marcel Jouvet, un escultor del círculo de Auguste Rodin, que lo realizó en París hace ya algún tiempo, sino todo lo contrario, ya que

refleja con fidelidad lo que he sido, un hombre fantasioso, con la cabeza llena de pájaros.

Valeria lo miró con cierto sarcasmo, como diciendo «no lo sabes tú bien».

Las sirenas de los barcos comenzaron a sonar con estrépito.

—Está arribando el barco del Borbón, el piernecillas y sus cortesanos —dijo con indolencia Lisandro—. Pero no dejan que el pueblo llano se acerque demasiado, lo tienen todo controlado. Temen protestas o un atentado.

—La gente desea ver y vitorear al rey —dijo enardecida Valeria, que sabía que su cuñado Antonio, monárquico convencido, había acudido al recibimiento.

—Pues se van a llevar una desilusión. El monarca es un fantoche, feo y desabrido como los Habsburgo, además de chulo y prepotente como los Borbones. También es juerguista y pendenciero como su abuela, la nefasta Isabel II, la castiza, y su pendenciero padre, Alfonso XII, de mote el Puigmoltejo. En fin, el sistema monárquico está cavando su propia tumba.

Ofelia pensó que el librero era un hombre irónico; con seguridad, un liberal progresista de ideas políticas republicanas.

—Pan, trabajo y escuelas es lo que debería pedirle este pueblo hambriento, extremadamente atrasado e inculto. Sin embargo, se deja utilizar de comparsa como monigote. Los militarotes y los señoritos del casino lo van a acompañar en sus paseos para inaugurar un puente o para poner la primera piedra de una plaza en el barrio de Los Hoteles. Pero le ocultarán la pobreza de Los Llanos o El Toscal, donde mucha gente vive en la miseria, sin recursos para ser ciudadanos del siglo XX, por no hablar de la grave situación en las zonas rurales.

—Modérate un poco, Lisandro, o nuestra invitada va a pensar que eres un anarquista peligroso, de esos que van por Europa asesinando reinas —dijo Valeria, que hacía unos años se había quedado muy impresionada por el asesinato de la emperatriz Elizabeth de Austria por un

anarquista italiano que clavó un estilete en su corazón. La esposa intentaba suavizar las expresiones vehementes de su marido.

—La historia de este país en los últimos años ha sido un verdadero caos. Debemos luchar siempre por una mayor justicia social. El sistema actual, evidentemente, perpetúa una sociedad de señores y parras —continuó Lisandro de forma apasionada—. La única solución es abrirnos a Europa, romper las murallas y acercarnos al progreso.

Ofelia, en ese momento, no se atrevió a hacer el más mínimo comentario, aunque apreciaba la expresión impulsiva con que Lisandro manifestaba sus ideas, ya que ella carecía de ideas claras sobre asuntos políticos.

—Evidentemente, tiene usted madera de líder y, de hecho, usted ha sido el silencioso impulsor del cambio de mi vida, de mi despertar.

Lisandro y Valeria se quedaron de piedra, esperando, sorprendidos, una aclaración.

—Cuando contacté, hace unos años, con usted para que me consiguiera determinados libros, no pensé que su orientación, sus consejos literarios y, por tanto, su influencia serían tan trascendentales en mi vida. Me volví una ávida lectora de los escritores rusos, por medio de las traducciones francesas de Dostoyevski, Tolstói y Turguénev, que me mostraron una cara diferente y tenebrosa de la vida. Balzac, Zola y Flaubert me adentraron en el drama humano. Usted siguió enviándome libros de Galdós, Larra, Ibsen o Hardy, que me hicieron tomar conciencia del papel de la mujer en un universo dominado por los hombres. Es extraño que una monja se deleite con las historias pasionales y terrenas. Algo fallaba. Así, las historias de Norah, Karenina, Sonia o Ana Ozores me acercaron a una concepción del mundo de la que carecía absolutamente. Había crecido con los místicos, con los clásicos y, paradójicamente, con el estudio del cosmos. Las nuevas lecturas me descubrieron una parte secreta y curiosa de mí misma que, en realidad, siempre había estado ahí. Usted, sin saberlo, me había moldeado intelectualmente. Esperaba sus envíos y aceptaba con placer las obras que usted me recomendaba y

escogía para mí. El efecto provocado fue el deseo de una vida más abierta, una fuga, una desobediencia que me hacía aspirar a una cierta libertad. Las niñas buenas no deben ser curiosas, me habían dicho siempre.

En el rostro de Lisandro se dibujó una sonrisa de satisfacción que contrastaba con el gesto de malestar y confusión de su mujer.

—Me alejo para olvidarme, en parte, de lo que he sido, para poder respirar, intentando olvidar mis propios prejuicios y errores. Como saben, voy a un país joven, de tierras extensas y de caballos salvajes donde se puede realizar una gran labor. Empezaré de cero en el nuevo mundo. No deseo una vida mundana. Siempre habrá trabajo en una escuela o en un hospital. Lo que usted, querido amigo, decía, pan, trabajo y escuelas, es lo que sueño en aquellas tierras. La falsa idea de un Dios todopoderoso y juez se acabó para mí. Dios es el cosmos y puede estar en todos los buenos corazones.

Valeria no la entendía, la observaba con temor y asombro a la vez, sin encontrar nada místico ni beato en su actitud. Se sabía que, al morir sus padres, Ofelia había heredado una inmensa fortuna. ¿Cómo era posible que aquella mujer emprendiera ese viaje sola, sin la idea de retorno? Seguramente, había algo oculto que ella no llegaba a alcanzar a comprender. Al contrario de la mayoría de los inmigrantes, se iba a América con las alforjas llenas, pensó con ironía.

Lisandro comenzaba a ver en ella a un espíritu libre, romántico y atrevido que producía sobre él un encantamiento. Fantaseaba y se divertía pensando que, en esta ocasión, se habría fugado con ella si se lo hubiera pedido, sin temer que los demás lo consideraran un canalla. Además, como antes había confesado, él era en gran medida el artífice de su cambio, lo que le provocaba un agradable sentimiento de orgullo y euforia.

El broche de brillantes

¿Realmente aquella mujer había sido su madre? No la reconocía, no era más que una extraña que no le inspiraba ningún sentimiento, ni frío, ni calor. Mentía, había aparecido para humillarlo, para recordarle que no era nada, solo un infeliz, un siervo, un desgraciado.

—Toma, esto es para ti. Me ha pedido que te lo dé como recuerdo. No era necesario un regalo de este calibre, es muy valioso. Lo heredó de su abuela y dice que algún día tú se lo podrás entregar también a Emma —dijo secamente.

Josefa observó con verdadero placer el bonito girasol de oro y diamantes que aquella magnífica mujer había llevado prendado en la solapa de su abrigo y que ahora le regalaba a ella, que no había recibido nunca un regalo. La que podría ser su amiga, su confidente, desaparecía de su vida tan rápido como había llegado. ¿Cómo siendo tan diferentes habían empatizado tan fácilmente? La vida y la gente eran como las nubes, hermosas o crueles, escurridizas e inapresables, imposibles o asesinas, pensó.

El broche era un reconocimiento, un recuerdo de su leve paso por su existencia que guardaría para siempre como un secreto maravilloso. La mar, también la mar la separaría de esta otra mujer solitaria, especial y extraña, tan diferente de ella. Siempre la mar, que no la abandonaba nunca. Pero ¿era ella una mujer destruida? Aún le quedaban las risas compartidas con sus hijos, estaba viva a pesar de todo, cigarra hasta el fin.

A mis hijos les he enseñado desde chicos a hablar con el aire, con la mar y con la tierra. Saben graznar como las gaviotas, nadar como los

peces y correr como los gatos. No sé si es mucho o poco. Me gusta abrazarlos, sentirlos vivos, un poco salvajes como yo. Ya intentarán otros cambiarlos, pero no seré yo quien les ponga lasbridas. Sigo sin ser una mujer mansa, pero es verdad que me he refrenado. Soy tan huidiza como cuando era niña, pensaba Josefa.

Cada noche, sus hijos le pedían que les contara un cuento. Ella les hablaba de una mujer que partió en un barco hacia el futuro, atravesando el océano, viviendo miles de aventuras, conociendo islas exóticas, selvas inmensas y llanuras llenas de caballos salvajes. La mujer era valiente y sorteaba todos los peligros. Se enfrentaba a la incertidumbre, feliz, llena de fuerza. En su camino iba conociendo a todo tipo de personas y situaciones. Un día llegó al fin de la tierra, un país enorme que se llamaba China, donde crecían todo tipo de flores, de colores maravillosos, donde la gente vivía en paz y adoraba el silencio. Allí, los amaneceres siempre eran rojos, anaranjados, amarillos brillantes... Aquella historia no se acababa nunca.

El embarque

El día había amanecido limpio y luminoso. Un mozo había llevado su baúl desde el Hotel Inglés hasta el barco, que partiría antes del mediodía. El señor Louis Camacho, dueño del establecimiento hotelero y amigo de la familia Salazar, se despidió con cariño de la que había sido su huésped durante una semana, a la que había atendido de manera especial. Sobre el muelle se extendía un alegre bullicio, los familiares y amigos que acudían a despedir a los viajeros y los vendedores de las más diversas mercancías: tabaco, bebidas, pájaros canarios, calados y encajes bordados de las islas.

Ofelia decidió demorar la subida al navío, curiosear entre los puestos que vendían toda suerte de cachivaches, alimentos y bagatelas y observar a la gente, entre la que descubrió, sin dificultad, a los actores de la compañía de doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza, que, por lo que veía, serían sus alegres compañeros de travesía. Los jóvenes actores y actrices reían, coqueteaban descaradamente y hablaban en un tono alto, haciendo notar como si estuvieran en escena. De pronto, doña María llegó majestuosa, con su marido, en un coche que se paró muy cerca de la escala. Bajó solemne, con un gran sombrero adornado con flores; llevaba también unos pendientes y un collar de perlas, iba maquillada y vestida como para comenzar una función. Evidentemente, la vida de aquella excelsa actriz eran las candilejas y, aun fuera del escenario, interpretaba su papel a la perfección. Un alboroto se produjo con su llegada. Los transeúntes y los vendedores pararon y hasta los marineros del puerto querían verla. Alguien comenzó a aplaudir y a vitorear y

los demás continuaron. Doña María abrió su sombrilla y saludó a su público con enorme elegancia, mientras ascendía por la escalerilla como una reina enigmática, seguida por su marido, que poseía entre otros el título de conde de Lalaing con grandeza de España. Al llegar a la cubierta principal la esperaba el capitán, que se inclinó y le besó la mano. Doña María hizo una reverencia al público que continuaba ovacionándola, tomó del brazo al capitán y desapareció de escena.

Necesitamos diosas y dioses que nos deslumbren, ídolos o santos a los que venerar, desde los pueblos más primitivos y en todas las épocas, meditó Ofelia.

Dos días antes había acudido, invitada por el matrimonio Martín, al Teatro Principal, donde se escenificaba *Maria Rosa*, de Ángel Guimerá, dramaturgo nacido en Tenerife; una historia pasional de amores contrariados y muerte. Al final de la función, la Guerrero salió en solitario a saludar innumerables veces. Sus incondicionales la aclamaban y le hacían llegar al escenario preciosos ramos de flores y otros regalos. Ofelia pensó que aquella mujer insigne necesitaba, rabiosamente, ser querida por los espectadores. La actriz se entregaba apasionadamente y era efímeramente amada por sus seguidores. Cuestión extraña la necesidad de amar o ser amado, pensó, ella que se sentía vacía de amor y saqueada en cuestión de afectos.

La compañía de repertorio había representado en aquellos días *La vida es sueño* y *Medea*, en las que doña María y don Fernando habían demostrado que estaban dotados como grandes trágicos, siempre en roles protagonistas. El público tinerfeño los adoraba y en las taquillas del teatro siempre se colgaba el cartel de «agotadas las localidades». La compañía, que se dirigía a Buenos Aires, donde doña María reinaba y se había hecho construir el Teatro Cervantes, templo en el que actuaba y se la reverenciaba, aprovechaba la obligada escala en su camino para mostrar su trabajo y ganar un buen dinero.

Lisandro, tan amante del teatro, no se perdía una función. Compraba el abono y acudía al Coliseo con entusiasmo, lleno de placer. Valeria

lo acompañaba, pero no participaba de tanto alborozo. El carácter extrovertido de su marido contrastaba con el suyo, discreto y reservado. Lisandro se paraba a comentar incidencias, a hablar con unos y otros, ya fuera en el vestíbulo o en el *foyer*. Para ella, era un pequeño suplicio que aceptaba con resignación. Aquella noche, Ofelia aceptó encantada la invitación del librero y Valeria pensó que, dada su inexperiencia y educación, podría encontrar una aliada en ella. Efectivamente, la invitada nunca había presenciado una representación ni había asistido a un teatro. Allí observó cómo los espectadores del patio de butacas y de los palcos acudían con sus mejores galas. Era la oportunidad para lucir aquel modelo copiado de una revista de moda francesa o de exhibir las joyas guardadas para las grandes ocasiones. Ellos ocuparon un palco de proscenio, visibles para el resto de los espectadores, que cotilleaban sobre la identidad de la señora que acompañaba a los Martín. Ofelia destacó, sin embargo, por su sencillez, moviéndose como pez en el agua, saludando con simpatía a todo el que le presentaban, como si estuviera acostumbrada a este tipo de ceremonias sociales. Valeria se sintió secretamente abandonada, celosa y enfadada con su marido, que se pavoneaba contento con una dama aferrada en cada brazo.

Verdaderamente, doña María era única. Sobre el escenario era difícil saber cuál era su edad. Interpretaba el papel de la heroína con tal vehemencia que conseguía conmocionar al público, subyugado con su sola presencia. Seguro que estará perfecta como Norah o Hedda Gabler, dijo Ofelia, con la aprobación de Lisandro y el malestar de Valeria, que pensaba que la invitada quería dárselas de redicha e intelectual. Sus movimientos, su mirada y su actitud no eran los de una mujer común. Era indudable que quería destacar. ¡Caramba con la exmonjita!, pensó malhumorada.

Lisandro le había comentado que doña María Guerrero había trabajado en París con la gran Sarah Bernhardt, cuya estela seguía. Era una gran trabajadora, una intérprete exigente y además riquísima, gracias a las largas temporadas en los mejores teatros de América.

Ofelia les comentó lo difícil y agotador que sería interpretar continuamente diferentes papeles e intentar vivir las emociones internas de los personajes. Pero, a fin de cuentas, aunque no nos demos cuenta, todo es una gran representación, una farsa en el gran teatro del mundo. Será divertido compartir el viaje con los comediantes, ver cómo se desenvuelven y, ojalá, poder disfrutar de alguna pieza durante la travesía. Aunque solo con mirarlos ya es suficiente para sentir la diversión, concluyó Ofelia.

Valeria pensó lo mucho que detestaba a aquella mujer por la que su marido parecía encandilado, que decía justo todas las tonterías que a él le gustaba escuchar. La noche teatral se había convertido en una tortura insopportable por la palabrería y la actitud de la Salazar, aparentemente tan segura de sí misma, viéndose obligada a ser el centro de la atención, contra su voluntad, en el palco y luego saludando a unos y otros.

En el muelle, antes de subir a bordo, Ofelia sintió la presencia de alguien que la observaba y se acercaba. Reconoció rápidamente a Josefa, la mujer de Enrique. Había acudido sola a despedirla. Se había prendido el girasol de oro y diamantes sobre su blusa gastada.

—He venido a decirle adiós y a darle un último abrazo.

—¡Qué gentileza de su parte! ¿Y los niños? —No se atrevió a preguntar por Enrique, al que imaginaba trabajando.

—Los he dejado en la playa con un pescador amigo. Quería aprovechar para despedirme tranquilamente de usted. Liberto y Emma son dos cachorrillos inquietos que no me hubieran dejado decirle adiós como deseo. Además, ¡con tanta gente y tanto alboroto!

Ofelia la tomó cariñosamente del brazo y se desplazaron hacia un extremo más calmado. Sentían ambas que eran amigas, algo que ninguna de las dos había experimentado en toda su vida.

—En realidad, ¿por qué se va tan lejos? —preguntó Josefa, con un fondo de pena.

—Le diré la verdad, esto es una especie huida, para ver si finalmente me encuentro o me reinvento. Puedo seguir viviendo en las islas, pero

sería una equivocación no intentar verme en la distancia. El propio espacio me expulsa, me cuesta respirar. Muchas cosas de mi vida han sido un error, la he despilfarrado entre los muros de un recinto protegido, estúpidamente, escondiéndome de cualquier peligro, de los hombres y del matrimonio, saciendo mi curiosidad en la sabiduría de los libros y en la contemplación de las estrellas. Ahora comprendo que también me equivoqué en cómo eduqué y traté a Enrique. Quizás atravesaré el mar solo para alcanzar un destino y un día llegar a la muerte en paz.

A Ofelia le pareció que aquellas palabras indicaban la necesidad de una búsqueda desesperada, pero todo así expresado le sonaba falso y artificial.

—¿Cree usted en el destino? Una vez estuve a punto de escapar de la vida a la que creía me habían condenado y de intentar también, como usted ahora, tener una nueva existencia en una isla donde no me pudieran encontrar. Allí me imaginaba tesoros enterrados y aguas transparentes de color turquesa. Pero aquí me tiene, atrapada como uno de esos pájaros canarios o gallos de pelea enjaulados que venden ahí al lado. ¡Ojalá usted tenga la oportunidad que a mí me robaron! Me gustaría pensar que lo conseguirá, que se librará de todo lo que la encadena —dijo Josefina.

Ofelia no se atrevió a preguntarle por su vida con Enrique, ya era tarde, pero pensó que las dos eran mujeres incompletas, parecidas, oprimidas, desgraciadas, aunque por distintas razones.

—Al menos tienes dos hijos que te quieren y te necesitan. Es algo maravilloso por lo que luchar.

—Los he parido, son mi vida. Pero no es este mundo injusto el que deseo para ellos. El fin de una mujer no debería ser solo casarse y ser madre. Deberíamos tener más oportunidades para ser felices. He deseando que me quieran intensamente, como me parece que yo puedo querer, dándolo todo. También espero que se abra mi jaula para poder volar. Desde que nací solo he estado destinada a la soledad ¡Ojalá mis hijos tengan la oportunidad de una vida mejor! —terminó su confidencia.

Ofelia pensó que Enrique no era el que ella esperaba y recordaba. Era

un hombre con una mirada extraña, que nada tenía que ver con el niño que ella mantenía en su cabeza. Ni de pequeño le había pertenecido, ni lo había amado como Josefa amaba a los suyos.

La conversación se vio interrumpida por la llegada del librero y su mujer.

—¡Casi no llegamos! —se apresuró a decir Lisandro—. Le traigo estos libros que acabamos de recibir. El viaje será largo, así que podrá entretenerse con estas novedades. Escríbanos, no se olvide de nosotros.

Valeria, callada, pensó que su marido, en realidad, lo que quería decir era «escríbame, no se olvide de mí». Ella no contaba para nada. Afortunadamente, la intrusa instruida se marchaba ya, se acababa la historia y las majaderías.

Lisandro apenas mostró atención por la mujer que acompañaba a Ofelia; sin embargo, Valeria la reconoció al instante. Era aquella lavandera que se había escapado de su casa hacía unos años, que había abandonado a su marido por aquel pescador raro, a la que habían dado por muerta, pero que un día, extrañamente, había reaparecido. Gente humilde e ignorante. Pero ¿qué hacía allí en el muelle, tan cercana a la exreligiosa, como si fuera una íntima amiga? Y, además, luciendo aquel magnífico broche sobre el pecho. Cada vez entendía menos a aquella excéntrica mujer, una aristócrata metida a monja, que después de muchos años también había reaparecido en el mundanal ruido, con toda su arrogancia, para irse caprichosamente a América, a un continente de salvajes, mestizos y emigrantes. Estaba convencida de que no resistiría aquella vida, a no ser que buscara allí un nuevo encierro. Tenía dinero más que suficiente para comprar una hacienda y vivir como una señora con todos sus lujos o como una virreina. Desde luego, no era una simple emigrante a la aventura. Seguro que viajaría en primera clase, con las comodidades suficientes para soportar una travesía de casi treinta días. Quizás no había dicho toda la verdad y allá en Montevideo la esperaba un amante, lo más probable un cura, traidor a sus votos, con el que llevaría una vida magnífica, que leería imposible disfrutar en esta

parte del mundo. Estaba segura de que aquella mujer tan distinguida escondía algo en sus intenciones, no iba a pasar calamidades, aunque se fuera de misionera a la selva, teniendo una bolsa tan llena y unos gustos de marquesa tan refinados. Pero ahora, como punto final, se despedía de aquella mujercilla que no tenía donde caerse muerta —a saber de qué la conocía—, a la que casi daba pena ver, aunque también pecaba de insolente. Valeria, hija de un notario, burguesa acomodada, conocía el orgullo de los pobres rencorosos y desnutridos.

La sirena del *Victoria* comenzó a sonar, indicando a los visitantes que descendieran y a los viajeros rezagados que se apresuraran a embarcar.

Ofelia estrechó la mano de aquel hombre que la miraba con cariño. Besó a la silenciosa y envarada esposa y abrazó amistosamente a Josefa.

—Muchas gracias por el regalo, es precioso. Lo llevaré siempre conmigo, sé que es muy valioso, una verdadera joya, y un día será de Emma —finalizó Josefa.

Entonces Lisandro observó el girasol brillando sobre la blusa desgastada de aquella pobre mujer. ¡Vaya, menudo regalo! Debe apreciarla mucho. Me viene a la cabeza la historia del girasol de la casa Boucheron, narrada por Claude Bassan, la tía de Olympia. Sería divertido pensar que es el mismo y que por alguna razón vino a parar a las manos de los Salazar, marqueses de Malpaso, y, lo que es la vida, ahora es propiedad de esta humilde mujer del pueblo, gracias a la generosidad de esta noble dama.

—Cuide a Enrique y, sobre todo, prométame que también usted se va a cuidar. Quizás algún día no muy lejano nos volvamos a ver, volando las dos libres por las nubes. Ahora tengo que reconocer que tengo miedo, siento que no he vivido, pero aún hay esperanza —le dijo afectuosa al oído.

Sobre el muelle se quedaron los tres extraños, que vieron partir y alejarse el barco con aquella pasajera que les inspiraba sentimientos muy diferentes. Para Lisandro era inapresable, como la imagen de una de las actrices, cantantes o bailarinas que lo habían fascinado en otro tiempo y que había colecciónado, que se perdía como algo imposible, casi inexis-

tente, algo romántico, líquido, una idea sublimada que se convertía en un recuerdo fantasmal que los demás no podían descubrir. Eso era, al menos, lo que él creía. Ofelia de Salazar, que había renunciado al oropel mundano, sellando sus puertas, ahora las abría locamente, rompiendo con su vida pasada. Se iba a otro país, adoptaría una nueva identidad, comenzaría de nuevo ¡libre, libre, incansable! Lisandro lo pensaba con melancolía. ¡Cuántas oportunidades había perdido de ser otro! Se había conformado con una vida segura, con un amor seguro —¿amor?—, un trabajo poco comprometido, una familia, la felicidad hogareña en una isla del Atlántico. Olympia, Paris, la aventura, qué lejos quedaba todo aquello. Había renunciado al amor vehemente por la estabilidad y la seguridad. Ya era tarde para remediar su cobardía y su cordura, tenía justo lo que se merecía, esa era su vida. De repente, recordó aquella vieja canción de la comuna de París:

Cuando estéis en el tiempo de las cerezas, vosotros también penaréis de amor. Por siempre amaré el tiempo de las cerezas, es de ese tiempo del que guardo en el corazón una herida abierta.

Valeria quería volver a casa. Por fin, el barco se alejaba y el espejismo de la mujer ficticia se convertía en ausencia. Durante casi una semana había tenido que soportar su incómoda presencia y la mirada entusiasta y extraviada de su marido. La Salazar tendría sus secretos y su misterio, ¡que se fuera bien lejos con ellos! No le perdonaba haber alterado su existencia. Incluso Antonio, su cuñado, tan sereno y ausente de veleidades, se había mostrado como un gallito alrededor de la gallina. A Valeria le parecía intolerable que Ofelia, sor mosquita muerta, ejerciera tal poder de atracción sobre los hombres, incluso que pareciera sofisticada y mundana. Quizás, no era más que una coqueta frustrada, una marionetas de pacotilla. Se sentía resentida con su marido, ya que una cosa era saberlo poseedor de fotos de actrices y bailarinas indecentes y otra muy distinta sentirlo embobado por aquella dama aristocrática, huida de un

convento, con toda su cultura y queriéndose hacer la interesante con su aplastante superioridad.

El sol del mediodía le molestaba a pesar de su sombrero y trataba de cubrirse con la sombrilla. ¡Qué hermosa es la piel blanca!, pensaba. Los botines le apretaban, el calor le resultaba sofocante. Miraba de reojo a la mujer renegrida, reservada, mal vestida, con el pelo mal recogido en la nunca, curtida por el sol, la antítesis del ideal de belleza imperante. Por unos instantes sintió cierta simpatía por la pobre mujercilla. Se preguntó cómo habría conseguido el girasol de oro y diamantes. ¿Se lo habría encontrado, lo había robado o se lo había regalado la monja?, porque desde luego no era una baratija. En cualquier caso, ninguna de las dos sería jamás el personaje de una novela o la heroína sofisticada de una obra de teatro, no brillaban como la exreverenda madre, hija pródiga de un marqués.

Josefa, sentada en un noray, contemplaba, con aspecto de ida, pero sosegada, cómo se alejaba el barco, seguido por una banda de pardelas. El vapor *Victoria* no era diferente de los que veía zarpar cada día, pero en aquel se marchaba la mujer que le había ofrecido el broche, el único regalo que había recibido en toda su vida; la mujer que, además, había criado a Enrique.

La vida era como un barco errático, sin destino, buscando siempre el horizonte, sin conseguir jamás llegar a buen puerto. Conocer a quien había educado al niño Enrique, con su mirada diferente y cariñosa, con su fondo de tristeza, le había proporcionado una extraña sensación de alivio, de calma, de bienestar. Ahora se sentía menos extraviada, incluso contenta. No sabía gran cosa de la viajera, pero ya no era necesario, había sentido su complicidad contemplando sus ojos, la amistad en su franqueza, inquietudes muy parecidas a las que ella sentía. Seguramente, era algo que tenía que ver con sentimientos, una emoción interna, aunque no lo entendiera o no lo supiera explicar.

Ofelia en la cubierta del barco

Mi vida se paró y descubrí otra forma de mirar el mundo. A veces, creemos saberlo todo sobre la vida cuando, en realidad, solo conocemos retazos sobre el dolor, una tela de araña que se teje silenciosamente desde que nacemos hasta la muerte. Vanidad de vanidades. No conocemos nada, encerrados en nuestra coraza de egoísmo, defendiéndonos de todo aquello que no queremos ver o saber, huyendo del verdadero amor porque somos incapaces de interpretarlo, malos músicos abocados sin remedio al fracaso, por cobardía, por desconfianza.

Sin embargo, de pronto, algo se rebela y se puede tener una visión poética de la existencia, un encuentro inmaterial y real a la vez, abrirte inesperadamente como una flor y vibrar, expandirte como un dulce aroma o la luz del día. Todo lo que pienso puede parecer vano, pero solo quien lo experimenta podrá comprenderlo. El planeta es un lugar abierto y nadie puede impedirte el paso. La felicidad no es una llave que te proporcione el azar, ni siquiera tiene que ver con la alegría o la seguridad. La felicidad es una emoción interna, parecida a los colores de infinitos matices, a la brisa marina, a la caricia esperada. No hay una única respuesta porque cada uno debe buscar la suya, casi siempre en el fracaso.

Intenté escapar estudiando la bóveda celeste, cerrando mi corazón a cualquier riesgo. Yo sola me coloqué una venda en los ojos, arranqué de cuajo cualquier deseo.

Ahora la mar, tan misteriosa, es mi única vía de escape. Quizás me equivoque una vez más, pero presiento que solo en el azul podré encontrar a la mujer que soy o que pude haber sido y descubriré el sendero

que me ayude a dejar de dar vueltas sobre mí misma. Aprenderé a elegir desafiando los convencionalismos. ¡Ojalá, al final, no sea más que la vagabunda que soñaba, libre, casi una beguina feliz!

En cubierta, Ofelia veía reflejada la luz de la luna sobre el mar. Después de los primeros días turbulentos, en los que el barco se meció como una cuna en un Atlántico furioso, llegó la calma. El mareo y las náuseas habían convertido el viaje en un infierno para casi todo el pasaje. Ofelia pasó la primera semana postrada en su camarote. Ahora, el océano oscuro se vestía de fiesta con lentejuelas brillantes. Ofelia se alongó sobre la barandilla, apenas un instante, mientras dejaba volar sus pensamientos.

—¡No!

Alguien la agarró muy fuerte por la cintura.

—¡No lo haga! —resonó la voz de un hombre que pasó de sostenerla con fuerza a la dulzura del abrazo.

Ofelia se dio la vuelta para contemplar el rostro de aquel hombre joven. Enseguida comprendió el malentendido. Había creído que era una suicida. Ella no deseaba morir, en ningún momento había pensado en lanzarse al abismo. El solo pensamiento de perecer ahogada en la profundidad del océano le parecía atroz. Él quería rescatarla y lo hizo, la salvó de algo que se acercaba a la muerte, de las ondas de sus pensamientos.

La luz de la luna aclaró las facciones de un rostro noble, sincero, de unos ojos limpios y luminosos. Ofelia se abrazó al desconocido como hacía mucho tiempo, cuando era niña, lo había hecho con su hermano Rubén. Sintió que aquel cuerpo protector la abrigaba, le transmitía una energía única. ¡Qué dulce era el abandono, qué agradable el olor, dejarse mecer y de pronto sentir unos labios que abrían los suyos! Se dejó llevar.

¡Cabalgar! El amor físico del que ahora bebía la transportaba a sus recuerdos infantiles de amazona. Destrenzar su cabellera, convertirla en un mar de ondas, amar sin prisas, como en un sueño, y, sin embargo, despertar de un letargo de cien años, acariciar un cuerpo diferente al suyo, sentir la emoción de que alguien la desnuda en el camarote de un barco perdido en alta mar y descubrir el placer, entregarse entera, un

dulce veneno que colma, emborracha y devuelve la libertad. El goce de un nuevo nacimiento.

El hombre duerme desnudo, plácido a su lado, quizás es uno de los actores o posiblemente un emigrante. Es joven, fuerte, se le antoja bello. Descubre que ella, también desnuda, tiene un cuerpo que, probablemente, nunca ha estado más cerca de su propia alma. El placer la reconforta, no hay sentimiento de culpa, ni vergüenza. El hombre, intuitivo, la rescató de lo que creía una muerte cierta. Aún no sabe su nombre. Ha sido generoso, casi no ha hablado, pero lo ha expresado todo con su cuerpo. La ha protegido, solo le ha dicho «te haré feliz».

Ofelia no puede dormir, no quiere desperdiciar ni un solo segundo. Los pies del hombre son hermosos; los dedos bien formados, el empeine ligeramente curvo le hablan de sensualidad. Le recuerdan a los de la talla de san Sebastián de la capilla de su casa en Barlovento. Siempre has estado loca, huyendo de ti misma. Esta noche ha ocurrido algo extraordinario, inesperado, la seducción, el goce, la aventura.

—Te observé desde que subiste al barco —le susurró el hombre—. Estabas sola, nadie te acompañaba. Yo también estoy solo. Pero nunca me viste; ensimismada en tus pensamientos, pasabas indiferente a mi lado como una reina ciega. Esta noche te vigilé. Pensé que buscabas la muerte, pero ella no te necesita. Yo sí y además soy real, de carne y hueso. Ven conmigo, sé mi compañera. Nada existe en el pasado, solo lo que sentimos ahora, como la nueva tierra, que se convierte en futuro.

No hay eternidad, ángel ni demonio, solo es un hombre, pensó Ofelia. Gracias a él he recuperado mi propio cuerpo, blanco como la luna, redondeado, cálido y sediento. Ha hecho desaparecer el pudor, tocándome, acariciándome, mojando con sus labios cada trozo de mi piel, el camino contrario al recato, sin sonrojo.

Durante años había reprimido a la mujer. Ahora, con tanta facilidad, se entregaba feliz al placer humano, fugaz, quizás lujuriosamente, plenamente, como deben gozar los seres vivos. De la periferia al corazón del bosque. Evidentemente era una Salazar, el deseo por el placer

de apurar la vida debía llevarlo en los genes, como su padre o sus disolutos hermanos. Tarde, pero, al fin, había aparecido como un torrente imparable.

El pirata de los sueños le había ofrecido el fruto prohibido y se había alimentado de él con avidez, con facilidad, gimiendo desatada. Ahora reposaban en calma, juntos, únicos habitantes del planeta.

Él le había dicho «te quiero», pero no quiso oírlo, por lo que él se lo repitió una y otra vez. La penetró sin prisas, mientras se aferraba a sus caderas. Ofelia sintió cómo él lloraba silenciosamente, Ulises retornado a Ítaca ama a Penélope.

—Soy tuyo, te pertenezco, nunca me separaré de ti.

Ofelia sonrió, recordando las palabras de Ruth a Noemí, tu hogar será mi hogar, tu pueblo será mi pueblo, donde tú vayas, allí iré yo.

El cuerpo yacente del hombre le resultaba hermoso, con su rotunda desnudez. No había nada obsceno, no había nada de lo que avergonzarse. Sentía una inmensa felicidad, ligera y dulce, que la transformaba. No podía dejar de sonreír. Sin saberlo, siempre había buscado esa felicidad. A pesar de la severidad de su madre, el bueno de Anglada había soportado su arrolladora curiosidad, intentando dar respuesta a las preguntas más descabelladas. El ama María la había mimado y protegido. Luego, a los diecinueve años, gracias a la dote de su padre, se convirtió en la privilegiada superiora del convento. En su torre secreta había sido más libre que la mayor parte de las mujeres que conocía. Ahora, el destino le ofrecía el amor sensual que se abría ante ella, como un jacinto salvaje, que la colmaba, viviendo un momento perturbador en su existencia, una nueva realidad que solo ella podía entender y aceptar.

El hombre la había rescatado de otra muerte que no podía sospechar. Su cuerpo ahora no tenía nada que ver con la idea del pecado que tanto predicaban los clérigos, desde los púlpitos. Amar así no te acercaba al infierno, si acaso a un estado de serenidad casi místico. Ser Magdalena, Melibea o Julieta, capaces de consumirse por un rato de pasión. Si ese sentimiento era lujurioso o deshonesto, que la convirtieran en masca-

rón de proa para gritar a los cuatro vientos su alegría vertiginosa, audaz, contraria a la violencia y amiga de la desobediencia y la dicha.

No tendría que esconderse. Cada rasgo de su cara, cada expresión de su cuerpo, reflejaría su descubrimiento, sin más identidad que su alegría por vivir. Pronto se divisarían las luces de Montevideo, una nueva vida. Había pensado llegar sola, pero, sin saber cómo, la acompañaba la mirada afectuosa de un hombre, su silencio, su ternura y su refugio de felicidad.

Al amanecer, agotada de emoción, se dejó dormir en sus brazos, junto a su cuerpo poderoso. En esta ocasión, no los despertaría el canto anunciador de la alondra.

Hermanos

Nunca se llega a conocer a las personas, se decía Lisandro, ni a tu propio hermano. Aquella noche, después de la cena, sentados en el jardín, Antonio les había comunicado que pensaba casarse con Evangelina Peña, a la que todos llamaban Maeva.

—¿Con Maeva? No puedo creerlo —dijo Lisandro, sorprendido.

—Sí, con Maeva! —respondió con firmeza Antonio.

Luego, silencio e incomodidad.

Maeva había sido una vecina durante la infancia. Hija de un tabernero gallego, seguía siendo la misma niña con cara de pájaro, ojos salttones, labios finos, pelo lleno de tirabuzones, fea y antipática, de la que ellos se burlaban. En su adolescencia se había casado con el dueño de las pompas fúnebres La Candelaria, don Ventura Perdomo, un viejo oscuro y taciturno, el compañero ideal para esa chica siniestra, una especie de meiga isleña. La gente murmuraba que, durante años, Maeva se había entendido secretamente con el joven ayudante de su marido en la funeraria. Mientras su esposo pasaba las noches o los días ocupándose del tránsito de los muertos a mejor vida, ella calentaba la cama con el amante, un mozo complaciente y discreto, del que se deshizo en cuanto se quedó viuda, despidiéndolo y haciéndose cargo del negocio como una viuda de conducta intachable. Fue su homenaje de fidelidad al marido muerto. Llevaba de forma rigurosa la contabilidad de la empresa y poseía un patrimonio más que interesante. No había tenido hijos, era libre y un buen partido para quien pudiera soportarla.

Para Lisandro, aquel cuervo huesudo era la antítesis de la sensuali-

dad. No podía imaginarla como una amante fogosa ni como compañera adecuada para un hombre, y menos para su hermano. El destino se vengaba de él con la aparición de aquella de la que tanto se habían reído durante la infancia, haciéndola enfurecer con sus travesuras y bromas pesadas. Siempre los miró con rencor, especialmente a Lisandro.

Sin embargo, la reacción ante la noticia de la boda fue más sorprendente en Valeria. Se quedó lívida, silenciosa, como a quien anuncian un desastre. Sintió unos celos tremendos, como no los había sentido nunca por su marido, a pesar de sus huidas anuales y de la colección sagrada de fotos de actrices y bailarinas francesas. Antonio, el silencioso, piadoso y diligente Antonio, había sido durante años su confidente, casi su cómplice. Cada día comía los platos que ella preparaba y tomaban café mientras escuchaban los comentarios de Lisandro y él fumaba su pipa de tabaco holandés. Hubiese sido un buen marido para ella, quizás discreto, trabajador, siempre pegado a sus faldas. Se sintió traicionada, abandonada. ¡Qué cruel era la vida, qué ingrata! Aquel suceso era una desgracia sobre la familia. Si su cuñado se casaba con la viuda de Perdomo, con aquella absurda representación de la muerte, no volvería a hablarle. Y así fue: desde ese momento, Antonio se convirtió en un fantasma al que nunca más miró a los ojos ni dirigió la palabra. Para Valeria, esa fue la manera de expresar su desaprobación. Un velo de amargura se colocó en su mirada, un reproche que ya no la abandonó el resto de su vida. Comprendió bruscamente muchas cosas de sí misma que ni por asomo sospechaba. Se sentía desposeída, herida en su orgullo. ¿Podía haber amado a su cuñado, sin ni siquiera sospecharlo? Era la mujer del otro, un tonto absurdo y egoísta, que se creía el más listo de los hombres, al que siempre creyó haber amado. ¿Cómo podían cambiar las cosas de la noche a la mañana? ¿Quién era ella, mujer inútil y sin ilusiones? Su existencia no era más que una mentira torpe y sin sentido, vacía, aferrada a la tierra, pero seca de contenido. ¡Qué tragicomedia! Las campanas tocaban a muerte en su intento de anunciar la boda.

Nadie debía notarlo. Pensó que, a su edad, había perdido definitiva-

mente la inocencia y que ya era vieja para los sueños. La boda solo traía malos augurios.

—¡Jamás lo hubiera imaginado! ¿Qué pensará la gente? ¿Cómo ha podido hacernos esto? —se lamentó sentada frente a su marido, que la miraba como si de pronto descubriera a una extraña.

Nunca se llega a conocer a las personas, se repitió para sí Lisandro, mirando a su triste compañera, aunque duermas cada noche en su cama. La oscuridad reinaba, pero los dos permanecieron sentados, sin hablar, uno frente al otro. Aunque la noche era calurosa, la luna permanecía fría en el cielo, vestida de blanco, como ellos. Valeria aspiraba el aroma mezclado del estefanote, el jazmín y el galán de noche de su jardín, un olor dulce y masculino. Lisandro, distraído, creía escuchar las olas que batían fuerte en el muelle cercano. Sabía que el mar solía enfurecerse el día del Apóstol Santiago, sobre todo si coincidía con el plenilunio. Sintió entonces añoranza de su niñez feliz, pero también le atormentó la evidencia de su incapacidad para vencer al destino.

Aquella madrugada, la mujer herida de vacío y el hombre equivocado engendraron, sin entusiasmo, a la que sería su hija Paz.

La muerte de Valeria

Después del nacimiento de Paz, Valeria no se recuperó. La niña crecía sana, pero la madre no pudo amamantarla como a sus dos hijos anteriores. Apenas podía sostenerse en pie, sufría fiebres puerperales y una extraña debilidad. Tampoco hablaba demasiado, como ajena a lo que sucedía a su alrededor. No preguntaba por sus hijos, se mostraba abatida, casi fuera del mundo. Incluso, una mañana pidió que un cura acudiera a consagrirla con el sacramento de la extremaunción. Lisandro la justificó pensando que la desesperación vuelve a las personas banales y estúpidas. Dios, refugio de los ignorantes. Sentía un enorme dolor al ver el estado de su mujer, a la que sinceramente había querido, sin llegar a sentir una gran pasión, que, como él sabía muy bien, había sido patrimonio exclusivo de su verdadero amor libre. Con Valeria nunca llegó a compartir sus ideas ni sus sueños. Jamás imaginó para ella una muerte tan prematura y estúpida. Se fue apagando como un cirio que desaparece consumido. Comprendió que su vida, desde ese momento, sería muy diferente, con una recién nacida y dos adolescentes que lo necesitaban a él y que habían crecido tutelados por su madre, a los que había visto crecer de lejos, entre sus libros, sus veleidades masónicas y sus viajes. Además, Valeria había amado vehementemente a sus hijos, más que a él. Aunque nunca lo dijo, su amor de madre era superior al de amante. Sentía una gran ternura por aquel hombre, al que siempre consideró un niño grande, pero la pasión y la fogosidad, lo que los curas llamaban lujuria, le parecía una cualidad masculina que causaba vergüenza en la mujer. Pensaba que su marido, como el Quijote, estaba trastornado por

esos libros diabólicos que leía y vendía, ideas socialistas, anarquistas, amorales y ateas.

Todo se acabó, pensó. Su juventud y su vida apacible, en la que Valeria se había hecho cargo de todas las responsabilidades domésticas. A ella se le había agotado el tiempo. ¿Cómo podría continuar él? Se sentía condenado a la orfandad, con más rabia que pena. Estaba realmente furioso. Menospreciaba a los médicos que no habían conseguido salvar a su mujer. Ella tampoco hizo nada por salvarse; había languidecido durante todo el embarazo y, una vez producido el parto, se entregó, silenciosa, a la muerte. Todo había sido un castigo para él. No pudo soportar la presencia del cura que murmuraba en latín y ungía a la moribunda. Abandonó la estancia, sin un saludo, y se ocultó en un extremo sombrío del jardín que, con tanto mimo, había cuidado Valeria, bajo un limonero cuyos frutos de verano desprendían un aroma dulce que a él le pareció protector.

Tras el fallecimiento se sucedieron el velatorio, el responso y el entierro. La nada y un montón de gente curioseando y abrumándolo a él y a sus hijos. Decidió no entrar a la iglesia donde se iban a celebrar los servicios funerarios, organizados por Maeva Peña, ahora su cuñada.

Tampoco entró en el cementerio católico de San Rafael y San Roque. El escándalo estaba servido. No se habló de otro asunto en los corrillos de la ciudad. Nunca había ocurrido nada parecido, pero se sabía que el librero, librepensador, siempre había sido un excéntrico y un anticlerical. Todos decían que había que guardar las apariencias, pero él decidió vivir como pensaba, a pesar de que reconocía que continuamente se había equivocado en el camino. La desaparición de Valeria era un abandono que lo dejaba afligido y vacío. Sin darse cuenta, se sentía viejo y cansado, sin refugio. Ella lo había castigado, liberándose con la muerte. Durante los veinte años que había durado su matrimonio, Valeria había representado el papel perfecto de la madre que cuidaba y supervisaba todo lo concerniente a la familia. No fue una amante sensual ni entregada; más bien, discreta, aburrida y tranquila, la imagen perfecta de una mujer

de la clase media acomodada, la sobria hija del notario, preparada para casarse. Sus hijos heredarían su patrimonio, fincas y una buena suma de dinero, que les permitiría estudiar, si lo deseaban, o convertirse en empresarios. León, su hijo de diecisésis años, siempre había mostrado interés por la botánica. Su madre le había transmitido el gusto por la jardinería. Conocía cada una de las plantas y árboles de su jardín. Estudiaba en libros enciclopédicos todo lo relacionado con la flora, con verdadera devoción. Era afable y cariñoso. Sin embargo, Iván era tímido y retraído, y a los catorce años aún no sabía lo que deseaba ser en el futuro. Ambos lloraban inconsolablemente la muerte de su madre. ¿Qué les deparaba el futuro?

Los dos eran buenos muchachos, pero anodinos, educados según los criterios de su madre sin la influencia directa de las ideas del padre. Lisandro tendría que administrar sus tierras hasta su mayoría de edad y estar atento a su educación. La pequeña Paz lo necesitaría aún más, tendría que buscar un ama que la criara y se ocupara permanentemente de ella. Crecería sin los cuidados de Valeria, pero alguien, de alguna manera, tendría que sustituirla. Antonio sugirió que su mujer podría encargarse de la crianza, pero Lisandro no aceptó su propuesta.

Para él no había planes. La isla entera no era más que una jaula, un callejón sin salida. Él mismo era una isla devastada. La muerte de Valeria representaba, de alguna manera, una parte de la suya, el despertar a una nueva etapa de su vida, el adiós a la inocencia, quizás.

León e Iván deseaban pasar el verano en la casona de La Cruz Santa, en el norte de la isla, con su tío Antonio y su mujer. Allí se cultivaban vid y tabaco en una extensa finca. Lisandro pensó que no se opondría al deseo de sus hijos. El luto no era tan estricto para los hombres. Lejos de la ciudad y de los recuerdos de su madre, los chicos se sentirían aliviados. Pero, quizás, también huían de él. Con Antonio y Maeva podrían encontrar una especie de familia sustituta, con sus rutinas, una seguridad que él no podría darles, en el orden burgués en el que habían crecido. Ya se habían convertido en dos señoritos acomodados, sin rebeldía, con un

patrimonio más que considerable, una vida que muchos envidiarían. Un aburrimiento total. Se casarían también con señoritas convenientes, como él mismo había hecho, tendrían hijos, asistirían al casino y se instalarían en la abulia del que está seguro de no perder nada y guardar mucho.

Le pareció que era el momento conveniente para releer *Padres e hijos*, de Turguéniev, que tanto le había conmocionado en su primera lectura. En una ocasión, le había manifestado a Olympia su admiración por el escritor y ella le contó que su vida era tan interesante como su obra o más. El ruso había formado un apacible *ménage à trois* con Paulina Viardot, la famosa cantante de ópera, hermana de María Malibrán, y su marido, Luis Viardot, empresario teatral. Los dos hombres amaban a la mujer de espaldas a la sociedad. En la novela, las ideas innovadoras y críticas de los hijos chocaban con las de unos padres anticuados, anclados en el pasado, nada más alejado de su realidad.

La vida lo iba distanciando de la juventud; se sentía cada vez más solo, en un país anticuado que se resistía a los cambios sociales. Quizás esto no hay quien lo arregle y siempre vivamos sometidos a una Iglesia castrante y a un Estado corrupto, con un pueblo famélico. Los vientos de cambio en Europa no llegarán, pensaba con tristeza.

En su situación real, sus hijos se dejaban llevar por un camino que él aborrecía, pero se había dado cuenta demasiado tarde. Poca influencia le parecía haber ejercido sobre ellos, tan alejados como estaban, aunque sabía que lo querían y lo respetaban. Como un eco, oía la voz de Valeria, que les decía cosas de papá.

Al leer el testamento, en sus últimas voluntades, Valeria indicaba que el albacea y tutor de sus hijos debía ser su cuñado Antonio, quien administraría las fincas y bienes patrimoniales hasta que los muchachos cumplieran la mayoría de edad. Lisandro no pudo reprimir una sonrisa. No se fiaba un pelo de mí, pensó, ni como administrador ni como padre. Sintió un dolor agudo, como una puñalada, y una sensación amarga en la boca.

Los hijos se van

Lisandro había ido a despedirse de su hermano. Las asistentas cargaron el complicado equipaje en un coche, casi una mudanza. El trayecto era largo, más de media jornada. Pasarían todo el verano en el norte, en la finca La Marzagana. A León le entusiasmaba la idea de poder vivir en el campo, tan cerca del Jardín Botánico de La Orotava, su lugar favorito, donde podía estudiar no solo la flora endémica, sino también especies exóticas de lugares recónditos. A Iván le atraía la tranquilidad rural, la soledad cerca de la montaña que conocía desde niño.

—Esto es lo único que he encontrado —resopló Maeva al entrar en el salón.

Lisandro y Antonio se alongaron para contemplar, medio oculta tras ella, a una muchachita con un hatillo.

—Las hermanitas me la han recomendado. Es joven, tiene leche y está sana —dijo con indiferente残酷.

La chica bajó la cabeza, avergonzada.

—Lo más extraño es su nombre —continuó—. Olvido se llama.

Lisandro se acercó a saludar a la candidata a nodriza, intentando devolverle la dignidad perdida por los abusivos comentarios de su cuñada.

—Sea bienvenida, espero que se sienta a gusto. En mi casa nadie la maltratará. Tendrá que dedicarse a ama de mi pequeña Paz, cuidarla como si su madre fuera. —Y añadió, dirigiéndose a su cuñada—: Aquí no se trata a nadie como a un esclavo. Mientras viva con nosotros recibirá un sueldo como cualquier trabajadora. Tendrá una habitación propia y, al menos, una tarde libre a la semana.

—Entonces la dejo en tus manos, ¡no pienso meterme en tus asuntos! —exclamó Maeva, entre dolida y furiosa.

Olvido no era más que una pobre muchacha que, quedando embarazada en una relación indeseada, había huido de su casa para alejarse de los golpes de su padre y el rechazo de sus vecinos. Había llegado de un caserío de las montañas de Anaga y las hermanitas de la Caridad le dieron acogida. Dio a luz un niño que murió a las pocas semanas. Jamás dijo quién era el padre. Cuando Lisandro le entregó a Paz, la mujer miró por primera vez a los ojos de su patrón. Se sintió feliz teniendo en brazos a aquella hermosa criatura, indefensa como ella. Cuidarla y criarla como si fuera suya. El señor parecía un buen hombre, le producía un gran respeto, pero era cálido y lo veía muy triste. Apenas habían transcurrido unas pocas semanas desde la muerte de su esposa. Lo entendía, ella también había perdido a su pequeño. Pero ahora velaría por la hija del señor, la amamantaría y daría su vida si fuera necesario.

A los tres días de haber partido, Antonio envió un mensaje a su hermano: «Por aquí todo bien, pero en la casa hay más trabajo del que pensábamos y Maeva se ve incapaz de supervisar y atender todas las faenas, así que te ruego que nos envíes a Eladia para que se haga cargo de las tareas de la cocina».

La fiel sirvienta recibió la noticia con desagrado. Llevaba trabajando con la familia casi toda su vida, callada y resignadamente. Recibir órdenes de la arrogante cuñada del señor no le hacía ninguna gracia. Además, le parecía mal que se quedara solo con la joven nodriza.

—Es un favor que le pido —suplicó Lisandro—. Piense en los chicos, posiblemente ellos la necesiten más que yo.

Así, la buena de Eladia, con demasiados años a sus espaldas y con el temor a la humedad que se apoderaba, aun en verano, de la zona de medianía, tomó el coche para La Orotava.

Aquella especie de nueva libertad hizo que Lisandro deseara también huir de la capital. El verano prometía ser extremadamente caluroso, podía permitirse una estancia cerca de un pueblo de pescadores al norte de

La Laguna. Sabía que podía alquilar una casa pequeña para él y su hija. También para la joven nodriza.

Al día siguiente abandonaron la ciudad, con muy poco equipaje. Antes de marchar, retiró el cartel que aún estaba colgado en la puerta de la librería, en el que se podía leer «cerrado por defunción».

La casita enjalbegada estaba en un pequeño acantilado sobre el mar. Se podían contemplar las rocas y escuchar el sonido incesante del océano. Necesitaba un cambio de paisaje y este era el adecuado. El arrendador los tomó por una pareja con su hija recién nacida y así los trató. Lisandro miró a Olvido y no deshizo el entuerto.

Allí tendría tiempo para nadar libremente en el mar, descansar, leer y pensar en cómo le gustaría educar a su hija y qué tipo de vida llevarían en adelante. No quería cometer los errores que lo habían alejado de sus dos hijos. Se ocuparía personalmente de instruir a Paz, intentando que llegara a ser una mujer cultivada, abierta, del siglo XX. Soñaba con tiempos de cambio social y de evolución, de innovación e igualdad, por ingenuo que pareciese.

Una tarde volvió portando una cesta con lapas, regalo de los mariscadores. ¿Su mujer sabrá arreglarlas?, le habían preguntado. Al llegar a casa recibió la respuesta.

—Las lapas deben ponerse en una sartén al fuego, boca arriba, y al comenzar a despegarse se les añade un majado de ajo, sal, perejil, aceite de oliva y vinagre. Cuando todas tengan ese mojo, se sacan del fuego y se comen —contestó, divertida, Olvido.

Durante la cena, Lisandro contempló la belleza fresca de Olvido, que se había vuelto serena, con una magnífica plenitud. El cabello castaño cayendo libre y la piel ligeramente dorada a la luz de la lámpara de carburo. Le asaltó un pensamiento, la auténtica reina de corazones.

Los aires de la mar parecían haber suavizado la pena que los embargaba un mes antes. Escuchaban en el gramófono las voces de Caruso, la Melva o la Garden. Olvido disfrutaba especialmente escuchando arias de *Tosca*, interpretadas por Lina Cavalieri. Lisandro le había contado

que aquel ser de voz maravillosa había nacido, como ella, en un medio muy pobre, pero que su talento la había convertido en legendaria. Las postales la inmortalizaban como una mujer de gran belleza. Además, divorciada, su vida privada era atípica, vivía a su aire y no se doblegaba ante los hombres.

Durante el día, Lisandro leía incansablemente, escribía, aprovechaba la tarde para nadar y bucear y daba largos paseos, en muchas ocasiones acompañado de su hija y de Olvido, que ya no sentía ningún pudor en dar el pecho a la niña en presencia de su patrón, comportándose con absoluta naturalidad.

A medida que se iban conociendo, los dos comenzaron a tener unos sentimientos cercanos y de gran ternura recíproca que no deseaban reprimir. ¿Por qué no quedarse allí para siempre y atrapar la felicidad? La felicidad no se atrapa, es efímera y agradable como la brisa o un buen vino que hay que apurar antes de que se estropee, pensaba él. Pero no desechó la idea de comprar aquella casa como un refugio secreto.

Olvido, a su lado, había conseguido borrar, en gran medida, la marca terrible de la pobreza y la opresión. Verdaderamente, nunca se había sentido así, con tanta calma, felicidad y respeto.

Aquella noche, sin proponérselo, se acercaron por primera vez hasta la confusión tibia de sus cuerpos, enlazándose suave y levemente. Una puerta que, de pronto, se abre hacia un lugar desconocido, un amor construido por el destino, más allá de las normas sociales y de la familia, para convertirse en auténticos cómplices.

Desde la terraza de la casa, mientras contemplaban el mar, Lisandro le contó la triste historia de Virgilio, el pescador. Le habló de su intención de escapar de la isla con una mujer casada, de cómo intentó ayudarlo y de su trágico final. Olvido se echó a llorar porque sentía que aquella pareja, en su intento de fuga, se parecía mucho a ellos mismos. Las normas eran implacables. El sueño acabaría al volver a la ciudad. Ya no podrían pasear libremente, no la tomaría por la cintura ni la besaría junto al mar. Además, cuando la niña creciera no la necesitarían y prescindirían de ella.

—He pensado comprar esta casita. Será una madriguera para nosotros. Podríamos pasar largas temporadas aquí, lejos del mundanal ruido. A los tres nos sienta bien el aire marino y el sol —comentó Lisandro con alegría.

Ella se acercó, lo abrazó estrechamente y pensó que nadie les podría robar esos momentos de su vida. Cerró los ojos y aspiró el olor tan característico de Lisandro, el de las naranjas de Calabria, una esencia que él había traído desde muy lejos y que impregnaba su cuerpo y su ropa blanca.

Durante aquellos meses, la relación con los pescadores y sus familias fue cordial, pero guardando las distancias. Olvido se sentía cómoda cerca de la mar, de la casa y de la gente, pero temblaba cada vez que Lisandro, públicamente, la llamaba «mi mujer». Lo era fuera de la legalidad, como él era su hombre, y a aquella criatura la quería como si fuera suya propia.

La última tarde del verano en libertad, Olvido le pidió escuchar la voz de la Cavalieri entonando el *Adiós a la vida*, que tanto le emocionaba. A su modo, entendía las palabras, ya que Lisandro le había contado la trágica historia. ¿Era posible que ella pudiera amarlo tan locamente como decía amar Floria Tosca?

—Esto es música para el espíritu. Te voy a contar un secreto. Hace años amé intensamente a una mujer en París que cantaba ópera. Ella me hizo libre y eso me ha acompañado siempre. —Olvido se quedó aturdida. Lisandro adivinó el efecto que sus palabras habían tenido y, acariciando su mejilla, añadió—: Aunque te parezca mentira, también me anunció que un día te encontraría.

El regreso

—Era irremediable —afirmó Maeva—. Tu hermano no cambiará nunca. Se ha olvidado de sus hijos, de los negocios y de la vergüenza, si es que alguna vez la tuvo. La cabra tira al monte. Siempre le gustaron las furcias —remató.

Antonio permanecía callado, escuchando los injustos improperios que soltaba su mujer. En el fondo, pensaba que ella había propiciado la situación, lanzando el anzuelo. En realidad, se sentía satisfecha: su trampa había dado resultado, pero aprovechaba para descargar toda su agresividad contra su cuñado, de forma hipócrita y malvada.

Maeva había conseguido que al volver del valle, León e Iván continuaran viviendo junto a ellos, sus tíos, como la cosa más normal del mundo. No hubo siquiera que discutirlo, fue un acuerdo tácito, cada cual realizó su elección. El padre renunciaba a la custodia de sus hijos silenciosamente, sin hablar, acomodándose a lo que más le convenía.

Lisandro entonces decidió mudarse a una casa en la calle de Las Flores. La familia comprendió que era lo mejor. La vivienda de la calle de San Francisco estaba llena de recuerdos de Valeria, de un ambiente que ahora le resultaba sofocante, casi irrespirable, un mausoleo imposible.

El nuevo hogar disponía de dos plantas, con habitaciones luminosas, pero carecía de jardín interior y de la cercanía al mar que ofrecía la otra casa. De aquella decidió llevarse muy pocas cosas: algunos cuadros y el busto que le había hecho su amigo Marcel Jouvet. Una vez cerrada la vivienda, León acudía con frecuencia a cuidar el pequeño jar-

dín botánico que, con tanto mimo, había creado su madre. Quizás algún día él formaría una familia y volvería a habitar aquella hermosa casa.

Eladia había vuelto al lado del señor y pronto se acomodó a las nuevas circunstancias. Su lema siempre había sido ver, oír y callar, pero no paraba de cavilar. Le parecía realmente escandaloso que el señor, aunque con absoluta discreción, viviera amancebado con la nodriza. Lo conocía perfectamente, sabía de sus grandes y flaquezas, por lo que no se lo tomó en cuenta. Él siempre había sido así, había hecho lo que le había dado la gana. Se podía permitir ser rebelde, siempre a su aire, sin importarle la gente. Su defecto era que no podía vivir sin el regazo de una hembra. En eso era débil, como casi todos los hombres, incapaz de llevar la viudedad con dignidad, como hacían la mayor parte de las mujeres. ¡Pobre señora! Pero así eran las cosas, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Y la nueva se aprovechaba de las circunstancias. No parecía una fulana. Por ahora, tenía a su favor la juventud, esos pechos redondos repletos de leche y su sentido común. No daba órdenes, calentaba la cama del señorito, pero no suplantaba al ama y criaba bien a la niña, así que lo comido por lo servido, pensaba la vieja cocinera, mientras pelaba la cebolla, los bubangos y la calabaza que irían a parar al puchero que estaría durante horas sobre los fogones, hasta estar listo para el almuerzo.

El futuro

—Los niños deben comenzar a ir a la escuela. Todo lo que aprendan ahora será lo que les facilite un futuro mejor. No pueden pasar todo su tiempo contigo, en la playa o aislados en casa —dijo preocupado Enrique.

Josefa sabía que su marido tenía razón. Durante siete años no se había separado, casi ni un instante, de las dos criaturas. Les había enseñado muchas cosas, pero necesitaban convivir con niños de su edad y recibir la educación y los conocimientos que ella no podía darles. Había llegado el momento de la separación y le resultaba doloroso. Sus hijos se habían convertido en sus verdaderos y únicos interlocutores. Con los años se había vuelto aún más esquiva, silenciosa y huraña con los vecinos. No tenía amigos, solo se relacionaba con los pescadores y carboneros de la playa, que la aceptaban como era, sin desconfianza ni miradas de desdén.

¡Qué difícil iba a ser para Liberto estar durante horas sentado en un pupitre, obedeciendo a un maestro! A él, que tanto le gustaba correr, nadar y cantar. Tendría que aprender a obedecer, sin más. Ella lo había habituado a buscar la razón para cada cosa, a cuestionarse todo, un espíritu rebelde como su nombre, tan parecido a ella.

—Liberto irá a la escuela de don José, con los niños, y Emma ha sido admitida en la escuela de las Madres Asuncionistas.

Josefa se estremeció. Pensó en su hija, custodiada por monjas, entrando, claro está, por la puerta de las pobres. Aceptada, pero limpian-do aulas y pasillos cuando las otras, las ricas, se marcharan contentas a sus casas, aprendiendo la diferencia entre unas y otras. Su hija sería

de las que no tendrían derechos, solo callar, agradecer y humillarse. La caridad, aprender a aceptar la desigualdad, a odiar. Pero Emma resistiría; era inteligente y más dócil que su hermano, capaz de adaptarse a cualquier circunstancia con alegría, sin quejarse. A Liberto tendría que explicarle, convencerlo. Sobre todo, temía que se sintiera abandonado o traicionado por ella. No quería pensar en los castigos físicos que solían infigirse habitualmente en las escuelas.

Enrique habló con sus hijos. Al día siguiente, comenzarían a ir a la escuela, como los demás, y aprenderían todo lo que debe aprenderse para no ser brutos e ignorantes.

Liberto se quedó desconcertado y miró a su madre con ojos de suplica. Emma miró a su padre y dijo con expresión madura:

—Pero ¿quién va a cuidar ahora de mamá?

—¡No puedes obligarme! ¡Prefiero ser bruto a estar preso en la escuela! —exclamó Liberto dirigiéndose a su padre. ¡Nunca, nunca!

—Liberto no irá a la escuela, por ahora —se atrevió a decir Josefa.

Enrique se quedó helado, a mil kilómetros de distancia, sumergido en el silencio, humillado, sin autoridad. Aquel niño nunca le había pertenecido. Liberto seguiría correteando cerca de su madre, desnudo por las playas, desvergonzado y feliz.

—Quiero ser pescador o músico —dijo un día a su madre.

Su padre no volvió a hablar del asunto. Se había establecido un acuerdo silencioso entre ellos. La responsable de Liberto era la madre. El niño era como ella, imposible de dominar, aunque bueno, cariñoso e inteligente. Enrique pensó que nada sacaría obligándolo. Ya casi leía tan bien como él, gracias a su madre, que mantenía la pasión por los libros, adquirida en su huida. Los niños adoraban la historia de *Los miserables* y especialmente el personaje de Jean Valjean, que se había convertido en su héroe, aquel hombre que había sido condenado por robar un pan. Continuamente preguntaban sobre los acontecimientos y los motivos que desencadenaban la historia.

Emma acudía, cada día, contenta al colegio de las Asuncionistas. Al

poco tiempo, cantaba canciones piadosas, algunas en latín, sin entender lo más mínimo de lo que decía. Su madre y su hermano se quedaban atónitos mientras ofrecía en casa su particular recital con enorme gracia. Las monjas también la enseñaban a coser y a cocinar hasta el punto de que, muy pronto, sería ella la que decidiría lo que se iba a comer en casa, y era capaz de preparar un potaje, unas lentejas o un pescado. Era ordenada y segura como nunca lo había sido su madre. A unas las preparan para el matrimonio y a otras para servir, pensó Josefa.

Emma había sido concebida en el primer encuentro sexual después del nacimiento de Liberto. Enrique intentó quererla como en los lejanos primeros días de su amor, con pasión, buscando con desespero y ofreciendo un placer ciego, torpe. La imagen del deseo que le ofrecía Saro se interponía con el cuerpo de Josefa. Olían de manera diferente, una a vainilla, la otra a sal. El roce de su piel era también muy distinto, una voluptuosa, la otra flaca como un espíritu. Para Saro, amar era un banquete en el que no se saciaba. Josefa, fría, ya no participaba del placer de los cuerpos, por lo que, poco a poco, dejaron de ser amantes. Los dos habían perdido la curiosidad por la aventura conjunta, la ceremonia no tenía sentido; no se hablaban, se sentían separados, sin alegría, distantes. Josefa no necesitaba a Enrique para procurarse placer físico, ya que ella sola lo podía conseguir fantaseando y estimulándose como espuma de la mar. Sin embargo, el amor, el afecto de su marido, era un regalo que siempre había deseado y que le era imposible disfrutar.

No se plantearon la separación. Ambos pensaban que la puerta siempre estaría abierta, pero en realidad estaban presos de sí mismos.

El fin de Enrique

Golpearon dos veces la puerta, dos golpes secos y fuertes. Josefa abrió, preguntándose quién podría ser a esa hora tan temprana de la mañana. Entornó la puerta con cautela, despacio. Sentía el agotamiento de quien ha pasado prácticamente la noche en vela.

—Lo siento, perdóneme —repitió varias veces una voz de mujer—. Sé que usted podrá entenderlo, aunque no sea fácil. Perdone mi atrevimiento.

—Pase, por favor. No tengo nada que perdonarle, usted no ha hecho nada malo.

La mujer que llegaba arrebatada en su chal, temblando, era Saro, la otra mujer de su marido, con la que había compartido las horas de la siesta durante años. Josefa no la conocía, no la había visto nunca, pero no importaba, solo podía ser ella. Le sorprendió su valentía, su arrojo, su deseo de verlo y de sentir también su mirada, que supiera que también ella estaba allí, que no lo abandonaba, que lo quería. Ya no era una mujer joven, compartían la piel cansada, las ojeras azuladas, la pena.

Saro se sentó en la primera silla que encontró, sintiendo que en cualquier momento podría desplomarse, pero la sencillez y la dulzura de Josefa la tranquilizaron.

—¿Cómo está?

—Está muy mal, el médico dice que ya no hay nada que hacer —dijo Josefa con desconsuelo.

Saro observó la sencillez de la vivienda. Sobre la mesa, una vela encendida que daba un aura de misterio. En un frutero, los membrillos y

las guayabas perfumaban agradablemente la estancia hasta inundarla con su aroma. Pensó que Enrique estaría en la habitación contigua, que permanecía con la puerta semiabierta. Bebió la leche que Josefa le ofreció, más por agradecimiento que por apetencia.

—Cuando quiera puede pasar a verlo, pero debo adelantarle que lo encontrará muy desmejorado. La enfermedad ha mermado sus fuerzas, está extremadamente débil.

Se difundió el bulo en la calle, que si el tifus, que si había tomado veneno, que si... Lo cierto es que Enrique había comenzado a perder peso, a tener fiebre y a debilitarse de tal forma que ya no podía andar, se apagaba poco a poco y no había forma de detener el deterioro.

Las dos mujeres permanecieron en silencio, como dos hermanas, resignadas, a la vera de aquel hombre que se iba lentamente del mundo de los vivos; un hombre al que las dos, de manera diferente, habían amado tan intensamente.

Los últimos pensamientos de Enrique

Morir es deshacerse. Morir es un alivio inmenso, dejar de ser, fundirse en la ausencia del color, el blanco, resbaladizo, donde nada es todo.

Los monstruos que habitan en mí y me atormentan no se perciben ya. El silencio es dulce, las flores carnosas me hacen sonreír. Ya sé que es demasiado tarde. El tiempo se me ha escapado de las manos. Pido perdón por lo que no supe dar. Aún me pregunto en qué me equivoqué, por qué no supe ser feliz. La muerte me libera de mis miedos, de sentimientos no expresados, de las trampas en las que caí continuamente.

No quiero volver.

Quinta parte

Príncipe Alberto

El paso del enorme trasatlántico inglés *Albert Prince*, de la Avalon Company, había sido todo un acontecimiento para la población de la isla. Volvía a Gran Bretaña desde Australia y Nueva Zelanda repleto de pasajeros. Cientos de personas acudieron al muelle para ver aquella mole llena de ojos de buey, con una gran chimenea que emitía el sonido ensordecedor de una sirena que podía oírse a muchos kilómetros a la redonda. Realizó una escala de cuatro días con la intención de reposar y para que los viajeros pudieran descansar de la travesía que los llevaría, finalmente, a Plymouth. Muchos de ellos decidieron hacer excursiones, ver los paisajes, ir a La Laguna o acercarse al valle de La Orotava para poder contemplar el volcán majestuoso si, por suerte, ese día las nubes no lo impedían. La ciudad se vio animada por una riada de curiosos que acudían a comprar calados, cestos, cerámica o unas deliciosas frutas del país. Los más osados se aventuraron a presenciar las peleas de gallos. Los lugareños se mostraban hospitalarios y especialmente simpáticos con los extranjeros. Era fácil que se establecieran relaciones amistosas sin grandes dificultades. En muchas ocasiones, eran acogidos en las casas e invitados a comer. Parecía existir una gran curiosidad hacia los foráneos ingleses, que se veían sorprendidos por la amabilidad de una gente tan hospitalaria, teniendo en cuenta que hacía poco más de cien años habían evitado la invasión de la isla por el almirante inglés Horacio Nelson.

Lisandro fue invitado por su amigo Lorenzo Delgado a la cena del Círculo de Amistad que se celebraba en honor del capitán escocés

Howard Barber, hermano masón, y de los oficiales y pasajeros ilustres del navío.

El Círculo era una sociedad recreativa que intentaba apartarse del típico casino provinciano, sembrar la semilla de inquietudes culturales y de pensamiento europeísta. Era un terreno abierto y calladamente republicano. Lorenzo Delgado, condiscípulo de Lisandro y también hermano masón, había sido uno de los tertulianos asiduos a la librería El Sol, donde se denostaba a la monarquía, al gobierno conservador de turno o se debatía sobre anarquismo o republicanismo en una sociedad en continua crisis, o simplemente se hablaba de literatura. Aquel día había llegado la noticia del magnicidio en Sarajevo. El archiduque Francisco Fernando de Austria y su mujer, la archiduquesa Sofía, habían sido asesinados.

Los socios o invitados por la entidad acudieron acompañados por sus esposas. Ni militares ni curas. Lisandro, oficialmente viudo, se presentó solo. Lo sentaron entre la sofisticada señora Barber y la austera señora Delgado. Kate, la escocesa, demostró durante toda la velada una alegría artificial y lamentó la tragedia de Sarajevo como algo inaudito y terrible, intentando en algunos momentos hablar un español imposible y volviendo con rapidez a su lengua vernácula o a un francés fluido. Irene, la mujer de Lorenzo Delgado, perpetuamente dedicada a la crianza de una numerosa prole, no tenía tiempo para divagar ni para músicas, por lo que se mostró displicente y reservada. Nunca había hecho buenas migas con su compañero de mesa. Se sentía celosa de la relación de complicidad que existía entre los dos hombres, de sus charlas apasionadas y de sus ideas vehementes sobre la vida y el arte. Además, no soportaba que el librero conviviera con una querida y hubiera olvidado tan fácilmente a su legítima y difunta esposa.

Lisandro se sintió cercado por las caras opuestas de una moneda. La extranjera, madura, frívola y mundana, vestida de lamé dorado, el pelo en bucles recogidos con un pasador de brillantes, un generoso escote, valiosas joyas, pura coquetería, no se reprimía un ápice al consumir to-

dos los alcoholes que le ofrecían. La isleña, insegura, incapaz de retar con la mirada, iba vestida con un traje oscuro, con un camafeo en el cuello como único adorno y el cabello recogido en un severo moño. Ninguna de las dos le interesaba. Recordó el comentario que hacía años le había hecho Olympia: «Crees adorar a las mujeres, pero las desconoces absolutamente».

Se marchó acabada la cena, no participó de los corrillos ni del baile. Sus amigos lo miraron con complicidad al verlo partir. Pensaban que su premura tenía relación con quien lo esperaba en casa, la compañía fresca de una muchacha en flor que, efectivamente, era una reina de corazones que ocultaba en la manga, un tesoro.

Los seres heridos

El puerto era la puerta de tierra, la entrada ineludible a la isla, a una ciudad blanca que latía cerca, leve, ajena a los negocios que se hacían o deshacían en el muelle, que era una especie de plaza o mercado al borde del mar por donde transitaban durante el día marineros, pescadores, carboneros, comerciantes bulliciosos y forasteros que hablaban diferentes idiomas, pero que terminaban entendiéndose. Poco a poco, al caer la tarde, iba cesando el movimiento, la actividad se adormecía y la cantina de bebidas cerraba su jornada ante la ausencia de clientela. Entonces, aquel lugar se transformaba, parecía otro impregnado de ausencia fantasmal, un alma en pena que olía a salitre, donde solo se escuchaba el aleteo de gaviotas y pardelas o el eco indiferente de las campanas de las torres de La Concepción o de San Francisco, en el corazón de la ciudad.

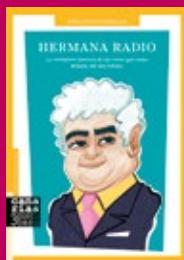
Aquella tarde, Josefa terminó sentada en un noray, más tranquila que de costumbre, sin prisas, observando el reflejo de la luz solar que se desintegraba tras las montañas.

Devolvió al hombre los binoculares que le había prestado y con los que había observado la partida del *Albert Prince*, el revoloteo de las aves tras el barco y la estela blanca de las olas. Lisandro pensó que era la hora bruja, con su color malvarroso, el momento de la serenidad. Ni él ni la mujer que le había despertado una extraña simpatía tenían prisa por retirarse. Miraban hacia el mismo lugar del horizonte, placenteramente sosegados, como quien comprende que ha alcanzado su destino. Muy pronto llegarían noticias de la Gran Guerra, pero ellos aún permanecían ajenos.

Los dos compartían el mismo estado de bienestar. Era un momento perfecto sobre el dique de losetas negras de basalto. Discretamente, se observaban, se sentían, estaban allí como dos viejos conocidos, aunque ninguno de los dos recordara su anterior encuentro. Estaba claro que pertenecían a dos mundos diferentes que, casualmente, se habían entrecruzado. Ahora, parecían dos amigos que no deseaban interrumpir ese instante silencioso y fortuito. Y allí se quedaron, esperando la noche, acompañando a la mar.

Quiero agradecer la colaboración y el trabajo de Ramón Alemán y Paloma López-Reillo, que han prestado su talento al desarrollo de esta novela. Si hoy la tienen en su manos solo es gracias al interés y entusiasmo de mis queridos amigos Juan Manuel Pardellas y Verónica Arvelo.

Otros títulos de
CANARIAS 3 PUNTO CERO



Título:

HERMANA RADIO
La verdadera historia de las
voces que están delante del
micrófono

Autor:

JOSÉ ANTONIO PARDELLAS

En este volumen conocerán cuándo y por qué un día la Radio (con mayúsculas) se cruzó en el camino de jóvenes canarios llenos de sueños y cómo estos llegaron a convertirse en líderes indiscutibles de sus emisoras. Son treinta estrellas de la radio que en los ochenta el vídeo no mató, en los noventa internet revalorizó y en los 2000 la crisis puso en peligro de supervivencia. *Hermana Radio* es un volumen inédito, lleno de nombres propios, locutores de la vieja escuela entrelazados con los que empezaron de pinchadiscos y lograron la fidelidad de miles y miles de oyentes.



Cuando Santa Cruz miraba al mar.

Esta es una historia de mujeres que, en sus relaciones con los hombres y con el conocimiento, se atreven a construirse a sí mismas, con menor o mayor fortuna, dependiendo de sus recursos y de la suerte que la vida les concede.

Josefa, nacida para servir, nos interpela desde los escenarios de Santa Cruz en los que viven los pescadores, las lavanderas y quienes no tienen más visión que sus propias carencias. Sin embargo, deseosa de libertad y autoafirmación, ella consigue traspasar una frontera interior. En su camino se cruza con Ofelia, perteneciente a la clase alta palmera, que utiliza su sólida formación para burlar las exigencias sociales. Las dos, junto con otros personajes importantes, están conectadas con Lisandro, liberal, masón, librepensador y primer librero de Canarias, que nos muestra el Santa Cruz de la burguesía con sus edificios, sus costumbres, sus peculiaridades y sus viajes. Así, nos lleva al París de la *belle époque* y nos desvela sentimientos íntimos que giran en torno al amor y que dan un giro inesperado al final de la historia.

cana
rias
3 punto
3cero



Gobierno
de Canarias

